



# destino: Tu corazón

El club de viaje de los corazones solitarios

KATY COLINS



destino:  
tu  
corazón

KATY COLINS

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2016 Katy Colins  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Destino: tu corazón, n.º 240 - mayo 2018  
Título original: Destination India  
Publicada originalmente por Carina UK  
Traducido por María Perea Peña

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-9188-158-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Portadilla  
Créditos  
Índice  
Dedicatoria  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...

*Querida, no dejaré que caigas cuando sepa que  
puedes volar.*

*Isobel, esto es para ti.*

# Capítulo 1

*Turbio (adj.): Confuso, revuelto.*

Lo primero que oí fueron las llaves en la puerta, tintineando unas contra otras mientras la cerradura giraba lentamente.

Demonios, había vuelto a hacerlo.

Aparté la cabeza del ordenador portátil. Noté que se me había quedado la palabra «qwerty» grabada en la mejilla. Me froté los ojos cansados y, seguramente, me extendí los restos de rímel por la cara. Oí el sonido metálico de la campanilla cuando se abría la puerta y, rápidamente, me escondí debajo del escritorio con un gesto de dolor, porque me golpeé el hueso del codo. Encogí las rodillas, las coloqué bajo la barbilla e intenté acurrucarme contra el rincón, con la esperanza de que él no viera los zapatos que me había dejado al borde del escritorio.

Oí sus pasos sobre las baldosas del suelo, baldosas que habían sido importadas de Marruecos por la anterior propietaria y que, a pesar de que una vez conocieron la arena del desierto, ahora tenían el barro y la suciedad de Mánchester metidos en las estrechas juntas. Eran preciosas, pero también resultaba muy difícil mantenerlas limpias. Él iba silbando suavemente, y yo distinguí la melodía de una serie de televisión de la que hablaba todo el mundo, pero que todavía no había tenido tiempo de ver. Mentalmente, volví a abofetearme a mí misma por estar en aquella situación otra vez, pero no iba a permitir que él me encontrara así. Ni hablar.

De repente, se detuvo. A mí se me cortó la respiración. Desde allí, veía sus elegantes zapatos de color marrón, unos zapatos que yo había visto durante las rebajas de enero en el escaparate de la zapatería que había un poco más abajo, en la misma calle, y sobre los que había opinado que a él le quedarían muy bien.

En aquel momento, aquellos zapatos apuntaban hacia mí. Intenté mantenerme inmóvil, y oí que él dejaba de silbar y exhalaba un profundo suspiro. ¿Por qué no se movía? El corazón me latía con fuerza en el pecho.



¿Por qué había vuelto a hacerlo? Había vuelto a ponerme en aquella ridícula situación y solo podía culparme a mí misma. Cuando sus pies se acercaban aún más a mi escritorio, oí que la puerta se abría de nuevo.

—¿Qué tal? —saludó Kelli, con su típica voz ronca matinal, en medio del silencio de la habitación.

—Buenos días, Kel, ¿te dejaste tú las luces encendidas anoche, antes de irte? —le preguntó él.

Oí gruñir a Kelli. Me la imaginé poniendo en blanco los ojos, que siempre llevaba pintados de kohl, y lanzándole su mejor mirada sarcástica.

—¿Qué? No, no fui yo. Me marché antes que Georgia —respondió, y bostezó sonoramente. Ahora, yo también veía sus zapatillas Converse desgastadas y sucias, cuyos cordones, que fueron blancos alguna vez, estaban llenos de algo que parecía barro. Verdaderamente, necesitaba hacerle una buena limpieza a aquel suelo. Otra tarea más en mi lista de cosas por hacer, que crecía sin parar. Tal vez alquilara una aspiradora industrial, o una limpiadora a vapor. Estaba segura de que mi madre tenía una que había ganado en el bingo hacía años. «Concéntrate, Georgia. Concéntrate en que no te vean». Puse mi cuerpo tenso una vez más. Me dolían los hombros de haber estado encorvada toda la noche sobre el ordenador portátil, y estaba empezando a tener calambres en las piernas.

—Oh, claro —dijo Ben. Sus pies salieron de mi campo de visión. Oí que le daba la vuelta al letrero de madera de la puerta para que indicara «Abierto» hacia la calle—. Bueno, pues, ¿te importaría apagar la lámpara de Georgia? Hablaré con ella cuando llegue. Tal vez sea alguna nueva medida de seguridad que ha puesto en práctica —dijo, desde lejos.

Mierda. Se me había olvidado que me la había dejado encendida.

—Sí, muy bien —murmuró Kelli, y se acercó a mi mesa de nuevo. Yo vi la carne pálida de sus piernas a través de los rasgones de sus pantalones vaqueros desgastados—. ¿Es que no puede apagar la puñetera luz? —refunfuñó en voz baja, mientras se inclinaba sobre mi escritorio. Yo cerré con fuerza los ojos. ¿Cómo iba a salir de allí sin que me vieran?

—Vaya, se nos ha terminado la leche. ¿Podrías ir a buscarnos unos cafés? Toma el dinero del fondo común —dijo Ben, desde la pequeña cocina que había en la trastienda.

—De acuerdo —gruñó Kelli, y tiró uno de mis bolígrafos al suelo.

—Ten cuidado —le advirtió Ben—. No le desordenes el escritorio.

—Sí, ya sabemos que tiene trastorno obsesivo compulsivo —respondió Kelli, con una risita maliciosa.

—Organizada, Kelli. La palabra que estás buscando es «organizada» —dijo Ben, y yo percibí que hablaba con una sonrisa.

—Umm... En mi opinión, es más bien una maníaca del control —murmuró Kelli en voz baja.

—¿Cómo?

—Nada, nada. Solo he dicho que no lo voy a desordenar.

Yo no era una maníaca del control ni tenía trastorno obsesivo compulsivo; solo me gustaba el orden. Me gustaba llevar la cuenta de las cosas, tener un plan, saber que todo iba a salir como era debido y, sí, eso requería cierto nivel de organización, algo que Kelli debería aprender.

Kelli metió la mano bajo el escritorio y palpó el suelo a pocos centímetros de mis pies en busca del bolígrafo. Su delgado brazo fue seguido por su cabeza, con el pelo teñido de mechas azules, y su cara pálida. Sus ojos enrojecidos se clavaron en los míos.

—¡Oh!

Yo me apreté el dedo índice contra los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Ben.

Agité la cabeza y señalé la parte superior del escritorio. Kelli sonrió burlonamente y se irguió.

—Nada, nada. Acabo de encontrar una grapadora que llevaba buscando unos días —dijo. Después, sus pies se alejaron, y continuó—: Eh... En realidad, creo que deberías ir tú a buscar los cafés. Yo tengo un asunto femenino y no debería salir a menudo con este aire tan frío.

Yo tuve que contener la risa. «Bien hecho, Kelli. Buena excusa».

Me imaginé la cara de Ben, ruborizándose, al oír que tartamudeaba.

—Está bien. De acuerdo. No hay ningún problema. Tú... eh... ponte a trabajar, y yo iré a buscar el café para los dos.

Kelli se dejó caer en la silla y dijo:

—Gracias, Ben. Te lo agradezco de verdad. Te prometo que iré yo en cuanto se me pase la regla.

Oí el crujir de la ropa y la campanilla de la puerta, que se abrió y se cerró rápidamente. Miré con nerviosismo hacia fuera de la mesa para cerciorarme de que tenía el camino libre.

—Puedes salir. Se ha ido —dijo Kelli. Yo salí de debajo de mi escritorio y

me quité una pelusa de la falda arrugada—. Entonces, ¿has dormido aquí otra vez?

—No sé cómo ha podido pasar. Estaba trabajando en lo de los viajes por Europa y, al instante, Ben entraba por la puerta y me despertaba. No puede volver a encontrarme así, y menos después de lo que ocurrió la última vez — dije. Kelli y yo nos estremecemos al recordarlo.

Hacía unas semanas, yo me había quedado dormida mientras trabajaba a toda máquina para terminar una presentación para un nuevo tour-operador con el que queríamos asociarnos. Ben me había encontrado babeando sobre una de las diapositivas y me había despertado tan bruscamente que yo, accidentalmente, había derramado una taza entera de té frío sobre mi ordenador. El ordenador en el que había recopilado todo nuestro duro trabajo, sin hacer una copia de seguridad. Todo aquel esfuerzo, para nada. Los técnicos no habían podido recuperar la información. Ben se había encogido de hombros como si solo fuera una de esas cosas que podían ocurrir, una lección para que aprendiéramos a hacer una copia de seguridad de nuestro trabajo, pero yo sabía que estaba enfadado.

Cuando fundamos aquella empresa, yo tenía la idea de que íbamos a pasarnos el día trabajando mucho, pero que también íbamos a divertirnos, y que pasaríamos las noches abrazados el uno al otro en la cama. No sabía lo mucho que iba a separarnos la agencia de viajes. Las miradas de invitación al lecho se habían convertido en miradas de desilusión.

Ya eran las nueve en punto. No tenía tiempo de ir a casa y cambiarme sin que Ben se preguntara por qué llegaba tan tarde. Iba a tener que planchar con la mano las arrugas de la falda y esperar que él no se diera cuenta de que llevaba la misma camisa que el día anterior. Me puse los zapatos y me fui al baño para tratar de arreglarme el pelo, que parecía un nido de pájaros.

—Tengo maquillaje, por si quieres —me dijo Kelli, mientras me alejaba.

Al verme las ojeras moradas, los ojos enrojecidos y la piel grisácea, acepté su oferta. Un momento después, parecía un poco menos de la noche de los muertos vivientes y más de la mañana de los muertos vivientes. Tenía una espesa capa de maquillaje en las mejillas, una mancha de pintalabios granate en los labios y una raya de kohl en los ojos, que completaba mi imagen. No estaba segura de que fuera una mejoría, pero, por lo menos, disimulaba mi mirada de somnolencia y las arrugas que se me habían quedado marcadas en la cara. El pelo era otro asunto: necesitaba atención inmediata, pero yo ni

siquiera me acordaba de la última vez que había podido ir a la peluquería. Tenía la melena mate y enredada, hecha un desastre.

—Toma, recógetelo un poco —me dijo Kelli, pasándome algunas horquillas.

—Gracias, Kel, te lo agradezco mucho —le respondí. Las tomé y empecé a recogerme los mechones de pelo que tenía por la cara.

—De nada, jefa. Yo... eh... no hablaba en serio cuando he dicho que eres una maniática del control —dijo ella, mientras arrastraba las suelas de las zapatillas en el suelo.

—No sé a qué te refieres —dije yo, con una media sonrisa. En aquel momento, sonó la campanilla de la puerta, y las dos nos sobresaltamos.

—¿Kel? —dijo Ben, en voz bien audible—. No tenían tu café con leche tamaño extra con leche semidesnatada y dos dosis de café, así que me han dado otro que parece que es para alguien llamado Heyli.

Kelli me dejó para que siguiera arreglándome.

—Ah, bueno, bien, gracias.

—¿Ha llegado ya Georgia? ¿Por qué está en el suelo su abrigo? —preguntó él, y oí que sus pantalones vaqueros crujían cuando se agachó para recoger mi chaqueta, que yo había dejado caer con las prisas por adecentarme.

—Eh, bueno, eh... —murmuró Kelli.

—¡Aquí estoy! —exclamé, y salí con una sonrisa, intentando transmitir la sensación de que había dormido muy bien—. Lo siento, debo de haber tirado el abrigo al entrar corriendo al baño...

—Ah, buenos días —dijo Ben, con cara de confusión al ver mi nueva apariencia—. Eh... Estás guapa. Toma, tu café te lo han servido sin equivocaciones.

—Gracias —dije y, rápidamente, me senté en el escritorio, actuando con toda la normalidad que podía y tratando de no fijarme en su frente arrugada, que daba a entender que Ben intentaba adivinar qué era lo que yo tenía de diferente aquel día—. Bueno, ¿estáis preparados para la reunión de personal?

—Sí —dijo él. Rápidamente, se concentró en el trabajo y se dirigió a su escritorio.

Las reuniones de personal aparecían en todos los libros de gestión empresarial que yo había estado intentando leer; bueno, más bien, en los audiolibros que yo me había descargado en el teléfono para que me ayudaran

a amortiguar el ruido de los colegiales que iban al colegio todas las mañanas en el mismo autobús que yo. Supuestamente, aquellas reuniones eran muy importantes para asegurarse de que todas las tareas fueran distribuidas equitativamente, que tuvieran un objetivo claro y que consiguieran resultados evaluables, además de mantener un contacto fructífero con los compañeros y reforzar la relación de equipo... o algo por el estilo. Nunca era capaz de concentrarme en la voz monótona de la grabación de 1001 formas de mejorar tu empresa cuando algún adolescente estaba escuchando a Justin Bieber a todo volumen con los cascos diminutos de su teléfono.

Cuando había sugerido que mantuviéramos reuniones semanales, Kelli y Ben habían tratado de no reírse de mí. Solo éramos tres, aparte de alguna visita de Trisha, la madrina de Ben, que era la anterior propietaria del negocio. Por eso, ellos me habían dicho que no eran necesarias, pero yo me había empeñado en que sí, sobre todo, para asegurarme de que todo estaba bajo control.

—¿Kel? ¿Preparada? —le pregunté.

—Sí.

Tomó su cuaderno, se sentó al borde del sofá e, ignorando mi mirada de reprobación, subió los pies al almohadón.

—Bueno, pues... —miré con cansancio mi lista de tareas, y recordé que debía añadir la limpieza a vapor del suelo y también llevar una muda de ropa limpia por si volvía a quedarme a dormir allí. Solo por si acaso—. Nos han enviado la presentación de nuestra campaña de verano, la que os mandé a los dos. No tenía tiempo para preguntaros qué os parecía, así que la acepté, pero, no os preocupéis, es verdaderamente buena. Por otro lado, a principios de esta semana tenemos el viaje guiado por Islandia. Kelli, ¿podrías enviar tú la información de los pasaportes de todo el mundo al guía del grupo por correo electrónico?

Ella asintió.

—Bueno, en realidad, también puedo hacerlo yo. Solo tardo dos minutos. También necesitamos enviar el itinerario actualizado. Ya lo he empezado yo, así que puedo terminarlo —dije, y taché la tarea en el papel.

Hice caso omiso de la mirada de desconcierto de Ben, y seguí leyendo la lista.

—El siguiente punto es el tour de la India, que sale dentro de dos semanas. Como sabéis, es uno de los viajes que más vendemos. Por eso, debemos

concentrar la mayoría de nuestros esfuerzos en él, así que creo que tenemos que pensar en nuestra relación con la empresa de tramitación de visados con la que estamos trabajando.

—¿Qué tienen de malo? —preguntó Ben.

—Nada, nada, pero creo que sería mejor que lo hiciéramos nosotros mismos. Parece que cuantos menos servicios externos hay que contratar, más valor tiene una empresa —dije, e ignoré sus ceños fruncidos—. Yo lo estudio y...

—Georgia —dijo Ben.

—¿Sí?

—¿Hay algo que quieras que hagamos Kelli y yo?

—Oh, sí, lo siento —respondí, tímidamente—. Kel, si pudieras alquilar una máquina limpiadora a vapor para limpiar las baldosas del suelo, te lo agradecería —dije. Estaba segura de que no iba a hacer mal una tarea tan sencilla—. Y, Ben, tú ya tienes suficiente con los preparativos para la Convención de Turismo y con terminar los contenidos para la página web. Dijiste que tendrías activo el apartado «¿Qué está pasando?» la semana pasada y... bueno... todavía no está subido.

—Fue ayer cuando me pediste que hiciera eso, no la semana pasada —dijo él, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿En serio? —pregunté. Dios santo, ¿solo había pasado un día?—. Bueno, de cualquier forma, tiene que quedar resuelto, por favor.

—Eso está hecho —respondió él, con un guiño que hizo que mis zonas femeninas experimentaran una rara vibración.

Me aclaré la garganta y me obligué a ponerme en marcha de nuevo.

—Gracias. Finalmente, estaba pensando también que deberíamos aprender un idioma nuevo. Tal vez pudiéramos tomar clases a la hora de comer, o algo por el estilo. Hablar su idioma sería de gran ayuda para captar nuevos clientes y para establecer relaciones con los guías extranjeros.

Al mirar expectante sus caras me di cuenta de que mi nueva idea había caído en saco roto.

—Creo que quizá eso podríamos dejarlo para el futuro, tal vez —dijo Ben, en voz baja, tratando de no reírse, mientras Kelli bostezaba exageradamente.

—Sí, bueno, pero quizá debiéramos volver a hablar pronto de ello. He leído que el mandarín es el idioma más hablado del mundo, así que, verdaderamente, deberíamos planteárnoslo para entrar en ese mercado. Ah,

por último, algo muy importante: me las he arreglado para conseguir una reunión con Hostel Planners a finales de esta semana, para ver si podemos hacer algunos de nuestros tours con ellos.

—No nos dijiste nada.

Ben clavó sus profundos ojos marrones en los míos, y un destello de confusión y dolor apareció brevemente en su rostro.

—Me he enterado esta mañana. Quiero decir, anoche —respondí, tartamudeando.

—¿Quieres que te acompañe a esa reunión? Me parece que tu lista de tareas es cada vez más pesada. ¿No sería conveniente compartir un poco la carga de trabajo, Georgia? —preguntó él, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia mí.

—Está todo bajo control. Confía en mí —dije, y sonreí débilmente sin mirar a Kelli, porque notaba que me estaba lanzando una mirada con la que me daba a entender que sabía que las cosas no estaban bajo control.

—Bueno, si estás segura... —dijo Ben, que no estaba dispuesto a dejarlo así.

—Sí, estoy segura —dije, con un poco más de énfasis del que hubiera querido. Después, suavicé mi tono y añadí—: Lo siento, pero creo que tienes suficiente trabajo con prepararte para la convención. ¿Cómo va tu discurso? ¿Quieres practicarlo con nosotras? Tal vez podrías enviármelo para que pueda revisarlo antes de que te vayas —dije, con todo el tacto que pude, con la esperanza de que pareciera una compañera de trabajo muy considerada y no una maníaca que necesitaba controlar todo lo que él fuera a decir.

—Está todo bajo control —respondió con una sonrisa, tocándose con el dedo índice una de las sienes.

—Pero ¿lo has escrito?

Ben sonrió y movió las manos vagamente.

—Sí, saldrá muy bien.

No lo había escrito. Él siempre decía que prefería hablar improvisando, pero yo me echaba a temblar al pensarlo. Asentí y añadí otro punto a la lista de mi cuaderno: *Escribir el discurso de Ben*. Intentaría metérselo en el bolsillo para que lo tuviera allí cuando lo necesitara. Él volvería de la convención agradeciéndome que le hubiera ayudado.

—Bien, entonces, ¿alguien quiere añadir algo? —pregunté.

Ben negó con la cabeza, pero Kelli levantó su delgado brazo.

—En realidad es algo no relacionado con el trabajo, pero mi banda va a tocar en la Academia mañana por la noche.

—¡Vaya, eso es increíble! —dijo Ben.

Kelli se sonrojó.

—Bueno, no es para tanto, no es la verdadera Academia, es la que está en Rusholme, encima de un restaurante indio, pero, aun así, es un concierto. Supongo —dijo, e hizo una pausa para ordenarse las ideas—. Bueno, me preguntaba si querríais venir. Si os apetece, os pongo en la lista de invitados. Ya sabéis, si no estáis demasiado ocupados, ni nada por el estilo —añadió, y se mordió el labio inferior.

—Por supuesto que estaremos allí. ¿A que sí? —dijo Ben, y me interrumpió. En aquel momento, yo estaba revisando la agenda de trabajo en mi móvil.

—Puede que no sea vuestro estilo de bar, pero las copas son baratas y, si venís, os dan un diez por ciento de descuento en cualquier curry y *poppadums* gratis.

—¿Georgia? ¿Te apuntas? —insistió Ben.

—Sí, sí suena bien —dije distraídamente, con una sonrisa tensa—. Bueno, ahora vamos a volver a concentrarnos en el trabajo.

Aquel resultó ser un buen día, en realidad, exceptuando el inicio dramático y poco profesional de la jornada. Entraron cuatro clientes sin cita previa que reservaron in situ sus viajes, y otros seis que se llevaron folletos haciendo comentarios positivos sobre la idea de volver a pagar una señal. Yo estaba absorta revisando el correo electrónico cuando sonó mi teléfono. Era una llamada de mi madre.

—Hola, mamá, no tengo mucho tiempo. Tengo mucho trabajo —le dije, rápidamente.

—Siempre dices eso —replicó ella, chasqueando la lengua, y yo puse los ojos en blanco—. Bueno, no voy a distraerte mucho, era solo para cerciorarme de que no te has olvidado de lo de esta noche.

«¿Esta noche? ¿Esta noche?». Comencé a revisar febrilmente mi lista de tareas. ¿Qué ocurría aquella noche?

—Eh... No, mamá, no me he olvidado. Está todo bajo control —dije, mintiendo.

Ella respiró con alivio.

—Estupendo. Tu padre está tan contento de verte... Vamos a salir cuando



pase la hora punta. Ya sabes que no le gusta conducir cuando las carreteras están llenas de locos. ¿A qué hora has reservado en el restaurante?

Me quedé en blanco. Entonces, de repente, me acordé. Miré rápidamente el calendario para comprobar que estaba en lo cierto. Y sí lo estaba.

Mierda. Era el cumpleaños de mi padre y hacía semanas que yo le había prometido a mi madre que conseguiría una mesa para cenar en Chez Laurent, un lujoso restaurante francés de Mánchester del que los famosos decían maravillas y un lugar donde era necesario reservar con una antelación absurda.

—Eh... A las nueve en punto —mentí.

—Perfecto. Bueno, pues te dejo que sigas trabajando. Hasta luego, amor.

Me despedí de mi madre y colgué con un nudo en el estómago. Olvidé lo que estaba haciendo y busqué a toda prisa el número de teléfono del restaurante, rezando por que ocurriera el milagro de que hubiese una cancelación de último momento para aquella noche. No hubo suerte.

La petulante recepcionista, hablando con acento francés descaradamente falso, me dijo que no era posible. Le dije que no se preocupara, y concentré toda mi atención en navegar por Internet para dar con otras opciones.

De repente, mi carga de trabajo me parecía menos importante. Había puesto alarmas en mi teléfono y en el correo electrónico para que me recordaran que tenía que comprar un regalo para mi padre y reservar en aquel lugar, pero cada vez que habían saltado, yo las había retrasado porque siempre estaba en mitad de alguna tarea. En aquel momento, tenía ganas de estrangularme a mí misma. Después de lo estresante que había sido el final del año anterior, había pensado en agasajarle por su cumpleaños, celebrar por todo lo alto que estaba con nosotras después de haber estado a punto de perderlo. Suspiré, reprochándome a mí misma ser tan mala hija.

Todos los restaurantes de cinco estrellas estaban llenos o solo tenían mesa para las cinco de la tarde, y dentro de dos semanas. Me estaba costando mucho y ocupando mucho tiempo. Si seguía así, tendría que quedarme en vela una noche más para ponerme al día de lo que no había podido hacer aquel día.

Suspiré de nuevo, y eso captó la atención de Ben.

—¿Estás bien, Georgia?

—No conocerás a ningún chef con estrella Michelin que quiera venir a preparar una cena esta noche, ¿verdad? —le pregunté, con la cabeza entre las

manos.

—¿Disculpa?

—Es el cumpleaños de mi padre, y le prometí que le invitaría a cenar en un restaurante de cinco estrellas, pero se me olvidó por completo —dije, con un gemido.

Kelli alzó la vista.

—Mi amigo Shaun el Pegajoso trabaja en TGI Fridays. Puedo intentar conseguirte una mesa allí... No, mejor, déjalo. Tiene ese mote por un motivo.

Ben hizo una mueca de asco y se giró hacia mí.

—¿Por qué no cambias de planes y les haces tú una buena cena en tu casa? Me eché a reír.

—Quiero agasajar a mi padre, no matarlo. ¿Es que no te acuerdas de lo mal que cociné cuando estábamos en Tailandia?

La mente se me llenó de recuerdos de aquella tarde en una cocina que olía a especias en Koh Lanta, y me sonrojé ligeramente al pensar en lo cerca que estábamos en aquel momento, en que yo estaba convencida de que habría podido suceder cualquier cosa entre nosotros a estas alturas, aparte de hacernos regalos por Navidad y compartir ideas de negocios de una manera amistosa, pero profesional.

Ben sonrió al acordarse.

—Sí, tal vez debas seguir con tu plan de llevarlos a un restaurante.

Yo me volví hacia mi ordenador, deseando concentrarme en el trabajo y no en lo que podría haber sucedido entre nosotros, cuando Ben me llamó.

—Oye, ¿no fuiste a un evento para la creación de contactos empresariales, o algo así, en Verde, ese restaurante italiano nuevo? Podrías llamar a quien lo organizara y ver si pueden darte una mesa para hoy.

—¡Una idea genial! Gracias —dije yo, y revisé las tarjetas de negocios que tenía en el escritorio. Pensé en aquella jornada tan aburrida durante la que mi mente inquieta había vagado desde la sobredosis de PowerPoint hacia las flores frescas y los adornos de nogal del restaurante. Me había pasado el resto de aquella aburrida reunión preguntándome si deberíamos redecorar la agencia con tonos parecidos.

Encontré la tarjeta de Luigi, el director del restaurante, un italiano sensato y amable que me había dado buenos consejos sobre lugares para visitar en Roma cuando le hablé de nuestros viajes por el país. Cinco minutos después había conseguido una mesa para tres a las nueve en punto de la noche. Bingo.

Tal vez, después de todo, consiguiera hacer bien aquello.

## Capítulo 2

*Desilusión (n.): Liberarse, o ser liberado, de la ilusión.*

—Es muy elegante, ¿verdad? —exclamó mi madre, tomando el salero de porcelana del mantel de lino almidonado—. Pero... ¿no se suponía que íbamos a ese restaurante francés? Viv siempre habla de él desde que su hijo Adam la llevó una vez cuando vino a Londres de visita. Te juro que he oído hablar más de la puñetera *crème brûlée* de ese sitio que de la ciática de Viv, y, de verdad, ella nunca deja de hablar de su ciática.

—Pero suena muy bien, de todos modos. Me refiero a la crema, no al dolor de espalda de Viv —dijo mi padre, antes de mirarme a la cara.

—Intenté conseguir mesa, pero estaba lleno —dije para disculparme, y tuve que ignorar los labios fruncidos de mi madre porque Adam sí hubiera conseguido llevar a su madre al restaurante francés—. Aunque se supone que este sitio también es muy bueno. Es el mejor italiano de Mánchester, o algo así.

—Umm... —murmuró mi madre—. Es un poco pequeño.

—Podría decirse que es acogedor, ¿no? —dije yo, para intentar verle el lado positivo al gran pilar de mármol falso que había delante de nuestra mesa. Luigi nos había dado mesa, pero no había especificado que íbamos a estar metidos detrás del Coliseo romano, junto a los baños. El olor reconfortante a ajo y romero del atestado restaurante no podía disimular las vaharadas de lejía que nos llegaban cada vez que se abría la puerta del servicio.

—Bueno, pues a mí me parece que es estupendo, y es un cambio de estar viendo las noticias mientras me como las famosas patatas con carne de tu madre —dijo mi padre, riéndose suavemente. Después de que pidiéramos la cena a una estresada camarera que se había olvidado de nosotros, a juzgar por su cara sonrojada y brillante, comenzamos a picotear los palitos de pan salados.

—Y ¿has venido directamente del trabajo, Georgia? —me preguntó mi madre, señalando con la cabeza mi ropa arrugada. Yo tenía una mancha de

tinta y otra de café en el puño de la camisa, y llevaba todavía el maquillaje *emo* inspirado en Kelli.

—Sí, lo siento. Tenía pensado pasar por casa antes de venir, pero...

—Se te ha hecho tarde —dijo ella, y suspiró—. Bueno, de todos modos, me alegro mucho de poder sentarme a hablar contigo un rato, por fin. Aunque tengo que decir que estás un poco paliducha, cariño.

—Yo... eh... hoy he probado un maquillaje nuevo, pero no voy a volver a ponérmelo —respondí, mientras me sacudía unas migas del regazo—. Bueno, papá, muchas felicidades —dije. Alcé mi copa de Chianti para brindar mientras le daba un beso en la mejilla, y percibí su olor familiar a lino limpio y plantas de tomate—. Tu regalo te va a llegar por correo —dije. Era mentira, pero solo a medias. En cuanto llegara a casa elegiría algo estupendo por Internet y pediría que se lo enviaran cuanto antes.

—El único regalo que necesito es verte —dijo él, revolviéndome el pelo—. Ahora, cuéntanos qué tal va todo. Hace siglos que no te vemos, nena. Espero que no estés trabajando demasiado.

—Bueno, ya sabéis que el primer año de un negocio siempre es un poco duro, pero estamos luchando por hacernos sitio en el mercado, e incluso tenemos una pequeña rentabilidad —dije, y les guiñé un ojo, con un sentimiento de calidez. Para eso trabajaba como una loca: para conseguir resultados.

—Una noticia excelente —dijo mi padre. Con una sonrisa, hizo entrecuchar su copa con la mía.

—¿Y aparte del trabajo? ¿No hay ningún hombre del que tengas que contarnos algo? Siempre pensé que Ben y tú haríais muy buena pareja. Con tu inteligencia y sus ojos marrones, vuestros hijos serían genios y supermodelos.

—¡Mamá! —exclamé y, rápidamente, me limpié de la barbilla un poco de vino que se me había derramado de la copa.

—¿Qué? —preguntó ella, encogiéndose de hombros con inocencia—. No trabajes tanto que se te olvide divertirse, Georgia.

—Yo sí me divierto —dije, con un mohín. Tuve que contener una arcada por la estela de olor que dejó un señor gordo al salir del servicio y pasar a nuestro lado—. En este momento me estoy divirtiendo.

—Salir a cenar por el cumpleaños de tu padre no cuenta. No creo que vayas a conocer al hombre de tu vida aquí —replicó mi madre.

—Yo pienso lo mismo, cariño —dijo mi padre, y señaló con la cabeza hacia el baño de caballeros antes de echarse a reír.

—No tengo tiempo para todo eso en este momento —dije, moviendo las manos alrededor. Estaba deseando que apareciera la camarera con nuestros platos y, así, desviar la atención del hecho de que yo fuera un fracaso en todo lo demás, aparte de mi carrera profesional. No quería que mis sentimientos hacia Ben se reavivaran, porque llevaba muchos meses manteniéndolos guardados en una caja en la que ponía «No abrir».

—Umm... Bueno, es que estamos preocupados por ti, no es nada más que eso —dijo mi madre, al tiempo que posaba su mano sobre la mía con suavidad—. Cuando volviste de tu viaje, estabas emocionada con la idea para la nueva empresa, y me parece estupendo que todo vaya tan bien. De verdad, hija —añadió, con un suspiro—. Pero, Georgia, tienes que procurar que no te ocupe todo el tiempo.

Yo aparté la mano, di un buen sorbo a mi copa de vino y sonreí.

—Ya te he dicho que estoy bien, mamá.

Mi madre siguió mirándome y enarcó una ceja antes de asentir, lentamente.

—Bueno, y ¿qué tal está Marie? ¿Y el pequeño Cole? Hace siglos que no los veo. Seguro que el niño va creciendo rápidamente...

—Están bien... —dije yo, pensando en mi mejor amiga y su hijo—. Hace tiempo que no los veo, pero ya sabes cómo son estas cosas... Ella está en su trabajo, y yo estoy en el mío. La llamaré pronto.

—Bueno, pues dile que tus padres le mandan un beso.

—Sí, te lo prometo. Papá, ¿cómo has pasado el resto del día de tu cumpleaños? ¿Te han hecho algún buen regalo? —le pregunté a mi padre, para cambiar rápidamente de conversación. Con mis padres, a veces volvía a ser una adolescente malhumorada que no quería hablar de chicos. O, por lo menos, de aquel chico en concreto.

—Pues sí, pues sí —respondió mi padre—. Este año, tu madre se ha superado a sí misma y me ha regalado una radio digital de alta gama —explicó, riéndose—. Tienes que verla, Georgia. Se sintonizan programas de radio que ni siquiera sabía que existían. ¿Cuál será la próxima ocurrencia de la gente?

Estaba escuchándole mientras me contaba que había empezado a escuchar un programa de jardinería que presentaba un hombre llamado Wayne, de Dorset, cuando sonó mi teléfono.

—Lo siento, tengo que responder a esta llamada. Que no se te olvide la conversación, papá. Tardo un minuto —dije, y me levanté, con cuidado de no golpearme la cabeza con las vigas bajo las que estábamos sentados.

—Ah, bueno. De acuerdo —dijo mi padre, y asintió con tristeza.

Para poder oír mejor la llamada, salí rápidamente del agradable calor del restaurante, y sentí la brisa helada de principios de primavera. Se me había olvidado por completo que había quedado en mantener una conversación telefónica con Dan Milligan, jefe de ventas de la revista de viajes más importante del país, *Itchy Feet*. Yo había estado intentando conseguir un espacio publicitario para poner un anuncio en aquella revista, porque me había dado cuenta de que todos nuestros competidores tenían anuncios muy llamativos de página completa en ella, y cualquier cosa que ellos pudieran hacer, nosotros podíamos hacerla mejor.

—Buenas noches, soy Georgia Green —dije, con mi voz más estirada.

—Hola, Georgia, soy Dan. Te he llamado porque, como sabes, hoy es el último día para adquirir espacio publicitario en el próximo número de la revista. Tengo una buena oferta que hacerte.

Entonces, empezó a darme un discurso sobre el número de lectores de la revista y otras cifras que yo no comprendía por completo, pero que parecían impresionantes. Después, hizo una pausa para darle más emoción.

—Así que... como estamos muy interesados en incluir a los nuevos tour-operadores en la revista, para mantener un estilo fresco y para reflejar lo que ocurre en la actualidad, podemos ofrecer media página o una página completa a... —dijo, e hizo otra pausa— un cuarenta por ciento menos del precio normal.

—Vaya, eso es mucho menos de lo que me esperaba —dije yo, después de que se me escapara una tos por la sorpresa.

Él soltó una risotada forzada.

—Lo que pasa es que solo puedo ofrecerte este precio porque estamos a punto de empezar la impresión, o sea, que necesitaría la información muy pronto. Tiene que salir para la imprenta lo antes posible, ¿entiendes?

—¿Esta noche? ¿No puede esperar hasta mañana? —pregunté, y miré el reloj. Tendría que dejar la cena de cumpleaños de mi padre para volver corriendo a la agencia y preparar algo. Además, no iba a poder hablar de ello con Ben antes de hacer el trato. ¿No podían esperar hasta la mañana siguiente?

—No, no podemos. Ya lo estoy retrasando todo porque quería ofrecerte este gran descuento. ¡Es prácticamente un regalo!

Yo me quedé callada, pensando. Incluso con el descuento, aquel anuncio se llevaría una buena parte de nuestro presupuesto para publicidad.

Dan debió de notar mis reparos.

—¿Sabes? Tengo esperando a Aventuras Totalmente Increíbles. Quería hacerte la oferta a ti primero, pero sé que, en cuanto los llame, aprovecharán el descuento sin pensarlo.

Normalmente, era Ben quien se encargaba de administrar el presupuesto para publicidad, pero aquella era una oferta demasiado buena como para rechazarla. Tendría que pedirle disculpas a mi padre, pero estaba segura de que él lo entendería. Respiré profundamente.

—Sí, está bien. Lo acepto. Inclúyenos en el próximo número.

—Excelente. Deja que haga unas cuantas llamadas y te llamaré a ti después para confirmártelo. Entonces, necesitaré la copia de tu anuncio en una hora.

—Tienes mi palabra —dije. Sonreí y colgué.

Había perdido la noción del tiempo. Tenía la carne de gallina y me castañeteaban los dientes, pero había conseguido una página completa a todo color en el siguiente número de la revista. Estaba impaciente por contárselo a Ben. Ciertamente, había la posibilidad de que él se enfadara un poco por la cantidad de dinero del presupuesto que yo acababa de gastar en cinco minutos, pero estaba convencida de que era lo mejor que podía hacer.

Las cosas iban cada vez mejor en El Club de Viajes para Corazones Solitarios, nuestra agencia de viajes, que estaba especializada en ayudar a gente que acababa de sufrir un desengaño amoroso, para que su sentimiento de pérdida y confusión se transformara en un anhelo de viajar con gente parecida a ellos. Desde que habíamos comenzado, el pasado noviembre, yo había vivido para la empresa. Estaba desesperada por que fuera un éxito. Y, asombrosamente, parecía que estaba saliendo bien. Me froté los brazos y entré al restaurante.

—Lo siento mucho. He tardado más de lo que pensaba... —dije, pero me quedé sin palabras al ver la cara de enfado de mi madre y la decepción de mi padre, que tenía la frente arrugada. Sus platos estaban vacíos, y mis espagueti a la carbonara se habían quedado fríos y se habían convertido en un montón pegajoso de color amarillento con una pinta repugnante.

—No podíamos esperar más —dijo mi madre, y frunció los labios.



—Oh, sí... Claro. Lo siento —dije, intentando clavar el tenedor en la salsa reseca, después de apartar una capa de la parte superior. No podía comerlo, así que aparté el plato—. Bueno, cuéntame qué más cosas te han regalado por tu cumpleaños —le pedí a mi padre.

—Bueno —respondió él—. Los chicos del bar me han regalado un...

El sonido de mi teléfono le interrumpió.

—Lo siento —dije, encogiéndome—. No voy a tardar.

Tomé el teléfono móvil de la mesa y salí otra vez a la calle.

—¡Georgia! —exclamó Dan, alegremente, cuando respondí a la llamada—. ¡Trato hecho!

—Bueno... eh... Estupendo —dije yo. Tenía un nudo de preocupación en el estómago, pero... no iba a dejar pasar aquello, y menos con aquellos idiotas de Aventuras Totalmente Increíbles esperando para ocupar nuestro lugar.

—Lo único que ocurre es que necesito el anuncio antes de una hora. ¿Será un problema?

—No, no. Me pongo a ello rápidamente.

Colgué el teléfono, y estaba a punto de entrar cuando se abrió la puerta del restaurante y salieron mis padres, con los abrigos puestos.

—Georgia, nos vamos a casa. Habíamos venido a verte a ti, no a mirar una silla vacía ni a que nos gasee un extraño con sus pedos —me espetó mi madre—. ¿Es que se te ha olvidado que es el cumpleaños de tu padre? ¿Que lo único que quería era verte y pasar un rato con su familia?

Aunque yo también necesitaba irme, no quería que la noche terminara así. Se me encogió el estómago, y me ruboricé.

—Lo siento mucho, mamá. Es solo que me ha pillado en medio de algo que tenía que resolver. Pero ya he terminado. He conseguido poner un anuncio en *Itchy Feet*, ya sabes, esa revista de la que te hablé hace algunas semanas.

Mi padre carraspeó y me sonrió apagadamente.

—Me alegro, cariño. Siento ser un aguafiestas, pero me siento un poco cansado. Ya sabes lo que tiene el hacerse viejo. ¿En otra ocasión?

Yo asentí y me mordí el labio inferior.

—¿Seguro que estás bien?

—Georgia, es tarde. Vamos a dejarlo así. Puedes volver a trabajar, y ya nos veremos —me dijo mi madre, mientras se abrochaba el abrigo y me daba un

beso en la mejilla.

—Bueno, llámame pronto. Ah, y feliz cumpleaños, papá —dije, mientras se alejaban.

Estaba a punto de entrar en el restaurante a recoger mi chaqueta y pagar cuando oí que mi madre le decía a mi padre:

—Además, ¿has visto lo cansada que está? De verdad, yo creo que esta empresa es demasiado para ella.

—Yo creo que solo necesita dormir bien y cuidarse un poco más, Sheila —respondió mi padre.

—Umm... Espero que tengas razón. No es normal que esté trabajando tanto, que se esfuerce tanto en demostrar algo que no necesita demostrar. Estoy preocupada por ella, Len.

—Sí, ya lo sé. Yo también, pero no le va a pasar nada. Ya lo resolverá. Después de todo, es una Green.

Yo entré al restaurante. ¿Acaso todo el mundo pensaba que yo era un fracaso? Pues no. Me iba bien. Mejor que bien.

## Capítulo 3

*Trabajoadicto (n.): Persona que trabaja compulsivamente en detrimento de otras actividades.*

—He oído decir que ustedes ayudan a gente como yo... He entrado siguiendo un impulso, en realidad, porque no creo que nadie pueda ayudarme.

La mujer que estaba sentada frente a mí hablaba susurrando, y le temblaba el pecho. Estaba haciendo jirones un pañuelo de papel que tenía entre los largos y delgados dedos y, sin darse cuenta, estaba llenando el suelo de trocitos de papel, además de su falda larga de color morado. Me fijé en que llevaba las uñas impecablemente pintadas de un color rojo que brillaba en contraste con la palidez de su piel. Recuerdo que, cuando yo me encontraba en su situación, también había pensado que, si mis uñas estaban perfectas, todo lo demás de mi vida seguiría ese camino, que con un poco de laca de uñas todo iba a arreglarse. Sin embargo, cuando los bordes de las uñas empezaban a descascarillarse, entonces había que volver a la realidad.

Miré mis manos mientras ella tomaba un sorbito de té. Yo tenía las cutículas y las uñas mordisqueadas y, en aquella ocasión, no era por la tristeza, sino de estrés. Tenía que ir a hacerme una manicura, además de ir al gimnasio, aprender a utilizar la máquina de hacer batidos de frutas que me había regalado mi madre por Navidad, estar en casa el tiempo suficiente como para poder utilizar la máquina de batidos, quedar con mi mejor amiga, llamar más a mis padres... Todas esas cosas, incluyendo el hacerme la manicura, las había olvidado hacía mucho tiempo. «Mañana», me decía siempre a mí misma. «Mañana».

—Así que hizo las maletas mientras yo estaba fuera por trabajo un fin de semana, y se marchó. Cuando llegué, me encontré el piso vacío y una nota en la que me explicaba lo que había hecho —dijo la señora de las uñas bonitas.

Me estremecí.

—Dios mío, lo siento.

Ladeé la cabeza y le pasé un pañuelo limpio. Al mismo tiempo, intenté no perder de vista a Kelli, que estaba hablando con un hombre de actitud tan insegura como la de mi interlocutora.

No me había dado cuenta de todo el tiempo que iba a pasar haciendo de consejera de mis clientes. Ellos acababan de pasar por rupturas, y entraban tambaleándose en la agencia buscando un lugar calmado para hablar con gente que entendiera que el amor no siempre salía como uno había pensado. Yo había fundado aquella empresa después de pasar por la experiencia de que mi prometido me abandonara pocos días antes de la boda. Había pasado por la misma situación en la que estaban ellos, y me había sentido insegura y asustada, pero también desesperada por cambiar mi vida. Aquel era el momento en que me había puesto una mochila en los hombros y me había ido de viaje. Aquellos clientes todavía estaban intentando aceptar lo que les había sucedido, pero yo sabía que reservando uno de nuestros viajes organizados se curarían muy pronto de la melancolía que sentían por sus examantes.

—Tenía una aventura con nuestra vecina —dijo la señora de las uñas bonitas, con un sollozo, y tomó otro pañuelo de papel para sonarse la nariz.

A mí me dio mucha pena por ella. Sabía lo que era aquel dolor. Sin embargo, también sabía que iba a mejorar. Tuve ganas de tomarla por los hombros y zarandearla, agitarle las perlas que llevaba al cuello y decirle en voz bien alta que cada vez sería más fácil, que probablemente él le había hecho un favor, que ella miraría atrás dentro de unos años, cabeceando por lo disgustada que había estado a causa de algo que le parecería tan insignificante. A mí, viajar, pasar tiempo lejos de todo lo que conocía en casa, me había servido para arreglar muchos de mis problemas, me había devuelto la confianza en mí misma y había sido la inspiración para fundar aquella empresa. Además, durante el viaje, había conocido a Ben y había recuperado la esperanza y el deseo de amar de nuevo. Ojalá pudiéramos pasar esa etapa de flirteo en la que estábamos, una etapa en la que no éramos solo amigos, pero tampoco estábamos cerca de mantener una relación sentimental.

—Esto fue hace seis meses y, desde entonces, estoy viviendo una pesadilla. Solo quiero ser feliz de nuevo, volver a ser la de antes. Fui de viaje a España con un programa de intercambio cuando era más joven, y recuerdo haber pasado una temporada feliz, despreocupada. Es como si aquella chica, aquella versión de mí misma, hubiera muerto, pero yo estoy desesperada por recuperarla, y para eso estoy aquí —dijo.

Se sonó la nariz de nuevo y me sonrió con tristeza. Después, me habló de sus días de estudiante en un pueblecito español, durante los que también había trabajado de profesora de inglés para unos niños adorables, había bebido sangría al aire libre por las noches, y había deseado que el vecino de al lado se fijara en ella.

—Se llamaba Juan. Qué curioso, que aquel vecino tenga tanto impacto en mi vida —dijo, con una sonrisa. Por lo menos, veía el lado irónico de las cosas. Era la primera vez que sonreía en los veinte minutos que llevaba allí. Al recordar su juventud, se le borraron las arrugas de preocupación del semblante pálido y delgado—. Vi un anuncio de los viajes que organizan ustedes, para gente como yo, supongo, y esperaba que tuvieran algo para mí —dijo. Parecía tan perdida que tuve ganas de darle un abrazo, pero me había fijado en que el hombre que estaba hablando con Kelli no dejaba de observarnos, y estaba rompiendo la intimidad de aquel momento con una extraña mirada de frialdad.

Yo asentí y le di unos golpecitos en la mano.

—Vamos a hacer todo lo posible para que recuperes a esa mujer joven y feliz.

Empecé a teclear en busca de viajes para ella. Teníamos un índice de éxitos increíble a la hora de elegir países y desafíos que sacaran a la gente de su zona de confort y les ayudara a volver a ser ellos mismos. Detrás de mí, en la pared, había muchísimas postales de agradecimiento de otros clientes que habían estado sentados en el mismo lugar que ella. Aquel era el motivo por el que me encantaba mi trabajo. La satisfacción de ayudar a la gente a recuperarse era inconmensurable, así que ¿qué importaba si había otras cosas en mi vida que había estado dejando de lado?

Poco después, la señora de las uñas bonitas tenía una reserva para ir a Barcelona para revivir su juventud española. Iba a ir en un grupo pequeño para recordar el español que aprendió de joven, disfrutar de las noches y empaparse de la arquitectura de la ciudad. Salió de la agencia con la información del viaje agarrada contra el pecho, con una sonrisa resplandeciente. Yo no pude evitar sonreír también.

Me di cuenta de que el hombre raro que estaba hablando con Kelli también se había marchado.

—¿Qué quería? —le pregunté a Kelli, mientras recogía los pedazos de pañuelos de papel del suelo.

Kelli se encogió de hombros.

—Era un bicho raro. Le pregunté qué estaba buscando, pero solo quería información sobre la empresa —dijo. Se metió un chicle en la boca y empezó a masticar ruidosamente.

—¿Has hablado con él tal y como te dijimos?

Me estremecí al recordar los primeros días después de contratar a Kelli. Le habíamos hecho un favor a Trisha, que era amiga de la tía de Kelli. Unas pocas semanas después de que empezara, había entrado una clienta nueva, alguien que estaba en una situación parecida a la señora a la que yo acababa de atender, con los ojos y la nariz enrojecidos por el llanto. Ben y yo estábamos al teléfono, así que Kelli había acudido a ella y le había metido nuestros folletos por los ojos a la pobre y triste mujer. Casi inmediatamente, la clienta había empezado a llorar al ver la camiseta de una banda de rock que llevaba Kelli, y había explicado entre sollozos que era el grupo preferido de su ex. En vez de consolarla, ofrecerle una taza de té y un asiento cómodo, Kelli se había echado a reír y le había dicho que ella llevaba aquella camiseta en un gesto de ironía, porque su música era una bazofia. La clienta había salido por la puerta y no había vuelto nunca más.

Kelli siempre llegaba tarde, con las arrugas de la almohada en las mejillas pálidas, y no se disculpaba. Nunca llevaba la ropa adecuada para aquel trabajo y apenas se cepillaba el pelo. Sin embargo, Ben estaba empeñado en que la conserváramos en su puesto para agradar a su tía Trisha, y decía que, dándole ánimos, la chica mejoraría. Y tenía razón. Él había pasado mucho rato explicándole a Kelli que tenía que escuchar a los clientes antes de juzgarlos por la música que le gustaba a su ex, y que no podía meterles los viajes organizados por la garganta. Algunos de los clientes no estaban listos para irse a explorar el mundo. Todavía estaban sufriendo por la pérdida de su relación y no estaban preparados para pasar página y empezar una nueva vida.

Kelli se había ido suavizando, su puntualidad había mejorado y había perdido aquella actitud malhumorada de adolescente, que se había transformado en una seguridad algo vulnerable. No era la empleada perfecta, pero tenía un corazón de oro y entendía lo que estábamos intentando hacer, aunque algunas veces tuviera muy poco tacto.

—Eh... sí —dijo Kelli, poniendo los ojos en blanco con resignación—. Aunque él se haya comportado de una manera sospechosa, le ofrecí un té.

Pero me dijo que no.

—¿Sospechosa? ¿A qué te refieres?

—No sé... Solo me preguntaba qué tal iba la agencia... Que qué tal las facturas...

—¿Te ha preguntado por la facturación de la agencia?

Ella se encogió de hombros. Se había aburrido de aquella conversación.

—Puede ser. Le dije que os iba bien, aunque podríais pagarme un poco más.

Lo dijo con tanta seriedad que tuve ganas de echarme a reír.

—Sabes que, si pudiera, lo haría —respondí yo, sonriendo, y ella volvió a poner los ojos en blanco—. ¿Te pareció que quisiera contratar un viaje?

—Bueno, me preguntó por el de la India, ya sabes, el que va de pena —dijo.

—No va de pena —repliqué, y fruncí los labios—. Lo único que pasa es que hemos tenido algunas críticas que no han sido estupendas, nada más.

Otra de mis tareas pendientes era llegar al fondo de aquel asunto. Habíamos conseguido puntuaciones de cinco estrellas en todos los demás viajes que ofertábamos y, al principio, el viaje a la India también tenía críticas parecidas. Sin embargo, ahora parecía la oveja negra de la familia.

Ella asintió lentamente.

—Bueno, de todos modos, le di un folleto.

—Ah, bien —dije, distraídamente. Dentro de pocas semanas saldría otro viaje a la India, y yo estaba decidida a conseguir que fuera el mejor de todos.

—Eh, ¿por qué esa cara? —preguntó Ben, después de colgar el teléfono. Se levantó para encender la tetera.

—Nada. Solo estaba pensando en las críticas del viaje a la India otra vez —dije, con un suspiro—. Kelli acaba de estar con un cliente que ha estado preguntando por el tour con nosotros. No puedo soportar tener que ver otra crítica de una estrella.

Ben sacó la leche de la nevera.

—No te preocupes, Georgia. Esa racha de críticas imbatibles tenía que terminar más tarde o más temprano. Yo estoy asombrado de que hayamos conseguido tantas cinco estrellas ya. Es normal que no podamos contentar a todo el mundo.

—¡Pero es que deberíamos! Trabajamos mucho para elegir a los mejores guías, los mejores hoteles y las actividades más divertidas —exclamé yo—.

Todos los viajes deberían ir como la seda.

—Sí, claro, y My Chemical Romance deberían volver a unirse y a hacer giras, pero no todo sale como queremos —intervino Kelli.

—Gracias por decir eso, Kel, ha sido de gran ayuda —repuse yo, sarcásticamente.

—Pues yo creo que tiene razón —dijo Ben, mientras me pasaba una taza de té llena hasta el borde. Yo la tomé y sonreí con agradecimiento. La taza tenía impresa una fotografía nuestra de un periódico local, que nos hicieron cuando inauguramos la agencia el año anterior. Teníamos cara de felicidad, porque todavía no sabíamos en lo que nos estábamos metiendo ni las aventuras que nos esperaban. Yo todavía guardaba como un tesoro aquella taza, aunque el lavaplatos se había llevado casi todo el color, y a mí se me había borrado la sonrisa.

—Salud —dije, y él me guiñó el ojo—. ¿Por qué dices que Kelli tiene razón?

—Bueno, mira, ya sé que queremos ofrecer los mejores viajes a nuestros clientes, que queremos conseguir que sean más felices que antes de conocernos, pero no siempre es así, Georgia. No podemos arreglar los problemas de todo el mundo. Las malas críticas son parte del negocio, sobre todo cuando estamos trabajando con gente que tiene el corazón roto. Las cosas son así —dijo. Se encogió de hombros y volvió a su escritorio.

Yo suspiré. Tal vez tuviera razón. Tal vez yo necesitara dominar a la perfeccionista que llevaba dentro.

—Pero... ¿no crees que es raro que la mayoría de esas críticas nos lleguen por el viaje a la India?

—He estado en la India varias veces, y es un país de locos —dijo Ben, cabeceando mientras recordaba sus viajes—. Estoy seguro de que la gente se ha enfadado por el país, y no por la organización del viaje. Aquello es otro mundo, algo muy distinto a la vida que vivimos aquí y, para algunos, es muy difícil entender aquella cultura. Vamos, te pido por favor que no te estreses por eso. Como tú has dicho, tenemos los mejores guías y los mejores viajes, pero no podemos controlarlo todo.

Asentí lentamente.

—No, supongo que no.

—Bueno, y ¿qué tal fue la cena de cumpleaños de tu padre? ¿Les gustó el restaurante? —me preguntó Ben, cambiando de tema.



Yo me di un golpe en la frente.

—Oh, Dios mío, se me había olvidado contártelo.

—¿El qué?

—¿Conoces a ese comercial, Dan, de *Itchy Feet*? —le pregunté. Ben asintió lentamente—. Bueno, pues he conseguido que nos hagan un enorme descuento por una página entera en la revista. ¡Un cuarenta por ciento menos! Él enarcó las cejas.

—Vaya. ¿Cómo lo has conseguido?

—Con mis encantos —dije yo, con una sonrisa—. Le envié una copia del anuncio anoche, y vamos a aparecer en el próximo número, que saldrá a la venta dentro de unas semanas.

A Ben se le borró la sonrisa de los labios en un segundo.

—¿Qué?

—Tenía que actuar con rapidez y aceptar la oferta, porque Dan tenía a otros esperando y yo no estaba dispuesta a dejar que Aventuras Totalmente Increíbles se aprovechara de ese precio.

—Espera... ¿Así que aceptaste la oferta y enviaste una copia sin hablar antes conmigo?

Asentí, mientras mi entusiasmo se desvanecía.

—Sí, porque, de lo contrario, habríamos perdido la oferta —dije, en voz baja. Kelli también notó que el ambiente cambiaba, y se marchó al servicio murmurando algo por el camino.

—Georgia —me espetó Ben—, me prometiste que siempre tomaríamos entre los dos las decisiones importantes, las que cuestan dinero. Incluso con el descuento, seguro que esto nos va a costar todo el presupuesto para publicidad.

—Lo siento. Es que no quería perder la oportunidad.

—Es el truco más viejo del mundo: decir que tienes a otros interesados para que el primer pardillo compre lo que sea sin pensarlo.

—Ah.

—Sí, ah —dijo él, y se frotó la cara con la palma de la mano. Últimamente parecía que estaba mucho más cansado—. Creía que habíamos acordado que no tomaríamos decisiones importantes sin contar el uno con el otro.

Yo me ruboricé.

—Lo siento. Creía que era lo mejor. Ya verás como esto nos trae muchos clientes —dije, y me reí débilmente, con la esperanza de que fuera cierto.

La tarde pasó volando y, antes de que me diera cuenta, Kelli se había marchado hecha un manojo de nervios para su actuación de aquella noche. Ben y yo nos quedamos a solas.

—Siento mucho lo del anuncio —dije, mientras vaciaba la papelera.

—No pasa nada. Yo siento haberme puesto así —dijo Ben, y me sonrió con sinceridad—. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ayudar. Yo quiero tanto como tú que esta empresa salga adelante —añadió, y me puso una cálida mano en el hombro. Aquello me provocó un cosquilleo de excitación. Mi cuerpo se derretía con su contacto, por muy pequeño que fuera, o por muy infrecuentemente que sucediera.

—Sí, ya lo sé —respondí, sonriéndole también.

—Bueno, lo mejor será que nos vayamos ya. Le dije a Kelli que iría a cambiarme y que después la ayudaría a colocarlo todo en el escenario —dijo él. Apartó la mano, y el momento se rompió—. ¿Sabes que Jimmy y Shelley también vienen?

—Sí, Shelley me envió un correo electrónico hace un rato para avisarme. Decía algo como que no iba a renunciar a una invitación a curry por muy malo que fuera el grupo de Kelli —le respondí.

Aunque vivíamos en la misma ciudad, yo llevaba mucho tiempo sin ver a Jimmy, el mejor amigo de Ben, y a Shelley, su novia, que era amiga mía del viaje que ambas habíamos hecho de mochileras. Por muy poco que me apeteciera ir a ver al grupo de rock *emo* de Kelli, tenía que admitir que sería agradable salir al mundo real con amigos de verdad, y estar con Ben fuera del trabajo. Aquella era la primera vez que Ben me pedía que saliéramos. Bueno, no era exactamente una cita íntima, porque yo iba a estar con Ben entre cientos de personas, pero, al menos, era una buena oportunidad para socializar fuera de la agencia.

—Estupendo. Nos vemos luego, entonces. ¿Estás segura de que no te importa echar el cierre tú sola?

Yo le hice un gesto para que se marchara.

—Tss, tss. Por supuesto que no me importa. Hasta luego. Guárdame un buen sitio.

Pareció que Ben iba a decir algo más, pero se detuvo y me saludó con la mano mientras salía de la tienda. Yo iba a terminar algunas cosas y salir hacia mi casa. Iba a salir de allí a una hora razonable, y les demostraría a mis padres que había más cosas en mi vida aparte del trabajo.

Solo había mandado un correo electrónico y ya eran las diez. Llegaba tarde. Muy tarde. Había pensado en ir a casa, darme un buen baño y arreglarme tranquilamente. Antes me encantaba la parte de los preparativos cuando iba a salir. Marie y yo poníamos la música a todo volumen, nos servíamos unas buenas copas de vino blanco y bailábamos mientras nos acicalábamos antes de meternos a un taxi entre risitas, con la emoción de lo que iba a depararnos la noche. La mayoría de las veces, lo mejor de todo era arreglarse. A mí nunca me había gustado del todo ir a discotecas, y detestaba sentirme como si fuera un objeto de exposición mientras los desconocidos pasaban cerca con pintas de cerveza, mirándonos de pies a cabeza. Al final, volvíamos a casa con los monederos más ligeros y los pies hinchados, diciendo que éramos demasiado mayores para aquello hasta la siguiente ocasión, en la que el ritual comenzaba de nuevo. Verdaderamente, tenía que llamar a Marie. ¿Cuánto hacía que no la veía? Mi teléfono móvil sonó sobre el escritorio y me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Hola! Ya estoy de camino —le dije rápidamente a Ben.

—Georgia, ¿todavía estás en la oficina? —preguntó él, y yo percibí tirantez en su voz.

—Sí, pero te prometo que iba hacia la puerta cuando me di cuenta de que no habíamos enviado los itinerarios para el viaje a Islandia. Sé que era una de mis tareas, pero se me pasó por completo. De todos modos, estoy saliendo ahora...

Ben me interrumpió con un tono de desilusión.

—Georgia, le prometiste a Kel que no ibas a llegar tarde —dijo, y su voz empezó a oírse más apagada a causa del sonido de la batería en el local—. Ella cuenta con nuestro apoyo. Ya sabes, tienes que poner en práctica tu teoría del trabajo en equipo. Además, Jimmy y Shell están preguntando por ti.

—Ya lo sé. Lo siento mucho. No quería quedarme aquí trabajando. Llegaré antes de que te des cuenta —dije, con el estómago encogido. Mi intención nunca había sido quedarme en la agencia, trabajando, aquella noche.

—Ven lo antes posible, por favor. Bueno, te dejo. Ya casi han terminado de afinar —dijo, y colgó.

Vaya, mierda. Le di una patada a la pata de mi mesa, y la entrada del concierto cayó al suelo revoloteando suavemente. La recogí y miré el reloj. Si pudiera tomar un taxi justo en aquel momento, llegaría a tiempo. Sería la única que iría vestida de oficinista, pero, al menos, estaría allí. Me puse la

chaqueta y apagué el ordenador, con la esperanza de que hubiera una larga fila de taxis negros esperando junto a la acera de la calle principal. Puse el bolso en el escritorio para buscar las llaves de la tienda y, por accidente, tiré al suelo un montón de papeles que no había podido revisar todavía.

—Mierda.

Me incliné a recoger las hojas de papel, las notas y los folletos. Los dejé de nuevo en el escritorio, intentando no agobiarme por lo desordenado que estaba mi espacio de trabajo, y vi una hoja de color gris que destacaba entre las demás. Era una de las hojas que utilizaba Kelli cuando nos escribía los mensajes: *Otra crítica de una estrella para el viaje a la India. ¡Va de pena!*

Rápidamente, leí el texto que ella había imprimido de Internet, y noté un sabor amargo en la boca. Las demás críticas que habíamos recibido eran ligeramente negativas, pero esa iba más allá. Era algo personal, virulento y mordaz, sin una sola falta de ortografía. Abrí mi ordenador personal y escribí la dirección de la página donde habían escrito aquella crítica. Era un blog de viajes que yo no conocía. Aquel *post* había recibido cientos de *likes* y comentarios, y había sido compartido muchísimas veces. Incluso tenía su propio *hashtag*. Aquello era grave. Nuestro próximo viaje a la India empezaba muy pronto y, al ser una de nuestras mayores fuentes de ingresos, yo tenía que hacer algo rápidamente.

Tomé el teléfono y marqué el número de teléfono de Kelli para saber si había leído más críticas como aquella y no nos lo había dicho. Unos segundos después, un mensaje que había dejado grabado en su contestador automático me decía que estaba tocando en un concierto. Suspiré. Iba a llamar a Ben, pero me detuve. Si se lo contaba en aquel momento, él se daría cuenta de que yo todavía estaba en la oficina y me diría que lo dejara, que todo podía esperar al día siguiente, y yo sabía que no era así. Tenía que encargarme de aquel asunto inmediatamente.

Le mandé un mensaje de texto a Shelley diciéndole que iba a llegar tarde, pero que estaría pronto con ellos. Me quité la chaqueta y encendí de nuevo las luces. El trabajo era lo primero. Habría más conciertos. Estaba segura de que Kelli y Ben lo entenderían, ¿no?

## Capítulo 4

*Espontáneo (adj.): Que surge de un impulso momentáneo.*

Apagué el teléfono cuando empezó a sonar constantemente al recibir mensajes de texto de Shelley, que me preguntaba dónde estaba, me decía que la banda de Kelli era estupenda, en realidad, y que todavía quedaba suficiente curry para mí, que me reuniera con ellos. Necesitaba concentrarme; no podía permitir que mi negocio siguiera el mismo camino que mi vida social y se fuera por el retrete.

En Navidad y Año Nuevo habíamos tenido una actividad frenética, porque queríamos atraer a las personas que se hubieran hecho el propósito de viajar para cumplir sus sueños. Después había llegado el Día de San Valentín, y tuvimos muchísimas reservas de personas solteras decididas a no quedarse sentadas en casa, sollozando. Aquel también fue el día en que perdí el valor que había estado reuniendo para preguntarle a Ben si quería tomar un café o quizás, incluso, salir a cenar, ya que ambos estábamos en diferentes eventos de creación de contactos y de promoción. ¿Qué importaba que mi vida amorosa fuera inexistente? Al menos nuestra empresa se fortalecía cada vez más gracias al trabajo duro, la determinación y el sacrificio. Aquella noche era solo uno de esos sacrificios.

El guía indio, Nihal, no estaba respondiendo a ninguno de los números que teníamos para él. Dejé escapar un profundo suspiro. Me di cuenta de que era el tour de la mañana por la mañana Así que no me sorprendía que mis correos electrónicos quedaran sin respuesta y él no estuviera en línea en Skype. Estaba a punto de redactar un correo electrónico al autor de aquel horrible *post* pidiéndole que lo retiraran, cuando se abrió la puerta de par en par. Se me había olvidado cerrar después de que se fuera Ben.

—Está cerrado —dije, mientras pensaba en cuál era la mejor forma de comenzar una conversación con un *troll* de Internet.

—¡Eh! Tú nunca cierras; ese es el problema —respondió Shelley, con una sonrisa resplandeciente y un par de botellas de vino entre los brazos. Tenía

una preciosa cara de muñeca y una expresión achispada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté. Me levanté y le di un abrazo. Olía a curry, y a mí me rugió el estómago—. Creía que estabas en el concierto de Kelli.

—Bueno, cuando dijiste que ibas a llegar tarde, me imaginé que iba a tener que venir aquí a sacarte con el incentivo del vino. Pero el concierto y el curry se terminaron, y seguía sin haber ni rastro de ti. Bueno, de todos modos, ¿qué tal estás? Tienes muy mala cara —dijo con su acento australiano, mirándome con unos ojos vidriosos. El concierto debía de haber estado muy bien.

—Gracias, Shell, siempre es un placer verte a ti también —respondí, con una media sonrisa. Le quité el vino y cerré la puerta de la agencia tras ella—. Tengo mala cara porque acabo de leer otra mala crítica de uno de nuestros viajes, la peor de todas las críticas. Y, para empeorarlo aún más, se ha vuelto viral y el maldito guía del viaje está ilocalizable, así que no puedo averiguar qué es lo que ha sucedido.

—Ah, sí —dijo ella, mientras rebuscaba un par de tazas en la cocina—. ¿Qué significa eso?

Suspiré, y me pasé los dedos entre el pelo enmarañado.

—Eso significa que no podía ir al concierto de Kelli, que no podía soportar la idea de comerme un curry, porque lo único relacionado con la India que puede procesar mi cerebro en estos momentos es lo estresada que estoy intentando ponerme en contacto con Nihal. Significa que tenemos a muchos clientes que han planeado ponerse rumbo a Nueva Delhi dentro de dos semanas para hacer un Tour Indio para Corazones Solitarios, y el guía está desaparecido. También significa que, seguramente, Ben y Kel están enfadados conmigo por no haber aparecido esta noche, sobre todo, por la murga que les doy siempre sobre el valor del trabajo en equipo —dije, con un suspiro, y me froté las sienes.

—Ah, sí, eso es un golpe —dijo Shelley, mientras llenaba las tazas de vino y me pasaba una. Yo la acepté con gratitud, y ella continuó diciendo—: Bueno, si no vamos a salir de aquí hasta dentro de un buen rato, lo menos que puedo hacer es ayudarte a resolver este asunto. Siéntate y cuéntamelo todo.

Y eso fue lo que hice. Mientras nos tomábamos las dos botellas de vino, le conté que era muy importante que aquel viaje saliera bien, le expliqué lo mucho que habíamos trabajado para conseguir a Nihal, que tenía unas buenísimas recomendaciones, además de otros proveedores que yo había

seleccionado personalmente. Me había pasado horas y horas haciendo entrevistas por Skype y habíamos gastado mucho dinero en hacer publicidad de aquel tour.

—¡Mierda! —exclamé, con una palmada en la frente—. ¡Acabo de gastarme una fortuna en un anuncio en *Itchy Feet*!

—¿Qué? —preguntó Shelley, riéndose.

—Es la revista de viajes número uno del país, y he contratado un anuncio para este asqueroso tour a la India —respondí, y di un puñetazo en la mesa. Qué idiota—. Ben no sabe nada de esto todavía. Quería arreglarlo todo sin que él se enterara.

—Umm... Bueno, y, con respecto a Ben, ¿qué hay entre vosotros? —preguntó ella, metiendo las piernas bajo el cuerpo, sobre el sofá.

—Nada —dije yo, y apuré el resto del vino que tenía en la taza—. Pásame la botella, por favor.

—Toma, sírveme a mí también —respondió Shelley y, al inclinarse para tomar la botella, tiró al suelo un montón de folletos. Yo estaba tan estresada que ni siquiera me afectó aquel desorden—. Bueno, Georgia, voy a decirte claramente lo que pienso de esta situación: Eres adicta al trabajo.

—¿Qué? No, no. Claro que no —dije yo, y tuve que apartar el dedo con el que me estaba señalando de una forma acusatoria. Después, rellené mi taza hasta el borde, y derramé algo de vino sobre mis pantalones.

—Sí, sí lo eres. Eres una adicta al trabajo que está tan empeñada en conseguir que esta empresa funcione que te has olvidado del resto de tu vida. Ni siquiera encuentras el valor para dar un paso en lo de Ben —declaró mi amiga, y se apoyó en el respaldo del sofá con una mirada de petulancia y las mejillas sonrojadas por efecto del alcohol.

Yo di un resoplido.

—Shell, te agradezco tu opinión, pero no soy una adicta al trabajo. Lo que pasa es que he invertido tanto tiempo y tanto dinero en esta empresa que necesito que vaya bien. Soy exactamente igual que cualquier otro propietario de un negocio.

Ella enarcó una ceja.

—Sí, claro. Entonces, ¿dónde está Ben ahora? ¿Dónde está tu socio? Si estáis llevando la empresa juntos, ¿por qué él no está trabajando aquí a todas horas?

—Él trabaja muchísimo.

—Sí, pero también sabe cuándo debe tomarse un descanso, y sabe vivir un poco. Te ha echado de menos esta noche —dijo, y yo sentí un aleteo en el corazón.

—¿De verdad? ¿Lo ha dicho?

—Bueno, no es que lo haya dicho —respondió Shelley, y el cosquilleo de mi estómago cesó al instante—. Pero yo sé que lo sentía. Estáis hechos el uno para el otro. Todo el mundo se da cuenta, salvo vosotros dos, claro.

—¿De verdad? —pregunté.

Ella asintió.

—Tsss... ¡Pues claro! Todos lo sabemos. Pero ni siquiera Romeo se le habría declarado a Julieta si hubiera pensado que ella no tenía ningún interés por él. Seguramente, se habría casado con alguna prima lejana de los Capuletos y habría tenido un montón de hijos, mientras que Julieta habría envejecido y se habría marchitado reprochándose a sí misma no haber tenido el valor de decirle cuáles eran sus sentimientos.

Yo me eché a reír.

—Shakespeare debe de estar revolviéndose en su tumba con esta versión que estás dando de la historia de amor más grande de todos los tiempos.

—Estoy hablando muy en serio, Georgia. ¿Cómo crees que Ben va a dar el paso si ni siquiera sabe que se te cae la baba por él? No va a arriesgarse a pedirte que salgas con él y que le des calabazas para luego tener que trabajar contigo todos los días con el orgullo herido, ni a que la empresa se hunda a causa del mal ambiente que se generaría.

Con tantas preguntas de Shelley y de mis padres sobre mi inexistente vida amorosa, yo estaba empezando a sentirme como si me hubiera detenido la Santa Inquisición.

—Pues yo creo que él ya lo sabe.

A ella se le escapó una carcajada.

—Es un tío, Georgia. Los tíos nunca lo saben, a menos que te pongas delante de ellos como Dios te trajo al mundo agitando un preservativo.

—Bueno, hace comentarios sobre mi aspecto, me dice que estoy guapa, y cosas así. Y yo siempre pongo el radiador que está a su lado más fuerte que el mío, para que él no pase frío y se sienta a gusto, y que se dé cuenta.

Ella se rascó la cabeza, siguiéndome la corriente.

—¡Aaah! Vaya, ¿y qué más?

—Bueno... eh... Él siempre me hace el té en mi taza favorita, la que tiene



nuestra foto impresa. Y tenemos una broma secreta que... bueno, cuando estamos hablando con los proveedores por teléfono, por ejemplo, decimos palabras pactadas para reírnos. Eh... en realidad, no hemos vuelto a hacerlo desde hace una temporada, pero era muy divertido —expliqué, pensando en voz alta.

Sin embargo, tenía que reconocer que ninguno de los dos estaba enviando un mensaje subliminal de «Por favor, llévame a la cama». Y yo tenía que comportarme como si no me importara. Ojalá mi propio corazón dejara de susurrarme que sí, que me importaba mucho.

—Ya —dijo Shelley, poniendo los ojos en blanco, como si no se hubiera quedado impresionada con mi estrategia de seducción—. Mira, si quieres que te dé mi opinión...

—¿Quiero que me des tu opinión?

—Sí. Si quieres que te dé mi opinión, me parece que la chica que le volvió loco en Tailandia se quedó en aquella playa.

—¿Qué?

—Pues que la Georgia divertida y despreocupada, que vivía el momento, y que él conoció, ya no existe —respondió Shelley, y tomó otro poco de vino al tiempo que ignoraba mi mirada de sorpresa—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo para divertirte? Y no me refiero a jugar al bingo en el teléfono móvil, me refiero a algo divertido.

Yo di un largo sorbo a mi taza y me quedé pensativa.

—Tomar vino en la oficina es divertido. Atrevido, incluso —dije, y le guiñé un ojo mientras ella chasqueaba la lengua.

—En serio, Georgia. ¿Dónde está la chica a la que yo conocí, que estaba dispuesta a bañarse desnuda en el mar de Tailandia, que tuvo las agallas de irse de viaje después de que su prometido la dejara plantada, que siempre decía que sí a las cosas nuevas, sin mirar primero en la agenda si le quedaba un hueco?

—Yo sí que sé divertirte... —murmuré.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo espontáneo?

—Shelley, llevar una empresa no tiene nada de espontáneo —dije yo. Justo en aquel momento, sonó el pitido que me avisaba de que había recibido un correo electrónico. Hice caso omiso de su gesto de resignación y miré a la pantalla para ver si era un mensaje de Nihal explicándome el motivo de aquella crítica tan mordaz.

—¿Es ese tal Nihal, o no? —me preguntó Shelley.

—No. Solo es una contestación automática que me avisa de que los visados para la India ya están preparados y que podemos recogerlos —respondí, con tristeza. Qué ironía.

—¡Eso es! —exclamó Shelley, y movió la taza con tanto ímpetu que el vino se le derramó sobre las piernas. Ella alzó un dedo en el aire.

—¿Qué? ¿Las visas?

—No, boba. Ya tengo la respuesta a tus problemas —dijo, y, con una enorme sonrisa, después de una pausa para darle emoción, añadió—: Deberíamos irnos a la India.

—Ja, ja. Qué graciosa —dije, con sarcasmo.

—Lo digo en serio, Georgia. Deberíamos ir a conocer al tal Nihal en persona, averiguar lo que está pasando y terminar de una vez por todas con las malas críticas. ¿Por qué no? A mí me encantan las *samosas*, e incluso quedé primera en un concurso de comer *vindaloo* en mi pueblo —dijo con orgullo—. Además, siempre he querido ir a la India. Tú puedes ir en busca del guía. ¡Incluso podríamos ir de incógnito! Sí, eso sería perfecto. Así sabríamos de verdad lo que ocurre y, además, sería algo realmente espontáneo por tu parte —exclamó. Parecía que iba a explotar de emoción.

—Pues a mí me parece que tienes que empezar a beber agua.

Agité la cabeza al pensar en lo absurdo de aquella idea. Yo no podía dejar el trabajo dos semanas para largarme a la India. ¿Cómo iba a sobrevivir la agencia sin mí?

—No estoy borracha. Es la mejor idea que se me ha ocurrido en la vida. Tú nunca te tomas vacaciones, ni días libres, y te vendría muy bien. Además, así le demostrarías a Ben que puedes volver a ser la Georgia divertida y atrevida de antes. Yo puedo hacer un viaje con mi mejor amiga, y tú resolverías el problema de la empresa. ¡Todo son ventajas!

—¿De verdad piensas que saldría bien? —pregunté, y ladeé la cabeza al pensar mejor en lo que ella estaba sugiriendo. El alcohol me había embotado y no conseguía pensar con claridad. Tal vez fuera buena idea. En realidad, solo serían dos semanas.

—¡Sí! El hecho de que hayas recibido ahora ese correo electrónico de la agencia de visados es toda una señal. ¡El universo quiere que vayas! —dijo, y empezó a reírse—. Bueno, si no te has vuelto demasiado aburrida, claro. La vieja Georgia habría reservado un vuelo directamente...

Cerré los ojos.

—No, no me he vuelto demasiado aburrída. ¡Sí! Sí. Nos vamos. ¡Voy a hacerlo ahora mismo!

—¡Bien! —gritó Shelley, y empezó a darle vueltas a un trapo de cocina por encima de su cabeza, llena de emoción. Entonces, vaciló—: Espera... ¿no quieres decírselo antes a Ben? ¿No vas a preguntarle si puedes ausentarte un par de semanas?

Yo negué con la cabeza, seguramente, con demasiada vehemencia, porque aparecieron unos puntitos delante de mis ojos.

—No, tenemos que hacerlo al calor del momento. Estoy segura de que a él le va a parecer muy buena idea que tomemos medidas y seamos activos, ¡hazme caso!

Shelley me lanzó una sonrisa resplandeciente.

Yo miré mi imagen sonriente, que se reflejaba en el monitor.

«Sí, esto va a ser la solución de todos los problemas. Shelley y yo somos un par de genios, ¡eso es lo que somos!».

## Capítulo 5

*Repercusión (n.): Efecto o resultado, a menudo indirecto o lejano, de algún suceso o acto.*

El ruido de los camiones de la basura que bajaban por mi calle me despertó de un sobresalto. Abrí los ojos e, inmediatamente, tuve la sensación de que me atravesaban las córneas con sendos cuchillos, porque la luz del sol entraba a raudales por las ventanas de la agencia. Me di la vuelta *groggily* y estuve a punto de *chucked up*. La habitación estaba hecha un desastre. Me senté con cuidado, y me sujeté la cabeza, que me latía de dolor. Tenía la boca seca como la lija yapestaba a alcohol. Había dormido otra vez en la oficina, salvo que, en aquella ocasión, tenía de acompañamiento a Shelley y a sus melódicos ronquidos.

Me pasé los dedos por el pelo y me estremecí al ver que caía un trocito de kebab grasiento al sofá en el que había dormido, el sofá que usábamos como zona de espera para que los clientes se sentaran y hojearan los folletos, que ahora tenía manchas húmedas de vino y babas. Con cansancio me puse en pie, tomé un trapo y limpié las manchas. Después, tomé el teléfono móvil y le di un empujón a Shelley para que se despertara. Tenía llamadas perdidas, un mensaje de voz de Jimmy y tres mensajes de texto de Ben, cada uno más decepcionado que el anterior por el hecho de que no hubiera ido al concierto de Kelli y ni siquiera me hubiera molestado en disculparme.

—¡Shell, Shell, despiértate! —exclamé, dándole empujoncitos.

—*Mdnasudhu* —murmuró ella, mientras se giraba y se acomodaba aún más en los cojines del suelo.

—En serio, Shelley. Tienes que levantarte. Ben y Kelli van a llegar en cualquier momento.

—¿Qué? —preguntó ella, incorporándose de un respingo. Se frotó los ojos y tosió—. ¿Qué hora es?

—Hora de levantarse y arreglar este desastre. Dios mío, ¿a qué hora nos dormimos? Me siento fatal...

—Er... No lo sé. Puede que a las tres o las cuatro. Cuando nos terminamos la tercera o cuarta botella de vino —respondió Shelley, mientras se ponía en pie.

—¿Cómo? Creía que solo habías traído dos —dije yo. Ahuequé los cojines del sofá y me fui, tambaleándome, hacia el baño.

—Sí, pero tú dijiste que podíamos abrir esta otra botella que te trajo alguien...

Yo pestañeé, intentando recordar lo que me estaba diciendo. Entonces, lo recordé de repente.

—Shelley, no era vino, era una botella de ron que nos regaló un cliente. No me extraña que me encuentre tan mal. ¡Detesto el ron!

Ella se tapó la boca con la mano como si tuviera que contener el vómito.

—Aj, yo también. Necesito dormir, una ducha y comida grasienta, ya. ¿Necesitas que te ayude a recoger primero?

Yo miré la habitación. Olía a cervecería, pero, a juzgar por el verdor de las mejillas de Shelley, quizá fuera mejor que se marchara rápidamente.

—No, no te preocupes. Voy a abrir todas las ventanas para que se ventile. Te llamo luego.

Ella salió de la agencia con agradecimiento, tambaleándose, y yo recogí las botellas vacías y las cajas de kebab, que estaban llenas de grasa, e intenté arreglar el local antes de que llegaran Ben y Kelli. Pulvericé ambientador por todas partes, incluyendo mi ropa arrugada, y me lavé rápidamente la cara para quitarme las manchas de rímel que tenía bajo los ojos, con la esperanza de poder despertarme del todo.

Cuando me hube adecentado todo lo posible, teniendo en cuenta que apenas había dormido y que llevaba la ropa del día anterior, porque todavía no me acordaba de que tenía una muda bajo el escritorio, suspiré y encendí la tetera. Podía empezar a trabajar. Hacía mucho tiempo que no me emborrachaba tanto. ¿Por qué demonios había abierto aquella botella de ron? ¿Por qué me la había bebido como si fuera un pez? ¿De qué habíamos estado hablando hasta las cuatro de la mañana? ¿De dónde habían salido los kebabs? Mi agotado cerebro se negaba a despertar y darme las respuestas que necesitaba. Desgraciado...

—Kelli, ¿no sabes que tenemos sillas? —preguntó Ben y, cómicamente,

arqueó una ceja mirando a nuestra joven empleada, que estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, rodeada de carteras de plástico, etiquetas con pegatina y una pistola de pegamento. Él llevaba toda la mañana fuera, en una reunión, así que, afortunadamente, cuando volvió ya se había quitado el olor a carne de kebab y a alcohol.

—No importa, estoy mejor aquí —dijo Kelli. Se echó el pelo hacia atrás y siguió con su tarea.

—¿Sabes que te perdiste una noche estupenda ayer, Georgia? —me preguntó Ben, mientras se sentaba en su escritorio y encendía el ordenador—. ¿Quién iba a saber que nuestra Kel tenía tanto talento oculto?

Kelli le sonrió, y evitó mi mirada como llevaba haciendo toda la mañana. Casi ni me había dirigido la palabra desde que había llegado. Yo había intentado disculparme por perderme su concierto y le había preguntado qué tal había ido todo, pero ella solo me había dado respuestas cortas.

—Prometo que iré al siguiente. Es que tuve que hacer algunas cosas aquí —dije, disculpándome de nuevo—. Bueno, me toca ir por el café. ¿Todo el mundo quiere lo de costumbre? —pregunté. Ben asintió con agradecimiento, mientras que Kelli se limitó a encogerse de hombros—. De acuerdo. Vuelvo en un minuto.

Me puse el abrigo y salí a la calle. El viento helado de primavera que soplaba en aquel momento era justo lo que necesitaba para despejarme un poco de aquella espantosa resaca que intentaba ocultarles a los dos.

Cuando volví de Starbucks con un café con leche, un chocolate caliente y un cappuccino sobre una bandeja de cartón, noté que había una extraña tensión en la agencia. Kelli estaba sentada en el sofá, girando los pulgares uno alrededor del otro.

—Mira, aquí tienes el tuyo —le dije, y le entregué el chocolate caliente. Ella tomó la taza y me sonrió con tirantez para darme las gracias. Yo me di cuenta de que estaba más pálida, incluso, de lo normal. Tal vez no fuera yo la única que sufría en silencio—. Te he pedido el que tiene las nubes de gominola que te gustan. Y, Ben, me preguntaron si quería que te pusieran sirope en el tuyo, pero les dije que no, que tú ya eras lo suficientemente dulce —comenté, y me acerqué a él, que estaba rígidamente sentado en su sitio. Me miró con una expresión grave—. ¿Va todo bien, chicos? —pregunté.

—Kelli, ¿te importaría dejarnos a solas un momento? —le pidió Ben, ignorando mi pregunta. Parecía que ella lo estaba esperando, porque se

levantó, tomó su chaqueta y salió rápidamente, sin tocar el chocolate.

—Ben, ¿qué pasa? —le pregunté, mientras me sentaba en mi escritorio. Noté una extraña sensación en la nuca.

—Georgia —dijo él, con un suspiro—. Me prometiste que no habría más secretos entre nosotros.

Yo moví la cabeza, abrí unos ojos como platos y extendí las manos.

—Sí, es cierto. Y no los hay.

Él miró al cielo con resignación, y apretó la mandíbula.

—Entonces, ¿por qué me mientes?

—No te estoy mintiendo. ¿Qué pasa, Ben?

Él se puso en pie, se colocó las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Estaba intentando calmarse.

—Cuando estabas fuera, Kelli ha respondido una llamada de teléfono de Indian Airways. Querían saber si a Shelley y a ti os gustaría un acceso a una clase superior para vuestro vuelo.

Yo me quedé completamente en blanco.

—¿Qué vuelo?

—El que sale dentro de dos semanas para Nueva Delhi —respondió él, incapaz ya de contener su enfado.

Yo me eché hacia atrás con estupefacción.

—¿A la India? Debe de tratarse de un error. No sé de qué estás hablando.

—Eso es lo que pensamos nosotros, así que Kelli les pidió que me enviaran tu itinerario por correo electrónico y... ¡Bingo! Shelley y tú habéis reservado un vuelo para Nueva Delhi. Parece que la reserva se hizo a la una de la pasada madrugada.

Oh, Dios mío... Empecé a recordarlo todo. Yo le había contado lo de las malísimas críticas del viaje a la India y lo de la desaparición de Nihal y, entonces, las dos habíamos decidido que iríamos de incógnito en su busca. Mierda.

—Oh.

—Sí. ¿Sabes que parezco un socio de negocios completamente idiota? Me entero de que te vas a marchar porque se lo dicen a Kelli. Y eso, sin contar con que estabas demasiado ocupada como para ir a su concierto, pero porque tenías cosas mucho más importantes que hacer, como reservar unas vacaciones para Shelley y para ti.

—¡No me acuerdo de haber hecho esto! Fue muy tarde, anoche, y

habíamos bebido... —hice una pausa e intenté aclararme las ideas—. Ya sabes que el tour de la India no va muy bien, y...

Ben me cortó.

—Sí, y ya hablamos sobre esto. No puedes controlarlo todo, Georgia.

—Ya lo sé, pero es que me encontré con un blog en el que habían publicado un *post* con la peor crítica de todas sobre el viaje. Era horrible, y me quedé intentando solucionarlo. Y ya sabes cómo es Shelley... —dije, e hice una pausa—. Quería hacer algo espontáneo.

Ben tomó aire.

—Georgia, no me importa que te vayas de vacaciones. No se trata de eso. Se trata de que no se te ha ocurrido decirme todo esto antes de que se enterara Kelli, y ni siquiera me preguntaste si era conveniente que te marcharas con tan poco tiempo de antelación. ¿Por qué no me contaste lo de la crítica?

—No quería que te preocuparas —dije, en voz baja.

—Pero eso es precisamente lo que conlleva que seamos socios: si tú te preocupas, yo me preocupo —respondió él, y su expresión se suavizó.

—Te prometo que no me acuerdo de haber reservado este viaje. Fue una idea tonta e impulsiva, pero voy a llamar para cancelar el vuelo rápidamente —dije, y tomé el auricular del teléfono.

Él suspiró.

—No.

—¿Cómo?

—Que no lo canceles. Te mereces unas vacaciones para descansar y no estresarte tanto por la empresa. Siempre has querido ir a la India y, además, la cancelación costaría casi tanto como el viaje. Puede que sea lo que necesitas, lo que necesitamos. Tener un pequeño descanso de la oficina y el uno del otro.

—¿Un descanso de no-nosotros? —pregunté, tartamudeando. Tuve la sensación de que alguien me ponía una mano helada en la nuca.

—No, ya sabes a qué me refiero. Un descanso de todo esto —dijo él, señalando toda la habitación con un movimiento del brazo—. Vete, Georgia. Creo que va a ser algo positivo, a pesar de la sorpresa.

Me lanzó una sonrisa apagada y descolgó el teléfono, que había empezado a sonar a su lado.

Aquello no había salido como se suponía que tenía que salir. La brillante idea de Shelley para que Ben se interesara más en mí no había dado



resultado. Yo me había imaginado que él iba a mirarme con admiración por tener tanto valor y tomar las riendas de la situación, no que no iba a poder mirarme porque había vuelto a decepcionarlo.

Abrí el correo electrónico y teclé con furia para preguntarle a Shelley si sabía que nos íbamos a la India. Teníamos que conseguir que aquello funcionara.

## Capítulo 6

*Trémulo (adj.): Excesivamente sensible. Que se agita o se trastorna fácilmente.*

En realidad, no había tenido tiempo para asimilar la apresurada decisión de irme a la India. Estaba demasiado ocupada organizándolo todo para que el traspaso de mis tareas fuera lo más sencillo posible para Ben y Kelli. Había despejado mi agenda, cambiado la fecha de algunas reuniones que debía mantener y rechazado amablemente algunos eventos para la creación de contactos empresariales, a cuyos organizadores les había pedido que me enviaran por correo electrónico la información de las presentaciones de los asistentes.

Lo más urgente de todo era conseguir los visados, porque, sin ellos, no podía hacerse el viaje. Llamé a Sanjay, que trabajaba para Visa Express, para ver si él podía tramitar nuestras visas al igual que hacía con las de nuestros clientes. Sin embargo, le había llegado la noticia de que yo tenía pensado dejar de trabajar con su empresa porque quería que nos ocupáramos nosotros mismos de la tramitación, así que me dijo, amable pero firmemente, que me fuera al cuerno.

Así que... allí estaba yo, una mañana lluviosa, esperando a que abrieran la oficina de visados. Me había refugiado bajo un toldo porque se me había olvidado el paraguas. Había llegado muy temprano porque quería ser la primera, pero parecía que todo Mánchester había tenido la misma idea. Había unas treinta personas delante de mí, y Shelley, como de costumbre, llegaba tarde. Los minutos pasaban, y las puertas no se abrían. Yo tenía frío, estaba triste y no quería perder el tiempo de aquella forma. ¿Dónde demonios estaba Shelley?

—¿Es la primera vez que viene? —me preguntó el señor indio que había delante de mí, un hombre muy alto, cuando yo estiré el cuello por enésima vez para ver qué estaba ocurriendo. Ya eran las nueve y dos minutos, y no parecía que nadie fuera a subir las oxidadas persianas.

—Eh... Ummm... Sí —respondí. No tenía ganas de entablar conversación con nadie.

Él se echó a reír, y se le formaron arrugas alrededor de los ojos, que eran de un color marrón claro rodeados por un círculo de color verde oliva.

—Ya me he dado cuenta. ¿Sabe? Dicen que esto es el primer paso de la preparación para ir a la India —respondió, con una media sonrisa.

—¿A qué se refiere? —pregunté, mientras me daba cuenta de lo guapo que era. Aquellos ojos tan inquietantes resaltaban en su piel oscura, y llevaba la barba arreglada como un diseñador. Tenía una melena espesa y negra y una sonrisa irónica, descarada y juguetona al mismo tiempo.

—Paciencia —dijo, riéndose.

Pese a lo increíblemente guapo que era aquel tipo, yo no tenía ganas de dejarme hechizar por él. Tenía demasiado que hacer como para imaginarme cómo sería aquel cuerpo bajo su elegante traje de chaqueta.

Di un resoplido.

—No estamos en la India —dije—, sino en Mánchester, donde las cosas abren a la hora a la que tienen que abrir.

Él agitó la cabeza.

—Si cree que esto es duro, espere a llegar allí. Aprenderá cosas sobre usted misma que nunca habría descubierto. Le va a encantar.

Yo ya conocía a aquel tipo de hombre: guapo, y consciente de ello, y lleno de una arrogancia condescendiente. Pensaba que por haber caído del cielo era mejor que tú.

—Creo que ya me conozco bastante bien, gracias —respondí, con una sonrisa tirante. Ojalá aquella cola avanzara con rapidez, para no tener que ver más su cara molesta y petulante. A mí me iba a ir muy bien en la India. Muy bien.

—¡Georgia! ¡Aquí estoy! —gritó Shelley, que se acercaba corriendo, con la cara muy roja, saludando con la mano—. Discúlpeme. Mi amiga me ha guardado un sitio.

Se abrió paso entre la gente de la fila, fingiendo que no veía las expresiones de disgusto ni oía los resoplidos de enfado.

—Siento llegar tarde, cariño —dijo, sin aliento, abanicándose las mejillas coloradas con el teléfono móvil—. Madre mía, qué cola. ¿No podías pedirle a alguno de tus contactos que resolviera este papeleo?

—Si hubiera podido, lo habría hecho.

Ella asintió; parecía que había percibido mi tono de enfado. A causa de aquellas vacaciones espontáneas, yo tenía que hacer muchas cosas, y esperar una cola para que le pusieran una visa a mi pasaporte no era una de ellas. Al darme cuenta de que nuestra apresurada decisión no nos afectaba solo a nosotras dos, yo había intentado facilitarles todo lo posible la situación a Ben y a Kelli, incluyendo el hecho de encontrar una sustituta para que los ayudara durante mi ausencia. Ben había dicho que iban a estar perfectamente, pero yo no estaba del todo convencida, así que pensaba que era mejor contratar a alguien temporalmente. Ben me lo agradecería, estaba segura.

El único problema era que de los muchos candidatos que habían respondido a la oferta, casi ninguno parecía adecuado. Yo había hecho dos montones de candidaturas: una con los posibles elegidos y, el otro, con los que no tenían ninguna posibilidad. Sin embargo, necesitaba seleccionar a uno de ellos enseguida.

—Ah, ya lo entiendo. Con suerte, saldremos en un abrir y cerrar de ojos —dijo Shelley, con una sonrisa—. Bueno, y ¿cómo va todo? ¿Te arrepientes?

—No, no me arrepiento. Aparte de que no vaya a volver a beber ron —respondí, y me di cuenta de que el tipo de Bollywood se había puesto de repente a mirar su teléfono móvil, por suerte.

Shelley hizo un mohín.

—Yo tampoco. ¿Qué tal con Ben? ¿No le importó que reservaras este viaje? Supongo que se alegraría de que hayas tomado la iniciativa para resolver el asunto de las críticas negativas.

Yo no había tenido tiempo para hacerle una llamada en condiciones desde que él se había enterado.

—Bueno, digamos que no se quedó superimpresionado con mi espontánea decisión de viajar de incógnito a la India. Se llevó una decepción al enterarse de que no le había comentado la idea con antelación.

—Ah, vaya... —dijo ella, asintiendo—. Eh, no te preocupes. Ya verás como, con la distancia, te echa de menos y se encariña contigo más aún...

—Eso espero —murmuré con tristeza.

De repente, se oyeron unos vítores patéticos, cuando por fin se abrió la puerta y la gente empezó a entrar en la oficina de visados. Era un local tan gris y monótono por dentro como por fuera. Había una mesa calzada con un periódico amarillento, llena de folletos y bolígrafos atados con un cordel a la madera para que nadie los robara. Al final de la sala había tres mostradores

de color rosa, tras los cuales estaban los empleados, con cara de cansados. Empezaron a sacar sillas para que los clientes pudieran sentarse.

Yo tomé un ticket para el turno y esperé bien alejada del señor indio que todo lo sabía, con la esperanza de que se dieran prisa y llamaran a nuestro número.

—Todavía no me creo que nos vayamos a la India —dije, asintiendo hacia un enorme póster del Taj Mahal que había en la pared de enfrente.

—¡Ya lo sé! Va a ser increíble —dijo Shelley, con una sonrisa.

—¿Qué te ha dicho Jimmy? ¿No crees que te va a echar mucho de menos?

—Probablemente —respondió ella—. Ya te he dicho que así, se encariñan aún más contigo...

Una voz robótica llamó al número treinta y dos.

—¡Nosotras! —exclamé, y me levanté de un salto del asiento.

Nos acercamos al mostrador de una señora de mediana edad con unas gafas gruesas, que nos miraba con expectación.

—Hola, necesitamos visados para la India, por favor —dije, y le tendí nuestros pasaportes por debajo de una ranura que había en la pantalla de cristal.

—¿Tienen los formularios? —preguntó la mujer de las gafas, con una voz nasal y un tono de monotonía.

Yo alcé la cara y la miré.

—¿Formularios? ¿Qué formularios?

Ella puso los ojos en blanco con resignación.

—Sus formularios. Los necesitan para tramitar el visado —dijo, con un suspiro—. Toda esta información estaba en nuestra página web.

Demonios.

Nosotros nos limitábamos a poner a nuestros clientes en contacto con Sanjay, y él se encargaba de resolverlo todo. Yo no sabía que hubiera que rellenar unos formularios.

—Eh... Pues no, no tenemos ningún formulario.

La mujer suspiró y miró la cola de gente que había detrás de mí. Yo sentí los ojos del señor indio petulante clavados en mí. Seguro que él sí tenía los dichosos formularios.

—¿Qué pasa? —me preguntó Shelley.

—Que teníamos que traer unos formularios.

—¿Qué formularios? Yo creía que solo tenían que sellarnos el pasaporte.

—Y yo —dije. Suspiré y me giré hacia la señora de las gafas—. ¿Y no tiene aquí los formularios para que podamos rellenarlos?

—No, hay que descargarlos de la página web —dijo ella.

Yo intenté mantener la calma.

—Entonces, ¿tenemos que volver a casa, descargarlos, rellenarlos e imprimirlos y, después, volver aquí? ¿A hacer esta cola otra vez?

—Son las normas.

—¿En serio? —le pregunté, con una expresión suplicante. Sin embargo, ella siguió mirándonos como si nada.

—Vuelvan con los formularios y las fotografías de carné. Supongo que las tendrán, ¿no?

Yo me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—Bueno, pues entonces, tienen que darse prisa. Cerramos dentro de dos horas.

Sonreí con tirantez.

—Muchas gracias por su ayuda. Vamos, Shell —dije. Me di la vuelta y me encaminé hacia la salida.

—No, no puede ser —dijo Shelley, con un jadeo—. Me ha parecido una desagradable. ¿Qué ha dicho de unas fotos?

—Tenemos que hacernos unas fotos de carné rápidamente.

Shelley asintió. Después, añadió en voz baja:

—Creía que tú sabías estas cosas.

—Por favor, no empieces.

—¿Están bien, señoritas? —nos preguntó el guapísimo y engreído señor indio, mientras yo metía mi pasaporte en el bolso.

—Sí, gracias —murmuré.

—No sabrá dónde hay un fotomatón por aquí cerca, ¿verdad? ¿O una cafetería con Internet? Necesitamos descargar unos formularios —dijo Shelley, con una sonrisa resplandeciente.

—No es necesario que nos ayude —dije—. Ya lo encontraremos nosotras —añadí, poniéndole una mano en el hombro para intentar alejarla de aquel tipo tan irritante.

—Yo tengo algunos formularios de sobra, puedo dárselos —dijo él, y rebuscó en su maletín negro. Claro, por supuesto que los tenía.

—Vaya, muy agradable por su parte. ¿Verdad, Georgia? —comentó Shelley, sin dejar de sonreír.

—Umm... No tendrá una minicámara ahí dentro también para hacernos las fotografías, ¿verdad? —dije, malhumoradamente. ¿Por qué me molestaba tanto aquel hombre? Tenía algo que me ponía los nervios de punta.

Él se echó a reír.

—No, pero hay un Asda muy cerca de aquí, donde pueden imprimírselas. Si quieren, les guardo un sitio en la cola.

Yo estaba a punto de decirle que no necesitábamos su ayuda, pero Shelley dio unas palmadas de alegría y se lo agradeció profusamente antes de tirar de mí hacia el supermercado.

—¡Qué agradable ha sido! —exclamó—. ¡Y qué guapo!

—Eres demasiado confiada —dije yo, mientras caminábamos por la acera.

—Pfff... Y tú eres demasiado cautelosa. Se puede confiar en la gente, incluso en los desconocidos. Algunas veces, lo único que quieren es ayudar a los demás.

—Eso ya lo veremos —respondí. Quería añadir que tenía experiencia a la hora de equivocarme sobre la gente en la que podía confiar o no, pero me quedé callada, como si quisiera que, al final, se demostrara que yo no tenía razón.

El señor indio había cumplido su palabra y nos estaba esperando pacientemente en la cola, con nuestros formularios. Incluso tenía una barrita de pegamento.

—Aquí tienen, señoritas —dijo él, y nos los entregó con las fotografías pegadas. Así que son Georgia Green y Shelley Robinson —dijo, leyendo nuestros nombres—. Espero que lo pasen muy bien en la India. Bueno, me marcho ya. Ah, a propósito, me llamo Rahul.

—¡Muchísimas gracias, Rahul! —le dijo Shelley, justo cuando llamaban de nuevo a nuestro número—. Dios, qué tío más majo. Qué pena que las dos estemos emparejadas. Bueno, al menos, tú tienes emparejado el corazón. Es una lástima, porque, de lo contrario, este viaje podría ser mucho más picante, y no me refiero a las especias de los currys —dijo, riéndose. Yo respondí con un murmullo.

—Venga, vamos a resolver esto de una vez.

—Qué rapidez —dijo la señora de las gafas, mientras tomaba los formularios—. Ah, bien. Voy a tramitarlos, y les avisaré si obtienen el visado.

—Un momento... ¿Cómo que si lo obtenemos? Así que, después de perder

aquí toda la mañana, ¿ni siquiera tenemos garantizado que nos lo concedan?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y cuánto van a tardar en tomar esa decisión? —pregunté.

—Si se lo aprueban, recibirá el pasaporte con el visado en su domicilio dentro de diez días hábiles.

—¿Diez días? ¿Solo para ponernos un sello? ¡Nos vamos dentro de diez días!

Ella me lanzó una mirada con la que quería transmitirme que ese no era su problema, y señaló una pequeña nota pegada al cristal en la que decía que no estaban toleradas las faltas de respeto a los empleados. Yo traté de calmarme.

—Entonces, rece por que le llegue a tiempo —me dijo, con una mirada fulminante, y avisó al siguiente de la cola—. ¡Número cincuenta y nueve!

—Pues sí que está bien lo de ser espontáneo —gruñí yo, mientras salíamos de la oficina.

Había empezado a llover a mares y el viento nos sacudió las mejillas mientras íbamos a la parada de autobús. Shelley estuvo callada durante todo el viaje hasta la otra punta de la ciudad.

Yo entré en nuestra agencia, completamente empapada y con la piel de gallina. Tenía la sensación de que aquel viaje estaba sentenciado incluso antes de empezar. Sin embargo, me animé en cuanto vi que teníamos una visita: era Trisha, la madrina de Ben y mi amiga. Al verla sentada en mi silla, tomando un té, no pude contener la sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, mientras la abrazaba.

—Hola, cariño, parece que te ha pillado la tormenta, ¿no? —dijo ella, mirando mis pantalones empapados—. Bueno, tengo entendido que, en esta época del año, el tiempo es mucho mejor en Nueva Delhi que aquí —añadió, y me guiñó un ojo.

—Ah, así que Ben te lo ha contado.

—Sí, ¡qué emocionante! Te va a encantar la India. Te prometo que siempre que he ido me he sentido como si hubiera cambiado —dijo, con deleite—. Después de todo, es el lugar de nacimiento de la espiritualidad, y tiene un aura especial. India te inspira, te entusiasma y te exaspera como ningún otro país.

—Sí, sobre todo, lo de que te exaspera me lo creo —refunfuñé yo, mientras colgaba mi chaqueta, que goteaba—. Me he pasado toda la mañana haciendo cola en la oficina de visados y puede que no nos envíen los



pasaportes cumplimentados a tiempo para el viaje —dije, suspirando. Vi la expresión petulante de Rahul, cabeceando por lo tarde que habíamos ido a resolver aquel trámite.

—Ah, sí, ya sé que es una pesadez, pero todo habrá merecido la pena cuando te bajes del avión en un país tan maravilloso. Es un enigma. No hay nada que remueva el alma como la India. Ya lo verás.

—Umm... No estoy segura de querer que nada remueva mi alma.

—Bueno, pero eso no se puede evitar. La madre India hará lo que quiera.

Yo asentí como si supiera de qué estaba hablando.

—Bueno, y ¿qué tal estás tú?

—Muy bien, muy bien. Me estoy acostumbrando a mi nueva vida. La jubilación ha sido todo un cambio —respondió, con una sonrisa que, en aquella ocasión, no le iluminó los ojos.

—Sabes que podías haber seguido trabajando aquí.

Cuando decidimos fundar Viajes para corazones solitarios, Trisha ya llevaba muchos años dirigiendo su agencia de viajes, La fábrica de recuerdos, pero nosotros nos hicimos cargo rápidamente de su leal clientela y unimos las dos para crear Joven de corazón. Preparábamos viajes para grupos pequeños a destinos europeos, en los que hombres y mujeres maduros y solteros podían experimentar alguno de nuestros tours menos animados, pero igualmente maravillosos. A Kelli le gustaba llamarlos «Jubilados calientes». Hasta el momento, había ido muy bien, porque había muchos jubilados de más de sesenta años queriendo gastarse la herencia de sus hijos en viajes. Trisha pasaba por la agencia de vez en cuando, pero sus visitas eran una sorpresa deliciosa, en vez de un asunto de trabajo.

Me dio una palmadita en la mano. Yo me quedé asombrada de lo traslúcidas que parecían sus manos arrugadas junto a las mías.

—Ya lo sé, pero ahora, esta empresa es tuya y de Ben. ¡Es vuestro bebé! —dijo, y yo me sonrojé—. ¡Ya sabes a qué me refiero! —añadió, riéndose—. Por aquí todo tiene un aspecto estupendo. Kelli me estaba contando que habéis tenido muchísimo trabajo. Creo que quería un aumento de sueldo —terminó, guiñándome un ojo.

—Como todos —dije yo, poniendo los ojos en blanco—. Bueno, cuéntame, ¿has empezado ya con alguna afición nueva? Cuando mi padre se jubiló, de repente empezó a demostrar lo bien que se le dan las plantas.

Trisha negó con la cabeza.

—No, yo no. Se me mueren hasta los cactus. He estado leyendo mucho y quedando con amigos, ahora que tengo más tiempo libre —dijo, como si fueran tareas, en vez de la libertad—. Seguro que pronto me acostumbraré.

Sonrió alegremente, y empezó a hojear uno de nuestros folletos. Entonces, se me ocurrió una idea.

—Trisha, ¿qué vas a hacer el día veintisiete?

Ella alzó la vista.

—Nada, ¿por qué?

—¿Qué te parecería dejar la jubilación unos días?

## Capítulo 7

*Nesciencia (n.): Falta de conocimiento, ignorancia.*

—Bueno, ¿le has dicho adiós a tu enamorado? —me preguntó Shelley, mientras fingía que ahuecaba un cojín en mi pequeño salón. Yo estaba haciendo la mochila para el viaje.

—Ummm... Más bien, a mi colega de trabajo a quien no voy a volver a ver hasta dentro de unas semanas —respondí, pensando en lo tensos que habían sido aquellos últimos quince días de trabajo, durante los que yo había evitado hablar de la India, porque sabía que había atravesado un límite invisible que había entre nosotros—. No lo entiendo. Es cierto que yo no le consulté la idea de ir a la India y se enteró de chiripa, todo eso gracias a ti —le dije a Shelley, mirándola significativamente—. Sin embargo, fue él quien dijo que creía que yo debía irme. Que lo mejor era que nos separáramos una temporada —dije, y se me formó un nudo en el estómago al recordar su mirada y su expresión de decepción.

—Bueno, seguramente, tiene un poco de envidia —dijo Shelley, encogiéndose de hombros.

Yo alcé la vista y la miré.

—¿A qué te refieres?

—A él le encanta viajar. Tú lo sabes desde que lo conociste —respondió Shelley.

Yo recordé la colección de postales enviadas desde sitios exóticos de todo el mundo que yo había visto en la agencia de Trisha la primera vez que entré. Las había leído sin pedir permiso. Eran de un tipo llamado Stevie, el ahijado de Trisha, sin saber que Stevie era Ben Stevens.

—Seguramente —continuó Shelley—, Ben estaba de mal humor porque no podía ir a la India contigo.

—Puede ser —dije, lentamente.

Era cierto que, probablemente, Ben se sentía como si le hubieran cortado las alas desde que habíamos fundado la empresa. Algunas veces, yo lo veía

mirando los folletos y observando fotografías de playas idílicas y selvas remotas, pero, cuando le preguntaba al respecto, alzaba la cabeza, esbozaba una sonrisa y me decía que no se arrepentía en absoluto de haber fundado la agencia. Yo hubiera deseado que añadiera «contigo» al final de la frase.

—Bueno, creo que tenemos que terminar ya y marcharnos al pub —dijo Shelley, poniéndose en pie de un salto.

—No sé, todavía no he comprobado que he metido todo lo necesario —respondí, señalando con la cabeza mi mochila medio llena.

—Pfff... Solo nos vamos para dos semanas. Lo único que necesitas son un par de bragas, un cepillo de dientes y el pasaporte.

Nuestros pasaportes habían llegado aquella misma mañana, con el visado indio para turistas. Yo tuve ganas de echarme a llorar de alegría al ver que Kelli firmaba la nota de recibo.

—¡Vamos, señorita Espontánea, vamos a tomar una cerveza y a ponernos de buen humor para el viaje de mañana!

Al entrar en el bar de mi barrio, oí el ruido de la máquina tragaperras e inhalé el humo del tabaco que enmascaraba el olor a lejía, y recordé por qué nunca iba allí. Pero era barato, estaba cerca de casa y los parroquianos eran simpáticos. Shelley se quedó en la barra, pidiendo nuestras bebidas, y yo me senté en uno de los asientos y saqué el teléfono. A Trisha le había entusiasmado la idea de trabajar mientras yo estaba de viaje, y parecía que a Ben también le había gustado. Eso había resuelto el problema de encontrar un sustituto temporal, y yo estaba tranquila dejándolo todo en manos de Trisha. Sabía que solo me iba para dos semanas, pero había muchas cosas que podían cambiar en tan corto espacio de tiempo. Estaba mirando mis correos electrónicos y asegurándome de que les había enviado a los dos todo lo necesario, cuando alguien me llamó.

—¿Georgia?

Alcé la vista y me encontré con Mike, el novio de Marie, que me estaba sonriendo.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? —le pregunté, sonriendo al ver su mono de trabajo salpicado de pintura—. ¿Acabas de terminar de trabajar?

—Sí, a ti no se te escapa nada, ¿eh? —dijo, y sonrió al ver que Shelley se acercaba con dos pintas de sidra—. Ah, hola, Shelley, ¿qué tal?

—Eres Mike, ¿verdad? —preguntó Shelley, depositando cuidadosamente las dos pintas en la mesa. Mike asintió—. Me alegro mucho de volver a verte.

Dios, la última vez fue en la inauguración de Georgia, ¿no?

—Cómo pasa el tiempo, ¿eh? —comentó Mike, riéndose.

—Y que lo digas. ¿Qué tal el pequeño Cole?

—Muy bien, gracias. Está aprendiendo lentamente los placeres de utilizar un orinal —dijo Mike, e hizo un mohín. Tiró algo de su pinta de cerveza al suelo al sentarse, y nos preguntó—: ¿Y qué hacéis vosotras aquí? ¡Georgia, tú nunca vienes!

—Mañana nos vamos a la India, así que hemos pensado en tomar algo rápido para ponernos en marcha —dijo Shelley, con orgullo.

Yo todavía no se lo había contado a nadie. No era como cuando me había ido de mochilera a Tailandia, el año anterior. Este viaje solo era de trabajo. Tenía que llegar al país, encontrar a Nihal, resolver el problema y volver.

Mike abrió unos ojos como platos.

—¡Vaya! Marie no me lo había dicho. ¡Qué emocionante!

—Sí, fue una decisión repentina —dije, sin añadir que yo estaba completamente borracha por haber consumido un ron carísimo y muy fuerte—. ¿Está ella aquí? —pregunté, y miré a mi alrededor en busca de mi mejor amiga.

—Ha ido a dejar a Cole en casa de su madre. Vamos a tomarnos la noche libre de recoger cacas y limpiar charquitos del suelo, gracias a Dios —dijo Mike, y miró su reloj, riéndose—. Llegará en cualquier mom...

Marie entró justamente en aquel momento. Recorrió el local con sus ojos verdes hasta que nos vio.

—¡Dios mío, Georgia! —exclamó, con una enorme sonrisa, mientras me abrazaba con fuerza—. Tú nunca sales. ¿Qué haces aquí? Hace siglos que no sé nada de ti.

Yo me estremecí.

—Lo siento muchísimo, pero es que he estado muy...

—Ocupada, sí, sí, ya lo sé. Pero, bueno, me podías haber respondido a algún mensaje —dijo, y agitó la cabeza—. De todos modos, ¿cómo van las cosas?

—¡Marie! —exclamó Shelley, con un vozarrón que hizo que Marie se sobresaltara—. ¿Cómo estás, guapísima?

Marie se llevó una sorpresa.

—Shelley, ¿qué haces aquí? Creía que estabas viajando por Europa.

—Sí, hice un Interrail por varios países, pero, al final, Mánchester me robó

el corazón.

—Sí, Mánchester y Jimmy —dije yo, en broma.

—¿El mejor amigo de Ben? ¿El guapo y musculoso?

—Sí, ese mismo —respondí, riéndome.

—Bueno, ¿y qué hacéis? ¿Habéis decidido salir de juerga solo las chicas? —preguntó Marie. Su tono de voz fue ligero, pero yo me di cuenta de que estaba un poco molesta.

—Sí, más o menos. Hemos decidido dejar ya el equipaje y venir a tomarnos unas copas para prepararnos para mañana —respondió Shelley.

—¿Equipaje? ¿Mañana? —repitió Marie.

—¿No te lo ha dicho Georgia? ¡Nos vamos a la India! —exclamó Shelley, mientras me pasaba un brazo por un hombro y me estrechaba contra ella.

—¿A la India? —inquirió Marie. Yo asentí—. Ah, qué bien —dijo, aunque su tono de voz ya no era ligero—. No... eh... Georgia no me lo había dicho.

Shelley no captó su simpatía forzada y siguió hablando con entusiasmo.

—Sí, mañana nos vamos a Nueva Delhi y, después, vamos a viajar por el país, a Bollywood y a Goa, a la playa. Desde luego, esta australiana necesita una buena dosis de vitamina D —dijo, riéndose, y se frotó los antebrazos llenos de pecas.

Mike se acercó y le dio a Marie un beso en la mejilla y un pequeño vaso de vino, que ella se tomó casi de un trago.

—¿Vas... vas a ir a Bollywood? —me preguntó Marie.

—Qué guay, ¿verdad? —dijo Mike.

Marie se giró hacia él.

—¿Tú lo sabías?

—Me he enterado justo antes de que llegaras, nena —dijo Mike, alzando las manos en un gesto defensivo. Después, volvió hacia la barra, murmurando algo sobre que iba a comprar una bolsa de cortezas.

—Bueno, pues espero que os lo paséis muy bien —dijo Marie, con los dientes apretados.

En aquella ocasión, Shelley sí se dio cuenta de la tensión que había entre nosotras, porque se marchó rápidamente a las máquinas tragaperras.

—Siento no haberte llamado antes. Llevo siglos queriendo hacerlo —dije, en voz baja.

—Ummm... —dijo Marie, sin mirarme a los ojos—. Pues no he cambiado de número.

La música del local y el ruido de las tragaperras fueron los únicos sonidos que alteraron el silencio que se hizo entre nosotras.

—Así que Bollywood, ¿eh?

—Marie, no es lo que piensas.

—¿Ah, no? —preguntó ella. Se apartó la melena pelirroja de los hombros y entrecerró los ojos—: Dime, Georgia, ¿qué es, en realidad?

—Pues lo cierto es que te reirías —dije yo, poniendo los ojos en blanco por la forma en que había surgido aquel viaje a la India.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Marie. Yo dejé de sonreír y miré al suelo—. ¿Sabes lo que es divertido? Yo animo a mi mejor amiga a que se vaya de viaje después de que su prometido la deje plantada antes de la boda. Estoy ahí para apoyarla y ayudarla a que supere lo que le ha ocurrido y ¿qué es lo que consigo?

—Espera, yo...

—No, espera tú. Si no digo esto ahora, ¿cuándo voy a tener otra oportunidad de hacerlo?

Asentí, y tragué para intentar deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Entiendo que estés muy ocupada con el trabajo, pero ya no sé nada de ti. No me devuelves las llamadas ni respondes a mis mensajes. Entonces, entro por casualidad aquí a tomarme una copa con mi novio y te veo aquí sentada con tu nueva amiga mochilera, riéndote. Además, me entero de que te vas a la India mañana, un país que yo siempre he querido conocer. ¡Bollywood! ¿No se te ocurrió pensar que tal vez, solo tal vez, a tu amiga, que es actriz, le hubiera gustado experimentar eso contigo? ¿O es que estás demasiado ocupada siendo Georgia, la empresaria mochilera, como para darte cuenta?

A Marie se le llenaron los ojos de lágrimas, pero pestañeó para que no se le derramaran.

—Marie, lo siento. Entiendo que te parezca así, pero, de verdad, no tiene nada que ver con eso —dije, y me puse la mano sobre el pecho, porque yo también tenía ganas de llorar.

—¿Es porque tengo un niño? ¿O porque solo trabajo de peluquera a domicilio? ¿Ya no tengo cultura suficiente, ni soy lo suficientemente interesante para ti?

—¡No! Claro que no tiene nada que ver con eso. Siento haber sido tan idiota. He tenido muchos problemas, pero en cuanto vuelva, te compensaré

por esto, te lo prometo.

Sin embargo, ella siguió mirándome de un modo fulminante.

—Puede que para entonces ya sea demasiado tarde.

Y, con eso, se levantó, se dio la vuelta y se perdió por el bar.

Yo debería haberla seguido y haberle pedido perdón, porque últimamente había sido muy mala amiga, pero estaba cansada. Estaba cansada de estropearlo todo, de que la gente me dijera que estaba preocupada por mí, de fallarles a los demás y de notar su decepción conmigo.

Estaba cansada de todo.



## Capítulo 8

*Demacrado (adj.): Tenso, fatigado.*

Nos habíamos quedado dormidas. Yo debía de haber apagado las tres alarmas que había puesto en mi teléfono móvil, porque lo que me despertó fueron los bocinazos del taxi que habíamos pedido la noche anterior.

—¡Mierda! Shell, despierta... ¡Es muy tarde!

Me levanté de un salto y me puse algo de ropa, y los zapatos.

—¿Qué? Ay, Dios mío —gritó Shelley, y se levantó del sofá, tambaleándose.

Después de mi pelea con Marie, nos habíamos quedado en el bar hasta que habían cerrado, tomándonos una botella de vino, mientras yo concluía que aquel viaje iba a ser la solución de todos mis problemas. Sería como Trisha, y volvería cambiada. Aquel plan me había parecido posible a las once de la noche anterior, pero no iba tan bien aquella mañana.

Mi pequeño piso se convirtió en un torbellino de actividad. Yo corrí de habitación en habitación recogiendo las últimas cosas y metiéndolas en mi mochila. Comprobé tres veces que había apagado la calefacción, cerré las ventanas y me cercioré de que el horno estuviera apagado. Ni siquiera recordaba cuándo lo había utilizado por última vez, pero una nunca tenía la cautela suficiente.

—Tenemos que irnos. El taxista está que trina —me dijo Shelley, desde la puerta principal, mientras yo echaba un vistazo final y lo desenchufaba todo—. ¡Georgia, vamos!

—¡Ya voy! —dije, y me colgué la mochila de los hombros. Me sentí bien al notar su peso.

En el taxi, que conducía el taxista más enfadado del mundo, empecé a sentir un cosquilleo de impaciencia y emoción en el estómago vacío. Al trabajar en una empresa de turismo, yo pensaba que siempre estaría viajando a lugares exóticos, pero había estado demasiado ocupada como para tener vacaciones. Incluso aunque las circunstancias de aquel viaje no fueran las

ideales, al menos conseguía otro sello en mi pasaporte.

Le pagamos al taxista y recorrimos corriendo los pasillos del aeropuerto, mirando los paneles para encontrar nuestro viaje. Llegábamos tan tarde que ni siquiera era divertido.

—¡Allí! —exclamé, señalando el panel—. Nueva Delhi, mostradores veintinueve a cuarenta y uno. Mierda, dice que los mostradores cierran dentro de cinco minutos. ¡Date prisa!

Seguí corriendo todo lo rápidamente que podía con la pesada mochila a la espalda. Shelley iba bostezando, con el pelo despeinado, detrás de mí.

—Buenos días. ¿Pueden darme sus pasaportes y los billetes, por favor? —dijo la mujer del mostrador, que iba muy arreglada. A su lado, estábamos hechas un desastre—. Han llegado un poco tarde, señoritas —dijo, frunciendo unos labios carnosos y brillantes.

—Tenga, y tenga —dije, y sonreí a modo de disculpa mientras le entregaba mis documentos y Shelley rebuscaba los suyos en su mochila.

—Aquí tiene mi billete —dijo Shelley, y lo puso sobre el mostrador—, y mi pasaporte está... Un momento, lo tengo por aquí...

—¿Shelley? —dije. Al verla revolver frenéticamente por entre los pliegues de algodón de colores, se me encogió el estómago.

—Lo tengo por aquí. Estas mochilas del demonio... Jimmy siempre me llama Mary Poppins por la cantidad de cosas que se acumulan aquí dentro —dijo. Sonrió con tirantez y siguió metiendo las manos por los bolsillos.

La azafata del mostrador enarcó una ceja y miró el billete de Shelley.

—¿Algún problema, señorita Robinson?

—No, no —dijo Shelley, con más tranquilidad de la que realmente aparentaba.

—¿Shell? Lo has metido en la mochila, ¿no? —pregunté, con pánico.

—Señorita Robinson, me temo que, si no tiene su pasaporte, no va a poder viajar hoy —dijo la azafata de facturación, recordándonoslo y demostrando con su actitud que no estaba dispuesta a ayudar. Después, miró su reloj.

—Lo entiendo —dijo Shelley, con una sonrisa falsa, como si estuviera conteniéndose para no saltar por encima del mostrador y darle un puñetazo.

—Nos hemos quedado dormidas —dije yo, para llenar aquel silencio tan incómodo. Ella asintió y nos miró de arriba abajo como si eso lo explicara todo.

Un momento más tarde, Shelley alzó la vista. Estaba pálida.

—No... no lo tengo.

A mí se me encogió el estómago.

—¡No! —exclamé, con un jadeo. Me quedé mirándola; parecía que se iba a desmayar, o a echarse a llorar, o las dos cosas a la vez.

—Shell, ¿estás completamente segura de que no lo tienes? —le pregunté, y comencé a rebuscar en mi propia mochila por si acaso yo lo había metido allí por error—. Vacíalo todo y vamos a volver a buscarlo —le ordené, para disgusto de la azafata de facturación. Tenía que estar allí. No teníamos tiempo para volver a casa a buscarlo y volver a tomar el vuelo.

—Señoritas, por favor, dense prisa. Tenía que haber cerrado el mostrador hace cinco minutos —nos siseó la azafata, intentando ignorar el desorden que estábamos formando en el suelo frío y duro de la zona de facturación.

—¡Tiene que estar aquí! —grité, agitando toda mi mochila, mientras caían al suelo calcetines y bolígrafos. Era obvio que el pasaporte de Shelley no estaba en ninguno de los dos equipajes—. Mira en los bolsillos. Espera, ¿no te lo habrás dejado en el taxi? ¿Estás segura de que lo tenías?

Shelley se sacó los bolsillos vacíos y se enjugó los ojos.

—Sí, completamente segura. Lo metí en el bolsillo interior de mi bolso antes de ir al bar. Incluso me llevé este bolso porque estaba paranoica por si lo perdía... —dijo, y se quedó pensativa. Después, alzó la cabeza—. Marie.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué pasa con Marie?

—Dejé el bolso en la mesa mientras vosotras hablabais. Bueno, discutíais. ¿No te acuerdas? Y, después de vuestra pelea, las dos lo dejasteis sin vigilancia —susurró, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué? Entonces, pudo ser cualquiera del bar, ¿no? —dije. Estaba aturdida de la preocupación. Marie no era capaz de haber saboteado aquel viaje, ¿no?

—Disculpe, señorita Green —ladró la azafata—. Necesito que pase por seguridad ahora mismo. Su vuelo va a despegar inmediatamente. Señorita Robinson, me temo que, si no tiene el pasaporte, no podrá volar hoy.

Yo alcé una mano para intentar ganar tiempo.

—Puede que siga en el piso. O que se te cayera del bolso en el bar. A lo mejor alguien se lo encontró y lo entregó en la barra. O puede que esté en el taxi —dije.

Shelley cabeceó con tristeza.

—Anoche lo tenía y, ahora, no.

—¿Y no se te ocurrió comprobarlo otra vez esta mañana? —pregunté, medio gritando. Me estaba poniendo histérica. Shelley tenía que venir conmigo; yo no podía hacer aquel viaje sola.

—Lo siento muchísimo, Georgia. Vas a tener que irte sin mí.

—Señorita Green, por favor, si no pasa ahora mismo por seguridad, tendré que decirles que cierren el vuelo sin usted.

—¡Está bien! —le espeté a la azafata, y le dije a Shelley—. Lo siento muchísimo. Es solo que no me puedo creer que Marie haya hecho algo así.

Shelley se echó a llorar.

—Yo sí. Estaba furiosa contigo. Tal vez así te acuerdes de ella, por fin, y no vuelvas a dejarla tirada en el futuro.

Yo cabeceé con vehemencia.

—No, Marie no haría algo tan despreciable. No es posible.

—Disculpe, señorita Green, ¿va a viajar hoy, o no?

—¿No hay otro vuelo, tal vez el siguiente, en el que pueda buscarnos plaza? —le pregunté a la azafata.

Ella dio un resoplido y comenzó a teclear con enojo en su ordenador.

Shelley se giró hacia mí.

—Espero que tengas razón con lo de Marie. Bueno, por lo menos, así puedo volver a tu casa y buscarlo bien, ir al bar y preguntar, llamar a la compañía de taxis y...

Shelley mencionó todas las opciones que teníamos para que ella pudiera hacer aquel viaje, y que no involucraran a mi mejor amiga en la desaparición del pasaporte.

—Sí, buena idea. Vuelve sobre tus pasos, encuentra el pasaporte y toma el siguiente vuelo para reunirte conmigo.

—Lo siento —dijo la azafata—. El siguiente vuelo está completo. Y el siguiente con plazas disponibles sería el próximo jueves, pero el billete cuesta el doble que el que tiene reservado para hoy. Por supuesto, si ha encontrado su pasaporte para ese día, claro.

A mí se me cayó el alma a los pies.

Shelley se quedó aún más pálida.

—Entonces, se acabó —dijo, con un suspiro, pestañeando para que no se le cayeran las lágrimas—. No puedo ir. Lo siento muchísimo. ¿Estarás bien yendo tú sola?

Yo no tuve tiempo para responder. La azafata se puso en pie y apagó su

ordenador.

—Señorita Green, por favor, sígame o ninguna de las dos volará hoy.

—Tengo que marcharme —dije, entre lágrimas, y le di un abrazo a Shelley —. Llámame en cuanto encuentres el pasaporte.

Ella asintió.

—Cuídate, Georgia... ¡y buena suerte! —me dijo, mientras yo seguía apresuradamente a la azafata.

Aquello iba a salir bien. Muy bien. Tragué saliva y noté el sabor de la bilis que me quemaba la garganta. ¿Verdad?

Pasé las medidas de seguridad y corrí por los pasillos interminables hasta que subí al avión y me dejé caer en mi asiento, entre jadeos. Miré nerviosamente por la ventanilla con la esperanza de que Shelley apareciera por un milagro y se sentara a mi lado. Sin embargo, cuando cerraron las puertas, perdí toda la esperanza. Estaba sola, y no había vuelta atrás.

Los demás pasajeros estaban hablando animadamente de su viaje, de los amigos y la familia a la que iban a ver o de los lugares que iban a visitar, pero yo solo podía pensar en cómo iba a sobrevivir. Me eché a llorar e ignoré las miradas de extrañeza de los demás. ¿Cómo iba a enfrentarme yo sola a un viaje por aquel enorme país? La espontaneidad tenía sus desventajas. Aquello había sido idea de Shelley y, ahora, ella no estaba allí para ayudarme.

Pensé en cómo me había mirado Marie la noche anterior, en lo dolida y enfadada que estaba. No era posible que ella hubiera escondido el pasaporte de Shelley; ella nunca haría algo tan malo y estúpido, ¿no? Una vocecita resonó en mi cabeza: «Sí, sí lo haría, si quisiera darte una lección, que fueras la valiente mochilera que ella piensa que eres».

Pero, en realidad, yo no era valiente. Ni lo más mínimo.

## Capítulo 9

*Pávido (adj.): Timorato, miedoso.*

Quince horas después, aterricé en el aeropuerto de Nueva Delhi. «Puedes hacerlo», me repetí mentalmente para animarme, mientras iba hacia la cinta de equipajes. Respiré profundamente, tomé mi mochila, me froté los ojos llorosos y seguí a la multitud hacia las puertas de salida. «Vamos, tranquilízate. Estás en la India, no en Marte. Puedes hacerlo».

Sin embargo, si llegar al aeropuerto de Bangkok me había parecido abrumador, no era nada comparado con salir del aire acondicionado de la terminal de Nueva Delhi a algo que me pareció una muralla de ruido. La gente gritaba, y olía a comida frita y especiada y a estiércol de vaca. Hacía tanto calor que parecía un horno, y los hombres me lanzaban miradas intimidantes. Tuve ganas de darme la vuelta y tomar el primer vuelo de vuelta a casa.

Hay más de mil millones de personas en la India, y era como si todos se hubieran congregado en aquel espacio tan pequeño para darle la bienvenida a mi vuelo. La energía vibrante de la multitud estaba contenida por una débil valla justo frente a mí. Veía brazos morenos y delgados saliendo a través de los agujeros, agarrando el aire. Las voces gritaban «taxi», compitiendo por ofrecer la mejor tarifa a los turistas que pasaban a su lado.

El sol me hizo daño en los ojos cansados. Me sentía como si estuviera en mitad del parqué de la bolsa, empujando y recibiendo empujones para hacer el mejor negocio de todos. Al sentir que alguien me tocaba el brazo, me sobresalté. Miré hacia abajo y vi a un niño de la calle, que me sonreía. Le faltaban la mitad de los dientes. Extendió la palma de la manita para pedirme unas monedas, pero yo llevaba todo el dinero metido en un cinturón de viaje color beige que, en aquel momento, estaba pegado contra mi estómago sudoroso.

—Oh, lo siento, eh... No tengo dinero —dije. Me disculpé y me saqué del bolsillo un puñado de caramelos que me habían dado en el avión—. Toma,

caramelos.

—Zorra —dijo él. Tiró los caramelos al suelo y me escupió en los pies polvorientos. Yo me quedé mirándolo con asombro y lo vi escabullirse entre la gente para seguir pidiendo dinero.

Me daba vueltas la cabeza con tanta gente a mi alrededor, que no dejaba de empujarme y apartarme de su camino. Intenté concentrarme en los letreros escritos a mano que veía ante mí, buscando el nombre de Shelley o el mío. No encontré ninguno de los dos. Nosotros esperábamos que todos los guías que trabajaban para Corazones solitarios estuvieran en el aeropuerto para saludar y recoger a los viajeros al llegar, y que les proporcionaran un medio de transporte seguro y preferiblemente con aire acondicionado que los llevara al hotel, donde pudieran conocer a los demás huéspedes y empezar su aventura. Yo ni siquiera podía avanzar para llegar al lugar donde deberían estar los taxis oficiales. Al ver el caos que reinaba ante mí, recordé una de las malas críticas:

*Me quedé tirado en el aeropuerto, desatendido, como la llamada de un vendedor a puerta fría justo cuando vas a empezar a cenar. Después de un vuelo tan largo que me había dejado agotado emocionalmente, no era la bienvenida que esperaba, ni la que había pagado. Y no sabía que aquello solo era el botón de muestra...*

De repente, alguien agarró mi mochila con tanto ímpetu que estuvo a punto de tirarme.

—Señora, lo siento, pero su hotel se ha quemado. Me han enviado a buscarla para llevarla a otro hotel —me dijo un señor larguirucho y delgado, aunque con una fuerza sorprendente. Asentía rápidamente mientras tiraba de los tirantes de mi mochila.

—¿Cómo? Espere. ¿Podría soltar la mochila, por favor? —respondí, con asombro. ¿Mi hotel se había quemado? ¡Oh, Dios mío! Necesitaba que me soltara para poder respirar y pensar, algo imposible con aquel ruido incesante a mi alrededor.

—Señorita, tenemos que irnos. Venga, venga —dijo, y empezó a tirar de una de las correas de la mochila como si yo fuera un perro con una correa. Entonces, oí que alguien gritaba:

—¿Señorita Green?

Me giré y vi a un hombre mayor, con el pelo cano, que tenía una hoja de

papel con mi nombre escrito, y que movía el brazo para llamar mi atención. El hombre que estaba tirando de mi mochila me soltó de inmediato y se escabulló. ¿Qué demonios...? Me abrí paso hacia el hombre con aspecto de cansado que tenía el letrero.

—¿Señorita Green? —preguntó, de nuevo.

Asentí.

—Sí, soy yo. ¿Es usted Nihal? —pregunté. Las cosas debían de ir verdaderamente mal, porque yo estaba segura de que la persona con la que había hablado hacía unos meses por Skype era mucho más joven y tenía mucho mejor aspecto.

El señor se echó a reír.

—No, yo soy Deepak. Nihal es mucho más feo que yo. Bueno, ¡bienvenida a Nueva Delhi! —exclamó, con una agradable sonrisa.

Yo también le sonreí, mientras me enjugaba el sudor de la cara.

—Gracias. Eh... ¿es verdad que se ha quemado el hotel? —pregunté, con los ojos abiertos como platos.

Deepak dio un resoplido y murmuró algo entre dientes.

—No, señorita Green, es un timo. Dicen eso para llevarla a su hotel. Por favor, no se preocupe. Todo saldrá según lo previsto.

Sonreí apagadamente. Maravilloso; cinco minutos después de llegar, ya había estado a punto de caer en una trampa clásica. Seguro que Shelley sí lo habría sabido.

—Ah, de acuerdo. Entonces, por favor, ¿cómo vamos a salir de aquí?

—Un momento, ¿no tenía yo que recoger a dos señoritas? —dijo, y desplegó una hoja de papel con el nombre de Shelley.

—Hubo un problema. Solo he venido yo —respondí, y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Con amabilidad, Deepak posó la mano sobre mi mochila y me guio por entre cientos de hombres que lo miraban con cara de envidia por haber conseguido una cliente.

—Bueno, entonces, usted ha sido la afortunada —dijo, con una sonrisa. Yo permití que me dirigiera, pensando en lo equivocado que estaba.

A los pocos minutos, estábamos fuera del caos, en su taxi, un vehículo limpio de color amarillo y verde, recorriendo las calles y pasando junto a cuerpos acurrucados y juntos sobre el pavimento que, aparentemente, estaban durmiendo bajo un manto de humo de coche. Había ruido por todas partes,



desde los constantes bocinazos a las voces agudas de las mujeres que salían de la radio al carraspeo de Deepak, que escupía las flemas por la ventanilla.

—Bueno, y ¿es la primera vez que viene a Nueva Delhi? —me preguntó él, mirándome por el espejo retrovisor.

—¿Es tan obvio? —pregunté yo, medio en broma.

—No se preocupe, señorita Green, yo recojo a mucha gente como usted en el aeropuerto. Están nerviosos, preocupados y tensos, pero unas semanas después, los llevo de vuelta al aeropuerto y ¿sabe una cosa?

—¿Qué?

—¡Que no quieren irse! —exclamó, y soltó una risotada mientras se pasaba un dedo por el bigote gris y tupido—. Ya lo verá.

Yo asentí distraídamente y me puse a mirar por la ventanilla, pensando en lo que me había dicho el petulante y fastidiosamente sexy Rahul en la oficina de visados: que la India les mostraba a las personas un lado diferente de ellos mismos. Pfff. Seguro que se lo decía a todas las mujeres que conocía, y que la mayoría de ellas caía rendida a sus pies. Sin embargo, yo, no. Yo me conocía bien a mí misma, y no tenía nada más que aprender, salvo cómo volver a Mánchester lo antes posible.

—Pues no sé. Yo no estoy segura de cuánto tiempo voy a quedarme. Tal vez sea cuestión de días.

Durante el vuelo, había pensado que tal vez debiera acortar mi estancia a una semana, averiguar cuál era el problema y, después, volver a casa para resolverlo. Ahora que Shelley ya no estaba conmigo, la diversión del viaje había desaparecido.

—¡Días! No, eso no es suficiente tiempo, señorita Green —dijo él, que estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo del sobresalto.

—¿Tiempo para qué?

Deepak no pudo responder, porque otro conductor nos pitó. Yo di un respingo.

—Señorita Green, se me ha olvidado decirle que debe echar el seguro de su puerta. Es mejor, hágame caso.

Yo hice lo que me decía con cautela, preguntándome si quería encerrarme a mí dentro, o quería mantener a alguien fuera.

Llegamos a un cruce de locos, donde las señales de circulación no existían, a juzgar por lo mucho que se nos acercaban los otros vehículos. Un hombre sin miembros estaba pidiendo limosna junto a una de las numerosas chabolas

que había junto a la carretera, sin prestarles atención a las bocinas, a los gritos y a los motores que pasaban tan cerca de él. Yo estaba a punto de preguntarle a Deepak si sabía dónde estaba Nihal cuando, de pronto, unos dedos fantasmales tocaron el cristal sucio de la ventanilla, y yo me pegué un susto de muerte.

Vi las caras delgadas de dos niños de la calle. Tenían el pelo mal cortado y lleno de polvo, y estaban desnutridos. Llevaban camisetas rasgadas y llenas de sudor y manchas. Iban descalzos, y la niña llevaba a un bebé apoyado en la cadera casi inexistente. A mí se me cayó el alma a los pies. El bebé no podía ser mayor que Cole. Al recordar su carita sonrojada y sus mejillas regordetas, vi la expresión dolida de Marie en el bar. Tal vez fuera mejor que no estuviera allí; una madre se sentiría desolada al ver a aquellos pobres niños sin hogar.

Yo iba a abrir la ventanilla cuando Deepak me detuvo.

—No, señorita Green. Por favor, no lo haga.

—¿Por qué?

—No les dé nada —dijo, mirándome por el retrovisor.

—¿Por qué no? —pregunté.

Otro niño se acercó a los coches que estaban delante de nosotros. Recogió una botella de plástico vacía del suelo y la rodeó con fuerza entre los brazos. La niña estaba casi pegada a mi ventanilla, y tenía unos ojos enormes, llenos de tristeza. En la rápida mirada que cruzamos, me hablaron de las cosas que había visto, cosas que yo no creía que nadie debiera ver a ninguna edad.

—Su chulo estará vigilando —dijo Deepak, con tristeza. En aquel momento, el semáforo se puso en verde, y él continuó el trayecto.

—¿Su chulo? —pregunté con horror.

Él asintió.

—Todos los niños de la calle tienen chulos. Hombres que les obligan a pedir, o a recoger las botellas que dejan tiradas los turistas para ganar dinero, pero los niños no ven ni un penique. Entiendo que debe de ser muy duro para usted ver algo así, pero, para nosotros, es un modo de vida —me explicó con calma, al tiempo que esquivaba a una vaca malnutrida que estaba bloqueando la salida y masticando algo perezosamente, ajena al peligro en el que se encontraba.

—Oh, Dios mío. No lo sabía —dije, con lágrimas en los ojos.

—Si quiere ayudarlos, entonces tiene que ir directamente a una de las

ONG que trabajan con ellos. Tenemos a mucha gente haciendo un buen trabajo. Recogen a los niños, los lavan, les dan de comer y los educan. Muy bien. Si les da el dinero a ellos, entonces sabrá con seguridad que va a ir a parar al niño, y no a un hombre malvado.

Bajó la ventanilla y escupió a la acera mientras seguía conduciendo.

Ben había estado trabajando en una ONG antes de fundar conmigo Viajes para Corazones Solitarios. Me había hablado muy bien de las cosas que hacían, de las familias a las que habían ayudado y cuyas vidas habían mejorado por ello. Nunca me había mencionado el lado oscuro, y a mí no se me había ocurrido preguntárselo. Ahora, los ojos vacíos de aquella niña se habían quedado grabados para siempre en mis párpados.

Me acordé de los muchos eventos benéficos que se organizaban para recaudar fondos; nosotras nos disfrazábamos, hacíamos los silencios patrocinados para que la gente nos pagara una cantidad por no hablar durante un día y hacíamos bizcochos en el colegio. Después, veíamos documentales de niños desnutridos que morían a causa de las hambrunas por todo el mundo, y no podíamos creer que viviéramos en el mismo planeta. Sin embargo, lo cierto era que, cuando se apagaba la televisión, las caras de aquellos niños desaparecían de tu mente antes de haber terminado la siguiente taza de té. Yo nunca me imaginé que estaría cara a cara con unos niños como las imágenes que había visto en la televisión, separados solo por un cristal sucio. Por eso necesitaba que Shelley estuviera allí conmigo, que compartiera aquello conmigo para poder hablar de ello. Yo no era lo suficientemente fuerte como para soportarlo sola.

—¿Sabe si queda mucho para el hotel? —le pregunté a Deepak, cuando nos dirigimos hacia lo que parecía una autopista. De repente, estaba desesperada por acostarme, despertar al día siguiente y descubrir que todo aquello había sido una pesadilla.

## Capítulo 10

*Odioso (adj.): Desagradable, que causa malos sentimientos.*

La recepción del hotel era pequeña, pero estaba limpia. Al entrar, fue como si se apagara el volumen de la calle caótica y concurrida. Una vez allí, tenía que fortalecerme y resolver las cosas, empezando por mi nueva persona. Durante el viaje, había estado pensando que iba a utilizar mi segundo nombre, Louise, y a decirle a todo el mundo que era una peluquera de Mánchester. Pensé que, como Green era un apellido muy común, nadie ataría cabos y pensaría que yo era la consejera delegada de la agencia de viajes con la que habían ido a la India.

Me registré sin problemas en el hotel y, después de entristecerme al recordar que no iba a compartir habitación con Shelley, empecé a sentirme un poco mejor, aunque todavía no había visto a Nihal ni al resto del grupo. El agradable recepcionista me dijo que el guía del grupo prefería dejar que los miembros llegaran por separado para que no se sintieran abrumados, y que las presentaciones tuvieran lugar más tarde. Yo había asentido como si lo comprendiera, pero pensé que era más seguro que el grupo se formara en el aeropuerto, sobre todo, teniendo en cuenta lo que era el vestíbulo de llegada a Nueva Delhi.

Después de una ducha refrescante y una siestecita, estaba lista para enfrentarme a mi reto. Me había puesto un vestido ligero de color crema, y esperaba que fuera elegante y fresco para ir al restaurante. Me coloqué un chal de Primark por los hombros y volví a la recepción para, por fin, conocer al esquivo Nihal y al resto del grupo.

Yo sabía que teníamos cinco viajeros en aquel grupo: Oliver Chalmers, Christopher Kennings, Rebecca Jackson, Liz Lowes y Felicity Black (Flic). Había conocido a Liz, una mujer pálida y delgada, en Mánchester, cuando ella había ido a la agencia, pero los demás habían reservado el viaje online o por teléfono, así que no sabía nada de ellos. Esperaba que Liz no se acordase de mí. Después de todo, era Ben quien la había atendido.

Llegué la primera, así que me senté azoradamente en un sofá de cuero beige que había cerca de la puerta. Diez largos minutos después, apareció un tipo con el pelo corto y rubio rojizo, pecas en las mejillas y en los brazos, pálidos y tonificados. Me vio, y en su semblante apareció una expresión de alivio mientras se acercaba para saludarme.

—¡Hola! ¿Tú también vas en el grupo? Me llamo Ollie —dijo, con un amistoso acento del noreste de Inglaterra. Aquel tipo tan mono, que se parecía a Ed Sheeran, me tendió la mano y sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta.

—Hola, sí, claro que sí. Me llamo... eh... Louise. Me alegro de conocerte, Ollie —dije, estrechándole la mano.

—Bueno, y ¿sabes cuál es el plan? —me preguntó mientras se sentaba enfrente de mí, frotándose la nuca—. Es la primera vez que hago un viaje organizado y no estaba seguro de lo que podía esperar, para ser sincero —dijo. Tenía una voz grave y amigable. Se le arrugaban las comisuras de los ojos verdes al sonreír, y se le formaban dos hoyuelos adorables en las mejillas.

—Sí, se pone uno un poco nervioso, ¿verdad? El primer día siempre es un poco embarazoso.

—Ah, entonces, ¿tú ya tienes experiencia en este tipo de viajes?

—Eh... no. Bueno, el año pasado sí fui en un viaje organizado a Tailandia, pero no era como este —dije.

Él asintió.

—Ah, creo que vienen más compañeros.

Me giré para seguir su mirada, y vi que aparecían tres mujeres en la recepción, tan azoradas como nosotros. Se dirigieron hacia Ollie y hacia mí.

—Hola, yo soy Bex. ¿Vosotros también estáis en el tour de la triste soltería? —preguntó antes de reírse la más bajita y regordeta de todos. Las otras dos estaban un poco escondidas detrás de su amplia figura.

—Sí, yo soy Louise y él es Ollie —dije con una sonrisa, y me eché hacia un lado en el sofá para dejarles sitio.

—Muy bien. Os presento a Liz y a Flic —dijo Bex, señalando con la mano a las dos mujeres que había tras ella.

Liz asintió para saludar. Tenía un pañuelo de papel arrugado entre las manos, y los ojos llorosos se le abrieron como platos al ver a Ollie. Tenía los pómulos altos y un cuerpo esbelto y grácil, y parecía que había salido de

cualquier pasarela de Milán. Sin embargo, a juzgar por lo encorvados que llevaba los hombros y por cómo le temblaban las manos, estaba claro que no tenía seguridad en sí misma.

—Eh, bienvenidas al club. Vaya, espero no ser el único tío —dijo Ollie, riéndose.

—¿Te asusta ponerte en contacto con tu lado femenino? —preguntó la otra mujer, Flic, con tirantez, antes de dejarse caer en el sofá, a mi lado. De repente, percibí una vaharada de ylang-ylang; olía igual que una crema que se echaba mi madre en los pies después de un largo día en el trabajo.

—No, no. Yo estoy muy contento entre mujeres. De hecho, me siento feliz —respondió tímidamente Ollie, bajo la mirada fulminante de Flic.

Ella era lo que podía denominarse la típica mochilera hippy. Tenía el pelo lleno de rastas y aclarado por el sol, y lo llevaba recogido sobre la cabeza. Tenía los brazos morenos y llevaba cientos de pulseras, unas de metal y otras, de hilo trenzado. El vestido marrón sin forma que se había puesto, en forma de saco, completaba a la perfección el *look* hippy elegante que ella estaba buscando. De repente, me sentí muy limpia y arreglada a su lado.

—Solo era una broma —le dijo Flic a Ollie, antes de bostezar. Cuando inclinó la cabeza, el *piercing* que llevaba en la nariz brilló bajo la luz. Ollie murmuró que ya lo sabía—. Bueno, y ¿alguno sabe adónde vamos a ir esta noche?

Liz, que se había sentado en un brazo del sofá y estaba jugueteando con el borde de su manga, negó con la cabeza. Tenía el pelo largo y castaño claro, y la melena se le movió suavemente con el movimiento.

—Se me olvidó imprimir el itinerario que nos enviaron —susurró, mirando al suelo.

—Creo que estamos aquí para conocernos entre todos antes de salir a cenar —dije.

¿Dónde demonios estaba Nihal? Esperaba que no llegara tarde. Según mis cuentas, todavía faltaba por llegar un miembro del grupo. Intenté captar la atención del recepcionista para ver si estaba preparando una copa de bienvenida para todo el mundo, como esperábamos en todos nuestros viajes organizados, pero estaba mirando con una gran concentración la pantalla del ordenador.

—Dios santo, me muero de hambre. Lo que nos dieron en el avión no era comida —dijo Bex—. Ni siquiera se lo daría a mi perra, ¡y eso que Brenda se

lo come todo! Una vez me la encontré comiéndose una caja de tampones, toda feliz. No te preocupes, no estaban usados —añadió, al ver la cara de horror y de azoramiento de Ollie.

Flic frunció el ceño.

—¿Sabes? No deberías ser tan desdeñosa por el tiempo, y el esfuerzo y el coste que supone esa «comida para perros». La gente que se muere de hambre en África no le haría tantos ascos —dijo. Después, cabeceó y aligeró el tono; su acento inglés pijo no concordaba en absoluto con su atuendo hippy—. Este es otro ejemplo de cómo el mundo occidental nos lava el cerebro a través del estómago. Solo porque no cumpla nuestras normas culturales o no se parezca a lo que hay en el supermercado no tiene por qué saber peor.

—Claro —dijo Bex, siguiéndole la corriente—. Y yo que pensaba que era solo una papilla de gran altitud.

Ollie contuvo la risa mientras Flic ponía los ojos en blanco.

—¿Es como las zanahorias que tienen una forma rara y que se desperdician porque nadie las quiere? —preguntó él, con falsa inocencia.

Bex se echó a reír.

—Para ser sincera, a mí me gustan las chirivías nudosas.

Flic chasqueó la lengua y murmuró en voz baja que dudaba que Bex supiera cómo era una chirivía. Liz, que aparentemente no sabía dónde meterse, sonrió con agradecimiento al ver a un hombre que salió de detrás de una columna blanca.

Llevaba unos pantalones cortos de loneta caqui y tenía las piernas rosas y peludas. Iba mirando su teléfono con cara de tensión y el ceño fruncido.

—¿Va todo bien, amigo? ¿Tú también estás en el grupo? —le preguntó Ollie, que debía de estar contento por poder terminar con la conversación sobre la comida del avión y por no ser el único hombre.

El tipo, aunque parecía que solo tenía unos años más que yo, tenía el pelo completamente gris, cosa que aumentaba la severidad de su expresión. Giró la cabeza y miró a Ollie, y alzó una mano como diciéndole que esperara. Después, volvió a concentrarse en el teléfono y se puso a escribir un mensaje.

—Bueno, bueno —dijo Ollie, y se encogió de hombros con azoramiento. Rápidamente, volvió a sentarse.

El hombre del pelo con cincuenta matices de gris terminó de escribir el mensaje y, lentamente, caminó hacia nosotros con cara de pena. Tenía unas marcadas ojeras moradas, y los ojos de un color gris muy claro. Su expresión

adusta era todo un contraste con la sonrisa de picardía de Ollie. Mientras que Ollie estaba entusiasmado, parecía que aquel hombre quería estar en cualquier parte salvo allí, como si todo aquello no fuera más que una odiosa molestia. Intenté quitarme aquella impresión de la cabeza; seguramente, solo estaba cansado. Acababa de hacer un vuelo muy largo y seguramente se sentía abrumado, como todos nosotros, después de aterrizar allí. Sin embargo, por algún motivo, tuve una sensación de inquietud al intentar creerme aquello.

—¿Es este el lugar de encuentro del grupo? —preguntó, con una voz tan monótona y gris como el resto de su persona.

—Bueno, si no lo es, todos nos hemos equivocado de sitio —dijo Bex, sonriendo. Después, hizo las presentaciones—: Yo soy Bex, y estos son Ollie, Liz, Louise y... Lo siento, se me ha olvidado tu nombre... —le dijo a Flic, aunque no pareció que aquello le importara mucho a la aludida.

—Flic —dijo, secamente.

—Muy bien. No me voy a acordar de ninguno. Yo me llamo Chris —respondió, también secamente, el recién llegado, y nos miró con intensidad antes de consultar la hora en su reloj de pulsera—. Entonces, ¿dónde está el guía?

—Eh... Debería llegar enseguida. Siéntate, si quieres —dije yo, intentando comprobar si iban a materializarse alguna vez aquellas copas. Nunca había necesitado más el lubricante social por antonomasia. Chris murmuró algo sobre la puntualidad y permaneció en pie. De repente, me sonó su cara, pero podría jurar que no lo conocía de nada.

Estaba a punto de acercarme a la recepción cuando entró de la calle un hombre indio, sudoroso y jadeante. Se dirigió rápidamente al mostrador, pero se detuvo al vernos a todos en los sofás. Respiró profundamente, se enjugó el sudor de la frente y se irguió antes de acercarse a nosotros.

—Hola. El Club de Viajes de los Corazones Solitarios, ¿no? —preguntó, y todos asentimos. Chris puso los ojos en blanco al ver a aquel hombre aturullado con las mejillas rojas, y yo tomé aire bruscamente. Aquel no podía ser...

—¿Nihal? —pregunté, ignorando las miradas de los demás ante el hecho de que yo supiera cómo se llamaba. Nihal tampoco se dio cuenta de eso.

—Sí, soy Nihal, el guía de vuestro viaje —dijo. Extendió el brazo y estrechó la mano a todo el mundo con la palma sudorosa, antes de secársela



sin disimulos en la pernera del pantalón—. Fantástico... eh... Bienvenidos a la India.

Carraspeó como si acabara de recordar lo que tenía que decir después, aunque, teniendo en cuenta su aspecto, parecía que acababa de levantarse de la cama, así que posiblemente aún no se hubiera despertado del todo.

—Por favor, seguidme. Vamos a caminar unos minutos hasta el restaurante. ¿Nos ponemos en marcha?

Yo me levanté de mi sitio con la misma incertidumbre que el resto del grupo. Recordé de repente un fragmento de una de las malas críticas que habíamos recibido:

*El guía del tour, si es que puede decirse eso de él, era impuntual y vago, y tenía las mismas habilidades sociales que un borracho. No creo que sea la mejor persona para controlar la seguridad y el disfrute de un viajero que visite la India por primera vez. En serio.*

Tragué saliva y me preparé para lo que pudiera deparar aquella noche.

## Capítulo 11

*Galvanizar (v.): Reactivar súbitamente una actividad; estimular.*

Sé que no hay que juzgar a los demás por la primera impresión, pero me resultó muy difícil no sentirme decepcionada y enfadada con aquel hombre. No era solo el aspecto desarreglado de Nihal, que incluso llevaba la camisa arrugada y mal abotonada, sino, también, que demostrara tan poco interés en los viajeros de su grupo. Caminaba a tanta velocidad que tuve que echar a correr para poder seguirlo. Nos guiaba por las calles ruidosas y atestadas de la ciudad sin molestarse en comprobar que seguíamos juntos.

Ollie se acercó a mí.

—Eh, Louise, ¿no? Soy muy malo con los nombres —me preguntó, con las manos en los bolsillos, distrayéndome de Nihal.

—Sí, así es. Louise —respondí, aunque el nombre me sonaba extraño incluso a mí.

—¿Y cómo es que elegiste venir a la India?

—Bueno, eh... Siempre quise venir a conocer este país, ¿sabes?

Ollie asintió y, rápidamente, esquivó una boñiga de vaca que había en mitad de la acera.

—¿Y tú?

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo color jengibre. Tenía los brazos musculosos y, en el derecho, vi que llevaba un complicado tatuaje.

—Lo mismo que tú. Siempre quise venir aquí, pero nunca había tenido ni el tiempo ni el dinero necesarios para hacer el viaje. Yo... eh... rompí con mi novia hace un año, y pensé que, si no venía ahora, nunca tendría la oportunidad —me explicó, con timidez.

—Vaya, pues es una excusa tan buena como cualquier otra.

Él se echó a reír.

—Sí, no hay mal que por bien no venga, y todo eso. No me malinterpretes, me quedé hundido cuando rompimos —dijo, y se rascó la nariz pecosa—. Después, a medida que pasaba el tiempo, me di cuenta de que yo también

había cambiado. Tal vez mi madre tuviera razón al decir que mi ex era la chica adecuada para el momento adecuado, pero que teníamos fecha de caducidad. Así que, después de esa profunda epifanía, reservé este viaje —dijo, y, al sonreír, mostró unos dientes blancos como perlas. Extendió los brazos abarcando la caótica calle por la que íbamos medio corriendo, medio caminando, y me preguntó—: Lo siento, ¿ha sido demasiada información?

Yo negué con la cabeza, y sonreí.

—No, en absoluto. Si te sientes mejor, te diré que a mí algunas veces se me olvida lavarme los dientes los fines de semana —dije.

—Vaya, eso sí que es demasiada información —respondió Ollie, y dejó escapar una carcajada—. Me pregunto cómo sería el olor.

Yo lo empujé, bromeando, de hecho, flirteando. En aquel momento me di cuenta de que los demás se habían parado, y de que yo apenas conocía a aquel chico tan mono. «Debe de ser el *jet lag*», me dije. El resto del grupo se había congregado frente a la puerta de un gran restaurante. Se olía la comida especiada desde allí. Me di cuenta de que Flic estaba mirando con desdén a Bex, que jadeaba sonoramente, inclinada hacia delante y con las manos apoyadas en las rodillas, a causa de la carrera hasta allí.

—Esperadme aquí —nos dijo Nihal, y entró al local, dejándonos en una esquina de la calle mal iluminada. Liz tuvo que dar un salto para apartarse rápidamente de una moto que estuvo a punto de atropellarla.

—Entonces, es de los silenciosos —dijo Flic, señalando con un gesto de la cabeza hacia las puertas por donde había desaparecido Nihal.

Yo sonreí apagadamente e intenté disimular la irritación que sentía.

—Sí, eso parece.

Cinco minutos después, Nihal volvió con nosotros.

—Cambio de planes —dijo. Se frotó las manos, miró por encima de nuestros hombros hacia la calle polvorienta y se encendió un cigarrillo—. Seguidme.

—¿Hay algún problema? —pregunté, ignorando a Chris, que estaba suspirando ruidosamente, e ignorando también el nudo que se me había formado en el estómago.

—No, seguidme —respondió Nihal, después de exhalar una bocanada de humo.

—Creo que no ha reservado en ningún restaurante —me susurró Ollie.

—Sí, yo tengo la misma impresión —dije, con un estremecimiento.

Tuvimos que caminar treinta minutos más por aceras que se deshacían, esquivando caca de vaca y *rickshaws* salvajes, hasta que nos detuvimos de nuevo. Nihal entró en otro restaurante, uno que no era tan luminoso ni bonito como el anterior. No obstante, yo estaba tan cansada y tan hambrienta que ya no me importaba.

—Seguro que ahora te gustaría tener a mano la comida del avión —dijo Flic, canturreando y mirando a Bex, que seguía jadeando.

—Te voy a comer a ti dentro de un minuto —dijo Bex.

—Bueno, podéis entrar ya —dijo Nihal, que, por suerte, interrumpió la respuesta sarcástica de Flic y abrió la puerta, comportándose como si aquel hubiera sido el plan desde el principio.

Entramos a un restaurante muy grande. Con una luz tenue, parecía mucho mejor que desde fuera. Yo exhalé un suspiro de alivio al pensar que, después de todo, aquella noche iba a salir bien. Los manteles blancos de lino, sobre los que había cubiertos de plata brillante y velas, contrastaban con el color marrón oscuro de las paredes. Había camareros sonrientes y bien uniformados atendiendo en el comedor, que estaba lleno de gente de todas las edades, tomando una comida de aspecto delicioso. Había un escenario a la derecha con instrumentos que yo no conocía y que estaban preparados para cuando llegara la banda a tocar.

—Gracias a Dios que podemos sentarnos por fin —dijo Bex, secándose el sudor de la frente con una servilleta.

—No sé vosotros, pero yo estoy impaciente por probar mi primer curry de verdad. Seguro que el restaurante indio de mi barrio no tiene nada que ver con este —comentó Ollie, con una sonrisa.

—Bueno, yo no como carne, ni carbohidratos, ni huevos de granja, ni nada de producción intensiva... —dijo Flic, mientras iba enumerando con sus largos dedos. Aquello hizo que Bex soltara un gruñido desde el otro extremo de la mesa. Entonces, Flic prosiguió—. En serio, no sabéis hasta qué punto la industria alimentaria controla lo que comemos. Si lo supierais, os pensaríais dos veces lo que os metéis a la boca.

Ollie enarcó una ceja mientras intentaba entender lo que estaba diciendo Flic.

—El gobierno nos miente sobre tantas cosas acerca del origen de lo que comemos... Esta industria es como las grandes empresas de tabaco y los fabricantes de armas, pero nadie cuestiona la política que se hace detrás de las

puertas cerradas. Es fascinante y aterrador que la gente no sepa nada de esto —dijo Flic, antes de que Nihal la interrumpiera.

—El menú ya está decidido —dijo, sin miramientos—. Vamos a probar comida india, así que puedes elegir lo que comes y lo que no.

Flic bajó los ojos hacia la mesa, murmurando algo sobre su derecho básico a elegir lo que comía.

—Bueno, y ¿qué vamos a beber, chicos? —preguntó Bex, frotándose las manos e ignorando el mohín de Flic—. Me pregunto si aquí tendrán pintas de Guinness.

Yo llamé al camarero para pedir nuestras bebidas, porque Nihal estaba hablando por teléfono. Había estado ignorando al grupo desde que nos habíamos sentado y, como me sentía responsable, intenté tomar las riendas.

—Eh... ¿podría traernos una botella de vino tinto, una de vino blanco, agua mineral y... oh, ¿tienen Guinness?

—No, lo siento, señorita —dijo el joven camarero, disculpándose.

—Ah, no se preocupe, traiga dos botellas de tinto y dos de blanco —gritó Bex—. Después de unas cuantas copas, no me acordaré de la cerveza —añadió, y se echó a reír.

Cuando, por fin, llegaron las bebidas, seguidas por un montón de platos llenos de arroz, currys y salsas de colores brillantes, Nihal colgó el teléfono. Pareció que se animaba un poco. Le ladró al camarero que sirviera los platos empezando por el *korma* más suave, con una base de yogur, hasta el *phaal*, que era incluso más picante que el *vindaloo*. Yo vi que Ollie le echaba un ojo.

—¿Te animas conmigo, Chris? Al ser los únicos hombres del grupo, será mejor que les demos a estas damas que podemos soportar el picante —bromeó Ollie, ignorando la mirada ceñuda de Flic.

Chris lo miró con la expresión desdeñosa que siempre tenía en el semblante.

—No, gracias.

—Ah, está bien. No te preocupes —murmuró Ollie, y partió un pedazo de pan *naan*—. ¡Más para mí!

Mientras cenábamos, las luces del restaurante se atenuaron todavía más, y una banda se dirigió al escenario entre aplausos. Pronto, lo único que se oyó en la sala fue el hipnótico y melódico sonido del sitar.

Miré a mi alrededor para ver si los demás componentes del grupo estaban en trance, como yo. Nihal se había salido a fumar un cigarro. Chris estaba

apartando algunos granos de arroz de su plato vacío, alumbrándose con la luz de su teléfono, para pinchar trozos de zanahoria de una de las salsas menos picantes; Ollie me hizo un gesto con los dos pulgares hacia arriba y Liz y Flic siguieron meciéndose suavemente al ritmo de aquella música calmante.

Bex me miró a los ojos y me apretó el brazo con delicadeza.

—Bienvenida a la India —me susurró con emoción, antes de meterse un tenedor de *dal* de lentejas en la boca y, después, limpiarse un manchón que le había caído en la camiseta.

Yo le devolví la sonrisa y me sentí feliz por estar sentada en un restaurante indio con un grupo de desconocidos, comiendo curry indio de verdad y escuchando a tres barbudos que, en aquel momento, estaban cantando algo que parecía una canción de amor lenta de la India.

A medida que la emoción de sus cánticos aumentaba, no pude evitar pensar en Ben. Me pregunté qué estaría haciendo, si me echaba de menos o se alegraba de haberse librado de mí por unos días. Él era una de las pocas personas que me entendían; sabía cuándo era mejor dejar pasar las cosas y cuándo era mejor enfrentarse a mí y decirme que estaba comportándome como una idiota. Eso me encantaba de él. Había muchas cosas que me encantaban de él.

Percibía la pasión del cantante solista y de la música, y eso me produjo un hormigueo en el estómago, pero, también, una punzada de decepción conmigo misma. Yo había tenido el valor suficiente para alejarme de mi prometido infiel, viajar a Tailandia sola y fundar mi propia empresa, pero no hallaba el valor suficiente para decirle a Ben que significaba mucho para mí.

Respiré profundamente e intenté quitármelo de la cabeza. De todos modos, no podía hacer nada al respecto estando en la India, así que me apoyé en el respaldo de la silla para disfrutar del resto de la actuación de los tres hombres. Cuando la música terminó, todo el restaurante, incluido nuestro grupo, rompió a aplaudir para mostrar su aprecio por aquellos músicos tan buenos. Cuando las luces empezaron a intensificarse un poco, me di cuenta de que Nihal no estaba allí.

—¿Alguien ha visto hacia dónde ha ido Nihal? —pregunté, con un escalofrío que me recorrió la espalda. No podía seguir fumando, ¿no? Todos los demás se encogieron de hombros. Yo miré a mi alrededor; el local se había vaciado ligeramente cuando la banda había terminado de tocar. No había ni rastro de Nihal.

—¿Se habrá ido al servicio? —sugirió Bex, mientras se chupaba los dedos —. O puede que haya ido a fumarse otro cigarro.

—Sí, puede ser —respondí.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, me di cuenta de que nuestro guía no se había ido al baño, sino que se había largado. Además, según se vaciaba el restaurante, el ánimo del grupo también iba desinflándose. Liz estaba jugueteando con la pajita de su vaso de Coca-cola, Chris estaba consultando otra vez su móvil, Flic estaba bostezando, y parecía que Ollie y Bex habían entrado en coma por haber comido tanto. Necesitaba animar a aquel grupo, y rápidamente. ¿Qué importancia tenía que Nihal nos hubiera abandonado? De todos modos, él tampoco era la alegría de la huerta. Era yo la que tenía que tomar el control y conseguir que aquel tour fuera memorable en el mejor sentido de la palabra. Me sentía responsable por el grupo y, aunque hubiera preferido volver al hotel, todavía era pronto y quería que disfrutaran de todo lo que habían pagado, hasta el último minuto.

No ayudaba a levantar el ánimo el hecho de que la banda hubiera acabado su actuación y hubiera sido reemplazada por el peor sitarista de todo Nueva Delhi. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el único lugar iluminado del escenario, y era un señor mayor con el pelo gris y largo, que le caía sobre los hombros encorvados. Estaba murmurando una canción de letra incomprensible con los ojos cerrados, ajeno al hecho de que nadie le estuviera escuchando.

—¿Habéis comido todos lo suficiente? —pregunté.

Todavía quedaba mucha comida en la mesa, pero todos dijeron que estaban llenos. Yo llené mi copa de vino blanco e intenté llenar también las de los demás. El alcohol siempre era el mejor modo de pasar los silencios incómodos.

—No creo que nuestro increíble guía vaya a volver —dijo Chris, conteniendo un bostezo.

—¿Qué le ocurre? Por lo que decía en la página web de Viajes para Corazones Solitarios, es el mejor guía de toda la India —preguntó Flic. Yo noté una punzada en el corazón—. Sin embargo, a este tipo no le importamos un comino. Seguramente, solo nos ha traído aquí para poder conseguir una comisión del restaurante, o algo por el estilo.

—¿No visteis esa crítica? —preguntó Bex.

—¿Qué crítica? —pregunté yo. Aunque me sentía angustiada, esperaba

que mi cara no me delatara.

Yo sabía de qué crítica estaba hablando. Era el motivo por el que estaba sentada allí en aquel momento.

—¿No la has leído? —preguntó Bex, y se dirigió a los demás—: Vosotros sí, ¿verdad?

—Yo estuve a punto de cancelar el viaje por esa crítica —dijo Liz, en voz baja.

—Bueno, eh... ¿y qué decía la crítica? —pregunté, mientras me servía un buen vaso de agua para refrescarme la boca seca.

—Que era un completo desastre, que el guía era un inútil, que las actividades eran una idiotez y que estaba completamente desorganizado —dijo Ollie.

—Oh, vaya... Dios, eso es... horrible —dije, tomando aire bruscamente—. Entonces, ¿por qué decidisteis venir?

—Bueno, es que no puedes creerte todo lo que lees en Internet —respondió Ollie, encogiéndose de hombros—. El que lo escribiera tenía razón en lo de que Nihal es un idiota, pero, aunque sea para conseguirse un dinero extra, nos ha traído a un restaurante bueno. Probablemente, esta sea la mejor comida que he tomado en mi vida.

—Se nota que eres un hombre, pensando solo en tu estómago. ¿Y la ética? —dijo Flic, frunciendo los labios—. Hablo en serio; si este tipo, Nihal, no hace bien su trabajo, exigiré a la agencia que me devuelva el dinero. O, como mínimo, haré una crítica muy mala.

A mí se me aceleró el corazón. Me di cuenta de que Chris alzaba los ojos desde la pantalla de su móvil cuando Flic terminaba de hablar y se tomaba un trago de agua.

—Bueno, creo que yo me voy a retirar —dijo Chris. En aquella ocasión, bostezó abiertamente.

—¡No! —exclamé.

Chris se me quedó mirando. Yo había tomado una decisión. Al cuerno las malas críticas, y al cuerno Nihal. Ellos habían ido allí a divertirse y yo me iba a encargar de que lo hicieran.

—Voy a ver si puedo cambiar esta actuación y... ¿por qué no nos tomamos otra ronda? Es nuestra primera noche en la India, y tenemos que celebrarlo.

Me acerqué al sitarista y me arrodillé junto a él. Al sentir el movimiento, el músico abrió los ojos y me miró.



—Eh... Disculpe, me preguntaba si podría tocar algo... no sé... más jazzístico.

Él se me quedó mirando.

Como me preocupaba que no me hubiera entendido, volví a preguntárselo, en voz más alta, y más lentamente.

Él asintió ligeramente y señaló al micrófono que había utilizado el cantante de la banda anterior.

—¿Quiere... que cante yo?

Él asintió. Parecía que aquello le estaba divirtiendo. El resto de la gente que había en el local, incluyendo el grupo del tour, ya no estaban concentrados en su cena, sino en la mujer que había interrumpido aquella horrible música.

—Oh, no. No creo que ninguno de los presentes quiera oír eso —dije, mientras notaba que se me encendían las mejillas.

—¡Vamos, Louise! —exclamó Ollie. Tenía el puño elevado en el aire y me estaba mirando.

—¡Sí, Louise! —gritó Bex, seguida por Liz, aunque ella lo hizo un poco más bajo.

Oh, demonios.

El músico se movió en su cojín y asintió hacia mí. Yo todavía estaba medio agachada, con la esperanza de que me tragara la tierra. Miré a nuestra mesa nerviosamente. Todos estaban sonriendo para darme ánimos. Yo les había prometido que iban a pasarlo bien, y necesitaba hacer algo para que se olvidaran de aquella estúpida crítica. Respiré profundamente y subí, con las piernas temblorosas, al escenario.

El sitarista tocó unas cuantas notas y señaló el micrófono con un movimiento de la cabeza. Yo no conocía ninguna canción india; ¿qué demonios iba a cantar? ¡Entonces, mientras él seguía tocando, me di cuenta de que sí conocía aquella canción! Era una versión *bhangra*, un género musical de la región del Punjab, poco corriente de *Suéltalo*, de Frozen. A mí me hizo mucha gracia que aquel hombre tan mayor hubiera oído esa canción y supiera tocarla.

Me di cuenta de que todos estaban esperando a que yo cantara la canción. Se me encogió el estómago, empezaron a sudarme las manos y se me quedó la boca seca.

—¡Ánimo, Louise! —gritó Bex—. ¡Tú puedes!

El músico alargó la primera nota todo lo posible. Era mi turno.

—«Suéltalo, suéltalo, no lo puedo ya retener...» —canté.

Me sorprendió que los vasos no estallaran cuando perpetré las notas agudas. Mientras imitaba a Elsa con movimientos torpes de las manos y algún balanceo de las caderas, la gente empezó a aplaudir. Y a vitorearme. Vaya, quizá cantaba mejor de lo que pensaba...

—«Déjalo escapaaaaar...» El frío a mí nunca me molestó.

Terminé con una floritura teatral de la mano y estampé un pie en el suelo.

—¡Uaa, uaa, más, más! —gritaba la gente, no solo la de mi mesa, sino grupos de gente local que, seguramente, estaba disfrutando mucho con aquella actuación improvisada. ¿Quién iba a saber que yo tenía tanta finura para entretener a la gente? ¡Les encantaba! Estaba impaciente por contárselo a Shelley y a Marie, ¡no iban a creérselo! Hice una reverencia y oí más vítores y gritos del público, de mis fans, de mi gente.

—Muy bien, ¿una más? —pregunté, y empezaron a dar puñetazos sobre las mesas. Yo no veía sus caras porque me cegaban los focos halógenos, pero, si querían otra canción, iba a dársela.

—¿Conoce más canciones como esa? —le pregunté al sitarista, que asintió y puso los dedos sobre las cuerdas.

Yo estaba a punto de empezar a imitar a Whitney Houston cuando vi que Liz se había acercado al escenario. Tal vez quisiera pedirme alguna canción, pensé emocionada. Hacía siglos que no iba a un karaoke y que no tenía un micrófono entre las manos. Normalmente, mi ex, Alex, me lo quitaba diciéndome que le sangraban los oídos, pero Marie lo ignoraba y seguía bailando para apoyar mi actuación. Tal vez fuera eso lo que quería Liz, ¡unirse a mí! Podía convencer a las tres chicas para que subieran al escenario y enseñarles el baile de Single Ladies. Me pregunté si en el restaurante tendrían servilleteros que pudiéramos utilizar como alianzas.

Liz se estaba mordiendo el labio inferior.

—Louise —me susurró con fuerza, al tiempo que señalaba algo con los ojos muy abiertos. Me acerqué a ella, cosa que originó más gritos de entusiasmo por parte del público, y me agaché fuera de la zona iluminada del escenario. El sitarista ya había dejado de esperarme y empezó a cantar otra canción india, muy mal.

—¿Estás bien? —le pregunté a Liz, abanicándome las mejillas con la mano y apartándome los mechones de pelo húmedo del cuello.

—Tú... eh... No sé cómo decírtelo, pero... —balbuceó, y me señaló con nerviosismo.

—¿Qué? ¿Quieres subir conmigo? ¡Podemos hacer un dúo! —dije, alegremente.

Liz se quedó pálida.

—No, pero creo que tú deberías parar.

—¿Por qué?

—Porque... eh... tú... ¡Se te ve todo!

Yo miré hacia abajo lentamente. Mi ligero vestido de color crema era completamente transparente bajo los focos. Al público no le gustaba mi voz, ¡le gustaba mi ropa interior!

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, y bajé del escenario torpemente.

La gente empezó a abuchearme desde el fondo de la sala. Cuando estuve fuera de la luz de los focos y mis ojos se acostumbraron a la luz más tenue, me di cuenta de que la gente a quien yo había creído disfrutando tanto de mi actuación, eran en realidad una mesa de cinco o seis trabajadores y los empleados de la cocina, que habían cerrado ya. Me arrastré hasta nuestra mesa mortificada.

Bex estaba llorando de la risa.

—¡Quién lo hubiera dicho de ti, Louise! ¡Qué sorpresa! ¡Verdaderamente, lo has soltado todo! —exclamó, arrastrando las palabras al hablar.

Ya se había terminado la botella de vino que yo había dejado a su lado en la mesa antes de subir al escenario y dar, literalmente, el espectáculo. Parecía que Ollie no sabía dónde mirar, así que se concentró en una manchita de curry rojo que había en el mantel. Liz y Flic se habían quedado humilladas de vergüenza ajena, y Chris estaba sentado en su silla, con los brazos cruzados por detrás de la cabeza, mientras se le dibujaba una sonrisa extraña y lenta en los labios.

—Ja, ja, eh... sí. Bueno, ¿qué os parece si nos volvemos ya? —pregunté. Lamentaba no tener una chaqueta para envolverme bien en ella y conservar la poca dignidad que me quedaba.

Me sentía humillada. Qué magnífico comienzo de viaje: la jefa, enseñando la ropa interior para entretener. Me estremecí. Gracias a Dios que ellos no sabían quién era yo, en realidad. Estábamos en un país en el que se esperaba que las mujeres se cubrieran y vistieran de una manera conservadora, y yo había violado cientos de normas culturales en el tiempo que duraba una

canción a gritos.

—Entonces, ¿no va a haber una actuación en grupo? —preguntó Chris, inocentemente.

—No. Os espero fuera.

Todo aquello era culpa de Nihal. Si él no se hubiera marchado, yo nunca habría hecho un *streptase* delante de aquel grupo de desconocidos. Y, hablando de Nihal, ¿dónde estaría?

Me alejé a toda prisa de la mesa, en la que todo el mundo se había quedado en silencio, y tiré unas cuantas sillas a causa de la prisa que tenía por salir de allí.

## Capítulo 12

*Petulante (adj.): Insolente o maleducado en su discurso o en su conversación.*

Soñé que iba andando desnuda por la calle principal de Mánchester, tan solo con un turbante de seda azul, intentando huir de los extraños que me soltaban comentarios lascivos mientras yo trataba desesperadamente de tapar mis vergüenzas. Me desperté sobresaltada y jadeante, sudando, y respiré profundamente para calmarme al darme cuenta de que solo era un sueño. Hasta que, lentamente, recordé que la noche anterior me había expuesto ante todos los miembros del grupo. Maravilloso.

Para ser sincera, me había quedado dormida como un bebé, agotada por el vuelo y por los descubrimientos que había hecho aquella noche. Sin embargo, al abrir las cortinas de mi pequeña habitación, me di cuenta de que Nueva Delhi nunca dormía. A través de las ventanas, que tenían doble cristal, vi que ya había mucho tráfico. Había carros tirados por caballos, vacas pululando y grupos de mujeres que portaban sacos de arroz en la cabeza y perros que lo perseguían todo.

Todavía estaba asimilando que estaba en la India, y sin Shelley. De haber estado a mi lado, ella nunca hubiera permitido que yo hiciera el *striptease* de la noche anterior. Tuve una punzada de melancolía y, al final, me conecté a la *wifi* del hotel, que era bastante mala, y le envié un *wasap* preguntándole si había encontrado el pasaporte o si sus sospechas sobre Marie eran ciertas. Justo entonces perdí la conexión. Tampoco había sabido nada sobre Ben desde que había salido de Mánchester, y se me formó un nudo en el estómago al ver que había estado conectado hacía solo unos minutos. Aquel era el problema del registro de la última hora de conexión de los iPhones; convertían a las personas en obsesas y las obligaban a controlar las oleadas de emoción que producía ese exceso de información. Pensé en lo que me había dicho Shelley hacía unos meses, cuando yo estaba pasando por una fase de comprobación obsesiva de mensajes para ver si Ben me enviaba alguna vez

algo que no estuviera relacionado con el trabajo, o si respondía a mis mensajes de flirteo disimulado.

—Deja de torturarte para ver si te ha escrito —me dijo, por enésima vez.

—Pero, si el *wasap* dice que ha estado conectado hace un minuto, ¿por qué no ha respondido? —me quejé yo.

—Control. Se trata del control —me dijo ella—. Tú eres como todo el mundo en el sentido de que quieres ser deseada y amada, así que, si la persona que te gusta no lo hace, entonces...

—Entonces, ¿es que no le gustas?

Shelley había puesto los ojos en blanco.

—No, si no te envían ningún mensaje, tú acabas convenciéndote a ti misma de que no vales nada, de que no eres deseable, de que eres un gusano, cuando, en realidad, solo porque hayas añadido un beso extra al final de tu mensaje previo, Ben probablemente no se ha dado cuenta de que lo que quieres es tirártelo. Ya te he dicho que los hombres no captan los mensajes subliminales.

Con el estómago rugiendo de hambre, bajé las escaleras para desayunar, después de darme una ducha y asegurarme de que mi ropa de aquel día no fuera tan reveladora.

—Buenos días, señorita Green, ¿qué tal ha dormido? —me preguntó alegremente un empleado del hotel, que llevaba el pelo engominado y peinado hacia un lado y tenía una mirada de amabilidad, al entrar en el comedor de desayunos. Era una sala luminosa y aireada que estaba completamente vacía—. Me llamo Rashid. Por favor, siéntese.

Me pregunté si llegaba tarde. Según el itinerario que yo tenía, aquel día íbamos a pasar el día visitando la parte antigua de Nueva Delhi. La visita empezaba a las ocho y media de la mañana. Miré el reloj, y vi que ya eran las ocho y veinte pasadas. Los demás viajeros debían de estar dormidos, y yo no había sabido nada de Nihal.

—Oh, sí. He dormido estupendamente bien, gracias —dije, con una sonrisa, y me senté en una mesa junto a la que había un gran cuadro de Ganesh, el dios elefante hindú.

—Ah, me alegro —respondió él, y le brillaron los ojos—. ¿Qué le gustaría tomar?

—¡Lo que daría por una taza de té! No tendrán Tetley's, ¿verdad? —pregunté, riéndome.

—Oh —dijo—. Lo siento muchísimo, pero solo tenemos café o *chai*. Puedo enviar a alguien a buscarle un té a alguno de los restaurantes de esta calle, si lo desea.

Yo me sonrojé.

—Oh, no, por favor. No se moleste. Una taza de café estaría muy bien.

—Bueno, ¿puedo ayudarla en algo hoy? Podemos pedir un coche para que la lleve a ver los lugares más famosos de la ciudad, o también puedo explicarle dónde comprar la mejor repostería de toda la India.

—Vaya, eso sí que es interesante —dije, riéndome—. Pero creo que me voy a reunir enseguida con los demás, incluido Nihal, para pasar el día en la zona antigua de la ciudad.

Rashid volvió a quedarse serio. Sería muy mal jugador de póquer.

—No creo que haya nada planeado para hoy, señorita Green, según lo que me dijo Nihal. Es un día de descanso.

Ningún plan. El segundo día del viaje, y no había nada organizado. Eso, sumado a que el guía había llegado tarde la noche anterior y había abandonado la cena sin despedirse... No me gustaba nada de aquello. Aunque, claro, estaba averiguando el motivo de aquellas críticas tan malas: todo era debido a Nihal. Suspiré al pensar que, cuando lo habíamos contratado, tenía unas buenísimas referencias. ¿Qué demonios le había ocurrido?

—Ah, bueno —murmuré, mientras sacaba una tostada del tostador. Rashid me sonrió a modo de disculpa y comenzó a sacarle brillo a una jarra de agua de acero inoxidable—. Eh... ¿Nihal no está por aquí? No sé si lo sabe, pero anoche se marchó de la cena sin dar explicaciones y necesitaría hablar con él.

Después de una larga pausa, Rashid carraspeó

—No está aquí, pero puedo ponerme en contacto con él. Nihal no está bien en estos momentos.

«Sí, de eso ya me he dado cuenta».

—¿A qué se refiere? ¿Va todo bien, Rashid? —le pregunté, enarcando una ceja.

Él movió la cabeza de una manera que podía significar un «sí» y un «no».

—Rashid, ¿hay algo que no me está contando sobre Nihal, o sobre el viaje? De verdad, me gustaría saberlo.

Él se sonrojó. Dejó de limpiar la jarra y se giró hacia mí mordiéndose el labio inferior.

—Sé quién es usted.

Yo me sobresalté.

—¿Disculpe?

—Sé quién es usted —repitió él—. Georgia Green, la consejera delegada de Viajes para Corazones Solitarios. ¿Verdad?

Yo bajé la cabeza y no dije nada. Rashid se acercó a mí y siguió hablando en voz muy baja.

—Un día, se alojó aquí un miembro de la familia real. Bueno, era un duque o algo así, pero importante de todos modos, y yo no me enteré hasta que se hubo marchado. Me quedé muy disgustado conmigo mismo por haber sido tan poco profesional y no haberme dirigido a él de la manera correcta. Así que, desde entonces, busco en Google el nombre de nuestros huéspedes para no volver a cometer un error así. Al buscarla a usted, descubrí que es la dueña de la agencia que organiza estos viajes.

Asentí lentamente.

—Así que se toma su trabajo con seriedad.

—¿Me he equivocado?

Yo suspiré.

—No, no. Es cierto —dije. Miré alrededor por si alguien había entrado de repente en el comedor sin que lo hubiéramos oído—. ¿Lo sabe Nihal?

—No, todavía no. Quería hablar con usted primero para saber si él o yo tenemos algún problema. Estoy seguro de que ese es el motivo por el que usted ha venido desde tan lejos, para ponernos a prueba.

—No estoy poniéndole a prueba a usted, Rashid —dije—. Lo cierto es que hemos tenido algunas malas críticas sobre este tour —expliqué, y en su cara apareció una expresión de horror—. No se preocupe, no tiene nada que ver con su hotel, sino con la desorganización del itinerario. Así que se me ocurrió venir de incógnito para averiguar qué problema había y solucionarlo. Me imagino, por lo que ocurrió anoche, que el principal causante de esto es Nihal.

Rashid dejó la jarra con fuerza sobre la mesa del desayuno.

—¡Se lo dije! Le dije que tenía que sobreponerse o que él, y todos los que trabajamos con él, íbamos a pagarlo caro —exclamó. Al ver mi expresión de asombro, se calmó ligeramente—. Lo siento, Georgia, Louise, señorita Green... ¿o debería llamarla «jefa»?

—No, Rashid, Louise está bien, sobre todo delante de los demás



huéspedes. Es mi segundo nombre.

Él asintió, y yo respiré profundamente.

—Bueno, y ¿qué le pasa a Nihal?

Él cabeceó.

—Lo siento, Louise. No creo que yo deba decírselo. Tiene que ser Nihal. Soy amigo suyo y estoy preocupado por él, sobre todo ahora que sé que la gran jefa lo está vigilando.

—Por favor, Rashid, ahora me has puesto muy nerviosa.

Él suspiró y miró a través de la puerta de cristal para asegurarse de que aún no hubiera nadie por allí.

—Como no hay planes para el día de hoy, ¿quiere que le pida un coche y así poder ir a averiguarlo en persona?

—¿Te refieres a que vaya a ver a Nihal? —pregunté, mirándolo fijamente—. Pero... ¿y los demás viajeros?

—Puedo pedir coches para ellos también, para que los lleven al casco viejo de la ciudad. Uno de los empleados de la cocina habla muy bien inglés, y puede hacerles de guía. No será tan maravilloso como lo que había organizado usted, pero es mejor que nada.

—¿No puedes decirme lo que le pasa?

Él se quedó pensativo un instante y, después, se inclinó hacia delante con una palabra en los labios. Sin embargo, en aquel preciso instante se abrió la puerta y entraron Bex y Ollie riéndose de algo. Rashid se irguió al instante y sonrió a los huéspedes.

—¡Bienvenidos! Por favor, siéntense y les traeré una taza de café.

—Hola, amigo. Oh, buenos días, Louise, ¿qué tal? —preguntó Ollie, alegremente.

—Ah, aquí está la princesa Elsa —dijo Bex, y me hizo un guiño mientras yo ponía los ojos en blanco—. Es una broma. Anoche estuviste estupenda, aunque yo eso lo voy a pagar muy caro hoy. Tengo una resaca espantosa —dijo. Se frotó la cara y gruñó.

—Es por el *jet lag* —le dije, distraídamente, mientras intentaba captar la mirada de Rashid.

—¿O de las dos botellas de vino que se bebió? —bromeó Ollie. Al oírlo, Bex palideció.

—No menciones la palabra que empieza por uve, o te lo echaré todo encima.

Ollie y yo hicimos un gesto de asco, mientras Bex intentaba contener un eructo.

—¿Ya has desayunado, Louise? —preguntó Ollie, señalando mi tostada a medio comer.

Estaba a punto de responder cuando vi por el rabillo del ojo que Rashid estaba intentando marcharse antes de que yo pudiera acribillarlo a preguntas sobre Nihal.

—Eh... sí. Perdonad, chicos. Os veo dentro de un rato. ¡Que disfrutéis del desayuno!

—Rashid —le dije, en voz baja, antes de que desapareciera—. Está bien, voy a ir a hablar con Nihal.

Treinta minutos después iba sentada en un coche plateado, de aspecto destartado, conducido por un chico de diecinueve años que miraba con el ceño fruncido y que no hablaba ni una palabra de inglés. Ir en un coche que casi no era apto para la circulación por una caótica ciudad extranjera y no poder comunicarme con el conductor que me llevaba a un lugar desconocido a mantener una conversación de trabajo con un guía turístico incompetente puso por los aires mis niveles de estrés.

Y el hecho de que las carreteras fueran tan caóticas como cuando Deepak me había llevado desde el aeropuerto al hotel no sirvió precisamente para que me calmara. Yo creía que Bangkok era populosa y frenética, pero, en realidad, circular por ella era como dar un paseo en coche por el campo un domingo, en comparación con aquello. No había señales de tráfico, y parecía que tampoco había normas de circulación, porque el conductor se desvió, frenó y gritó, gesticulando como un loco a los otros coches con los que había logrado no chocar, asombrosamente, a pesar de lo mucho que se acercaba a ellos.

De repente, entendí el motivo por el que tantos conductores de aquella ciudad tenían figuras y cabezas de dioses y diosas pegadas al salpicadero de su coche: así, los pasajeros podían rezar a aquellas deidades diminutas mientras la vida entera pasaba ante sus ojos en aquellas frenéticas calles. Miré la figurita de un hombre de color azul; creo que era Krishna, un dios hindú sobre el que Flic había tratado de hablarnos la noche anterior. Recé en silencio para que todo saliera bien.

Llevábamos en el coche unos veinte minutos, cuando el chófer salió de la avenida principal y entró a una calle lateral estrecha y sin pavimentar, llena

de tiendas situadas en edificios inclinados, tanto que parecía que cada uno de ellos se apoyaba en el siguiente para mantenerse en pie. Había multitud de hombres en las esquinas, charlando y fumando cigarrillos enrollados junto a montones de basura que se habían apilado a un lado de la calle polvorienta. De repente, nos detuvimos.

No había ningún coche ni delante ni detrás de nosotros, y yo miré por la ventanilla, preguntándome por el motivo de aquella parada. El conductor todavía tenía el motor en marcha, pero apartó las manos del volante y las dobló en su regazo. ¿Qué demonios ocurría? Me incliné hacia delante y noté que el cinturón de seguridad se tensaba contra mi corazón acelerado.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

Se volvió hacia mí, con su cara de bebé completamente en blanco, sin entender una palabra de lo que estaba preguntando. Movié la cabeza de una manera desconcertante que no me aclaró si quería decir que sí o que no, y se giró de nuevo para mirar atentamente a dos hombres que estaban descargando unos enormes sacos de patatas de un carro azul.

—¿Hay algún problema? ¿Por qué no nos movemos? —le pregunté, con la voz ahogada, mientras intentaba controlar el pánico desesperadamente. El adolescente no se molestó en girar la cabeza; se limitó a asentir, como antes.

Algunos de los hombres que estaban en la esquina habían dejado de charlar y nos miraban sin disimulo. Yo me encogí en el asiento. Había oído tantas historias de mujeres que, viajando solas, se habían visto en situaciones de riesgo en aquel país, que me sentía estúpida por haberme puesto en una posición tan vulnerable solo por aclarar unas malas críticas. Mis pobres padres se volverían locos de preocupación si lo supieran.

De repente, quise estar en cualquier parte excepto allí, en aquel pequeño callejón, en un país extranjero, con un conductor que no me entendía, rodeada de hombres intimidantes que no dejaban de mirar. ¿Por qué no se movía? ¿Era una trampa? ¿Una emboscada? ¿Y si Rashid le había dicho que me llevara hasta allí para que uno de aquellos hombres me sacara de los pelos del coche? ¿Era, tal vez, una forma de vengarse de mí por haber pensado que podía espiar a mis empleados?

—Por favor, llévame al hotel —dije, con firmeza, aunque me temblaba el labio inferior—. Hotel. No quiero que sigamos aquí parados.

Señalé con el dedo hacia la salida de la calle y puse las manos como si estuviera moviendo un volante, para darle a entender que condujera el coche.

El chico volvió a agitar la cabeza.

Los hombres habían dejado caer los sacos, y empezaron a acercarse lentamente a nosotros.

«Oh, Dios mío, ¿qué voy a hacer? Está bien, respira hondo. El coche tiene los seguros de las puertas echados. Estamos a plena luz del día. Tienes tu pasaporte y tu dinero».

Estaba preguntándome cuáles eran mis opciones de escapar cuando oí el ruido de una motocicleta. Un motorista se detuvo justo al lado de la ventanilla del conductor. Mi chófer adolescente actuó como si estuviera esperando al misterioso motociclista y bajó la ventanilla.

¿Qué estaba pasando?

El motorista estiró un brazo regordete a través de la ventanilla entreabierta y le tendió un paquete al conductor, que lo tomó y asintió para darle las gracias. Oh, demonios, ¡era un traficante de drogas! ¿Iba a implicarme a mí también en sus chanchullos? La motocicleta se alejó petardeando por la calle y mi chófer arrancó el coche y la siguió.

—¿Puedes dejarme salir? Quiero caminar —dije, golpeando la puerta. Él no se dio la vuelta, sino que pasó el paquete por encima de su cabeza, hacia mí, mientras esquivaba a un par de pollos que andaban picoteando en el suelo.

—¿Qué es? No lo quiero —dije. Doblé los brazos, pero él siguió sacudiendo el paquete para que yo lo agarrara. Me dio miedo que nos estrelláramos al ver que estaba conduciendo con una sola mano y mirando solo a medias la carretera, así que tomé el pequeño paquete a regañadientes. Estaba demasiado asustada para mirar lo que había dentro. ¿Me había convertido en cómplice por el hecho de aceptar voluntariamente un paquete de un traficante de drogas? Acababa de dejar todas mis huellas dactilares en la caja. Oh, mierda, aquello se había puesto muy mal.

Con un ojo cerrado y el otro abierto, me atreví a mirar por fin el paquete, y tuve que echarme a reír.

Entre las manos temblorosas no tenía un paquete lleno de narcóticos, sino una caja de bolsas de té Tetley. Rashid debía de haberle dicho al chófer que me llevara allí para recogerla, después de que yo le dijera que quería té para desayunar. Exhalé un profundo suspiro y me reí de mí misma, por ridícula. Qué teatrera.

Recordé lo que me había contado Trisha sobre sus viajes a la India.

«Es un lugar que te llena el corazón de felicidad y humildad al experimentar la bondad de gente desconocida», me había explicado con una sonrisa, «pero también te enfurece, pone a prueba tus límites y fortalece tu paciencia. Verdaderamente, es un país de extremos, pero, también por ese mismo motivo, es encantador y nunca aburrido», me había dicho al final, riéndose.

Me incliné hacia delante en el asiento.

—Gracias —dije, suavemente.

El muchacho volvió a cabecear con su típico movimiento hacia abajo y arriba y hacia ambos lados, todo a la vez. Seguramente, y por suerte, no tenía ni idea de lo paranoica que yo acababa de ser.

## Capítulo 13

*Desdichado (adj.): Caracterizado por o aquejado de tristeza y dolor.*

Afortunadamente, el drama de la droga que resultó ser té me había quitado de la cabeza lo que iba a decir cuando viera a Nihal. ¿Debería exigirle con toda mi indignación que renunciara al trabajo? ¿O sería mejor que probara el truco del poli bueno para animarlo a hablar, y que escuchara comprensivamente sus problemas? No tuve mucho tiempo para decidir, porque habíamos parado en una calle de casitas apiñadas y pintadas de colores brillantes. Mi joven y silencioso chófer me abrió la puerta y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera por el laberinto de callejuelas. Echó a andar con paso resuelto, y yo tuve que trotar detrás de él para poder seguirlo. Los niños sonreían y nos saludaban cuando nos veían pasar. Algunos se acercaron corriendo a echarle un vistazo a la sudorosa mujer occidental que, prácticamente, brillaba bajo la cegadora luz del sol, mientras que otros se quedaron atrás, observando con disimulo. En aquel barrio, se veía que los niños estaban muy bien cuidados. Tenían el pelo y los ojos brillantes, y llevaban ropa limpia y colorida, no como aquellos niños pobres a quienes había visto mendigando en las calles. Se oían golpes de cacerolas y el aire cálido transportaba los olores de las especias. Había pequeños grupos de mujeres alrededor de grandes palanganas azules, riéndose y chismorreando mientras lavaban la ropa.

Apreté el paso para no perder de vista a mi chófer, que saludaba a los niños y asentía cortésmente para saludar a las mujeres, que se sonrojaban y se reían. Finalmente, se detuvo y abrió una puerta de madera que daba a un pequeño patio trasero con un huerto y algunas piezas de chatarra metálica. Señaló una puerta de color azul turquesa que subía por unos escalones de piedra.

—Nihal —dijo. Era lo primero que decía desde que yo lo había conocido, y me sorprendió lo joven y suave que era su voz.

—Ah, de acuerdo.

Incliné la cabeza para darle las gracias y, con cautela, me adelanté y toqué

la puerta, con la esperanza de conseguir las respuestas que necesitaba. Segundos más tarde, una mujer vestida con un sari azul marino abrió y me miró con recelo. Llevaba una trenza larga y delgada que serpenteaba por su espalda, y tenía un bindi rojo brillante en el centro de la frente arrugada. Frunció el ceño.

—Hola, me llamo Louise. Quiero decir, Georgia. Georgia Green. Rashid me ha dado sus señas. Estaba buscando a Nihal —dije amablemente.

La mujer, que era de mediana edad, me miró de arriba abajo rápidamente, chasqueó la lengua y llamó al conductor sin apartar de mí sus ojos de color castaño claro. Tenía un lunar grande en la barbilla, del que salía un largo pelo blanco, y las mejillas pálidas manchadas de algo que parecía harina. Me sentí como si me estuviera juzgando un gorila en alguna discoteca de moda de Mánchester, embriagado de poder por el hecho de decidir quiénes podían entrar y quiénes no. Sonreí aún más, mostrando los dientes, aunque no sabía si eso era de ayuda o no. Creo que el pelo del lunar se onduló hacia atrás con la brisa.

El conductor, que se había quedado junto a la puerta de madera, gritó algo. La anciana gruñó, me miró de arriba abajo y, lentamente, me cerró la puerta en la cara. «Tu nombre no está en la lista; no vas a entrar».

¿Qué demonios? Me volví hacia el conductor con los brazos abiertos, con la esperanza de que comprendiera que no tenía ni idea de lo que acababa de suceder. Él se limitó a mover la cabeza en aquel movimiento inútil de afirmación y negación a la vez. Oh, Dios. Tenía mucho calor, y estaba muy inquieta. Las moscas zumbaban a mi alrededor y yo solo quería que aquel viaje terminara ya. No sabía si volver al coche dando pisotones de enfado en el suelo, o volver a llamar a la puerta y exigir que se me atendiera, cuando alguien tomó la decisión en mi lugar. La puerta se abrió de nuevo. Afortunadamente, no fue la mujer quien apareció, sino Nihal, que llevaba una camiseta holgada y con manchas, y unos pantalones cortos con rotos. Parecía completamente desesperado y agotado.

—Eh, estás en mi tour, ¿verdad? —preguntó, con los ojos abiertos como platos al ver mi cara enrojecida en la puerta de su casa—. No hay ninguna excursión planeada para hoy. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se hacía un lío con sus propias palabras, debido a la sorpresa, e inconscientemente se puso uno de los brazos sobre el pecho para esconder las peores manchas. El Nihal desinteresado y grosero que había conocido la

noche anterior había sido sustituido por un hombre vulnerable.

—Rashid me ha enviado —dije, sin rodeos, mirándolo de arriba abajo, igual que había hecho la anciana conmigo.

No era de extrañar que no tuviera nada planeado para aquel día, porque parecía que acababa de levantarse de la cama. Me pregunté cuándo era la última vez que había dormido bien.

—Me parece que tú y yo tenemos que hablar —dije, más suavemente en aquella ocasión, y miré más allá de él, hacia la casa.

—No lo entiendo —dijo, y agitó la cabeza—. ¿Qué quieres decir con que Rashid te envió aquí?

—Me llamo Georgia Green, y soy la consejera delegada de El Club de Viajes para Corazones Solitarios.

Por su cara, me pareció que poco a poco estaba entendiendo por qué había aparecido yo en la puerta de su casa.

—¿No me recuerdas de la entrevista que hicimos por Skype hace unos meses? —le pregunté. La cara de Nihal fue todo un cuadro mientras iba sumando dos y dos—. Esperaba que pudiéramos hablar de algunas cosas.

Algo se reflejó en sus ojos cansados. No supe si era preocupación, miedo o una mezcla de ambas cosas. Se mordió el labio inferior y asintió lentamente.

—Por supuesto, por supuesto. Por favor, entra.

Le dijo algo en hindi a mi chófer, que asintió y salió hacia donde había dejado el coche.

—Oh, no... Se supone que me va a llevar al hotel más tarde —dije, con inquietud. No quería quedarme sola y tener que averiguar cómo volver.

—No te preocupes, le he dicho que volviera más tarde. No estoy seguro de cuánto tiempo vamos a tardar, así que no quería que esperara —me explicó Nihal, y mantuvo la puerta abierta para que yo entrara—. Por favor, pasa.

Al cruzar el umbral de piedra, se me inundó la nariz de olor a hojas de curry, azafrán y cilantro. Había una olla grande borboteando sobre una cocina muy pequeña, sin vigilancia, en una habitación a la derecha; llamarla cocina habría sido una exageración. En aquella sala solo había unos fuegos, un armario y un fregadero grande apoyado de manera precaria contra la pared de ladrillo.

Seguí a Nihal hacia el interior de la vivienda, agachando la cabeza cada vez que él me lo advertía.

—Por favor, siéntate. Lo siento, hoy no esperábamos visita —dijo,



sonrojándose ligeramente mientras movía un brazo hacia la pequeña y acogedora habitación de enfrente.

—Gracias. Tu casa tiene mucho encanto —dije, con una sonrisa, para tranquilizar a Nihal. Parecía que estaba muy azorado, porque se había puesto a enderezar un cojín pequeño. Yo rodeé unos pufs blandos y esponjosos que había sobre las descoloridas alfombras de dibujos. En el centro había una mesa baja llena de tazas de té junto a una tetera reluciente y a unas jarritas minúsculas llenas de Dios sabía qué. Todas las bravatas que había pensado antes, al imaginar que iba hasta allí para pelearme con él, se me habían borrado de la mente al verlo en aquel estado en su propia casa.

—¿Te gustaría tomar algo? —me preguntó, frotándose nerviosamente las manos.

—Sí, sería estupendo, gracias —respondí, y sonreí suavemente.

Él asintió y dijo algo en hindi a través de la puerta. En cuestión de segundos, la anciana que me había abierto la puerta apareció en el salón. Siguió mirándome con fijeza, pero no parecía muy sorprendida al verme sentada en su sofá. Le dijo algo a Nihal con una voz aguda, y Nihal se sonrojó. Después, le apartó las manos del servicio de té a palmaditas, mientras chasqueaba la lengua sonoramente, y empezó a servir con cuidado agua caliente con leche, mezclándola con hierbas y palitos de canela de las jarritas.

—Vaya, esto parece bastante complicado —dije, para llenar el silencio—. Yo estoy acostumbrada a meter una bolsita de té en una taza de agua caliente —comenté. Saqué de mi bolso la caja de bolsitas de té Tetley y solté una risa estridente que no parecía mía. Ella me ignoró y continuó agitando el agua con las especias.

—Es mi madre. No habla inglés —explicó educadamente Nihal.

Asentí y guardé silencio mientras su madre llenaba dos tazas y las dejaba en la mesa de centro. Después, me echó una última mirada y se marchó, dejándonos a solas.

—Por favor, tome este té. Es un té *chai*, una especialidad india —me dijo. Me pasó una taza humeante y, por fin, se sentó. Con un leve carraspeo, me preguntó—: Bueno, y, Georgia, ¿en qué puedo, eh, en qué puedo ayudarte?

Me di cuenta de que le temblaban ligeramente las manos mientras sostenía su té. Dejé la taza en la mesa y me erguí.

—Bueno, en primer lugar, no quiero que los demás miembros del grupo

sepan quién soy. Para ellos, mi nombre es Louise, y así será durante el resto del viaje. Su experiencia en este tour tiene que ser positiva al cien por cien, y el hecho de revelar mi verdadera identidad —dije, y me sonrojé un poco de vergüenza al recordar el incidente de karaoke de la noche anterior— podría afectar a cómo ven nuestro servicio y hacer que disfrutaran menos del viaje.

Nihal tomó un largo sorbo de té y se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿realmente eres la jefa de El Club de Viajes para Corazones Solitarios?

—Sí.

—Ah, de acuerdo —dijo él, y se rascó la barba oscura que le salpicaba las mejillas. Parecía que no sabía qué decir a continuación. Yo carraspeé. Estaba desesperada por llenar aquel incómodo silencio.

—Nihal, cuando te contratamos, solo habíamos oído elogios sobre ti y sobre tu trabajo como guía turístico —dije. Él se sonrojó y bajó los ojos hacia el suelo de piedra—. Así que nos llevamos una desagradable sorpresa cuando, recientemente, recibimos una mala crítica sobre este tour. Desde entonces, hemos recibido más críticas negativas del viaje, y hay una en particular que... —hice una pausa mientras rebuscaba en mi bolso y sacaba la copia arrugada de esa crítica. Se la pasé y continué hablando—. He venido hasta aquí para averiguar qué está pasando, porque quiero... no, tengo que arreglar las cosas.

Vi que tragaba saliva y respiraba profundamente mientras leía la descripción que había hecho de su trabajo aquel bloguero anónimo. Lo observé mientras leía y junté las manos, sin saber qué hacer. Al final, bajó el papel y me miró.

—Lo siento mucho.

Yo estaba a punto de hacerle más preguntas, cuando empezó a llorar a lágrima viva. Mierda.

—Nihal. Nihal, ¿qué ha ocurrido?

Me incliné para consolarlo. Estaba sollozando con tanta fuerza que parecía un niño pequeño que se había perdido. Era todo un contraste con el hombre malhumorado y desinteresado a quien yo había conocido la noche anterior.

—Yo... yo... —balbuceó, y tragó saliva, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin afeitar y caían en la hoja impresa.

—¿Nihal?

—Creía que estaba disimulando bien lo que ha pasado, que nadie iba a

darse cuenta...

A mí se me encogió el estómago al pensar que podía haberle ocurrido algo verdaderamente terrible. ¿Por qué no me lo había advertido Rashid? En aquel momento, oí una voz femenina por la casa. Nihal se secó los ojos rápidamente y se irguió. A los pocos segundos, entró una chica en el salón. Tenía un par de trenzas negras y largas y llevaba unos pantalones holgados y una camiseta blanca con una gran flor de color rosa y morado en el centro.

—Oh —dijo, al verme, y se detuvo.

—Hola —dije yo, suavemente, sin saber si iba a entenderme.

—Hola —respondió la chica, observándome con cautela, tal y como había hecho la madre de Nihal. Él se giró hacia ella y, cuando ella le vio la cara húmeda por las lágrimas, se echó a reír.

—Oh, Dios, ¿qué ha pasado ahora? —le preguntó, poniendo los ojos en blanco con una expresión de paciencia—. Espera un momento... ¿Quién eres tú? —me preguntó, sin rodeos.

—Me llamo Georgia, y he venido a visitar a Nihal. ¿Y tú, quién eres?

Nihal se sonó la nariz ruidosamente. Era obvio que no estaba interesado en hacer las presentaciones.

—Yo soy Priya, la hermana de este alma de cántaro —dijo Priya, y asintió con la cabeza hacia su hermano.

—No soy un alma de cántaro —dijo Nihal, antes de caer de nuevo sobre el puf. Había dejado de sollozar, y solo lloriqueaba de manera intermitente.

—Priya, ¿sabes lo que ha ocurrido? —le pregunté a la muchacha, mientras ella se acomodaba en el cojín de enfrente y se servía una taza de *chai*. Nihal gruñó que estábamos tratando de mantener una reunión de negocios y que ella debía dejarnos en paz. Al oírlo, ella se echó a reír de nuevo.

—¡Oh, vamos! ¿Tú, un hombre de negocios? Ni siquiera serías capaz de venderle cacao a un adicto al chocolate desde que te dejó Ameera.

—No hables así de ella —respondió Nihal con brusquedad.

—Espera, ¿quién es Ameera?

—Es... —dijo Nihal, pero Priya intervino antes de que pudiera terminar.

—No hace más que lloriquear, andar por ahí deprimido tras las faldas de mi madre y molestarme a mí, y todo por Ameera. Ameera es el nombre de su exnovia —dijo la chica. Se recostó en un cojín, cerró los ojos y añadió—: A mí me parece una ridiculez.

—Espera, Nihal, ¿las cosas te van mal en el trabajo por culpa de una chica?

—le pregunté.

Nihal ignoró mi pregunta y fulminó a su joven hermana con la mirada.

—Solo porque ningún chico ha mostrado nunca ningún interés por ti. No te metas en lo que no entiendes.

Priya le sacó la lengua.

—Espera, Nihal. Entonces, ¿me estás diciendo que todas estas malas críticas son porque te ha dejado tu novia? —pregunté con incredulidad.

Priya respondió en lugar de dejar hablar a su hermano.

—Sí, ¿a que es irónico? Unos mochileros con el corazón roto son guiados por la India por un guía turístico con el corazón roto —dijo, y se rio—. Ni inventándolo sería tan curioso.

Parecía que Nihal quería tirarle un cojín, pero se quedó sorprendido por mi cara de horror, y se dio cuenta de que pelearse con su hermana probablemente no era la forma más profesional de comportarse delante de su jefa.

—¿Esa es la única razón? —repetí.

Nihal asintió tristemente.

—¡Gracias a Dios!

Casi me eché a reír con Priya por lo ridículo de la situación. Pensé en la crítica, que ahora estaba empapada por sus lágrimas.

—Por un momento, creí que se trataba de algo más grave.

—Es grave —murmuró Nihal, y bajó la cabeza—. Lo siento. Quiero decir que me encanta trabajar con los grupos turísticos y me enorgullece asegurarme de que todos se diviertan y vuelvan a su país más alegres que cuando llegaron, pero hace poco que Ameera y yo rompimos, y ha sido muy difícil para mí sentirme lo suficientemente motivado como para dar este tipo de servicio.

—Estoy segura de que podemos arreglar esto. Eres muy bueno en lo que haces, Nihal —le dije. Él parpadeó orgullosamente y se frotó la cara—. No puedes dejar que esta ruptura empañe lo bien que lo has hecho todo hasta ahora. Yo sé que eres capaz de hacer tu trabajo. ¿Qué pasa con el grupo que te está esperando en el hotel?

No era necesario que supiera que estaban haciendo una visita por la ciudad vieja, gracias a que Rashid había intervenido y había arreglado el estropicio.

Priya se echó a reír.

—Si yo fuera usted, cancelaría el resto del viaje —dijo la muchacha. Yo

tuve la esperanza de que Nihal se levantara y se defendiera, de que, por llevarle la contraria a su hermana, se asegurase de que eso no sucediera. Sin embargo, ocurrió lo contrario: se le encorvaron visiblemente los hombros, y asintió con abatimiento.

—Por una vez, tiene razón. Ya me viste anoche en el restaurante; en cuanto escuché esa canción de amor, tuve que salir de allí. No puedo funcionar sin Ameera.

—No —dije, ignorando a Priya, que se puso a hacer ruiditos de burla—. Esta gente también ha pasado por un mal momento, y no han venido hasta aquí a llevarse otra decepción —respondí.

Nihal se quedó callado, jugando con una de las borlas de color naranja de los flecos del cojín en el que estaba sentado.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. No puedo comer, no puedo dormir, solo puedo pensar en Ameera —admitió él, en voz baja.

Su hermana siguió burlándose. Yo no quería reírme, porque comprendía que las rupturas dolían mucho.

—Pero tal vez el trabajo te distraiga. Dicen que el mejor remedio es mantenerse ocupado —sugerí, antes de darme cuenta de que, seguramente, tener que estar todo el día con otras personas que también tenían roto el corazón no era un buen remedio para nadie.

Nihal hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Siento muchísimo que hayas venido hasta aquí para verme, pero, realmente, creo que sería mejor que renunciara. Prefiero no trabajar a estropear el tour.

¡Por el amor de... ! No, no podía dejarlo.

Yo lo sentía mucho por él, y lo entendía. Sin embargo, mi lado racional llamó amablemente a mi conciencia: yo tenía que dirigir un negocio. Había ido hasta la India, buscándome problemas con Ben y con Marie por el viaje, para solucionar aquel problema. No estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas lo que pasó entre Ameera y tú? —le dije, pensando que, si tenía toda la información, tal vez pudiera idear algún plan. Él se enjugó los ojos y me contó que llevaban juntos dos años, y que todo había sido perfecto hasta que había empezado a trabajar para los Corazones Solitarios. De repente, él estaba pasando más tiempo fuera de casa y, cuando volvía, contaba aquellas increíbles e inspiradoras historias de los hombres y mujeres a quienes había ayudado. Entonces, Ameera había

empezado a ponerse celosa.

—¿Celosa de las otras mujeres de la gira? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No. Celosa de las cosas que estaba haciendo yo. Trabaja en una pequeña agencia de viajes y espera ver todo el mundo algún día, pero, hasta ahora, nunca ha salido de esta ciudad.

—Entonces, ¿no hubo ninguna infidelidad por tu parte?

—¡No! —exclamó él. Se había quedado horrorizado al oírlo.

—¿Y no ha dicho específicamente que quería dejarlo contigo porque ya no te quiere?

Él volvió a negar con la cabeza.

—¡Bueno, pues entonces, podemos arreglarlo! —exclamé.

Él me miró con escepticismo. Priya se burló de nuevo, y yo la ignoré.

—Es muy fácil: solo tenemos que ir a buscar a Ameera y pedirle que se una a uno de los tours. Una vez que haya participado, sabrá qué es lo que haces y, quién sabe, tal vez podamos prepararla para que sea también guía turística...

Habíamos tenido tanta demanda para aquel tour por la India que, si organizáramos dos grupos a la vez, podríamos ayudar a más gente. La parte comercial de mi mente se enorgulleció de sí misma.

—No sé —dijo Nihal, pasando lentamente los dedos por el borde de su copa.

—Por favor, Nihal, dijiste que disfrutabas con tu trabajo. Está claro que no debería interponerse entre Ameera y tú, pero quedarte aquí sentado llorando por tu ruptura tampoco te va a ayudar. Además, si no te sobrepones, ¿cómo voy a encontrar yo otro guía turístico en tan poco tiempo?

Intenté no parecer desesperada. Priya suspiró y le tiró un pequeño cojín a su hermano.

—Es verdad, Nihal. Por lo menos, tienes que intentarlo, aunque solo sea para salir de casa de mamá y dejarme en paz a mí. Además, tampoco es que seas un príncipe rico que pueda rechazar el dinero, ¿verdad? Así que tienes que reaccionar y solucionar el problema.

Nihal lloriqueó un poco.

—Entonces, ¿aceptas? —le pregunté, para presionarle un poco.

Él suspiró.

—De acuerdo, pero, por favor, no te enfades si tu idea no funciona.

Ameera puede ser muy testaruda cuando quiere.

Junté tres dedos y le hice el saludo de los guías.

—Te lo prometo.

—Bueno, si falla, piensa que podrás reservarte una plaza en el tour —  
añadió Priya, y tuvo un ataque de risitas.

—No le hagas caso. Vamos a arreglar esto —dije, cruzando los dedos por  
detrás de la espalda.

## Capítulo 14

*Titubeo (n.): Vacilación, comportamiento indeciso.*

Quince minutos después, caminábamos por la calle hacia la agencia de viajes donde trabajaba Ameera. El local estaba entre una tienda de electricidad y una lavandería. Le dije a Nihal que se quedase fuera mientras yo entraba, con la esperanza de poder usar mi empatía femenina con Ameera para ayudarla a volver con el triste enamorado que suspiraba por ella en la calle. En realidad, daba por sentado que todo saldría bien.

Sonó una campanilla cuando entré en la agencia, como sucedía en los Corazones Solitarios de Mánchester, y eso me hizo pensar de nuevo en el trabajo. El hermoso rostro de Ben invadió mi mente, y noté un cosquilleo tonto y raro en el estómago. Me pregunté cómo se las estarían arreglando sin mí Kelli, Trisha y él, y cómo estarían llevando la carga de trabajo. Cuando entré en aquella agencia de viajes, que estaba a un mundo de distancia de casa, se me ocurrió pensar que, desde que había dejado a Shelley en el aeropuerto, no había estado obsesionada con las cosas que tenía que hacer o los correos electrónicos que tenía que enviar. Me sentí extraña, y no estaba segura de que me gustara.

Moví la cabeza a un lado y otro para concentrarme en la tarea: en cuanto hubiera conseguido que Nihal y Ameera volvieran a estar juntos, podría dejar al grupo de viajeros en sus manos y volver a casa a ponerme al día con mi empresa. Entré en una pequeña sala en la que había dos escritorios grandes y sillas vacías para sentarse frente a ellos. En el pequeño espacio entre ambas mesas habían encastrado un archivador ya viejo. En comparación con aquel local, mi agencia parecía un palacio. Las paredes encaladas estaban cubiertas de bellas imágenes de playas exóticas y palmeras, lo que añadía pinceladas de color a aquella habitación estropeada. Había una mujer regordeta sentada detrás de uno de los escritorios, encorvada sobre un ordenador portátil que silbaba mientras ella escribía. Le caían gotas de sudor por las mejillas, y se las enjugó con la parte posterior de la muñeca.



—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —me preguntó, con un suave acento indio, cuando me vio.

—Hola —dije yo—. Eh... ¿es usted Ameera?

La mujer frunció los labios.

—¡No, no soy Ameera! Pero, si la ve, dígame que no va a conseguir ninguna buena referencia por mi parte después de haberse marchado de la agencia de esa manera.

—¿Cómo? Entonces, ¿Ameera ya no trabaja aquí?

La mujer negó con la cabeza.

—Oh, no.

—No. Se levantó y se marchó, así, sin avisar con algunos días de antelación. Me ha dejado con un lío tremendo. He tenido que faltar a la fiesta de cumpleaños de mi sobrino para poder abrir hoy, y eso no me ha sentado nada bien —dijo, y dio un resoplido.

Entonces, miró más allá de mí y vio a Nihal, que tenía la cara pegada al cristal, porque estaba intentando ver cómo iba nuestra misión.

—¿Es Nihal? —preguntó ella—. Pues dígame que se aleje de mi agencia antes de que salga a decírselo yo. Sé que Ameera se ha marchado por algo que tiene que ver con él —añadió. Estaba intentando levantarse, torpemente, de la silla en la que estaba encajada.

—Muy bien, de acuerdo. Siento haberla molestado —dije, y salí rápidamente por la puerta, mientras ella seguía refunfuñando y tratando de incorporarse.

Nihal se sobresaltó al verme salir.

—¿Qué ha pasado? No he visto a Ameera. ¿Estaba en la parte trasera? ¿Está bien? ¿Qué ha dicho la gorda? ¿Por qué me mira con esa cara? —me preguntó, aceleradamente, mientras yo trataba de llevármelo de allí.

Respiré profundamente, y respondí:

—No ha salido bien, Nihal, lo siento. Ameera no estaba.

—¿Cómo? ¿Dónde está? —preguntó él, con cara de preocupación.

—Ha dejado el trabajo. Su jefa está muy enfadada, y deberíamos marcharnos cuanto antes.

Miré hacia atrás, temiendo que la sudorosa mujer saliera de la agencia para perseguirnos.

Nihal carraspeó, sin moverse, mientras asimilaba lo que yo le había dicho.

—Entonces, ¿se ha ido?

Yo asentí.

—Eso es lo que me ha dicho la dueña.

Parecía que Nihal se había quedado completamente a solas con sus pensamientos, que el ruido de Nueva Delhi no existía. Yo seguí mirando nerviosamente hacia la puerta de la agencia. Después de la pausa más larga del mundo, él volvió a hablar.

—Bueno, eso lo cambia todo. Tengo que ir a buscarla.

—¿Qué? —pregunté, con una tos, ignorando a un hombre que tiraba de un carro destartado y que escupió *paan* rojo junto a mis pies.

Nihal se giró, me miró y asintió con vehemencia.

—No, tienes que dirigir el grupo del tour. Tienes que comportarte como si todo fuera normal. Si ella ya ha pasado página, tú tienes que hacer lo mismo —le dije, en un tono suplicante.

Nihal suspiró.

—Georgia, no sé si puedo.

A mí se me encogió el estómago. Un minuto antes, estaba preparándome para volver a Mánchester y, ahora, estaba en una esquina de una calle, pasando calor, con un guía turístico que tenía una misión. No era posible que hubiera atravesado medio mundo para nada.

—Nihal, a todo el mundo lo han abandonado alguna vez en la vida y, sí, es horrible, pero eso no significa que puedas quedarte en casa llorando. No puedes perder el trabajo por esto. Tienes que demostrarle a Ameera que puedes funcionar perfectamente sin ella.

Nihal me miró.

—No puedo vivir sin ella. La quiero con toda mi alma. Los hombres indios no somos como los hombres que tú conoces. No somos orgullosos. Para nosotros, el corazón rige a la cabeza. Lo siento, pero tengo que ir a buscarla.

—¡Pero no puedes dejar al grupo sin guía! Espera... ¿y si voy contigo? —le pregunté, de repente, sin pensarlo dos veces.

Él dio un respingo. Después, se rascó la barbilla.

—¿Qué?

—Sé que quieres encontrar a Ameera, pero tienes que cumplir con tus responsabilidades antes.

—Georgia, te he dicho que casi no puedo concentrarme desde que me dejé. Anoche me viste en el restaurante, pero, ahora que sé que ha dejado su trabajo, no voy a poder hacer nada hasta que la vea. Si quieres, puedo intentar

conseguirte otro guía para que me sustituya.

A mí se me formó un nudo en el estómago. Lo estaba perdiendo, y no podía permitirlo, sabiendo cuál era su potencial. En silencio, me despedí del viaje de vuelta a Mánchester.

—Nihal, te lo pido por favor: solo termina este tour, y te prometo que después podemos buscar juntos a Ameera. Yo puedo... intervenir durante el viaje para ayudarte, sin que los demás se den cuenta, claro —dije, y carraspeé de nuevo—. Así podrás salir de casa de tu madre y librarte de las burlas de Priya y mantenerte ocupado con lo que te gusta. Además, yo estaré ahí para apoyarte si las cosas se ponen difíciles. Por favor.

Parecía que él se iba a echar a llorar otra vez.

—¿Nihal?

Suspiró profundamente, y dijo:

—Está bien. Acepto.

Regresé al hotel agotada. Nihal me había dado su palabra de que estaría allí al día siguiente para dirigir el tour, y que aplazaría la búsqueda de Ameera hasta que los viajeros se hubieran ido. Yo le di las gracias a Rashid por la caja de té, sin explicarle cuánto me había asustado por la forma de entregarla. Se quedó desanimado cuando le conté que Ameera se había marchado, pero sonrió al oír la noticia de que Nihal había vuelto con nosotros. De repente me di cuenta de que no eran solo los viajeros del tour y nuestro saldo bancario los que iban a sufrir si cancelábamos aquellos tours. Todos los proveedores que habíamos elegido uno a uno también saldrían perdiendo. Rashid me dijo que los otros viajeros del grupo habían tenido un día de turismo estupendo, y que él les había explicado que yo no me encontraba bien y que por eso no había ido a la excursión.

Yo fui a mi habitación y me dejé caer en la cama. Por fin permití que mi cuerpo se relajara, y que mi mente repasara todo lo que había sucedido aquel día. Un poco más tarde, conseguí conectarme a una señal decente de *wifi*, y recibí un mensaje de mis padres, que me preguntaban si había llegado sana y salva, y otro de Shelley, que me contaba que una de las limpiadoras del pub había entregado su pasaporte en la barra. Suspiré de alivio. Gracias a Dios, estábamos equivocadas acerca de Marie. El pasaporte debía de habersele salido de la bolsa sin que nos diéramos cuenta. Rápidamente, le escribí que aquella misión encubierta era más difícil de lo que me había imaginado, pero que estaba empezando a encontrar las respuestas a mis preguntas.

Les envié un mensaje a mis padres para que supieran que estaba bien, y un *wasap* a Ben, pidiéndole que me llamara. Necesitaba ponerle al corriente de lo que había averiguado. Además, recordé que al final no le había dado mi contraseña y los datos para iniciar la sesión y poder leer mis correos electrónicos y, a juzgar por lo débil que era la *wifi*, yo no iba a poder acceder a mis mensajes, así que valdría la pena pedirle a Kelli que verificara que no se nos pasaba por alto nada urgente en la red. Sobre todo, sabiendo que me iba a quedar allí más tiempo del que había pensado.

Después de unos minutos, oí la señal de FaceTime. Me atusé el pelo y, con la esperanza de que la iluminación brillante no me resaltara las ojeras, presioné el botón verde. El rostro de Ben llenó la pequeña pantalla de mi teléfono, y yo sentí un aleteo en el estómago. Se me dibujó una sonrisa en los labios.

—Hola —dijo Ben, devolviéndome la sonrisa—. Estás viva —añadió, como si le aliviara verme bien—. Estaba preocupado por ti —murmuró, y mi sonrisa aumentó.

—Sí, aquí estoy.

Dios, qué guapo era. Su pelo ondulado enmarcaba sus preciosos rasgos y destacaba aún más la forma almendrada que tenían sus ojos. Llevaba la famosa camisa de cuadros que me dejaba la boca abierta por cómo marcaba sus brazos musculosos. Mi vagina se encogió de repente, y yo tuve que hacer un esfuerzo para concentrarme.

—Shelley me llamó y me contó que había perdido el pasaporte, pero que tú seguiste el viaje sin ella —dijo, con una arruga de preocupación en la frente.

Yo asentí.

—Sí. Tuve miedo, pero, bueno, aquí estoy, de una pieza —respondí. Tenía la sensación de que todo aquello había sucedido hacía semanas—. Dios, Nueva Delhi es una ciudad de locos —dije, y me reí con suavidad. Él miró hacia un lado, distraídamente, porque había empezado a sonar el teléfono de su mesa—. No quiero distraerte, pero es que me he dado cuenta de que se me había olvidado enviarte la información para entrar en mi correo. Te voy a mandar los datos para que puedas revisar los mensajes —le expliqué.

Hice una pausa, y tomé aire mientras él asentía. Me pareció que ponía los ojos en blanco, pero tal vez fuera un retraso de la imagen en la pantalla.

—Bueno, y ¿cómo va todo?

El teléfono dejó de sonar, y Ben suspiró. De repente, me di cuenta de que

tenía los ojos enrojecidos, y una barba parecida a la de Nihal.

—No muy bien.

A mí se me encogió el estómago.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Trisha se ha caído.

—¿Qué? ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo está?

Ben carraspeó y asintió lentamente.

—Sí, está bien. Se tropezó en medio de un pasillo de Boots. Me dijo que lo que más le dolió de todo fue la vergüenza. Por suerte, solo tiene un esguince en el tobillo. Los médicos le han prescrito reposo.

—Ah, gracias a Dios. Claro, es lógico que tenga que tomárselo con calma y reposar una temporada.

—Sí —dijo él, con un suspiro—. No es por ser insensible, pero nos hemos quedado tirados. Como yo contaba con ella, acepté el trabajo extra mientras estabas fuera, pero, ahora, dudo que Kelli y yo podamos con todo. He estado pensando en contratar a una persona que te sustituya durante el tiempo que estés de viaje. ¿Cómo lo ves?

Yo respondí sin vacilar.

—Pobre Trisha... Estaba deseando volver a la agencia. Bueno, sí, creo que deberías contratar a un ayudante. De hecho, tengo una lista de candidatos en el escritorio, en una carpeta naranja o verde, creo. No me acuerdo bien.

Ben sonrió y asintió.

—Entonces, ¿tú ya habías previsto las cosas por si sucedía algo así? —preguntó y, sin darme tiempo a responder, dijo—: Claro, por supuesto que sí.

—No, no es eso —dije, y me mordí el labio inferior—. Empecé a buscar a una persona cuando todavía no sabíamos que Trisha iba a sustituirme —le expliqué. Él asintió—. De todos modos, dividí la lista en dos grupos: uno, los candidatos adecuados y, el otro, los que no serían adecuados ni en un millón de años. Me pareció que podía ser útil.

—Lo sé —dijo él, y se frotó la cara con una mano. ¿Yo también había tenido aspecto de estar tan exhausta como él? Oí a alguien hablando al fondo, y él desvió su atención—. Bueno, pues muchas gracias. La voy a revisar, y contrataré a alguien enseguida. Mira, Georgia, tengo que colgar. Estamos muy llenos hoy.

—Ah, bueno, de acuerdo... Yo...

La conexión se cortó antes de que pudiera decir adiós, y la pantalla se

quedó en negro. Ben había colgado. Yo ni siquiera había podido contarle lo de Nihal. Me tumbé boca arriba y me quedé mirando al techo. Tal vez debiera cancelar aquel tour, devolverles el dinero a los viajeros y volver a casa a ayudar a Ben en la agencia. Tenía la sensación de que todo aquel viaje estaba gafado. Se me cayó una lágrima y cerré los ojos. Ojalá que una buena noche de descanso me ayudara a resolverlo todo al día siguiente. Por primera vez, me sentía desamparada, como si no tuviera el control de nada en absoluto...

## Capítulo 15

*Galimatías (n.): Conversación confusa o sin sentido.*

Todo el mundo estaba todavía medio dormido, debido sobre todo a que íbamos camino de Agra, apretados como sardinas en un minibús, para pasar el día en el Taj Mahal, y todo antes de que hubiera amanecido por completo. El cielo de color azul marino estaba empezando a aclararse con una luz dorada, pero, aunque fuera tan temprano, las carreteras estaban llenas de gente montando puestos y tiendas para la jornada de trabajo, de hombres trajeados que iban corriendo a la oficina y de niños que pululaban por la calle recogiendo botellas de plástico. Cumpliendo su promesa, Nihal había llegado puntual, vestido con ropa limpia y elegante, y parecía mucho más descansado que cuando lo había visto por última vez. Además, recordaba el nombre de todos los viajeros, e incluso nos dio unas botellitas de zumo de naranja y unos pastelillos a medida que íbamos entrando, como sonámbulos, al minibús.

«¿Lo ves? Esto va a salir bien. El comienzo del tour fue solo un traspíe, pero estamos volviendo al buen camino. Ben contratará a un ayudante temporal y recuperará el ritmo, y, en cuanto empiecen a llegar críticas fantásticas de los viajeros de este tour, todo esto habrá valido la pena».

Sonreí a Nihal, que se había afeitado a la perfección, antes de acurrucarme en mi asiento para intentar dormir un poco más, a pesar de que el camino estuviera lleno de baches. Ollie y Chris ya se habían quedado dormidos, dando cabezadas, y Liz y Flic iban apoyadas en la ventanilla, usando chales de algodón como almohadas. A Bex le giraba la cabeza y, de vez en cuando, se le caía hacia delante, sorprendiéndola lo suficiente como para que pudiera limpiarse el goteo de baba de la boca antes de volver a dormirse.

Todos estaban demasiado dormidos como para preguntarles dónde habían estado el día anterior. Mientras esperábamos para subir al autobús, Liz había contenido un bostezo mientras me preguntaba si me sentía mejor, y yo, que todavía estaba somnolienta, había tardado unos segundos en recordar que debía seguir con la mentira. Aunque me retrasara a la hora de responder, no

había levantado ninguna sospecha, porque ella había continuado hablando, contándome con la voz ronca de recién despertada que habían pasado el día de turismo, pero que no me había perdido nada del otro mundo, porque habían ido a un viejo mercado que olía a orina y a coles, y que les había perseguido un hombre tratando de venderles sus verduras mohosas. Me juré a mí misma que aquel tour iba a conseguir la emoción y el asombro que necesitaba.

Después de unas horas, y tras unas inusuales posturas para dormir, llegamos a Agra, una ciudad mucho más pequeña que Nueva Delhi y poseedora de una rica historia. Las vacas vagaban tranquilamente por las tiendas de ladrillos rojos, en cuyas paredes desmoronadas había anuncios pintados a mano y ya descoloridos. Los animales no se inmutaban al ver pasar una gran cantidad de motos que transportaban familias enteras apiladas al azar, y que dejaban una nube de hollín y polvo a su paso. Los niños iban acurrucados en los brazos de sus madres que, a su vez, viajaban junto a sus maridos con aspecto relajado, algunas, incluso, sentadas a mujeriegas sobre el sillín de alguna delgada bicicleta. Yo estaba tan absorta mirando por la ventanilla que solo escuchaba a medias a Nihal. Él se había vuelto hacia los pasajeros, que iban despertándose.

—Bien, cuando llegemos al Taj Mahal, habrá muchísima gente, amigos. Así pues, vigilad vuestros bolsos y no os perdáis de vista los unos a los otros. Yo voy a ir a sacar vuestras entradas para que no tengáis que hacer las colas. Nos vemos aquí dentro de quince minutos —gritó, antes de bajar de un salto del autobús y salir corriendo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bex, bostezando con ganas.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, nerviosamente.

—Bueno, es como si le hubieran puesto una inyección de energía, o algo así. No me quejo, pero ¿no te parece raro?

—Puede que la otra noche tuviera un mal momento —sugerí. Noté que se me enrojecían las mejillas por la mentira.

Bex se encogió de hombros. Estaba más interesada en lo que pasaba fuera del minibús que en nuestra conversación.

Cuando nuestro paciente conductor encontró un sitio para aparcar, abrió la pesada puerta de la furgoneta y todos salimos. Creo que todo el mundo se sintió aliviado de poder estirar las piernas. Pese a que todavía era relativamente pronto, el calor ya era asfixiante, y había hordas de gente que



hacía cola para ver aquella maravilla del mundo.

—¡Vaya, esto sí que es una locura! —exclamó Ollie con asombro—. ¿Estamos en un buen sitio? Porque no veo el Taj.

Flic puso los ojos en blanco con resignación.

—Tienes que entrar para poder verlo.

—Entonces, ¿tú ya lo conoces?

—No, pero ya sé que es mi hogar espiritual —respondió Flic, con una voz tan etérea como el extraño vestido que llevaba—. Aunque es un timo que nos cobren tan cara la entrada. ¿Sabéis que los ciudadanos indios entran por unos cuantos peniques? —dijo. Dio un resoplido y se cruzó de brazos—. Es injusto.

—Sin embargo, el turismo es lo que permite que monumentos como este se conserven y no acaben convertidos en ruinas —dijo Chris. Tomó un trago de agua e ignoró el gesto ceñudo que le dedicó Flic por no estar de acuerdo con ella en que todos deberíamos ser iguales en el planeta.

—¿Os habéis puesto todos crema solar? —pregunté para cambiar de tema. Me di cuenta de que, como Nihal estaba sacando las entradas, yo tenía que hacer de guía—. También he leído que las mujeres tienen que vestir de forma conservadora —añadí, mirando los hombros descubiertos y rosados de Bex, que se había puesto una camiseta de tirantes—. ¿Has traído un chal, o algo así?

—¡Mierda! Me lo he dejado en el hotel.

—Yo te presto uno —dijo Liz. Rebuscó en su pequeña mochila y sacó un pañuelo rosa. Se lo dio a Bex.

—Muchas gracias... creo —dijo, y sujetó la tela en las manos con un suspiro—. Mi madre nunca se va a creer que me he puesto algo rosa.

—Estás guapísima —le dijo Flic, y le lanzó un beso que Bex esquivó imaginariamente.

—También tengo crema protectora —dijo Liz, y le pasó un bote de crema con un factor de protección del cincuenta a Ollie, que era el que tenía la piel más blanca de todos nosotros. Estuvo a punto de caérsele de las manos cuando se rozaron con las de Ollie.

—Oh... eh... gracias —tartamudeó él, observándola por entre sus largas pestañas.

—¡Chicos! ¡Por aquí! —gritó Nihal, interrumpiendo aquel momento de afecto entre Liz y Ollie. Caminamos hacia él esquivando a hombres que nos

echaban miradas mientras nos ofrecían paseos en camello para llevarnos hasta la puerta principal. Chris tuvo que apartarse de un salto cuando una lengua larga y negra intentó lamerle la cara.

—Creo que has hecho un nuevo amigo —dije, con una sonrisa.

Chris hizo un gesto de repugnancia y se adelantó.

—Bueno, chicos, estamos a las puertas del famoso Taj Mahal —dijo Nihal. Nos entregó las entradas y se cercioró de que hubiera agua suficiente para todos—. Ahora, seguidme, manteneos juntos y veamos la maravilla que es el Taj Mahal —añadió, con una sonrisa de emoción, y me guiñó un ojo. Me di cuenta de que Chris me echaba una mirada, pero no le di importancia, y empecé a caminar entre la gente que avanzaba lentamente.

Noté el calor que desprendía la piedra de color caramelo a medida que nos acercamos al patio. El ambiente estaba cargado de vibraciones eléctricas. Parecía que un imán gigante atraía a todo el mundo hacia las puertas pesadas y oscuras que había delante.

—Dios mío, no me puedo creer que esté aquí, a punto de ver el Taj Mahal con mis propios ojos —dijo Bex, fingiendo que se enjugaba una lágrima con un pico del chal de Liz.

—¡Yo tampoco! —exclamé, en un susurro.

Estaba emocionada y, rápidamente, recordé a la chica estresada que esperaba en la oficina de visados de Mánchester y que vio en la pared un póster con aquella cúpula de color crema. En aquel momento, estaba a unos pocos centímetros de verla en la vida real. Era como un sueño del que nadie iba a sacarme pellizcándome.

De repente, alguien me pellizcó.

—¡Ay! —grité.

Me giré para enfrentarme a mi atacante. Era una mujer india que llevaba los labios pintados de rosa chicle y se había puesto unos pendientes de aro muy grandes.

—¡Disculpe! Me preguntaba si podría hacerles una foto a su amiga y a usted.

—Ah. Bueno... eh... está bien —dije, y le di un suave codazo a Bex para que se girara y sonriera. Aquello era extraño—. Creo que piensa que somos famosas —susurré.

La mujer sonrió con agradecimiento y sacó el móvil de su bolso. Bex asintió a mi comentario.

—Sí, yo he leído algo de esto. Parece que les encanta sacarse fotos con occidentales. Sería como si Jeremy Kyle pasara por delante de nosotras; yo me lanzaría a pedirle que se hiciera un *selfie* conmigo —dijo, y se encogió de hombros—. Espera, que me voy a quitar el chal. No quiero que nadie me saque una foto con esto tan de chica —dijo, tirando de la delicada tela.

Yo la detuve.

—No puedes quitártelo. Es de muy mala educación exhibirte, y más en un lugar sagrado como este —le expliqué. Entonces, Bex se recolocó bien el chal sobre los hombros—. Y, de todas maneras, te queda muy bien —añadí.

—¡Allá voy! —exclamó la mujer. Nos sonrió y nos enfocó con la cámara del móvil—. ¡Una sonrisa!

De repente, todos los que estaban alrededor se acercaron y comenzaron a sonreír a la cámara. A mí me pusieron un bebé en los brazos, y a Bex, a una niñita con el pelo negro y rizado. El bebé que yo sostenía torpemente comenzó a llorar, y unos hombres que estaban a mi derecha hicieron la señal de la paz con los dedos. Bex y yo nos miramos y nos echamos a reír. Bex estaba sujetando con incomodidad a la niña, que estaba más interesada en meterle los dedos en los ojos que en sonreír para la foto.

—Vaya, y yo que creía que íbamos a tener una entrada tranquila — comenté, riéndome, mientras devolvía el bebé a sus padres.

—Oh, Dios, es por el chal, ¿no? —gimió Bex, cuando la niña, por fin, le soltó el mechón de pelo del que le estaba tirando y volvió con su madre—. Ya te dije que el rosa no es un buen color. A la gente se le ocurren ideas raras.

Todavía nos estábamos riendo de la sesión de fotos improvisada, pensando que íbamos a estar en casas de toda la India, cuando la gente empezó a avanzar de nuevo. Las puertas se abrieron de par en par y... allí estaba. El Taj Mahal, a pocos metros de nosotras.

Se nos cortó la risa. La multitud se quedó en silencio, y todos compartimos aquel momento de respeto y adoración por el deslumbrante edificio que resplandecía bajo la luz del sol.

Lentamente, caminamos hacia delante, observando el monumento que se erguía al final de los lagos rectangulares e impecables. Era opulento y elegante, mil veces más impresionante de lo que yo me había imaginado.

—Dios, esto sí que es bello, y eso que a mí no me gustan las revistas de decoración —susurró Bex, con reverencia.

Yo asentí sin poder hablar. De repente, sentí que la calma me rodeaba. Una vez, Marie me había llevado a rastras a una clase de yoga de su gimnasio, pero aquel estado de relajación no era nada comparado con la paz que sentía allí. Era como si el resto del mundo se hubiera quedado mudo y lo único que importara fuese yo misma y aquella obra erigida por un verdadero amor.

—¿Estás bien, Louise? Me estás asustando con esa cara de alucinada.

—Sí. Bueno, bien, no. Mejor que bien. La gente siempre habla de los sitios que hay que visitar antes de morir, pero... Vaya, nunca esperé que hubiera una reacción así en uno de ellos.

—Vamos, boba, vamos a intentar encontrar a los demás —dijo Bex, riéndose, y empezó a bajar un tramo de escalones, esquivando palos de *selfie* e iPads en el aire. Todo el mundo estaba intentando sacar fotografías, y eso, en realidad, rompía toda la magia.

Recorrimos un sendero de gravilla rodeado de hierba, de arbustos y de flores exóticas hasta que llegamos al lugar en el que Nihal había reunido a todo el mundo.

—¡Eh, chicas! Creíamos que os habíamos perdido —nos dijo, y nos sonrió—. Impresionante, ¿eh? Nunca me canso de mirarlo —dijo, y se volvió hacia las cúpulas blancas. Inclino la cabeza como señal de respeto y se giró de nuevo hacia nosotros—. Como iba diciendo, el Taj Mahal es un ejemplo perfecto de simetría y diseño. Al mirarlo con atención, puede apreciarse que los minaretes blancos de las esquinas están pensados para inclinarse hacia fuera en caso de que hubiera un terremoto y, así, evitar que en su caída aplastaran el Taj. Creo que todos estaréis de acuerdo en que este edificio irradia amor. Fue creado por el emperador Shah Jahan como muestra de adoración a su amada esposa, Mumtaz Mahal...

Nihal se quedó en silencio.

Estaba demasiado ocupado observando con la boca abierta a una muchacha de pelo negro y brillante, y ojos verdes como esmeraldas, que guiaba a un pequeño grupo de turistas. Tan concentrado que no pudo terminar la frase. Ella tenía uno de sus esbeltos brazos levantados, como si fuera una señal para que el grupo la siguiera. Además... ¿no llevaban todos camisetas iguales con el dibujo de un corazón roto en la pechera?

—Eh... como decía... —musitó Nihal.

Intentó captar de nuevo nuestra atención, pero volvió a callar. La bella mujer india se había acercado y se había detenido junto a nuestro grupo.

Los otros viajeros se miraban unos a otros, preguntándose por qué nuestro guía había enmudecido. Yo traté de cruzar mi mirada con la de Nihal, pero él no dejaba de mirar a la muchacha. Cuando ella le clavó los ojos y se echó el pelo hacia atrás, yo me estremecí.

No. Aquella no podía ser...

—A... ¿Ameera? —balbuceó Nihal.

## Capítulo 16

*Hundir (v.): Derrotar o acabar con algo.*

Mierda. ¿Aquella muchacha despampanante era Ameera? No había dejado la agencia de viajes donde trabajaba para meterse en casa, no. ¡Se había hecho guía turística! Era obvio que cualquier cosa que pudiera hacer su exnovio, ella podía hacerla mejor.

Nihal se había quedado muy pálido, y estaba temblando ligeramente. Flic y Bex se miraron tratando de entender lo que estaba pasando. Ameera le lanzó a Nihal una sonrisa significativa y mostró sus dientes blancos y perfectos. Después, siguió hablándole a su grupo. Era evidente que estaba disfrutando del efecto que tenía en él.

—El Taj Mahal es uno de los edificios más reconocibles del mundo. Se tardó veintidós años en construirlo, y fue encargado por el emperador como mausoleo para su esposa, que murió trágicamente al dar a luz a su decimocuarto hijo. ¿Quién habría pensado que el acto de un hombre lleno de dolor por su pérdida iba a crear semejante belleza? —dijo ella. Todos estábamos escuchando su suave acento indio, que había dejado a Nihal sin habla. Después, hizo una pausa, antes de continuar con su discurso—: La mayoría de los hombres ni siquiera demuestran que valoren a sus novias, y mucho menos construirían algo tan grandioso para celebrar su amor —añadió.

Al oír aquello, Nihal carraspeó. Se irguió y volvió a mirarnos, aunque evitó mirarme a los ojos.

—Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí... La gente siempre ha creído que esta era la historia de amor más grande de la India, pero no todo fue romanticismo y felicidad. El emperador ordenó que les cortaran las manos a los artistas que habían ayudado a diseñar la tumba, para que nunca pudieran recrear algo tan hermoso —dijo, y escupió junto a sus pies.

Ameera alzó aún más la voz para competir con Nihal.

—Sin embargo, no se debe hacer caso de esas historias del folclore. La

gente suele mentir. Puede ser muy difícil distinguir si lo que te están diciendo es la verdad o una tontería.

Bex y Ollie se giraron hacia mí, y yo intenté aparentar que estaba tan confundida como ellos. No podía ser cierto lo que estaba pasando. El único que parecía disfrutar de aquel intercambio entre los guías era Chris. Había sacado su móvil para hacer fotos y lo puso delante de la cara de Nihal.

Para entonces, el grupo de Ameera, que estaba compuesto por tres hombres y una mujer, ya se había dado cuenta de que estaba ocurriendo algo, pero tampoco sabían por qué su bella guía turística estaba explicando de una manera tan extraña la historia del Taj Mahal. Uno de los hombres, un señor chino y bastante gordo, alzó la mano para hacer una pregunta, pero Nihal lo cortó con un carraspeo.

—En mi opinión, es injusto que la gente siempre se haya puesto de parte de las mujeres al aceptar que es maravilloso que un hombre haga tal gesto de amor. Para muchos, es algo completamente exagerado y ostentoso. El tipo de mujer que espera una declaración de amor tan excesiva es, seguramente, el tipo de mujer que hay que evitar. ¿No tengo razón, chicos? —les preguntó a Chris y a Ollie. El hombre chino comenzó a aplaudir para demostrar su aquiescencia, pero se detuvo cuando Ameera le lanzó una mirada fulminante.

Ollie arrugó la frente. Por suerte, parecía que no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba pasando.

—Eh... bueno, supongo que sí —dijo.

Flic dio un resoplido y murmuró que ella ya sabía desde el principio que era un machista.

Ameera la ignoró y subió el volumen.

—El bello y conmovedor regalo del Taj Mahal es considerado una de las Siete Maravillas del Mundo Moderno debido a sus formas gráciles, bellas y simétricas. Es obvio que el emperador Shah Jahan amaba tanto a su esposa que se dedicó en cuerpo y alma a demostrárselo con esta edificación. Sé que no todas las mujeres esperan grandiosas declaraciones de amor como esta, pero, realmente, si los hombres les demostraran a las mujeres lo que sienten en vez de esperar que las mujeres lo deduzcan, entonces las mujeres lo entenderían todo mucho mejor, estoy segura de ello —dijo Ameera, y le echó a Nihal otra de sus miradas—. Una acción vale más que mil palabras.

—¿Cuándo vamos a entrar? —preguntó un hombre del grupo de Ameera. Era alto y delgado y tenía un marcado acento alemán.

—Ah, sí. Claro —dijo Ameera, que se sonrojó. Se apartó el pelo de la cara, que se le había puesto rosada de la emoción—. Bueno, ahora tienen algo de tiempo libre para explorar los jardines. Nos reuniremos aquí dentro de treinta minutos para entrar todos juntos y ver el maravilloso mausoleo.

Su grupo, dando muestras de alivio, se alejó. Algunos murmuraron que era una chica muy rara.

Nihal vio que Ameera se alejaba y, rápidamente, dijo:

—Bueno, chicos, ahora tenemos un corto descanso. Nos vemos aquí dentro de treinta minutos.

Yo me encogí de hombros ante los demás, como si no tuviera ni idea de lo que ocurría, y agarré del brazo a Nihal antes de que saliera corriendo detrás de Ameera.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le pregunté, con los dientes apretados—. ¿Qué está haciendo aquí ella?

Nihal estaba aturullado. Miraba por los jardines esmeralda intentando divisar a Ameera entre la multitud.

—¡No lo sé! Aunque... ¿no dijiste tú que ella también podría trabajar para ti de guía turística?

—Fue una idea, una sugerencia de cómo podría ayudaros a superar vuestra ruptura. ¡No puede hacerse guía de la noche a la mañana!

Sabía que casi estaba gritando, pero me sentía completamente confusa. Había intentado ayudar a Nihal a ponerse en pie de nuevo, pero no podía permitir que su exnovia estropeará nuestro viaje con su propio grupo de corazones rotos y camisetas a juego.

—De acuerdo, de acuerdo... —dije, apretándome el puente de la nariz con los dedos—. Vamos a hacer una cosa. Tú ve a buscarla y pídele perdón por lo que hayas hecho. Volved y dile que podemos encontrarle un trabajo contigo. Tal vez pudierais guiar a los grupos entre los dos —sugerí.

Él negó con la cabeza y soltó un gruñido.

—No.

—¿No? ¿Por qué no?

—Llevaba siglos sin saber nada de ella, desde que nos peleamos. Estaba preocupadísimo por ella, pero parece que ella no se preocupa en absoluto por mí. Ha venido sabiendo que yo iba a estar aquí trabajando, a propósito, para sabotearme y vengarse de alguna manera. No quiere que nos reconciliemos. ¡Quiere vengarse! —exclamó.



Parecía que iba a explotar de ira. De repente, se le había hinchado una vena en la sien derecha, y tenía los puños apretados. Así que, adiós al señor Corazón Roto y bienvenido, señor Nada de Chorradas.

—¡Nihal, tenemos que arreglar esto! —chillé. Todavía no me creía lo que había visto con mis propios ojos. Aunque quizá tuviéramos que hacernos con unas camisetas a juego, o sombreros. ¿O ambas cosas? Quedaba muy bien—. Si no vais a arreglar esto como personas adultas, al menos esfuérzate en que tu grupo tenga un espléndido día. Quiero que sientan una descarga de adrenalina, no que se depriman porque una pareja les recuerde con sus discusiones los problemas que tienen en casa. ¡Han pagado un buen dinero para evadirse de todo eso!

—¡Oh, Dios mío, todo tiene sentido! —exclamó Nihal, y se dio una palmada en la frente. Era obvio que no había oído ni una palabra de lo que yo le había dicho.

—¿Qué? ¿Qué es lo que tiene sentido?

—Llevábamos una temporada discutiendo, siempre sobre mi trabajo y, hace más o menos un mes, volví de una de las excursiones muy contento por lo bien que había salido todo. Lo raro es que, en vez de ignorarme cuando se lo conté, parecía que estaba muy interesada. Me hizo preguntas y anotó cosas, creo recordar.

—Nihal...

Él tragó saliva e inhaló una bocanada de aire.

—¿Te acuerdas de esa mala crítica que me enseñaste de uno de mis tours? Asentí.

—La releí ayer, después de que te marcharas, y había algo que no cuadraba. Algunos detalles no eran ciertos. Ahora creo que sé quién la escribió.

No tuvo que decirme el nombre. Entonces, fui yo la que se puso hecha una furia. ¡Aquella bruja destroza-empresas!

—¿De verdad piensas que la escribió Ameera? ¿Por qué?

Nihal asintió lentamente.

—Creo que quería demostrarme que ella puede hacer cualquier cosa tan bien como yo.

—¡Dios mío!

Así que todo eran mentiras. Nuestro tour no iba de pena. Todo iba bien, aparte de una exnovia psicópata que quería venganza.

—Lo digo en serio, Georgia. Ha perdido cualquier oportunidad de volver conmigo después de ese truco tan sucio —dijo Nihal, y escupió en la gravilla. Después, se dio la vuelta y se marchó, dejándome allí sola.

Yo levanté la cabeza hacia el cielo y miré el Taj Mahal con inquina. «Pensaba que eras una obra de amor, no de sabotaje».

Tenía que ir en busca de los demás; me sentía nerviosa por saber cuál iba a ser su interpretación de aquel drama. Al girarme, me topé con alguien.

—Oh, lo siento —dije, con horror, al ver que se trataba de Chris.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Tenía el teléfono en la mano, pero, en vez de estar sacando fotos del Taj Mahal, lo tenía dirigido hacia nosotros. Debía de haberlo oído todo.

—¿Estás bien, Chris? —le pregunté. A él casi se le cayó el móvil.

—Sí, es algo increíble, ¿verdad? —dijo, rápidamente—. Muy... eh... interesante.

Yo murmuré algo en respuesta y, con una sonrisa falsa, intenté divisar el chal rosa de Bex o los rizos anaranjados de Ollie entre la multitud.

—¡Allí están! —exclamé, y me alejé de Chris, que estaba sonriendo con petulancia.

—Eh, mira qué teoría tiene Flic —dijo Ollie, riéndose, cuando me acerqué a ellos.

Flic puso los ojos en blanco.

—Solo estaba diciendo que he dado con el motivo por el que Nihal es tan raro.

—¿Raro? —pregunté, con la voz chirriante.

—Sí, bueno, es malhumorado y distante y, al rato, servicial e informativo, pero le falla mucho la atención —dijo Flic. Yo respiré profundamente, preguntándome si debería explicarles lo que estaba ocurriendo—. Toma drogas.

—¿Cómo? No... —dije, riéndome débilmente.

—Sí, sí. Piénsalo. Tiene subidas y bajadas, emociones contradictorias. Yo creo que es adicto al crack.

—No, claro que no —dije yo, bajando la voz al darme cuenta de que nos estaba observando un grupo de suecos. Oh, Dios, no podía permitir que el grupo pensara que Nihal era drogadicto. Me imaginaba cuáles serían las críticas—. Es... es... —vacilé, porque no sabía qué decir. Si les contaba lo de Ameera, me preguntarían por qué lo sabía, pero, si no decía nada, creerían las

ideas de Flic.

—Es diabético —dijo Chris, mientras se acercaba a nosotros—. Es bastante común entre los indios de su edad. Su estado de ánimo depende de los niveles de insulina.

—¿Eh? —pregunté yo, boquiabierta—. Ah, oh... sí. Nos lo ha dicho antes.

—Aaah. Pobrecillo. Debe de ser horrible tener que pincharte el brazo todos los días —dijo Bex, comprensivamente, y miró con reprobación a Flic. Ollie puso los ojos en blanco, y Liz exhaló un suspiro.

—Ah, claro —murmuró Flic—. Bueno, por los síntomas, también podía haber sido drogadicto.

—Sí, pero no lo es —dijo Chris, y se marchó a sacarle una foto al banco de la princesa Diana. Yo tuve que contenerme para no cabecear de incredulidad mientras lo veía alejarse. Acababa de sacarme del atolladero. Tal vez no fuera un tipo tan raro.

—Bueno, pues, ¡todo resuelto! —exclamé, alegremente.

Había estado muy ocupada buscando a Ameera y a su grupo entre la gente, en vez de admirar el mausoleo de mármol. Quería encontrármela y tener una conversación con ella por haber escrito aquella crítica falsa, pero no la vi por ningún lado. A medida que recorriamos el camino entre las plantas de perfume dulce que rodeaban los estanques, las cúpulas blancas empezaron a reflejarse en las tranquilas aguas azules, y yo me obligué a calmarme. Exhalé un suspiro de alivio, porque, a partir de aquel momento, las cosas iban a ser más fáciles. Seguro. Todos íbamos a ir a comer algo, y todo saldría bien.

—Aquí. Este parece bueno —dijo Nihal, cuando llegamos a un bar cercano, pero alejado del monumento y de la parte más turística.

Había unos cuantos taxistas sentados en sillas de plástico, a la sombra de unos tamarindos, bebiendo *chai masala* junto a grandes camellos que estaban atados a los troncos de los árboles y de cuyas bocas pendían largos hilos de baba, que llegaban al suelo polvoriento, mientras comían. A mí me rugió el estómago sonoramente mientras Nihal iba a pedir nuestra comida. Necesitaba comer algo, y pronto, aunque solo fuera para liberarme del nudo que tenía en el estómago. Para mí, era obvio que Nihal estaba atravesando las etapas de una ruptura; había comenzado con la negación y, después, había pasado a la ira, y la ira podía empujarlo a tomar decisiones precipitadas. Hasta el momento, parecía que lo había afrontado sacando el labio inferior y haciéndose con el control del grupo. Yo solo esperaba que aquello durara.

—Bueno, he traído comida variada —dijo, pasándonos bolsas de plástico llenas, servilletas de papel y cubiertos de plástico.

—¿Has pedido currys suaves? —le pregunté, nerviosamente.

Él asintió.

—He pedido uno fuerte para mí, pero todo lo demás es soso, perdón, suave —me dijo, y me guiñó un ojo—. Vamos, chicos, al ataque.

Les pasó unos platos de aluminio a todos, y el grupo al completo empezó a servirse y a comer.

—Esto es increíble —dijo Bex, mientras quitaba la tapa de lo que parecía un curry de lentejas.

Liz asintió.

—Qué marido tan romántico —dijo.

—Mi ex nunca hizo nada parecido por mí —refunfuñó Flic, moviendo el contenido de una de las tarteras con el tenedor.

—Bueno, en realidad, no creo que eso puedan hacerlo la mayoría de los hombres —dijo Ollie—. Casi ninguno tenemos los millones de rupias necesarios para hacer algo tan enorme como esto —añadió, riéndose.

Flic frunció los labios.

—No, pero los hombres podíais ser un poco más imaginativos en los asuntos románticos. Ver series de Netflix y relajarse no es la mejor manera de ganarse el corazón de una mujer, de verdad.

Liz se sonrojó.

—Yo estoy de acuerdo en que esto es excesivo, pero sería agradable que los hombres, y me refiero a mi ex, por lo menos intentaran tener algún detalle —dijo, e hizo una pausa. Después, añadió—: El año pasado se le olvidó mi cumpleaños.

Aquello provocó exclamaciones de indignación de todas las mujeres del grupo, incluida yo.

—El mío sí se acordó, pero me regaló una trituradora de documentos —refunfuñó Bex. Yo me estremecí—. No hay nada más romántico que el material de oficina.

—Bueno, puede que si las mujeres no fastidiarais tanto, consiguierais algo más agradable —intervino Chris. Reaccionó como si Bex hubiera tocado un tema sensible. Tal vez él le hubiera regalado una trituradora de papel a alguna mujer desagradecida alguna vez...

—Yo... yo no fastidiaba —dijo Liz, sonrojándose. Sinceramente, no

parecía que tuviera carácter ni para romper un plato, así que yo dudaba que fuera autoritaria en ninguna relación.

—Chicos, la comida se está enfriando —dije, para cambiar de tema, antes de que Chris le echara un sermón a Bex por no haber sido agradecida, incluso aunque le hubieran regalado una trituradora de papel.

Para dar ejemplo, hundí la cuchara en el curry que tenía más cerca. Parecía un guiso de champiñones; la salsa era de un naranja brillante y tenía aceite. Tragué la cucharada y pensé que me iba a explotar la boca. La guindilla me arañó la garganta y me clavó las garras en la epiglotis. Tosí, y tomé el vaso de *lassi* más cercano. Le di un enorme sorbo al yogur líquido para que me aliviara el infierno que tenía en la boca.

—¿Estás bien, Louise? —me preguntó Bex. Abrió una botella de agua mineral y me la pasó al verme la cara colorada—. Creo que eso es lo que ha pedido Nihal.

Ollie se echó a reír sin poder evitarlo, pero se quedó callado al ver que Liz fruncía el ceño. Al final, después de beberme toda el agua de Bex, el dolor se mitigó.

—Cuidado con ese curry —dije—. Está un poco picante.

—Bueno, Chris, y ¿cuál es tu historia? —preguntó Bex.

Él bajó los cubiertos. Me di cuenta de que comía como un pájaro, eligiendo los platos de verduras y complementándolos con el arroz *pilau*.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿De dónde eres? —preguntó Bex. Parecía que ella era la única que no se dejaba amedrentar por su mirada de aburrimiento.

—De Londres.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro.

—¿En qué trabajas?

—Soy consultor de Tecnología de la Información.

Dios, aquello era muy doloroso. Sin embargo, no parecía que Bex tuviera intención de dejarlo.

—¿Y por qué has venido a este viaje?

Ante aquella pregunta, Chris se irguió ligeramente, partió un pedazo de pan *naan* y comenzó a masticarlo con lentitud antes de responder. Bex lo miró con los ojos entrecerrados, esperando su respuesta.

—Yo... yo... mi novia y yo lo dejamos en Navidad, y quería evadirme —

dijo, vacilando, y sus mejillas angulosas y pálidas se sonrojaron.

—Vaya, lo que estabais diciendo de recibir malos regalos no es nada comparado con esto. Que te dejen en Navidad tiene que ser horrible —dijo Ollie. Chris asintió rápidamente y siguió comiendo—. Aunque, también, que te dejen en tu cumpleaños sería bastante doloroso —añadió Ollie.

—O durante el invierno, porque nadie quiere salir a ligar, con el frío que hace —razonó Bex.

—Sí, pero en verano también es un asco, porque todo el mundo está en festivales, o de vacaciones con su novio —añadió Flic.

Yo me eché a reír.

—En resumen, es un horror que te dejen en cualquier momento —dije.

—Bueno, Nihal, y tú, ¿sales con alguien? —le preguntó Liz. Yo estuve a punto de atragantarme con un pedazo de *chapati* mientras ella continuaba—: Seguro que es difícil encontrar a alguien aquí, aunque haya tanta gente, y supongo que no tienes oportunidad de iniciar conversaciones muy a menudo.

—No, yo... —dijo Nihal, pero se quedó callado, y empezó a temblarle la barbilla.

—Es demasiado mujeriego como para preocuparse por eso —dijo Ollie, para auxiliarlo, y le dio una palmadita en el hombro, ahorrándole de ese modo tener que dar explicaciones.

Nihal bajó la cabeza y dio una palmada.

—Ja, ja. Sí, algo así. Bueno, si habéis terminado de comer, tenemos que seguir con la visita —dijo, después de carraspear.

Creí que la decisión de terminar ya con la comida se debía a la embarazosa conversación que estábamos manteniendo, pero, cuando seguí su mirada, vi a Ameera, que se acercaba con su grupo.

Oí que decía:

—Bueno, chicos, cambio de planes. El restaurante en el que íbamos a comer está muy sucio. Vamos a otro sitio que es mucho mejor.

Giró su preciosa nariz en el aire y pasó por delante de nosotros. Algunos de los miembros de su grupo, con sus camisetas a juego de los corazones rotos, nos sonrieron con cara de pedir disculpas.

—Esto no está sucio, ¿no? —me preguntó Liz, que ya tenía un frasquito de gel antibacterias en la mano.

—No, está perfectamente limpio. Había muchos lugareños aquí, y siempre se dice que, si quieres probar la mejor comida de un sitio, tienes que ir al

lugar en el que estén los lugareños —respondí, con una sonrisa. Esperaba que Nihal hubiera comprobado que el sitio era aceptable antes de llevarnos allí. Bueno, había unas cuantas moscas, y el camarero era gordo y no tenía aspecto de estar muy sano, pero seguro que no había nada malo.

Solo para cabrearme, mi estómago borboteó sonoramente.

Oh, no.

## Capítulo 17

*Enfermo (adj.): Que padece una alteración más o menos grave de la salud.*

El resto de la tarde fue un desastre. Después de salir del Taj Mahal, abriéndonos paso entre vendedores desesperados por llevar a nuestro grupo a la joyería de su primo, de su hermano o de su amigo por un «buen precio, buen precio», llegamos al Fuerte Rojo. En realidad, era una imponente ciudad amurallada que debía su nombre al color de la piedra arenisca con que fue construida. Las formas de la edificación se recortaban contra el brillante cielo azul.

Yo no podría decir nada más sobre aquel impresionante edificio, porque tuve que salir corriendo al baño público más cercano. Se trataba de un agujero hediondo en el suelo, invadido de enjambres de moscas y mosquitos, en el que tuve que ponerme en cuclillas y tratar de mantener el equilibrio mientras sudaba.

Por fin, salí de allí, restregando las resistentes y feas sandalias de viaje en el suelo para intentar librarme de lo que habían dejado otros visitantes en los baños y que yo había pisado accidentalmente. Agarrándome el estómago y cojeando, encontré un lugar a la sombra, bajo un árbol cercano, para sentarme. Todo el mundo había entrado en la fortaleza, así que tuve tiempo para descansar y tratar de rehidratarme antes de que terminaran. Me dejé caer en el banco de piedra y bebí lentamente una botella de agua mineral, maldiciendo a Nihal por dejar su curry a mi lado, y por la mirada petulante de Ameera, que había empujado a mi estómago a experimentar un *souvenir* que no quiere nadie: el vientre de Delhi.

Intenté ignorar a dos indios muy delgados y bien vestidos que querían enseñarme algunas muestras de alfombras, y a una pandilla de niños que se acercaron a mí con las manos extendidas, pidiendo dinero. Sin embargo, como solo tenía billetes escondidos en mi billetera de viaje y estaba demasiado doblada como para acceder a ellos, les hice una seña para que se alejaran. Se me llenó la frente de gotas de sudor. Esperaba que la visita



guiada de Nihal no durase demasiado, aunque, al pensar en el largo viaje de vuelta al hotel, tuve ganas de volver al appestoso retrete a vomitar. Unos diez minutos más tarde, oí pasos que se dirigían hacia mí. Estaba casi desmayada. Miré hacia arriba patéticamente, y vi a Nihal, que caminaba hacia mí. Estaba pálido y se retorció las manos de preocupación.

—Tenemos que irnos —dijo rápidamente.

A mí se me cayó el alma a los pies. Los había dejado solos menos de treinta minutos, y había ocurrido algo más con el grupo de Ameera y con Nihal. Estaba a punto de preguntarle qué, pero no fue necesario que usara la poca energía que me quedaba, porque las caras grises del resto del grupo me dieron la respuesta. Todos iban tambaleándose lentamente detrás de Nihal. Parecía que estaban tan mal como yo.

—Oh, no. No he sido yo sola, ¿verdad? —pregunté.

Bex tenía un gesto de dolor, Ollie iba agarrándose el estómago y tanto Liz como Flic iban respirando lenta y profundamente. Parecían zombis. Bueno, todos, salvo Chris.

—Creo que ha sido la comida. Esa guía del otro grupo dijo que el restaurante estaba sucio —declaró Bex, y su estómago hizo un gorgoteo para darle la razón.

—Todos nos hemos puesto malos —dijo Liz. Tenía mechones de pelo pegados a la frente húmeda.

—No, todos no —dijo Chris. Yo no supe si su actitud era comprensiva o si estaba pasándoselo en grande al ver a los demás retorciéndose de dolor—. Ya os dije que no comierais carne ni lácteos aquí.

Yo le hubiera dado un puñetazo, pero no tenía la suficiente energía.

—Ah, claro. Bueno, yo tampoco me siento muy bien —dije.

Nihal, sin embargo, estaba perfectamente. Seguramente, su cuerpo estaba más habituado a las intoxicaciones alimentarias. Tenía cara de tristeza y de vergüenza.

—Teníamos que ir a visitar un mercado, pero... —dijo, y miró las caras del grupo—. Podemos volver antes al hotel.

Todos asintieron con vehemencia, aparte de Chris, que se comportó como si se sintiera molesto, aunque, en realidad, yo no creía que pasearse por un mercado lleno de gente con aquel calor fuera una de sus actividades preferidas. El minibús apareció un poco después, con botellas de agua mineral frescas y muchos pañuelos de papel. Todos respiramos

profundamente y nos subimos en el vehículo para volver a Nueva Delhi.

A cada bache o cada agujero que el minibús encontraba en el camino, se oían quejidos de dolor del resto de los pasajeros. Yo intenté dormir, pero no podía controlar la urgencia de ir al baño. El minibús tuvo que parar cada veinte minutos para que alguno de nosotros se escondiera entre los arbustos del arcén. El viaje de vuelta se hizo eterno y, para rematarlo, Chris no dejó de abrir paquetitos de nueces y otros frutos secos que había llevado consigo. El olor de la comida, por muy neutro que fuera, me revolvió aún más el estómago.

Cuando llegamos al hotel, todos se marcharon rápidamente a su habitación; Rashid nos vio pasar con horror.

Después de varios viajes al baño de mi habitación, me quedé convencida de que no me quedaba ya nada en el organismo. Afortunadamente, Nihal nos había dejado a todos plátanos y más botellas de agua junto a la puerta de nuestras habitaciones, además de unos sobrecitos de rehidratación. Ojalá pudiera tragar lo suficiente como para que me hiciera efecto.

Me tumbé en la cama e, instintivamente, adopté una posición fetal. Tuve la imperiosa necesidad de llamar a Ben; necesitaba escuchar su tono tranquilizador. Necesitaba que me dijera que me iba a poner bien, que aquello solo era un rito indio de iniciación. Necesitaba el consuelo de alguien que me conociera. También quería saber qué tal iban las cosas en la oficina y si había encontrado algún sustituto adecuado. Y necesitaba olvidar todas las veces que había ido corriendo al baño y me había dejado caer sobre las baldosas frescas y duras.

Pero, por mucho que lo intentara con los limitados movimientos que podía hacer, no conseguí engancharme con la *wifi* en mi habitación, y no ni siquiera podía ir gateando a la recepción para conseguir una buena señal. Me desplomé sobre la almohada, sintiéndome tan marchita y repugnante como una hoja de lechuga en una barbacoa de verano. Me quedé así, acunándome el estómago con los ojos cerrados, hasta que otro fuerte gorgoteo me obligó a abandonar mi cómoda posición.

Pero... ¿por qué demonios había pensado que tenía que hacer aquel viaje?

## Capítulo 18

*Verde de envidia (adj.): Celoso, envidioso, desconfiado.*

Teníamos el día libre para descansar y recuperarnos, porque todo el mundo, excepto Chris, aún tenía cierto malestar. Yo me pasé todo el tiempo con el aire acondicionado puesto, en la cama, comiendo tostadas secas y bebiendo agua mineral, preocupándome por lo mal que iba aquel tour y diciéndome que todo tenía que mejorar pronto.

Todavía no podía salir de la habitación y no conseguía conectarme a la *wifi*, pero, como necesitaba escuchar la voz de Ben, pasé por alto lo caro que iba a costarme y le llamé al teléfono de la oficina.

—¿Diga? —respondió una mujer, distraídamente, al cuarto tono.

—Hola, Kel —dije, afectuosamente, por mucho que le hubiéramos pedido que respondiera diciendo «Hola, aquí Viajes para Corazones Solitarios, al habla Kelli, ¿en qué puedo ayudarle?».

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Con quién hablo? —preguntó la mujer, con un acento pijo y un tono sarcástico.

Claramente, no era Kelli. De repente, pensé que me había equivocado de número. Tal vez la intoxicación me hubiera hecho delirar.

—Oh, disculpe, ¿es Viajes para Corazones Solitarios? —pregunté.

—Sí —respondió ella, como si le aburriera el mero hecho de hablar conmigo.

—¿Con quién hablo, por favor?

—¿Acaso es asunto suyo? —respondió ella, y bostezó.

—Pues, en realidad, sí. Soy la copropietaria de la empresa, Georgia Green. ¿Quién es usted? —pregunté, apretando los dientes.

Hubo una larga pausa, y aquella mujer maleducada cambió su tono grosero por un ronroneo.

—Oh, lo siento, señorita Green. Creo que ha habido unos problemas con la línea —dijo, mintiendo descaradamente—. Me llamo Serena De Vere. ¿En

qué puedo ayudarla?

—Eh... ¿está Ben?

¿Quién demonios era Serena De Vere, y por qué respondía a mi teléfono de la agencia?

—¡Ben! —exclamó, como si acabara de tener un orgasmo con él—. Ahora mismo viene, señorita Green. ¿En qué otra cosa puedo ayudarla?

—En nada más, gracias. Solo quería hablar con Ben —dije, secamente.

—Ah, muy bien. Entonces, que tenga un buen día —ronroneó ella. Oí cómo le pasaba el auricular a Ben. Él se rio suavemente, y ella soltó una risita de niña.

—¡Hola, Georgia! ¿Cómo estás? —me preguntó, y yo percibí la sonrisa en su voz. Sin embargo, no supe si sonreía porque estaba hablando conmigo, o porque tenía a aquella humanoide tan sexy al lado.

Me mordí la lengua y esboqué una sonrisa falsa.

—Oh, muy bien, muy bien. Solo llamaba para ver cómo va todo...

Ben se echó a reír, y me interrumpió.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —pregunté yo, en un tono ligero, como si me interesara la broma.

—Oh, nada. Solo algo que ha dicho Serena —respondió él.

—Ah, sí... ¿Y quién demonios es Serena?

—¡Disculpa! Serena es la sustituta temporal.

¿Cómo? ¡Pero si solo había pasado un día!

—Ah, vaya... Qué rapidez —dije, intentando disimular lo dolida que me sentía. Lo cual era una tontería por mi parte, porque era yo la que le había dicho que contratara a alguien. Serena De Vere. Con aquel nombre, y por su tono de voz, que podría derretir la mantequilla, me imaginé a una mujer muy sexy, y se me encogió el estómago. Ya la odiaba.

«Va a casarse con él y tendrán hijos, y todo eso, antes de que tú consigas sacar el trasero de Nueva Delhi», me dijo una vocecita que resonó por mi cabeza.

—Sí, ya lo sé. Es muy raro. Entró en la agencia con su currículum a los pocos segundos de que yo colgara contigo. Fue el destino, o algo parecido, porque me salvó de tener que hacer la selección o de ir a una agencia de trabajo temporal —explicó él, y volvió a reírse—. Ha encajado muy bien y nos ha dado muchas ideas nuevas, y muy buenas. Te va a encantar.

Tuve ganas de ir corriendo al baño a vomitar otra vez.

—Magnífico —dije.

«Georgia, no te pongas celosa».

Tal vez fuera muy fea y solo tuviera una voz sexy y un nombre que parecía exótico. Tal vez sus padres se hubieran compadecido de ella cuando nació, porque asustó a todas las enfermeras, así que tuvieron que darle algo para que pudiera sobrevivir en este mundo cruel, me dije. Si las cosas hubieran ido mejor entre Ben y yo cuando tuve que marcharme, seguramente no estaría tan paranoica en aquel momento ni pensaría que la señorita Nuevas Ideas había llegado para estropearlo todo. «¿El qué? ¿Va a estropear el hecho de que de verdad le digas cuánto lo quieres?». Me la imaginé con la mano en la cadera, mirándome con descaro, y me imaginé también a Shelley, mirándome con una expresión de «Te lo dije» y con los labios fruncidos, moviendo el dedo índice delante de mi cara por no admitir lo mucho que me gustaba Ben. Oh... ¿Quizá pudiera mandar a Shelley a que espiera en la agencia por mí?

—¿Georgia? —dijo Ben—. ¿Has oído lo que te estaba diciendo?

—Ah, sí, sí. Es muy buena idea.

Hubo una pausa.

—¿De verdad te parece buena idea? Vaya, no estaba seguro de que estuvieras de acuerdo tan rápidamente, sobre todo, porque no la conoces, pero creo que será bueno para nosotros que se quede, sobre todo ahora que la empresa va a tener mucho más trabajo.

Un momento... ¿de qué estaba hablando?

—Ummm... —dije, solamente, porque me daba vergüenza reconocer que no había oído lo que me estaba diciendo antes. Fuera lo que fuera, parecía que estaba muy entusiasmado con la idea.

—Fenomenal, pues te mandaré el contrato lo antes posible.

¿Contrato? ¿Qué contrato? ¿Para qué?

—Ah, sí. ¿Es necesario que esté allí para firmarlo? —pregunté, con la esperanza de que su respuesta me aclarara algo las cosas.

—No, no. Tú ya tienes suficiente con arreglar el viaje a la India. Serena tiene muchas ideas, y muy buenas, sobre cómo sacarle el mayor partido posible al mercado asiático. Ahora solo estamos en la superficie, pero supongo que cuando empiece a tiempo completo podremos hacer mucho más —dijo. Estaba muy animado. Hacía tiempo que no le oía hablar así.

—¿A tiempo completo? —pregunté.

Teníamos los beneficios justos para pagar nuestro sueldo y, además, los

dos habíamos aceptado reducciones drásticas para que la empresa sobreviviera al primer año; yo dudaba que pudiéramos permitirnos el lujo de contratar a alguien más. Ella acababa de empezar y, además, solo iba a ser una sustituta temporal, hasta que yo volviera. ¿Por qué demonios quería Ben que se quedara? «Porque le gusta, porque necesita un motivo para verla todos los días», me dijo el lado maligno de mi inconsciente.

—Sííí —me dijo él, como si estuviera hablando con una niña de tres años—. Ya sabes, el contrato que te he dicho que iba a preparar.

—Bueno, quizá debemos esperar hasta que yo llegue, para poder conocerla y...

—No, no. Ya te he dicho que tú tienes más que suficiente con el viaje a la India, y hemos hablado varias veces de que debemos confiar el uno en el otro. Fifty-fifty, ¿no te acuerdas? No te preocupes por esto, Georgia. Lo tengo todo bajo control. Tú ocúpate de arreglar el tour —dijo, con firmeza.

—Oh. De acuerdo —respondí yo. Tenía que demostrarle que confiaba en sus decisiones empresariales, aunque mi corazón y mi cabeza no pensaran lo mismo.

—Bueno, y ¿qué tal van las cosas por ahí?

Yo pensé en la noche que había pasado, sentada en el inodoro de porcelana, y en cómo había mostrado los pechos en el restaurante indio.

—Muy bien, muy bien.

—Ah, estupendo. Espero que te estés divirtiendo; te lo mereces. ¿Has conseguido averiguar algo sobre esa crítica tan terrible?

—Sí, era falsa.

—¿Falsa? ¿Y cómo lo sabes?

—La escribió la exnovia de Nihal, para vengarse por su ruptura. Así que el guía de nuestro tour también tiene el corazón roto. Bueno, lo tenía. Creo que ahora está más cabreado que otra cosa.

—Claro —dijo Ben, lentamente, como si intentara entender lo que le decía. Oí una risita al fondo, y supe que no era Kelli—. Pues es una buena noticia, ¿no? No que su novia lo haya dejado, claro, sino que la crítica fuera un puñado de mentiras.

—Sí —dije yo, y me froté la cara, intentando concentrarme en aquella conversación de trabajo—. Solo que yo sigo sintiéndome nerviosa por lo que esta mujer vaya a seguir haciendo para vengarse por lo que sea que le haya hecho él.

El sonido de las risitas aumentó.

—Bueno, Georgia, tengo que colgar. Estamos reorganizando la zona de folletos —dijo él. «Sí, claro, seguro que fue idea de Serena», pensé yo—. Y la agencia está un poco desordenada, así que tengo que acabar antes de que nos vayamos.

—Ah, de acuerdo —dije yo, en voz baja.

—Parece que tú también lo tienes todo bajo control allí. Cuídate, y hablamos pronto —dijo él, y colgó antes de que yo hubiera podido preguntarle por qué había dicho «nos vayamos» y no «irme».

En cuanto mi habitación quedó en silencio, se me llenó la cabeza con la imagen de una deslumbrante y esbelta rubia que rodeaba a Ben con un brazo bronceado y que echaba la cabeza hacia atrás y se reía de todo lo que él decía, tocando sus músculos, dejando la mano cada vez un segundo más hasta que, de repente, sus ojos se encontraban y, en menos que canta un gallo, él la tenía tumbada encima de mi escritorio.

Salí corriendo al baño, con la sensación de que estaba a punto de vomitar.

Me limpié la boca con la suave toalla blanca y evité mirar mi horrenda imagen en el espejo. Entonces, me convertí en una mujer con una misión, e hice lo que haría cualquier mujer celosa: la Operación Acoso Cibernético. Por fin, conseguí conectarme a la *wifi*, sacando medio cuerpo por la ventana de mi habitación, y entré en Google. Sin embargo, la única Serena De Vere que encontré era una surfista australiana que había muerto hacía siete años. Entré en Facebook y la busqué allí, pero no había ni una sola persona con ese nombre, y lo mismo sucedía en Instagram y en Twitter. «¿Quién vive en este siglo sin estar conectado en las redes sociales?», me pregunté, antes de posar la mano por accidente en la pegajosa cagadita de un pájaro que había en el alféizar de la ventana.

Fui al baño a limpiarme, diciéndome que tenía que dejar de ser tan neurótica. Solo esperaba que, si me lo repetía lo suficiente, tal vez terminara creyéndomelo.

## Capítulo 19

*Huraño (adj.): Que tiene o demuestra poca inclinación a las relaciones sociales. Asocial.*

Lo primero que me golpeó fueron los olores. Un olor corporal de varios días de antigüedad que desprendía la concurrencia de los andenes de la atestada estación, y que se mezclaba con los olores del ajo, de los excrementos de vaca y del incienso. Intenté respirar por la boca para evitar lo peor. Y no solo eran los olores rancios lo que atentaba contra mi estómago, todavía delicado; estábamos tan apretados que parecía la hora punta en el metro de Londres, cuerpos pegados a otros cuerpos, brazos resbaladizos por el sudor y ojos mirando a cualquier parte salvo a los ojos de los demás. Bienvenido a la estación de tren de Nueva Delhi. Traté de sonreír tranquilizadamente al resto del grupo, que estaba detrás de mí. Chris tenía los labios apretados y un gesto ceñudo, Bex se estaba abanicando la cara enrojecida y Ollie hojeaba su guía como si la respuesta a aquel horrible momento se encontrara en aquellas páginas. Estábamos esperando el próximo tren a Bombay. El viaje duraba quince horas e íbamos a recorrer campos de arroz y paisajes rocosos, disfrutando del panorama desde la comodidad de nuestro compartimento privado de literas.

Mientras observaba a la multitud de gente que clamaba alrededor de las minúsculas ventanas de las taquillas, sentía un enorme agradecimiento por el hecho de que Nihal hubiera tomado las riendas. Pasaban familias que llevaban lo que parecían sus hogares enteros en bolsas de plástico bajo los brazos y sobre las cabezas. Yo me esperaba ver a la gente como sardinas en lata sobre el techo de los trenes y asomada por las ventanillas de los vagones abarrotados, pero, en cambio, el único lugar abarrotado era el vestíbulo de la estación, que estaba lleno de gente, maletas y animales y pájaros en grandes jaulas. Los niños saltaban alrededor de nosotros, jugando a serpentear entre la muchedumbre estática, pasando por debajo de las piernas de los extraños mientras sus padres se abrían paso a codazos por el andén. Los mensajes que



se emitían a través de grandes altavoces sonaban apagados e incoherentes por encima del zumbido y del ruido de los pasajeros que esperaban.

—¡Por aquí! —exclamó Nihal, gritando y mostrándonos un taco de billetes, sin perder de vista a tres hombres muy gordos que le gruñían por haberse colado.

—Gracias a Dios... ¿o debería decir a Alá? —murmuró Chris, mientras pasaba por encima de una caja de mangos maduros que estaba vendiendo una anciana desdentada. El olor de una fruta pisoteada me llegó a la nariz. La anciana extendió la mano para pedirle a Chris unas monedas por la pieza que le había estropeado, pero él enrojeció de asco y miedo y la ignoró.

Yo ni siquiera pude buscar algo de cambio para ella, porque Nihal era tan rápido como los niños a la hora de encontrar huecos entre la gente, agachándose y esquivando como un boxeador en el cuadrilátero, metiéndose en rendijas y abriéndolas para que nosotros pudiéramos pasar tras él.

—¡Por aquí, chicos! ¡Deprisa, no nos queda mucho tiempo!

Se notaba el pánico en su tono de voz y, al ver la longitud del tren junto al que teníamos que pasar para encontrar nuestros compartimentos, empezamos a correr pese al calor asfixiante, con las mochilas rebotando a nuestra espalda y el sudor derramándose por nuestras clavículas.

Hombres de mediana edad, trajeados y con maletines, atravesaban las vías vacías para moverse entre los andenes, y otros subían a los trenes en movimiento. El ambiente era agresivo y muy intimidante, como si hubiera reglas no escritas y límites invisibles que no se podían cruzar. Vi a dos tipos pegándose a puñetazo limpio, aunque fueran colgados de los grandes tiradores de un tren de cercanías, donde había unas trece personas apretujadas en el espacio de una cabina telefónica. Aquello sí que era una manera horrible de comenzar un día de trabajo.

Había muchachos adolescentes que se asomaban por las ventanillas, inclinándose hacia abajo y llamando a otros pasajeros en dialectos que yo no entendía. Nos seguían con los ojos por el andén; algunos nos miraban con dureza, y otros, con cara de alegría, al vernos corriendo con aquel calor sofocante.

—¿Queda mucho? —preguntó Bex, con un jadeo. Sus voluminosos pechos botaban de arriba abajo al correr.

—¡Ya estamos! ¡Vamos, daos prisa!

Nihal abrió una puerta y miró hacia el andén para asegurarse de que todos

subíamos antes de que el revisor tocara el silbato. Nos apelotonamos en el pasillo del vagón un momento antes de que el tren se pusiera en marcha y saliera de la estación.

¡Destino a Bombay!

El grupo iba charlando con emoción sobre el viaje. Encontramos nuestras literas y, por fin, pudimos quitarnos las mochilas. El vagón tenía un pasillo central estrecho, y a ambos lados se encontraban las literas dobles de metal. Los asientos estaban abatidos de manera que formaran una especie de cama; uno tenía que agacharse para evitar tener en la cara los pies del desconocido, que colgaban desde la litera superior. Los hombres, las mujeres, los adolescentes y los niños tenían su propio espacio. En algunos casos, ese espacio era compartido por parejas o por familias enteras, lo cual aumentaba el calor, pero también la animación del ambiente. Las ventanillas no tenían cristales, sino barrotes transversales de hierro azul que, junto a los ruidosos ventiladores del techo del vagón, proporcionaban una brisa caliente e inútil.

—Bueno, no es exactamente un vagón de lujo, pero es el mejor lugar para experimentar lo que es un viaje en un tren indio. ¿Sabíais que la red de ferrocarril de la India es la tercera más larga del mundo? —preguntó Nihal, con orgullo. Después, murmuró algo, porque un hombre gordo de pelo negro intentó pasar entre nosotros a empujones—. Está muy lleno, así que, por favor, encadenad las mochilas a los candados que hay debajo de los asientos. Y no dejéis caer comida al suelo, o los ratones vendrán rápidamente a veros.

—¿Ratones? —preguntó Liz. Se estremeció y subió los pies al asiento, mirando al suelo.

—Sí, pero, en realidad, son muy monos —dijo Nihal—. Poneos cómodos, porque tenemos un viaje muy largo por delante, ¡y disfrutad!

Intenté quitarme de la cabeza que tal vez tuviera que compartir cama con el chef roedor de Ratatouille, miré a los otros viajeros que iban a hacer el viaje con nosotros. Me sonreí al ver a una joven pareja india en una litera, un poco más allá. La mujer estaba sentada con las piernas estiradas, y él estaba tumbado con la cabeza sobre su regazo y los ojos cerrados, sumido en un sueño relajado y feliz. Ella le acariciaba suavemente el pelo negro y espeso, e iba leyendo un libro que sujetaba con la otra mano. Durante los primeros días después de saber que Ben iba a trabajar conmigo en Viajes para Corazones Solitarios, yo soñaba con que viajáramos por países exóticos, entrelazados, compartiendo aquellos preciosos momentos, igual que ellos. No sabía que,

aunque trabajáramos en una agencia de viajes y habláramos de viajes todo el día y todos los días, nosotros éramos los que íbamos a permanecer firmemente anclados en un lugar, literal y figurativamente. La mujer me sorprendió observándola y me lanzó una mirada extraña. Yo me sonrojé y aparté los ojos.

Solo podía mirar por la ventanilla, o mirar las suelas de un hombre mayor que estaba tumbado en la litera que había frente a la mía. Estaban grises debido a la cantidad de polvo seco que tenía pegado a las sandalias de goma. La visión de sus uñas retorcidas y desconchadas me revolvió el estómago. Me concentré en las vías. A poca distancia había un grupo de unos seis niños que jugaban en la parte de tierra seca que había entre unas casas de ladrillo ruinosas, pintadas a medias. Gritaron y se rieron cuando el más alto de todos falló un tiro nuevamente y tuvo que pasar sobre montones de basura para recuperar la pelota. Agitó la mano para saludarnos al ver pasar el tren.

En realidad, era mejor que las vistas que hay desde los trenes en Inglaterra. Allí, uno podía pasarse todo el viaje viendo pasar el mundo exterior, y a cada pocos minutos había algo nuevo. Colegiales jugando, familias sentadas en muros de ladrillo que esperaban para poder cruzar al otro lado de las vías, rebaños de cabras y vacas blancas y sucias, con las costillas visibles y los flancos huesudos, vagando sin rumbo con la única preocupación de pastar algunos hierbajos secos que encontraban a su paso.

—¿Todo bien, Louise? —preguntó amablemente Ollie.

Yo volví al ruidoso vagón. Desde que habíamos llegado a la India, se le había llenado la nariz de pecas, y los ojos verdes le brillaban aún más.

—Sí, muy bien. ¿Y tú, cómo te encuentras?

Él sonrió aún más.

—Mejor que hace unos días, gracias a Dios. Hacía siglos que no me sentía tan mal.

—Ah, supongo que es un rito de iniciación —dije, con una sonrisa.

Ollie tenía algo que me hacía feliz. Yo no sabía si era su personalidad tranquila, su sonrisa sincera, o que pareciera que le interesaba de verdad cómo me sentía yo, que no lo había preguntado solo por charlar. Le escuché contar una historia sobre uno de sus amigos, alguien llamado Sam el Duro, que una vez había querido impresionar a una chica en un pub de su barrio haciendo levantamiento de pesas en banco con los taburetes de la barra. Lamentablemente, todo había terminado en un viaje a urgencias.

Yo le escuchaba a medias mientras él hablaba con facilidad y seguridad, y pensaba en Ben. Finalmente, tenía que admitir que nosotros dos nunca íbamos a funcionar como pareja. Si no había ocurrido ya, seguramente que nunca funcionaría. Parecía que estaba desesperado por que me marchara de viaje para que nos tomáramos un descanso el uno del otro. A mí se me encogió el estómago al recordar la punzada de dolor que me habían causado aquellas palabras suyas. Además, había aprovechado la primera oportunidad para contratar a una sustituta glamurosa, casi un momento después de que yo me fuera, y eso decía mucho de lo que sentía hacia mí: éramos compañeros de trabajo, y nada más. Tenía que olvidar la chispa que yo creía que había surgido entre nosotros cuando estábamos en Tailandia el año anterior, y dejarlo pasar como un breve romance de vacaciones, si es que podía llamarse así. Ni siquiera nos habíamos besado.

Miré con cariño a Ollie, que estaba riéndose de su propia historia. Era muy mono, y hacía tanto tiempo desde que yo había tenido relaciones sexuales... Marie me había dicho una vez que, si no lo usabas, se te sellaba. No estaba segura de si era una broma o no. Ollie era una persona encantadora y alegre que siempre quería hacer sonreír a la gente; era adorable. Ben podía quedarse con Serena, y yo tendría a Ollie. Sencillo.

—¿Estás bien, Louise? —me preguntó Ollie, e interrumpió mis pensamientos—. Tienes una cara muy rara. ¿Es porque me huelen los pies? Algunas veces tengo pie de atleta y, con este calor, puede aflorar —dijo, tímidamente, y se inclinó para tratar de olisquear sus desgastadas zapatillas de deporte.

Y, así, tan fácilmente, se rompió la magia. Yo no podía engañar a mi corazón para obligarle a que alguien le gustara, y mucho menos si tenía hongos en los pies, por muy mono que fuera.

Me eché a reír.

—No, lo siento. Estaba a miles de kilómetros de aquí.

Ollie asintió y sacó un libro desgastado para ponerse a leer. Antes, olisqueó por última vez sus pies.

—*Chai, chai, garam chai.*

Iba dormitando gracias al aire húmedo y el movimiento de balanceo del tren, pero me desperté sobresaltada cuando alguien comenzó a gritar al final

de nuestro vagón. Me di la vuelta en la litera y, de mal humor, miré a un hombre alto y delgado que vendía té, el *chaiwallah*, que se había detenido a mis pies y tenía la palma de la mano extendida.

—*Chai*. ¿Quiere *chai*? —preguntó.

Yo hice un gesto negativo. Nihal nos había advertido sobre los servicios de los trenes, y yo estaba intentando ver cuánto tiempo podía estar sin averiguar lo sucios que estaban en realidad.

—Solo son tres rupias —dijo el hombre.

—No, gracias —respondí, con amabilidad.

Él murmuró algo en hindi y continuó su camino.

—¿No le gusta el té *chai*? —preguntó un hombre elegantemente vestido, con unas gafas de media luna y una barba canosa que estaba sentado frente a mí.

—Sí, sí. Está muy rico. Es que en este momento no me apetece.

—Bueno, él va a hacer rondas durante todo el viaje —dijo él—. ¿De dónde es usted?

—De Mánchester, Inglaterra —respondí.

—¿Y a qué se dedica? ¿Está estudiando? Es muy bueno estudiar y aprender cosas nuevas.

—No, no estudio. Yo... —estaba a punto de decir que tenía una empresa cuando, por suerte, recordé mi personaje—. Soy peluquera.

Comprendía que la gente sintiera curiosidad por los extranjeros. También comprendí, rápidamente, que un largo viaje en tren, sin posibilidad de escapatoria, era el momento perfecto para que ellos pudieran charlar contigo. Lo que no se me había ocurrido era que «charlar» pudiera significar que un indio curioso con un extraño tic me hiciera tantas preguntas que difícilmente podía contestar. Después de decir por tercera vez «no, no tengo marido» y «mi padre está jubilado», me estaba cansando de fomentar las relaciones internacionales.

—Si no le importa, quisiera dormir un poco —me disculpé.

El hombre de la barba asintió y continuó mirándome fijamente, para ver si había dicho la verdad. Sonreí débilmente, me volví a un lado y cerré los ojos, mientras él seguía murmurando que no estaba bien que yo estuviera soltera a mi edad.

En aquel momento, me invadió un sentimiento de nostalgia. Era como si la India me hubiera consumido. Estaba harta de sentirme tan pegajosa y

sudorosa todo el rato, de tratar de mantener la apariencia de que todo era positivo, de asegurarme de que los demás lo estuvieran pasando bien. Estaba harta de que me miraran, de sentir constantemente que los desconocidos me seguían con la mirada. Traté de olvidar el ruido del vagón y de aislarme durante un rato. Estaba mareada por la deshidratación, el calor sofocante y el constante sudor; me repugnaba mi propio olor corporal.

No podía soportar la pobreza que había al otro lado de la ventanilla, el interminable acoso de los vendedores y los conductores de *rickshaw*, el hecho irritante de no poder obtener una respuesta sólida de nadie y los perros abandonados que vagaban por los montones de basura, compitiendo por los desechos como los niños sin techo. Aquel país me rompía el corazón. Estaba exhausta, harta de comer curry, harta de usar los retretes en cuclillas y harta de ser yo la que intentaba todo el tiempo que el viaje tuviera organización y transcurriera sin contratiempos.

Y no solo allí, sino también en casa. Un profundo dolor me invadió el pecho, y me eché a llorar en silencio sobre la almohada sucia. Había regresado de Tailandia emocionada con la idea de la agencia de viajes, decidida a ayudar a otros viajeros como yo, pero ¿de verdad estaba ayudando a alguien? Me había alejado de mi familia y de mis amigos al tratar de conquistar el mundo volando sola. No me había dado cuenta de lo mucho que había destruido Alex mi confianza y mi fe en los demás. Había cerrado mi corazón por miedo. ¿Era eso, miedo a que Ben conquistara mi corazón y me hiciera daño, como había hecho Alex?

Me di cuenta de que, inconscientemente, me había obligado a mí misma a crear un escudo que protegiera mis sentimientos, a no confiar en nadie y a pensar que yo podía hacerlo todo sola. Pero no, no podía hacerlo sola. No podía hacer nada yo sola. Mi empresa estaba despegando, sí, pero en detrimento de mi vida social, de mis relaciones y de mi bienestar físico. Si seguía esforzándome así, iba a terminar completamente agotada. Había sido una absoluta locura ir a aquel país famoso por sus extremos y exponerme a las emociones que provocaba en los viajeros que lo visitaban.

Me sequé los ojos con brusquedad e intenté no pensar en la voz de Trisha, en sus palabras. Ella me había advertido que la India te trataba como a una tira elástica, te estiraba hasta el punto en el que creías que el único resultado posible era que te rompieras, hasta que aflojaba la fuerza y tú podías adoptar la forma que eligieras. Bien, pues, en aquel momento, yo estaba a punto de

romperme.

—Hola, ¿qué tal? —me preguntó alguien que me estaba tirando de la pierna con un brazo delgado para despertarme. Malhumoradamente, me giré y vi a un chico adolescente con una gran sonrisa y una bandeja de *chai* en las manos—. ¿*Chai*?

Yo gruñí entre dientes que se fuera a la mierda; el chico inclinó la cabeza y siguió para despertar a la persona de la siguiente litera.

—Es como si pudieran oler el agotamiento. Una bandada de buitres que espera a atacar al débil —me dijo una mujer, que tenía a un bebé dormido en los brazos, y sonrió.

Yo puse los ojos en blanco.

—Es exactamente eso —dije, con exasperación.

—Ven el color de su piel y creen que es una presa fácil —dijo ella, apartándose el flequillo de la frente con la mano libre—. Bueno, pues es así, pero multiplicado por cien, cuando llegue a Bombay. Pronto se dará cuenta de que todo el mundo está intentando salir adelante. Pero tiene que recordar que solo quieren ganarse la vida.

Asentí. Ya me sentía como una bruja por haberle contestado así al chico. Él solo estaba haciendo su trabajo. Me dije que iba a comprarle una botella entera de té cuando volviera a pasar por allí.

—Ya lo sé —dije, con un suspiro—. Es difícil ser amable a veces, sobre todo, cuando tienes tanto calor y malestar, y acaban de despertarte. Si vendieran helados, tal vez fuera distinto —añadí, y sonreí.

La madre primeriza puso con cuidado a su bebé junto a ella, revolvió en una bolsa de plástico y sacó dos frutas blancas con forma de pera. Me dio una.

—Tenga. No es helado, pero sirven para refrescarse.

Yo negué con la cabeza.

—No. Muchas gracias, pero no me apetece.

—No se preocupe, están limpias —dijo ella, mientras se sonrojaba de vergüenza.

—Oh, no lo decía por eso —respondí, y noté que mis mejillas también se enrojecían—. Es porque usted tiene que alimentar a un bebé. Yo iré pronto al bar a tomar algo de comer.

Ella puso la extraña fruta en mis manos.

—No hay bar ni tienda de aperitivos en el tren y, si no quiere un *chai*

caliente, no podrá tomar ninguna otra cosa durante el resto del viaje. Me gustaría que la tomara, de verdad.

Yo lo hice, e incliné la cabeza.

—Gracias —dije, y ella sonrió—. Eh... ¿qué es?

—Un pequeño aperitivo celestial en un tren caluroso —dijo ella, y se rio—. Se llama *jamun* blanco, también, manzanas del amor. Son fruta de temporada, así que disfrute de ellas mientras pueda —añadió. Le dio un buen mordisco a la suya, rompiendo la piel, y yo hice lo mismo.

Era una fruta crujiente y fresca como la manzana, con la carne blanca, de sabor fresco y ligeramente dulce. Exactamente lo que necesitaba. Y, en un segundo, pasé de querer darle un puñetazo a alguien a sentirme reconfortada y abrumada por la generosidad de aquella desconocida, de aquella amistosa madre primeriza, que no tenía nada pero lo ofrecía todo. Algo que yo debería aprender. Sonreí al pensar de nuevo en lo que había dicho Trisha; tal vez yo estuviera empezando a darle forma a mi tira elástica, después de todo.



## Capítulo 20

*Candidez (n.): El estado o la cualidad de ser sincero, abierto y franco en el habla o la expresión.*

Quince largas horas después, nuestro tren llegó por fin a su destino, y todo el mundo empezó a recoger sus cosas y a estirar las piernas cansadamente. Con las mochilas al hombro, fuimos saliendo pacientemente del tren, a la luz del sol.

Yo me despedí del hombre a quien había contado la historia de mi vida y de la amable madre primeriza, y salí corriendo para no perder a los demás. Era difícil, porque la estación también estaba abarrotada. Una multitud de gente pululaba bajo el sofocante calor, un mar de caras que iban en la misma dirección, llevándonos a mí y a los demás con ellos.

Afortunadamente, el minibús ya estaba esperándonos, y el conductor, un hombre gordo con un gran mostacho, que llevaba un palillo entre los labios, empezó a subir nuestras mochilas rápidamente al techo del vehículo y a sujetarlas con correas.

—¿Será seguro? —preguntó Liz, y se mordió la uña del pulgar.

Yo miré las correas desgastadas y me hice la misma pregunta.

—Bueno, si se caen, a algún pobre desgraciado le va a llover encima mi ropa interior sucia —dijo Bex. Se rio y le dio una palmada a Liz en la espalda—. No te preocupes tanto, mujer.

Liz asintió y le echó una última mirada al techo. Subió al minibús, y yo la seguí. Me di cuenta de que se sentaba junto a Ollie; ambos se sonrojaron cuando sus codos se tocaron sobre el reposabrazos pegajoso.

Nihal cerró la puerta y se puso en el primer asiento. Después, se volvió hacia nosotros. La camisa sucia se le enganchó en los abalorios de la funda del sillón.

—Bueno, lo hemos conseguido. Vamos al hotel, a dejar las cosas y a darnos una ducha —dijo, y todos nos pusimos a aplaudir—. Sí, os huelo a la mitad desde aquí —dijo, y guiñó un ojo—. Dentro de dos horas nos reunimos

de nuevo para dirigirnos a la siguiente parada de nuestro tour. Vamos a hacer otro viaje, pero, en esta ocasión, será en barco. No os preocupéis, es un trayecto corto hasta Isla Elefanta. Os aseguro que merece la pena el esfuerzo.

Después de darme una ducha en nuestro pequeño hotel, me sentí completamente limpia y fresca. El agua se había vuelto marrón del polvo y el sudor, y se llevó todo mi estrés por el desagüe oxidado. Pronto estábamos de nuevo en el minibús, dirigiéndonos hacia la famosa Puerta de la India, circulando por anchos carriles llenos de tráfico ruidoso y rápido, contra el fondo de una metrópolis vibrante de rascacielos que reflejaban los rayos del sol. El incesante sonido de las bocinas no era solo típico de Delhi; allí también sucedía. La humedad era sofocante, se me había rizado el pelo y me caían gotas de sudor salado por los brazos. Tenía la sensación de que mi corazón nunca dejaba de martillar.

Durante el camino, Nihal nos explicó que Bombay es el lugar donde van los indios ambiciosos a hacer fortuna. Miré los altísimos rascacielos y me imaginé a los multimillonarios brindando por sus éxitos en un bar de cócteles con vistas a las barriadas de chabolas a sus pies. En contraste con los elegantes rascacielos, pasamos por zonas de edificios coloniales decadentes y destartados, que daban un matiz de glamur a aquella ciudad de locos. A mí me daba vueltas la cabeza al ver las muestras de desigualdad por todas partes: niños agachados en la calle, defecando en las alcantarillas, y mendigos amputados con desagradables llagas abiertas que habían sido arrojados junto a pilas de basura.

Finalmente llegamos a la Puerta de la India, el símbolo de aquella ciudad caótica. Era un alto arco de basalto situado en el paseo marítimo, junto al puerto. Nihal nos guio desde el minibús hasta un viejo y pequeño transbordador. Creo que todo el mundo estaba aturdido por el agotamiento de aquel viaje épico en tren y del mero hecho de estar en Bombay, así que lo seguimos sin decir una palabra. Parecía que el plan de Nihal para superar su ruptura con Ameera estaba funcionando, y eso significaba que yo podía ocupar un asiento trasero mientras él ocupaba el lugar central con deleite y empezaba a explicar la historia de Bombay. Aquel era el tipo a quien había contratado. Sentía verdadera pasión por su trabajo. Al menos, una cosa había ido bien gracias a que yo estuviera allí, y era que él había olvidado a su exnovia.

A medida que la ciudad iba quedando atrás e íbamos avanzando

lentamente a través de las agitadas olas marrones, rumbo a la misteriosa Isla Elefanta, me di cuenta de que Flic se había puesto de color verde claro y de que estaba aferrada al borde de los bancos rojos en los que íbamos sentados.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja, mientras ella apretaba los párpados.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó, con un jadeo, entre profundas respiraciones.

—Eh... Veo algo a lo lejos. No debemos de estar muy lejos —respondí, al ver un largo muelle de piedra que emergía de una isla de colinas verdes—. ¿No te gusta ir en barco?

Flic negó con la cabeza, y sus rastas bailaron de un lado a otro. Se le habían puesto blancos los nudillos de agarrarse con tanta fuerza al asiento. Yo estuve a punto de reírme. Allí estaba aquella viajera que, aparentemente, no tenía miedo de nada, aterrorizada por una tranquila travesía. Debíamos de ir a una velocidad de ocho kilómetros por hora. Sin embargo, en vez de reírme, le acaricié el brazo pegajoso, e hice que tintinearán sus pulseras.

—Concéntrate en otra cosa. ¿Por qué no me hablas de tu familia? —le sugerí, para distraerla del viaje.

Ella tragó saliva y asintió, pero siguió mirando fijamente a la botella de agua que había a mis pies.

—Mi madre es psicóloga y mi padre es cirujano —dijo, lentamente—. Yo soy la pequeña de tres hermanas. Mis hermanas, Harriet y Mimi, trabajan en la City, en la bolsa.

—Vaya. ¡Qué genes más inteligentes hay en tu familia! —exclamé, con una sonrisa.

—Sí, aunque mis padres dicen que mis hermanas se los llevaron todos y yo solo me quedé con los restos que no valían.

Oh.

—Estoy segura de que no piensan eso —dije, frotándole suavemente la espalda.

Flic se giró hacia mí, con los ojos enrojecidos y empañados.

—Louise, tú no conoces a mis padres. Yo solo soy una gran decepción para ellos. Haga lo que haga, nunca seré tan buena como mis hermanas.

—Seguro que te quieren igual. ¿Qué te dijeron de este viaje? Es toda una aventura, ¿no?

—Ellos no entienden lo que es una aventura. Mi madre piensa que estoy

pasando por una fase, y a mi padre no le importa un comino. Por muy lejos que me vaya, o por muchos lugares impresionantes que conozca, no se dan cuenta de que me he marchado.

Se me pasó por la cabeza que la política británica no era lo único que Flic rechazaba. También se había decepcionado con la política familiar.

Estaba a punto de decirle algo para consolarla, cuando pasó un carguero muy grande junto a nosotros, y nuestro transbordador empezó a mecerse peligrosamente. Flic se agarró el estómago y se asomó por la borda para vomitar en las aguas fangosas.

Mientras nos acercábamos a la orilla, vi a un hombre elegantemente vestido que nos estaba esperando en el espigón, saludando a nuestro barco. De repente, tuve una extraña sensación de *déjà vu*. Yo había visto a aquel tipo en alguna parte.

## Capítulo 21

*Aficionado (n.): Una persona a quien le gusta una actividad, o que tiene conocimientos acerca de ella, o que cultiva fervientemente algún interés.*

Nuestro barco se acercó más al espigón, y el hombre sonriente apareció con toda nitidez ante mis ojos. Sonreía como si estuviera a punto de recibir a su familia en el aeropuerto. Recordé dónde había visto aquella cabeza de pelo negro y aquellos ojos verdes: era el hombre de la oficina de visados de Mánchester, Raj o Rahul, o algo por el estilo. ¿Qué demonios estaba haciendo allí, y por qué saludaba a nuestro barco? Miré a mi alrededor, buscando a Nihal para preguntárselo, pero él estaba hablando con algunos de los hombres de la tripulación. Me dije que debía olvidar aquellas tonterías. Aunque fuéramos a reunirnos con él, era improbable que me reconociera. Sin embargo, él sabía cuál era mi verdadero nombre y podía estropearme la coartada, y ese pensamiento me hizo sudar más que el calor sofocante.

De mala gana, bajé del barco y me mantuve detrás de las anchas espaldas de Ollie. Flic estuvo a punto de besar la tierra firme, y Chris sacó de nuevo su móvil para hacer fotos.

Yo miré fijamente al suelo como si estuviera muy concentrada para no tropezar. Los demás estaban comentando lo maravilloso que era aquel sitio.

Estaba tan concentrada mirándome los pies que no me di cuenta de que había estado a punto de chocar con alguien. Alguien que tampoco miraba por dónde iba. Alguien que me agarró de los brazos para evitar que me cayera de espaldas al agua. Se me escapó un grito y me agarré al brazo musculoso del desconocido para salvarme de la muerte. Bueno, o al menos, del ridículo.

—Te tengo —dijo alguien, con una voz grave y masculina, y un marcado acento de Mánchester.

Por supuesto, tenía que ser él quien me salvara. Alcé la vista y noté que todos los del grupo me miraban con los ojos muy abiertos. Murmuré una disculpa y me solté. Me sacudí, pensando en lo pegajosos que debían de estar mis brazos por la crema protectora y el sudor. Agradable.

—Gracias —dije.

—¿Georgia?

Se acordaba de mí.

Yo puse cara de confusión. El resto seguía mirándonos a mí y a aquel hombre tan atractivo y sonriente, que me tendió la mano como si fuéramos viejos amigos.

—Eres Georgia, ¿no? —preguntó, de nuevo—. Rahul.

—Lo siento, creo que me está confundiendo con otra persona —dije, sin estrecharle la mano.

—Nos conocimos en Mánchester, ¿no te acuerdas? En la oficina de visados —dijo él, aunque con menos seguridad que antes.

Yo negué con la cabeza.

—No, lo siento, no era yo.

Rahul asintió lentamente.

—Ah. Lo siento —dijo, entonces—. Te pareces muchísimo a una mujer que conocí.

Por fin, Nihal vino hacia nosotros e interrumpió aquel momento tan embarazoso.

—Os presento a mi amigo Rahul —dijo, dándole una palmada en la espalda al petulante hombre de los visados, y se giró hacia el resto del grupo—. Nos conocimos hace años, y ha accedido a enseñaros la isla, que es su lugar de nacimiento. Tenemos suerte de que esté aquí de visita, porque se conoce todos los rincones.

Rahul volvió a mirarme con extrañeza. Después, sonrió al grupo.

—Fui a vivir a Inglaterra de adolescente, de ahí mi acento, pero divido mi tiempo entre el trabajo y las visitas a mi familia, que sigue viviendo aquí, y ayudo cuando puedo haciendo visitas guiadas para gente maravillosa como vosotros, para compartir mi isla. Bueno, ¿estamos todos? —preguntó Rahul, que evitó volver a mirarme.

A mí me dio pánico que al grupo le pareciera raro que él se hubiera empeñado en que me conocía, pero parecía que todos estaban muy interesados en aquel monumento indio como para darse cuenta. Liz asentía como una loca; estaba a punto de derretirse y formar un charco de lujuria a sus pies. Yo noté que Ollie, que estaba junto a mí, se irritaba.

—Bien, vamos a empezar —dijo Rahul.

Lo seguimos mientras caminaba por delante de una fila de puestos que

había en los muros del muelle. Allí se vendían figuritas talladas en piedra y saris de vivos colores.

—Se piensa que los templos de esta isla fueron creados entre el cuatrocientos cincuenta antes de Cristo y el setecientos cincuenta de nuestra era. No se llama Isla Elefanta porque los elefantes vivieran aquí, sino porque los portugueses descubrieron una roca con forma de elefante cerca de la orilla, que colapsó cuando estaban intentando moverla —explicó, mientras andábamos.

—¿No hay elefantes? Eso es un poco timo —dijo Bex. Se cruzó de brazos y dio un resoplido.

—Sí, el nombre puede llevar a engaño, pero, hazme caso, este sitio tiene muchas más cosas que unos mamíferos con trompa.

De repente, la cúpula de árboles que había sobre nosotros se movió, y aparecieron unos monos pequeños que se lanzaban de rama en rama. Uno de ellos casi le sacó un ojo a Ollie con la cola.

—Se me olvidó decirles que, aunque no tenemos elefantes, sí tenemos muchos monos —añadió Rahul, sonriendo.

—Ah... míralos en su hábitat natural —dijo Flic, observando a los peludos animales. Sus mejillas habían recuperado el color, y yo me pregunté si nuestro guapísimo guía había tenido algo que ver.

—Parecen muy inocentes, pero, por favor, no les deis nada de comer, porque ya viven como príncipes —nos advirtió Rahul—. Y tened cuidado, porque son los ladrones de la isla.

—¡Ay! —gritó Chris.

Tenía una mano en la cabeza descubierta y, con la otra, trataba de alcanzar a un mono que le había robado el sombrero. Parecía que el mono se estaba riendo de él, y se largó con el sombrero entre los dientes—. ¡Eh! ¡Lo necesito!

Rahul se rio.

—Lo has perdido para siempre, amigo —le dijo, dándole una palmada en la espalda—. No te preocupes, podrás comprar otro.

Los monos estaban sentados sobre unas rejillas de hierro, bebiéndose unas latas de Coca-cola que les habían robado a los turistas. Parecía que se estaban riendo de nosotros porque todo les parecía hilarante. Chris los fulminó con la mirada y sacudió el puño hacia ellos mientras se alejaba. Pasamos junto a algunos tamarindos y mangos, y Chris no dejó de murmurar mientras miraba

a todos lados buscando al ladrón de su sombrero. Por fin, llegamos a la entrada, que estaba labrada en la roca. Estábamos ante cuatro columnas de piedra equidistantes. Parecía que ellas cuatro estaban sujetando la isla entera.

—Vaya, esto es menta —dijo Ollie, e inhaló profundamente, mirando la montaña excavada.

Yo di un paso atrás y me empapé de lo que tenía delante. Me sentía abrumada por el tamaño de la entrada. Rahul tenía cara de orgullo, y era un orgullo justificado. Fue un alivio pasar al interior de aquel templo húmedo y fresco y poder refugiarse del sol abrasador. Dentro de aquella cueva colosal había estatuas talladas en la piedra que se erguían sobre la sala y nos observaban a medida que íbamos avanzando.

—Son los guardias que vigilan la casa de Shiva —dijo Rahul, señalándolas con un asentimiento.

Nos contó la historia de la isla y de las obras de arte en piedra, que databan del siglo V, mientras recorríamos los túneles excavados en la roca. Entramos en otra gruta que era mucho más grande que las demás, y que estaba adornada con escenas de la mitología india, también grabadas en las paredes. Yo me di cuenta de que Rahul y Nihal se quedaban callados e inclinaban la cabeza como muestra de respeto.

A pocos metros de nosotros, rodeado por una sola cuerda roja, estaba la figura tallada más grande de las que yo había visto. Era un hombre de tres cabezas que emergía de una hornacina gigante de la pared. Tenía los ojos cerrados y una vaga sonrisa en los labios carnosos. La atención al detalle era impresionante.

—Podéis imaginaros cuántas horas tardarían en labrar la roca y la piedra para obtener esos relieves —dijo Rahul, mientras señalaba la piedra de color gris claro.

—Vaya, irradia serenidad. Tiene los ojos cerrados como si estuviera absorto en la meditación o la oración —murmuró Liz, golpeándose suavemente los labios con un dedo.

—Esperad, ¡creo que sé dónde estamos y quién es él! —exclamó Flic, con emoción. Todos se giraron hacia ella. Bex y Ollie pusieron los ojos en blanco con resignación, como diciendo «Claro, cómo no iba a saberlo ella». Es Shiva, un dios de los hindúes.

A Rahul se le iluminó la cara.

—Ah, lo sabes.



—Es el santo patrón del yoga. Siempre nos inclinamos ante él al principio de las clases. Juro que funciona, porque yo hago a la perfección la postura del perro boca abajo.

—Umm... Bueno, me parece que no entiendes de verdad el poder de Shiva —dijo Rahul. Carraspeó y se inclinó hacia nosotros como si fuera a desvelarnos un gran secreto. Yo ya no tenía miedo a que les dijera a los demás quién era; por el contrario, estaba embelesada por lo apasionado que era y lo mucho que sabía. Además, olía endemoniadamente bien—. Shiva es una entidad ilimitada y trascendente, pero también es alguien a quien temer —dijo. Se acercó a la cuerda roja y extendió un brazo hacia arriba—. Mirad. ¿Veis el tercer ojo que tiene en el centro de la frente? —preguntó. Todos asentimos—. Esto es para demostrar que siempre está vigilando. Además, habréis visto que su pelo no es como el nuestro, sino que es el río sagrado, el Ganges, lo que fluye desde su cuero cabelludo.

—Seguro que es muy difícil tenerlo limpio —dijo Bex, y se echó a reír, pero se quedó muda cuando Rahul le lanzó una mirada.

—Alrededor del cuello tiene a la serpiente Vasuki, para demostrar que él está por encima del poder de la muerte y del veneno. Algunos piensan que es el dios de los yoguis debido al control que ejerce sobre sí mismo y, a menudo, se le representa en alguna postura de yoga —dijo, y miró a Flic, que tenía un mohín en los labios porque él le hubiera llevado la contraria anteriormente—. Pero es más que todo esto: Shiva es el destructor del mundo.

A Liz se le escapó un jadeo.

—¿Qué? Entonces, ¿le rezáis a un tipo con un río en el pelo para que destruya el mundo? —preguntó Ollie, desconcertado.

—No —respondió Rahul, suavemente—. Lo habéis entendido mal. Shiva es considerado el destructor del mundo porque tiene el poder del cambio, de permitirnos que nos liberemos de viejos hábitos y ataduras que ya no nos sirven —dijo, y miró a todo el grupo—. También es una divinidad que escucha muy bien los asuntos del corazón. Ya sabéis, relaciones antiguas y tóxicas que es necesario superar antes de seguir adelante.

—Entonces, ¿para eso nos habéis traído aquí? ¿Para que podamos librarnos de la energía negativa de nuestras relaciones fracasadas? —preguntó Bex, lentamente.

Rahul asintió.

—Exacto. Destruid esos lazos y seguid adelante —dijo, y carraspeó—. Todo lo que tiene un comienzo también tiene un final. Esto no es algo que haya que temer, sino, más bien, algo de lo que hay que disfrutar. Tenemos una vida corta, así que hay que aprovechar cada segundo. No malgastéis ese tiempo precioso, ni esa energía preciosa, sufriendo por el pasado.

Vaya. Qué bueno era. Me di cuenta de que, durante aquel apasionado discurso, Nihal se había alejado, ignorando lo que decía Rahul.

Rahul me vio mirando.

—No os preocupéis; para algunos es difícil oír estas verdades. Pero llegarán —dijo. Después, volvió a carraspear y me miró directamente—. Sin embargo, esto no afecta solo a las relaciones. También puede aplicarse a las situaciones de trabajo. Por ejemplo, alguien tiene un trabajo estresante que le abruma. Pues, bien, Shiva puede ayudar a ver la realidad de una manera mucho más clara que antes. ¿Conocéis el dicho «A veces los árboles no dejan ver el bosque»? —preguntó, y yo asentí sin darme cuenta, porque tenía momentos así todo el rato—. Pues Shiva será vuestro guía en el bosque —dijo Rahul, y se rio—. Shiva representa la liberación de todo lo mundano.

—Así que quieres que hablemos con un tipo que es de piedra —dijo Bex, con escepticismo.

Rahul se echó a reír.

—Así dicho, parece una locura.

—A mí me parece una idea maravillosa —dijo Flic, con entusiasmo.

—Lógico —dijo Bex—. Esto es muy parecido a tus tonterías hippys.

—Por lo menos, yo creo en algo, utilizo mi voz y no me dejo llevar como si fuera una oveja de un rebaño —respondió Flic con acritud, y comenzó a balar.

—Por favor, señoras, recuerden dónde estamos —dijo Rahul, y se colocó entre ellas con los brazos estirados, mientras se disculpaba con los demás visitantes del templo—. Vamos a tomarnos un descanso. Salgamos; he organizado una sorpresa para vosotros.

Flic refunfuñó diciendo que a algunas personas les daba miedo pensar por sí mismas y probar cosas nuevas, pero se calló rápidamente cuando Bex estuvo a punto de gruñirle. Si hubiera una pelea de verdad, ella podría partir a Flic como si fuera un palito.

Salimos del templo y empezamos a caminar, bajo la luz del sol, entre arbustos bajos. Rahul nos advirtió que tuviéramos cuidado. Al cabo de un

rato, se detuvo; estábamos ante un templo enorme cubierto con un complejo enrejado. En los largos peldaños de la entrada había tres ancianos medio desnudos que nos miraban fijamente.

—Por favor, chicos, acercaos. Os habréis dado cuenta de que no estamos solos —dijo Rahul, y señaló con la cabeza a los tres hombres, que estaban sentados con las piernas cruzadas y vestidos solo con unas piezas de tela de color azafrán. Tenían el pelo largo y canoso, y una expresión vacía en las caras arrugadas y curtidas—. Estos hombres sagrados reciben el nombre de sadhus. Han elegido vivir alejados de la sociedad para concentrarse en su viaje espiritual, alejados de la tecnología, los McDonald's y los iPhones. Viven en grutas, en el bosque y en templos como este, por toda la India.

—Mi amigo Giles visitó la India durante un año sabático. Trabajó en una leprosería, incluso —dijo Flic—. Pasó un tiempo con un sadhu porque quería entender de verdad este modo de vida, pero resultó que todo es una patraña, porque estos ermitaños fuman hierba y duermen todo el rato.

—Creía que a ti te encantaría un tipo así, que oliera a *eau* de hachís —dijo Bex, y le sacó la lengua a Flic.

Rahul se estremeció ligeramente.

—Me parece que, algunas veces, se les puede malinterpretar. Los sadhus son como las nubes, siempre están en movimiento.

—Como los nómadas —dijo Chris, y asintió lentamente.

Yo miré a los tres hombres, que estaban absortos repitiendo un cántico cuyas palabras yo no entendía.

—Están recitando sus mantras. Todo el mundo debería tener el suyo —dijo Rahul—. De hecho, ahora que estamos aquí, me gustaría que todos pensáramos en un mantra adecuado para la persona que tenemos al lado.

Flic se giró hacia mí y juntó las manos.

—Louise, el tuyo debería ser «Voy a dejar de estar tan tensa todo el rato» —me dijo.

—¡Yo no estoy tensa!

Rahul alzó una mano e ignoró mi expresión ofendida.

—Louise, es momento de dejar que hablen los otros, y de escuchar sus palabras de sabiduría. Algunas veces, los demás nos ven mejor que nosotros mismos.

Yo solté un resoplido y le di la espalda a Flic, con su cara de inocente. Estaba sentada junto a Chris, y le dije:

—Eh... Yo creo que tu mantra debería ser «Dejaré marchar el sombrero». Ollie contuvo una risita.

—Por favor, debe ser algo serio —me dijo Rahul.

—Lo he dicho en serio —protesté, pero me detuve al ver que los demás estaban pensando en cosas adecuadas. Respiré profundamente—: De acuerdo. Chris, tu mantra es «Participaré más».

Chris no dijo ni una palabra. Asintió con vehemencia y se giró para decirle un mantra a Liz, que estaba sentada con las piernas cruzadas a su lado. Después de que todos hubiéramos compartido nuestra sabiduría, Rahul dio unas palmadas para llamar nuestra atención.

—Buen trabajo, chicos. Ahora, nos gustaría invitaros a que vayáis a hablar con los sadhus y repetáis tres veces el mantra que os han otorgado.

Yo me puse en pie con cierto temor, pero seguí a los demás. Me puse al final de la cola y vi que Ollie se arrodillaba ante los sabios y repetía el mantra que le había otorgado Bex, algo sobre ser «más atrevido y valiente». Los tres gurús asintieron majestuosamente y Ollie se puso de pie y nos hizo a los demás un gesto con los pulgares hacia arriba. Después, se dirigió hacia Rahul, que estaba esperándonos.

Cuando, por fin, llegó mi turno, me puse de rodillas sobre la gravilla y repetí el mantra de Flic. Dos de los sadhus asintieron, y yo estaba a punto de ponerme de pie pensando que el tercero debía de haberse quedado dormido, cuando me agarró de la mano con su garra retorcida y encallecida, y me pasó un dedo sucio por la palma. La uña larga, marrón y curva casi me arañó la piel.

A mí se me escapó un grito de sorpresa.

Sus ojos marrones y acuosos se clavaron en los míos. Tuve la sensación de que el resto del grupo estaba esperando con la respiración contenida para escuchar lo que dijera aquel hombre. El sadhu asintió lentamente, giró la cabeza y escupió al suelo, junto a mis pies. Se le quedaron algunas hebras de tabaco rojo entre los dientes y en la barba. Yo tiré de la mano para zafarme y corrí hacia el grupo. Todos se estaban riendo.

—Bueno, y... ¿qué demonios significa eso? —le pregunté a Flic.

En vez de explicarme que era el símbolo de algún alto propósito, se encogió de hombros.

—Supongo que necesitaba expulsar las flemas.

Vaya, y yo que había acudido a ella en busca de una explicación...

## Capítulo 22

*Estrella (n.): Persona célebre o distinguida en un arte, profesión u otro campo.*

Según el itinerario, teníamos previsto un día en la playa, y la idea de tirarme sobre la arena blanca e intentar aclararme la cabeza me parecía una dicha. Sin embargo, Nihal no nos había advertido que aquella playa de Bombay era una de las más contaminadas del mundo. Como telón de fondo de la sucísima costa había un bosque de grúas móviles, montones de escombros, basura, y edificios en construcción. Ya daba la impresión de que la vida en Bombay estaba confinada en pequeños espacios, y la playa no era diferente. Había chabolas apoyadas contra los muros del muelle, y parecía que habían montado algunos puestos en la arena durante la noche. Los vendedores ambulantes recorrían la larguísima orilla con la esperanza de vender algunas de sus mercancías. Al mirar a mi alrededor y ver el aire contaminado y la neblina, al percibir el humo de los motores donde debería oler a protección solar de coco, y al ver el agua marrón en vez de un océano cristalino, estuve a punto de echarme a llorar.

—Bueno, no es precisamente un paraíso —comentó Bex, con un resoplido, y espantó a un mosquito de un manotazo.

—Normalmente, hay un cielo muy azul —dijo Nihal, porque se había dado cuenta de que el ánimo del grupo había decaído—. ¿A que sí, Rahul?

El guapísimo Rahul se había unido a nosotros aquel día. Sin poder evitarlo, sonreí al ver su cara en la recepción del hotel aquella mañana.

—Sí, estoy seguro de que despejará más tarde —dijo Rahul, alegremente. Era una de las personas más positivas que yo hubiera conocido. Tal vez había estado demasiado tiempo con los sadhus—. Seguidme, hay una parte más bonita de arena un poco más allá, y podremos relajarnos un poco —dijo, y echó a andar con ganas, mientras nosotros arrastrábamos los pies tras él, intentando no pisar los huesos de pollo y las latas de CocaCola que había por todas partes.

—¿Qué ocurre allí? —preguntó Ollie, señalando a otra parte de la playa.

Había un grupo grande de gente alrededor de unas palmeras. Estaban mirando algo. Nihal se acercó corriendo a investigar, y estiró el cuello para ver lo que estaba ocurriendo. En su cara apareció la primera sonrisa de verdad que yo le había visto esbozar desde que lo había conocido. Le brillaron los ojos y se apretó las manos. Después, dio unas palmadas para avisarnos.

—¡Chicos, venid! —nos dijo con emoción—. En Bombay se ruedan muchísimas películas en hindi, por eso se llama Bollywood. Hacemos más de novecientas al año —añadió, y comenzó a recitar los títulos de las películas más famosas que se habían rodado en aquella ciudad. Nosotros no las conocíamos, aunque Flic fingiera que sí—. Normalmente, siempre hay números musicales y de baile, y los protagonistas son hombres y mujeres muy guapos que están locamente enamorados pero que, por algún motivo, no pueden estar juntos —dijo él. Entonces, se le ensombreció un poco la mirada, y yo supe que estaba pensando en Ameera—. ¡Tenéis mucha suerte de que hayamos encontrado un rodaje! —exclamó.

—¡Guay! —gritó Bex, casi dándole un codazo a Chris para compartir con él una mirada solapada.

Había cámaras, escopetas y mujeres vestidas con saris maravillosos de los colores de las plumas de los pavos reales. El sol hacía brillar las piedras que adornaban las suaves telas, que se hinchaban con la brisa del mar. Al oír la charla emocionada del grupo, recordé a Marie y, por un momento, me puse muy triste por ser tan mala amiga. Allí, Marie habría estado en su elemento. No había vuelto a saber nada de ella desde que se había alejado de mí en el pub, pero me prometí que iba a hacer las paces con ella, que aquello sería una de mis prioridades en cuanto volviera a casa.

Nihal se había perdido entre la multitud; estaba deseando ver a algún actor famoso. A pocos metros de la orilla, un director con aspecto de estresado gritaba por un megáfono en hindi y en inglés. Un chico que tenía cara de estar aún más estresado se acercó a nosotros corriendo.

—¡Hola! —nos gritó, y se enjugó la frente cuando nos alcanzó y se detuvo—. Nos faltan muchos extras. ¿Hay alguna posibilidad de que nos ayudéis y toméis parte en el rodaje? —nos suplicó, mirando nerviosamente al enojado director.

—¡Sí, claro que sí! —respondió Bex, casi gritando de entusiasmo. El chico dio un saltito hacia atrás del susto, pero, después, sonrió con gratitud.

—De acuerdo. Fantástico —dijo. Se giró para echar a correr hacia el director, pero yo lo detuve.

—Espera, ¿qué es lo que tenemos que hacer? —le pregunté con aprensión.

—Es muy fácil. Necesitamos occidentales para darle más clase a la película. Solo necesitamos que bailéis como si estuvierais en una discoteca de la playa, detrás de la pareja protagonista. Están enamorados, y quieren demostrarse lo que significan el uno para el otro a través de sus movimientos —explicó él.

El director empezó a despotricar en hindi por el megáfono, y su joven ayudante dio un respingo.

—Por favor, nos ayudaríais mucho. El otro grupo de turistas que teníamos seleccionado no ha aparecido.

—Claro que vamos a ir, ¿verdad, chicos? —preguntó Ollie, respondiendo por todos nosotros. Todo el mundo asintió con vehemencia.

—Gracias. Por favor, daos prisa y venid conmigo.

Seguimos al ayudante por la arena, y yo me di cuenta de que Chris se quedaba atrás.

—¿No vienes? —le pregunté, y él negó con la cabeza.

—No... eh... voy a hacer unas fotos —dijo.

Parecía que se empeñaba en no formar parte de nada de aquello. Era extraño que siempre se apartara cuando íbamos a tomar fotografías, pero que fuera feliz haciendo de fotógrafo.

—Como quieras —le dije.

Eché a correr para alcanzar a los demás, que estaban junto a una camioneta blanca con las puertas abiertas de par en par. Dentro había una mujer con un moño enorme, revolviendo entre los trajes que rebosaban de unas enormes y baqueteadas maletas. Esperaba que Bex no se hubiera dado cuenta de que había dado un respingo al ver su voluminoso cuerpo, y que había chasqueado suavemente la lengua.

La mujer del moño nos hizo entrar en la camioneta y nos puso unas prendas de color rojo y azul en las manos. Nos dijo que nos cambiáramos. Yo no me había imaginado nunca que un tráiler fuera así. A Ollie lo habían separado del resto de nosotras y lo habían enviado a la camioneta de los hombres a cambiarse.

—Puaj, huele mal. No sé si habrán lavado alguna vez este vestido —dijo Liz, arrugando la nariz ante la tela manchada.

Alguien llamó con fuerza a la puerta de la camioneta y nos sobresaltó.

—¡Señoras, dense prisa, por favor!

Nos miramos las unas a las otras, y yo tuve que contener la risa.

Todas llevábamos un vestido sin mangas, de escote recto y cuya falda llegaba hasta las rodillas. La tela era áspera y Liz tenía razón, olía mal. Además, a ninguna nos quedaba bien; a Bex se le notaban todos los michelines del cuerpo, mientras que a Liz le quedaba como una sábana de cama de matrimonio que se le arrugaba y amontonaba bajo los delgados brazos.

—Creía que habían dicho que teníamos que parecer los invitados a una fiesta en la playa. Con esto, parece que nos hemos escapado de un sanatorio mental y hemos robado en la tienda benéfica más cercana, y con las luces apagadas —dijo Bex, con un suspiro.

—Vamos, quiero ver lo que le han puesto a Ollie —dije yo, entre risitas.

A Ollie no le había ido mucho mejor. Tenía una camisa de poliéster roja y ajustada, con botones dorados, y una cadena gruesa colgada del cuello. Además, había tenido que ponerse unos pantalones de lycra que, verdaderamente, mostraban su trasero perfecto, pero, al mismo tiempo, no dejaban nada a la imaginación por la parte delantera. Aunque yo no tenía queja.

—¡Uoooo! —lo vitoreó Bex, y Ollie enrojeció tanto como la camisa—. Los setenta reclaman que vuelva su estilo.

No oí lo que él dijo después, porque un grupo de turistas caminaba por la playa, charlando alegremente. Al vernos, nos señalaron.

—Oh, Dios... Mirad. Son los del grupo con el que coincidimos en el Taj Mahal —dijo Bex.

Yo me giré y me encontré de cara con Ameera. ¿Qué demonios...? En aquel momento, estuve segura de que había robado mi itinerario, el que yo había diseñado con tanto cuidado. La India es un país demasiado grande como para que haya tantas casualidades.

—Eh, ¿qué mira? —le gritó Bex al hombre chino del grupo, que estaba devorando sus pechos con los ojos.

Ameera se echó hacia atrás el brillante pelo negro, y en su semblante se reflejó una expresión tímida antes de que frunciera el ceño.

—Somos nosotros los que habíamos reservado plazas para participar en este rodaje. Así que, si yo estuviera en vuestro lugar, me iría y me cambiaría



—dijo. Su inglés era perfecto, y utilizó un tono desagradable.

Me di cuenta de que eran el grupo de turistas que debía haber aparecido, según el ayudante, y que ellos debían haberse puesto aquella ropa que producía tanto picor en la piel.

—Habéis llegado tarde, por eso nos han pedido a nosotros que participáramos —respondí, aunque me resultaba difícil enfrentarme a nadie vestida con tanta tela inflamable.

—Bueno, pues ya hemos llegado. Así que cambiaos de ropa y largaos.

—Ni hablar. No me voy a perder esta oportunidad —dijo Bex. Se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada.

—Nosotros tampoco —dijo un hombre alto y delgado del grupo de Ameera, con un fuerte acento alemán.

Bex se irguió para hacerle frente, aunque le llegaba a la altura de la axila.

—Largo. Buscaos otra película de Bollywood para hacer de extras.

Rápidamente, Liz se colocó delante de ella para evitar que se abalanzara sobre él.

Aquello estaba empezando a parecer una versión hortera de *West Side Story*, con dos bandos enfrentados. En aquel momento apareció Nihal y, a juzgar por su expresión, estaba a punto de estallar de ira.

—Ameera —gruñó, mirando fijamente a su ex. Su tono de voz estaba lleno de cosas que no se habían dicho.

El ayudante llegó angustiado hasta donde estábamos. Yo creía que iba a decir algo sobre la ropa, porque parecía que a Bex se le iban a escapar los pechos por el escote, o de nuestro enfrentamiento con el otro grupo, pero, en vez de eso, exhaló un gran suspiro.

—Lo siento, pero tenéis que cambiaros.

—¿Qué? Yo no puedo probarme ninguna otra cosa. Es culpa suya —dijo Bex.

El alemán no pestañeó.

—Oficialmente, estábamos aquí antes que vosotros.

El ayudante los empujó a cada uno con una mano para separarlos.

—No, lo siento, pero el rodaje se ha cancelado.

—¿Por qué se ha cancelado? —pregunté yo.

Toda la zona estaba preparada para rodar la escena y, después de todo lo que me había contado Marie sobre los rodajes, por muy pequeños o por muy poco presupuesto que tuvieran, yo sabía que preparar un set era algo

carísimo.

—Los protagonistas se han puesto enfermos —dijo el ayudante.

—¿Y no puede sustituirlos nadie? —inquirió Flic.

El ayudante negó con la cabeza.

—No. Es la última escena de la película, cuando se dan cuenta de que todavía se quieren el uno al otro. Es el clímax de la película, así que, a menos que encontráramos a sus gemelos, no podemos rodar hoy.

Bex, Liz y Ollie volvieron refunfuñando a las camionetas para cambiarse de ropa. El grupo de Ameera se alejó, gimiendo que todo era culpa nuestra, y Nihal se quedó allí, como si fuera a echarse a llorar. Él estaba emocionado por poder ver a su estrella favorita de Bollywood tan de cerca. El ayudante estaba a punto de echar a correr para reunirse con el resto del equipo de grabación, que estaba desmantelando el set, cuando yo lo agarré suavemente del brazo.

—Espera, tengo una idea.

## Capítulo 23

*Acordar (v.): Determinar o resolver algo de común acuerdo, en armonía.*

No había hecho falta mucha persuasión. Ambos grupos querían participar en el rodaje, parecía que el estresado ayudante solo quería que terminara el día y el director quería culminar su obra maestra. Yo no quería dejar que mi grupo se llevara tal desilusión y, además, por el lenguaje corporal de nuestros beligerantes exnovios, sabía que ambos estaban deseando ser las estrellas principales de una película. El ayudante quería besarme de emoción antes de irse corriendo a venderle la idea al director. El hombre, que era gordo y hosco, se giró en su silla hundida y, después de echarle una mirada a la bella Ameera, dio su asentimiento.

El rodaje se reanudó.

—Pero... si no nos parecemos en nada a los protagonistas —dijo Ameera.

—En realidad, tú te pareces mucho a la actriz principal, y más aún cuando te pongamos la ropa, te maquillemos y te peinemos —dijo el ayudante, y Ameera se sonrojó—. Y tú —añadió, señalando a Nihal—, tú tendrás que llevar maquillaje para que parezca que estás herido por pelearte para defender tu amor por ella. Eso servirá para esconderte un poco. Además, tomaremos los planos a distancia y, así, después podremos añadir primeros planos de los verdaderos actores.

—Bueno, entonces, ¿podemos empezar? —le pregunté, cruzando los brazos por detrás de la espalda.

El ayudante suspiró.

—El único problema es que no tenemos trajes suficientes para tantos extras, porque no habíamos planeado que hubiera el doble de gente.

Yo no podía soportar la idea de que nos perdiéramos el rodaje, ni tampoco quería empezar otra guerra con el grupo de Ameera, así que, rápidamente, miré a mi alrededor por la playa en busca de algún tipo de inspiración.

—¡Chales! —exclamó Liz, y me dio un codazo. Estaba señalando con su brazo pálido a una vendedora ambulante que estaba en la playa, portando una

cesta de paja muy pesada e intentando vender sarongs, sin mucho éxito, a las escasas personas que tomaban el sol.

El ayudante se encogió de hombros.

—Supongo que sí...

Flic ya estaba corriendo hacia la mujer, cuyos ojos resplandecieron de alegría al saber que iba a vender todo el género. Flic volvió corriendo con los brazos llenos de tela sedosa de colores brillantes, y fue entregándoles los pañuelos a ambos grupos.

—Tú podrías ponerte ese vestido, porque creo que es tu talla —le dijo a una mujer callada, con el pelo rizado, del grupo de Ameera, refiriéndose al vestido de Bex—. Y las demás pueden taparse con esto, como si fueran saris.

El ayudante le trasladó la idea al director y al equipo. El director asintió, y nos hizo una señal con los pulgares hacia arriba.

—Gracias a Dios. Creía que iba a morir asfixiada con esto —dijo Bex, y suspiró alegremente mientras tomaba un sari de color jade.

Nos quitamos los trajes de tela áspera y nos envolvimos en aquellos suaves pañuelos. Yo suspiré de alivio y miré a Nihal y a Ameera, que estaban sentados a la sombra de diferentes palmeras. Sus ojos se cruzaron un momento, antes de que un paseante emocionado les sacara una foto. Solo Dios sabía cómo podía aguantar Nihal estar tan cerca de su exnovia después de sus sucios intentos de sabotaje, pero, al menos, el grupo iba a tener una experiencia totalmente única.

—Bueno, todo el mundo a sus puestos en menos de cinco minutos —nos ladró el ayudante.

Los dos grupos, incluido un Ollie que parecía mucho más cómodo después de haberse colocado su sarong azul oscuro como si fuera una toga, se dirigieron a la zona de la playa que estaba delimitada para el rodaje. Había cientos de personas que habían elegido los mejores sitios alrededor del cordón, emocionadas por ver lo que iba a suceder. Se me formó un nudo de nerviosismo en el estómago debido a la incertidumbre de aquel momento, y crucé los dedos en secreto por detrás de la espalda mientras rezaba en silencio para que todo saliera bien y no hubiera más drama.

La multitud aplaudió cuando Nihal y Ameera salieron pavoneándose a la arena. Me quedé boquiabierta al ver a Ameera: llevaba un vestido de color lavanda que parecía diseñado expresamente para sus miembros esbeltos. En los delgados tobillos le habían puesto unas ajorcas de oro que tintineaban y

brillaban a la luz del sol, y lucía una hermosa e intrincada diadema, que le quedaba como un halo en el cabello negro. El llamativo maquillaje de los ojos era de tonos bronce, y conseguía que sus ojos de esmeralda resaltaran aún más.

Nihal, por su parte, estaba muy elegante con un traje blanco y brillante que tenía bordadas joyas y piedras brillantes en las solapas, y las falsas heridas que le habían pintado en el rostro le añadían una especie de encanto tosco. No podía apartar los ojos de su exnovia. «Nihal, piensa con la cabeza, no con tu miembro», le dije telepáticamente.

—Bueno, ahora colócate allí y, cuando empiece la música, tienes que acercarte a ella bailando para rogarle que te perdone, mientras los bailarines que están con ella forman un escudo ante ella y la alejan —le explicó el ayudante.

—Nihal nunca pide perdón por nada —dijo Ameera, en voz tan baja que el ayudante no la oyó, pero Nihal, sí.

—¡Porque tú me obligarías a pedir perdón por absolutamente todo si yo cediera! Contigo nunca puedo ganar, Ameera —respondió Nihal, mientras se ajustaba el cuello negro de la camisa—. Además, sé que eres tú la que escribió esa crítica tan horrible en ese blog. ¿Cómo has podido caer tan bajo solo por vengarte de mí?

Sus ojos quedaron atrapados durante un instante, hasta que ella bajó la mirada a la arena.

—Lo siento mucho. Lo borraré. Yo solo... solo...

—¿Solo qué? ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué estás siguiendo a nuestro grupo?

Ameera respiró profundamente.

—Si no te hubieras pasado tanto tiempo lejos ni te hubieras olvidado de mí, no habría tenido que hacerlo —replicó ella, y miró a su grupo, que estaba ensayando los pasos de baile básicos que nos habían enseñado rápidamente.

—¿Qué? —preguntó Nihal, retrocediendo con una expresión de horror—. Yo nunca podría olvidarme de ti, Ameera. Estaba trabajando para nosotros dos. Acepté este trabajo para ahorrar el dinero suficiente como para poder pedirle a tu padre...

Nihal se quedó callado. Se le pusieron las mejillas muy rojas, y dio unas pataditas en la arena.

—No importa —dijo.

El director gritó algo por el megáfono, y el ayudante nos lo tradujo:

—Bueno, chicos, en tres, dos, uno...

—¿Qué has dicho? —le preguntó Ameera a Nihal, ignorando por completo al director.

—Nada —respondió Nihal. Agitó la cabeza y ocupó su puesto.

Empezó a sonar una música jazzística, una melodía india muy rápida que iba *in crescendo*. Empezamos a ensayar los pasos de baile, dando patadas con los pies y meciendo las caderas al extraño ritmo de la música. Yo no podía dejar de mirar a Ameera.

—¿Qué has dicho, Nihal? —insistió ella.

—De acuerdo. Nihal, ¡adelante! —gritó el ayudante, y los bailarines se apartaron. Nihal le lanzó a Ameera una mirada que decía que la conversación había terminado y avanzó, bailando como un profesional.

—Y, ahora, Ameera, muévete tú —gritó el director.

Ella no tuvo más remedio que girar delicadamente hacia Nihal, y su pañuelo casi transparente flotó a su espalda en la brisa del mar. Las vibraciones que irradiaban eran eléctricas. Yo estuve a punto de pisar al alemán, porque estaba demasiado absorta mirando a los frustrados amantes.

—¡Oh, cuidado! —exclamó él.

Alcé una mano para pedirle una disculpa e intenté acercarme bailando a Ameera y a Nihal para escuchar lo que estaba sucediendo.

—¿Qué querías decir? ¿Qué le ibas a pedir a mi padre? —estaba preguntando Ameera, con una sonrisa falsa en los labios, cuando estuvieron a pocos centímetros de distancia. Nihal agachó la cabeza y flexionó los bíceps al ritmo de la música, como si hubiera ensayado aquellos movimientos. Tal vez llevara años refinándolos en su dormitorio. Yo tenía el cuello torcido para intentar captar lo que respondía Nihal, pero, en aquel momento, Bex pasó a mi lado, me dio un empujón y me mostró los pulgares hacia arriba.

—¡Corten! —gritó el director.

Nihal aprovechó la oportunidad para volver a su esquina del *ring* como si fuera un boxeador, a prepararse para el siguiente *round*. Ameera se quedó mirándolo con anhelo mientras una maquilladora se le acercaba y le retocaba el maquillaje, y le aplicaba más laca en los tirabuzones. Parecía que la apariencia glacial de Ameera se estaba derritiendo con aquel calor tropical. Ya no tenía la mirada férrea de antes, y su expresión se había vuelto infantil, vulnerable. Ojalá no fuera solo una actuación.

El ayudante se acercó y llamó a los extras para que se acercaran.

—Muy bien. Nos gusta vuestra energía, pero necesitamos más. Tú —dijo, señalando al hombre alemán—. ¿Cómo te llamas?

—Stefan —respondió él, con firmeza.

—Muy bien, Stefan, tienes que mover las manos, y hazlo de una forma relajada. Imagínate que las estás utilizando para agradecer a una preciosa mujer.

Al oír aquello, Stefan se puso del mismo color que su sarong granate. A juzgar por lo incómodo que parecía, yo no creía que hubiera seducido a nadie en su vida.

—Tú —dijo el ayudante, señalando a Bex—. Sé más femenina. Baila como una diosa, no como un tío.

Bex apretó la mandíbula. Aquello le había tocado la fibra sensible, pero, sorprendentemente, no protestó, sino que asintió y movió un pie descalzo por la arena. Yo vi que Stefan y ella se miraban rápidamente y murmuraban algo.

—Los demás habéis hecho un trabajo fantástico. Vamos... Tres, dos, uno...

Dio unas palmadas, y se repitió la escena completa.

En aquella ocasión, Nihal se acercó más y más a Ameera, y ella lo miró fijamente.

—¿Para qué querías el dinero? ¿Qué ibas a pedirle a mi padre? ¿Mi mano? —susurró ella, moviendo el pelo y balanceándose con gentileza sobre la arena.

Nihal suspiró y asintió.

—Sabía que de otro modo él no iba a permitir que nos casáramos. Tenía que demostrarle que siempre estaría a tu lado, que te mantendría y te cuidaría —dijo. Entonces, de repente, se quedó callado, como si se avergonzara de haber dicho ya demasiado.

Por suerte, varios pañuelos flotaron a su alrededor, de modo que el rubor de Ameera no fue captado por las cámaras. Se estaban acercando el uno al otro, y la tensión que emanaban era increíble. Esperaba que el director se diera cuenta de cuánta emoción se estaba creando en aquella escena ridícula y casual.

—Yo me hubiera casado contigo aun sin dinero —admitió Ameera, en voz baja.

Nihal alzó la cabeza y la miró.

—Muy bien, seguid así. Ahora, Nihal, acércate a ella e intenta ofrecerle la

mano para bailar. Tú, Ameera, recházalo —gritó el ayudante por encima de la música, e interrumpió aquel momento tan especial.

Nihal obedeció sus órdenes y acercó la palma de la mano a una de las delicadas muñecas de Ameera. Entonces, le dijo:

—Yo quería que tú te sintieras orgullosa de mí.

Ameera giró sobre sí misma, inclinó la cara hacia Nihal y le susurró:

—Lo estoy —dijo, y en sus labios pintados de brillo se dibujó una sonrisa tímida y coqueta.

—Fantástico, chicos. Esta vez, Ameera, tómallo de la mano y bailad juntos a través de la fila de extras.

El ayudante volvió a interrumpir aquel momento de sinceridad, mientras pasaba hoja tras hoja del guion que tenía entre las manos, sujeto a una tablilla.

Para mí, era como si estuviese viendo la película en vez de actuar en ella. Tuve que reaccionar y concentrarme, porque no estaba allí para quedarme boquiabierto ante la escena de amor tan verdadera que se estaba desarrollando ante mí.

—Los extras se colocan en parejas de hombre y mujer, rápido —gritó el ayudante, dando unos golpecitos a su reloj de pulsera.

Yo busqué a un hombre disponible a mi alrededor, pero el único que quedaba era Rahul.

—¿Quieres ser mi pareja, Louise? —me preguntó, ofreciéndome la mano con una sonrisa sincera y tímida.

—Claro, por supuesto —dije, carraspeando. De repente, tuve mucho calor.

—Muy bien. Veamos cuáles son tus mejores movimientos —me dijo él, y me guiñó un ojo.

No sé si fue por el contagio de la tensión que iba aumentando entre Ameera y Nihal, por el romántico escenario o por la música romántica que se había ido convirtiendo en una canción de amor, pero tuve unas ganas tremendas de besarlo. Me giré para mirarlo, y él sonrió. Tenía el pelo engominado y recogido en una coleta que le sentaba muy bien.

—Más bien, vas a ver que tengo dos pies izquierdos —dije, riéndome. ¿O fue una risita tonta? No sé. Rahul me miró los pies, cuyo bronceado resaltaba contra la arena clara, y cabeceó con seguridad mientras me tomaba de la cintura. Yo intenté disfrutar de aquel momento e hice que nos moviéramos hacia Nihal y Ameera, que estaban en el centro de un grupo de otros tres



bailarines. Tenían las manos agarradas y se movían al ritmo de la música con facilidad.

—Ahora, a la de tres, todos os vais a dar un beso en el preciso instante en que la pareja protagonista comparta su momento de pasión —gritó el ayudante.

—¿Qué? —gritó Flic, con horror, mirando al hombre chino que se había lanzado sin disimulos hacia ella para que fuera su pareja—. ¡No avisasteis de eso cuando nos reclutasteis!

Otros dos también protestaron. Rahul tenía el brazo alrededor de mi cintura, y yo me di cuenta de que ninguno de los dos nos quejábamos.

—Solo es un beso fingido, un beso rápido en los labios como hacíais al jugar cuando erais pequeños —explicó el ayudante, con un poco de angustia—. Si no queréis, podéis dejar la escena, pero nosotros tendríamos que empezar desde cero.

Aquel ligero chantaje convenció a todo el mundo. Por muy estupendo que fuera todo aquello, llevábamos mucho tiempo al sol, pasando calor, y todos estábamos cansados y deseosos de que el director gritara «¡Corten!».

Flic gruñó y puso mala cara.

—Ni se te ocurra intentar meterme la lengua —le advirtió a su pareja de baile.

—De acuerdo, Nihal y Ameera, ¿estáis preparados? —preguntó el director por el megáfono. Estaban muy cerca el uno del otro, con las cabezas ladeadas y una sonrisa de enamorados en los labios. En aquel preciso instante, entendí por qué todo vale en el amor y en la guerra. Me pareció que Ameera no entendía el daño que había hecho al escribir aquella crítica falsa. Ella solo estaba desesperada por llamar la atención de Nihal. La gente hacía tonterías todo el tiempo en nombre del amor. Al ver a aquellos dos amantes, me di cuenta de que tal vez era mejor hacer algo grande, atrevido y estúpido para que el otro recordara tu existencia que quedarse callado e intentar ocultar tus sentimientos, como había hecho yo con Ben.

—No tienes que besarme de verdad, si no quieres —le dijo Nihal, suavemente, a Ameera, mirándola con timidez. Toda su fanfarronería había sido solo una actuación.

Ella bajó los ojos y asintió casi imperceptiblemente, algo que agitó con delicadeza la cascada de su pelo negro.

—Quiero besarte —dijo, por encima de la música romántica que salía por

los altavoces y se oía por toda la playa.

Nihal sonrió. A los pocos segundos, los dos estaban intentando disimular la sonrisa.

Rahul todavía tenía el brazo en mi cintura, y hacía que yo me meciera con la música.

—¿No te importa esto, Louise? No tendrás algún novio secreto que esté a punto de saltar de entre los arbustos para patearme el trasero, ¿no?

Yo sonreí al ver su expresión de falso temor, aunque no hubiera sabido a quién dar por ganador en una pelea entre Ben y él. Ambos eran altos y musculosos, y ambos eran guapísimos.

—No, no tengo novio.

Él exhaló teatralmente un suspiro de alivio y se enjugó la frente.

—Fiuu —dijo, y sonrió.

Ben no era mi novio y, aparte de algún flirteo y de alguna miradita por su parte, no había ninguna prueba de que yo le gustara. Recordé a Serena; sin duda, los dos estarían haciendo horas extra, encerrados en nuestra preciosa agencia de viajes y riéndose de algo gracioso hasta que una cosa llevara a la otra. Al pensar aquello, se me encogió el estómago.

—¿Sabes? Siento haberte confundido ayer con otra mujer. Te pareces tanto a una mujer a la que conocí hace unas semanas... Estaba sacando un visado para venir aquí, a la India —dijo Rahul, en voz baja.

—Oh —dije yo, y dejé escapar una risa extraña—. Qué raro.

—Umm... —murmuró él, y miró hacia la playa llena de gente como si estuviera a punto de decir algo. Entonces, debió de arrepentirse, y me preguntó—: Bueno, y ¿en qué trabajas?

—Soy peluquera. Y ¿a qué te dedicas tú, cuando no eres estrella de Bollywood en Bombay?

Rahul se echó a reír.

—Bueno, esto no es lo normal, aunque sí estoy acostumbrado a las cámaras.

«Por favor, no me digas que eres actor porno a tiempo parcial».

—Soy cámara de televisión. Es estupendo, porque voy a grabar a muchos sitios y, cuando no estoy trabajando, puedo venir hasta aquí a visitar a mi familia y a ganar un dinero extra como guía turístico en mi isla.

—Bueno, empezamos... Tres, dos, uno... —dijo el ayudante, y me impidió hacer más preguntas.

Como si estuviera ensayado, todos, incluyendo a Ameera y a Nihal, acercaron las cabezas y unieron los labios.

Rahul me tomó suavemente por la barbilla e inclinó mi cabeza hacia el sol, mientras yo cerraba los ojos. Sus labios cálidos acariciaron los míos durante lo que me pareció un milisegundo. Entonces, la música se detuvo y el director volvió a bramar por el megáfono.

—¡Buen trabajo! ¡Toma buena! De acuerdo, muchas gracias a todo el mundo.

La gente empezó a aplaudir. Flic se estaba limpiando los labios con la manga, y el hombre chino estaba sonriendo sin parar. Rahul me guiñó un ojo cuando el director dijo que el rodaje había terminado, y se alejó por la playa. Yo me quedé mirándolo. Por algún motivo, quería más. Sabía que el beso solo era una actuación, pero la sensación que me habían producido sus labios, el sabor salado que habían dejado en los míos y el hecho de que él supiera muy bien lo que hacía me habían provocado un cosquilleo en el estómago.

—¡Gracias a Dios que ha terminado ya! —exclamó Flic, que se había acercado a mí—. Me han dado ganas de darle un puñetazo a ese asqueroso. Te juro que me ha intentado meter la lengua en la boca —dijo, estremeciéndose—. ¿Estás bien, Louise?

Yo aparté la mirada de Rahul, que estaba riéndose con uno de los miembros del equipo, y me giré hacia Flic.

—Sí, sí, muy bien. Vamos, vamos a cambiarnos.

Hacía mucho tiempo que no me besaban. Moví la cabeza para quitarme las ideas raras que se me estaban ocurriendo. Si estaba pensando aquello acerca del petulante indio de la oficina de visados, estaba claro que tenía que poner orden en mi vida.

Mientras caminábamos por la arena, me di cuenta de que Ameera y Nihal seguían besándose. No sé si habían oído que el director había cortado ya la filmación, pero, después de haber intentado con tanto esfuerzo que volvieran a estar juntos, no iba a ser yo la que les dijera que pararan.

El ayudante también los había visto.

—Esto no pasa nunca. Normalmente, los protagonistas se odian y están ansiosos por que acabe el rodaje para no volver a verse —me dijo, señalando a la pareja con un asentimiento—. El director quiere hablar con ellos después de que... ejem... ya sabes, de que paren para tomar aire. Dice que nunca le había impresionado tanto la actuación de un par de extras.

—Bueno, yo no creo que estuvieran actuando —respondí, con una sonrisa.  
Él no sabía de la misa la media.

## Capítulo 24

*Xanadú (n.): Un lugar idílico, exótico o lujoso.*

Todos estábamos eufóricos cuando salimos de la playa. Encontramos un pequeño restaurante donde pudimos descansar las piernas, beber algo y recuperar fuerzas. Yo fui al baño y, cuando salí, me encontré a Nihal, que me estaba esperando en el pasillo.

—Oh, ¡tú! ¡La estrella de la película! —le dije, con una sonrisa.

—Eh, hola... Me preguntaba si podríamos hablar un momento... —me preguntó. Se había ruborizado. Tenía algo como un brillo, un aura, desde que había empezado el rodaje.

—Claro. ¿Va todo bien? —le pregunté, nerviosamente.

Él asintió.

—¡Mejor que bien! Quería darte las gracias por haberme ayudado a recuperar a mi amor. Supongo que te estarás preguntando lo que ocurrió entre Ameera y yo.

—Nihal, ya lo sé. Tú metiste la pata, ella metió la pata, pero os habéis dado cuenta de que preferís meter la pata juntos que meter la pata por separado.

Nihal sonrió tímidamente.

—Ella está muy arrepentida por lo del *post* que escribió en ese blog. Así que tengo una proposición que hacerte. ¿Sería posible que los dos grupos se convirtieran en uno? —me preguntó, y se encogió ligeramente a la espera de mi reacción—. Ameera me ha prometido que va a borrar su crítica esta misma noche, y me ha dicho que puede pedirle disculpas a todo el grupo, si tú quieres.

—No, no hagáis eso. No quiero que sepan lo que ha pasado, por si atan cabos y se dan cuenta de quién soy. En vez de borrar el *post*, ¿podría escribir otro diciendo que se lo inventó todo?

—De acuerdo, considéralo hecho. Ella se siente muy mal, y está avergonzada por lo que hizo —me dijo Nihal. Y yo estaba segura de que era cierto—. Bueno, y ¿qué te parece lo de los dos grupos?

Pensé en ello un momento; técnicamente, yo no era responsable de los viajeros del grupo de Ameera, pero parecía probable que, de todos modos, nos siguieran a todas partes, y era agradable contar con más gente.

—Por mí, bien.

Aquella noche fue una de mis favoritas desde que habíamos llegado a la India. Fuimos a un restaurante y nos sentamos alrededor de unas cuantas mesas bajas. Hablamos del rodaje, de la experiencia de ser un actor famoso y de los nuevos romances que habían surgido por ello. Olía a cilantro y a especias muy aromáticas, y se oía la suave música de un sitar.

—Por supuesto, yo lo voy a poner en mi currículum —dijo Bex, hablando con la boca llena.

—Yo estoy impaciente por que la echen en Netflix para que todos mis amigos la vean, aunque no sé si me van a dejar de tomar el pelo algún día —dijo Ollie, riéndose.

—Y yo supongo que tengo por delante toda una carrera cinematográfica en Bollywood —dije yo, entre risitas.

Nos reímos, charlamos y nos reímos más, después de aquel día tan inesperado. El único que no participó en la diversión fue Chris. Su expresión seguía siendo sombría y tensa, y yo no sabía si era porque se arrepentía de no haber participado en el rodaje o si, en realidad, se sentía aliviado de no haber tenido que vestirse como un idiota.

Él carraspeó y cambió de tema.

—¿A qué hora sale nuestro vuelo mañana? —preguntó.

—Tenemos otro madrugón —dijo Nihal.

Al día siguiente, íbamos a ir a Goa para ver el festival de Holi, que empezaba pronto.

—Además —prosiguió Nihal—, vamos a continuar el viaje como un solo grupo.

—Me parece bien —dijo el señor chino, que miró a Flic prácticamente relamiéndose.

Ella apretó la mandíbula y se volvió hacia Rahul.

—¿Tú también vienes?

Él negó con la cabeza.

—No, me temo que no. Pero espero que todos encontréis lo que estáis buscando —dijo, y yo habría jurado que se dirigía a mí.

Aunque tenía ganas de ir a Goa a la mañana siguiente, se me encogió el

estómago al pensar en que era la última etapa del viaje. Había estado tan ocupada en hacer de árbitro entre Nihal y Ameera, que no había prestado atención al hecho de que estaba en el país más espiritual del mundo. No había conseguido concentrarme en mí misma ni en mejorar. No me sentía como si ya hubiera terminado mi viaje por la India. Cuando volviera a casa, me iba a convertir en la carabina de la maravillosa pareja formada por Ben y Serena. Sabía que tenía que llamarlo pronto, pero, sinceramente, no quería que me dijera otra vez lo maravillosa que era aquella mujer. Por otro lado, extrañamente, yo estaba disfrutando del hecho de no tener que pensar en el trabajo todo el tiempo. Tal vez yo estuviera en el camino de la sabiduría, después de todo.

Era increíble que Nihal hubiera logrado reunir a todo el mundo, los dos grupos que habían formado uno solo, y que embarcáramos en nuestro vuelo a Goa sin incidentes. El cambio de Nihal, que ya no era el tipo a quien yo había conocido hacía unas semanas, era realmente asombroso: se le habían quitado las profundas ojeras y sus ojos se habían vuelto brillantes, su voz tenía un tono animado y estaba lleno de energía y entusiasmo. Ante mis ojos estaba apareciendo el Nihal que yo había contratado hacía meses, basándome en las buenas recomendaciones y en la mención de su divertida personalidad.

Por otro lado, me sentí aliviada de hacer aquel nuevo viaje en avión y de no tener que revivir las... ejem... alegrías de un viaje en un tren indio. Una vez había sido suficiente. Ya solo nos quedaban unos días de tour y, después, yo volvería a Mánchester, lejos de aquel grupo de personalidades tan poco parecidas, pero adorables. Hacía una semana yo habría subido feliz al avión rumbo a casa, pero desde que Nihal y Ameera habían arreglado las cosas, y como estábamos dejando atrás el caos de Bombay e íbamos de camino a las playas de Goa, ya no quería irme. Aún no. Por supuesto, echaba mucho de menos a Ben, y mi empresa, pero, sinceramente estaba empezando a sentirme yo misma otra vez.

Me sentía más como la Georgia en la que me había convertido cuando había viajado yo sola a Tailandia, el año anterior. La versión estresada de mí misma que había subido a un avión para ir a Nueva Delhi se había suavizado y relajado, había dejado atrás la tensión que provocaba gestionar una nueva empresa y, en vez de estar nerviosa todo el tiempo por las finanzas o por las

reservas de los viajes, podía aprovechar aquel tiempo para ser yo. Era un sentimiento interior, como si el nudo apretado que tenía por dentro se hubiera aflojado. Eso era algo realmente extraño, porque ni siquiera sabía que lo tenía. Quizá aquel fuera el motivo por el que necesitaba recuperar la seguridad y la confianza en mí misma que me había proporcionado mi primer viaje. Me arrellané en el asiento y cerré los ojos.

—¿De qué te sonríes? —me preguntó Bex, bajando la revista de la línea aérea.

—De nada. Estaba pensando en lo mucho que me gusta viajar. Estoy deseando conocer Goa.

—Yo también —dijo ella.

Yo me había fijado en que Stefan había estado echándole miraditas a Bex durante casi todo el vuelo. Le di un codazo.

—Creo que lo tienes en el bote.

Bex se movió en el asiento y carraspeó.

—No, guapa, lo que pasa es que tú tienes que ir a la óptica —dijo, y se puso a jugar con el iPod, dando por zanjada la idea de que tuviera un admirador no demasiado secreto.

—Err... Bex, te juro que le gustas. No puede dejar de mirarte —le dije yo, en voz baja.

—Shh... —susurró ella, y enrojeció.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te lo crees? —le pregunté.

Bex suspiró y se giró hacia mí.

—Louise, cuando eres una chica tan grande como yo, la gente siempre te mira. Eso ya lo sé. Pero no te miran los alemanes guapos y altos, al menos, no de ese modo que tú crees. No pasa nada. Sé de qué estoy hablando.

Yo iba a protestar, a decirle que su talla no tenía nada que ver con eso, pero ella alzó suavemente la mano para detenerme.

—Siempre he sido la rellenita, la de los huesos grandes, o como quieras llamarlo. Soy Bex, la gorda, y lo sé. Y no quiero cambiar. Estoy feliz con esta talla. Cuando he intentado hacer dieta, y créeme, las he probado todas, me he sentido completamente desgraciada. Ser grande me vale. Lo único que pasa es que a la mayoría de los hombres no les vale igual que a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que... Por ejemplo, tuve un novio que me dijo que, en realidad, sería muy guapa si adelgazaba, otro que se hartó de que sus amigos le dijeran



que salía con una ballena, y otros que me han dejado cuando no consiguieron que yo adelgazara.

—Vaya. No sabía que fuera un problema.

Ella posó una de las manos en mi brazo.

—No pasa nada. Hay mucha gente gorda por ahí. A mí no me importa saber que el único que piensa que soy guapa es James Blunt —dijo, riéndose.

Yo miré a Stefan. Él se había puesto los cascos e iba moviendo suavemente la cabeza al ritmo de la música.

—Pues yo sigo creyendo que le gustas. Puede que él sea el hombre que te va a querer tal y como eres.

Bex se encogió de hombros.

—No creo que exista ese hombre, y no pasa nada. Tengo una familia fantástica, unos amigos geniales y, si tengo que ser la divertida y la gordita, y quedarme soltera, que así sea. No voy a renunciar al chocolate por nadie —dijo, y volvió a reírse.

Yo sonreí, pero veía la realidad como si la estuviera leyendo en un libro. Por debajo de aquella actitud de seguridad en sí misma, Bex era tan vulnerable como todos los demás.

El vuelo era corto, y transcurrió rápidamente. Pronto estábamos hacinados en un minibús, dirigiéndonos a nuestro nuevo alojamiento en la playa. Con las ventanillas abiertas, que dejaban entrar la brisa cálida y perfumada por el mar y las flores exóticas, sentí que, por fin, allí podía respirar. Olía como el paraíso. Allí no existía el caos frenético de Nueva Delhi o Bombay; allí, las carreteras estaban prácticamente vacías. Era como si todo el mundo hubiera ajustado su configuración para relajarse. Los perros callejeros dormían bajo la sombra de las palmeras, las vacas se movían por los caminos más tranquilos, sacudiendo la cola para espantar las moscas, y el canto de los pájaros me llenaba los oídos. Las casas de color pastel, las iglesias blancas y las tiendas de color amarillo contrastaban con el suelo de polvo rojo. Allí, la influencia portuguesa era evidente. Se percibía en la arquitectura relajada y el ambiente de hora de la siesta.

El sol brillaba con fuerza y todo el mundo estaba de muy buen humor. Parecía que habíamos llegado a un punto de inflexión en el tour. Incluso Chris estaba más relajado; tenía los hombros menos tensos. A medida que la carretera iba convirtiéndose en un camino de barro seco lleno de baches, comenzó a hacer más y más fotografías. Aprendí lentamente a delegar el

control y permití que Nihal tomara la iniciativa, aunque tuviera que seguir estirando el cuello para ver adónde nos llevaba el conductor. El hombre agitaba la cabeza al ritmo de la música india que emitía su diminuta radio, como si aquel trayecto fuera un paseo dominical.

—Bueno, un poco más, y habremos llegado a nuestro alojamiento —dijo Nihal, sonriendo al grupo.

Parecía que estaba deseoso de contar un secreto, pero, cuando lo miré con expresión inquisitiva, él se giró hacia delante en el asiento y empezó a conversar con el conductor.

Según el itinerario, habíamos reservado habitaciones en un hotel sencillo pero agradable cerca del centro de un pueblito, pero, a tenor de cómo movía Nihal las rodillas, y de cómo tamborileaba con los dedos al ritmo de la música, parecía que había planeado otra cosa. «Oh, por favor, no lo estropees, Nihal», pensé. Se me encogió el estómago, tal y como me sucedía siempre que no tenía ni la más mínima idea de lo que venía después.

—¡Vaya, mirad! —gritó Flic, sacando el brazo por la ventanilla para señalar algo. Estuvo a punto de tocar a una vaca que se había parado al borde del camino y nos observaba con sus profundos ojos marrones.

El grupo se volvió hacia donde ella señalaba. Habíamos dejado el camino principal y estábamos intentando subir a un pequeño montículo por una estrecha pista de tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó Ollie, inclinándose por encima de mí—. ¿Es ahí donde nos alojamos?

Nihal se giró hacia nosotros con una sonrisa resplandeciente.

—¡Claro que sí!

—¡Guay! —exclamó Bex.

Entonces, yo también lo vi. Estábamos ante una playa en la que había una fila de cabañas con pequeñas terrazas con vistas al mar, junto a barriles reciclados que hacían las veces de asientos y un restaurante al aire libre. Era una versión india de las cabañas de La Mariposa Azul, el hotel en el que me había alojado en Tailandia, en Koh Lanta, la isla en la que había conocido a Shelley, al primer grupo de mochileros de Corazones Solitarios y a Ben.

—¿Estás bien, Louise? —me preguntó Nihal, mirándome con los ojos muy abiertos para descifrar mi silenciosa reacción.

Yo asentí. Tuve que carraspear, porque me había invadido una intensa emoción, y estaba a punto de llorar.

—Sí. Sí, es maravilloso. Gracias.

Nihal siguió mirándome durante unos segundos, antes de decirle al conductor que se detuviera un par de metros más allá. Todo el grupo bajó del minibús y empezó a estirar los miembros sudorosos, exclamando y diciéndose los unos a los otros que habíamos llegado al paraíso. Estaban en lo cierto; aquella bellísima playa de arena dorada, a los pies de unas colinas escarpadas que descendían hasta el mar, estaba prácticamente vacía. Había unos cuantos botes de pesca volteados y un par de pequeños restaurantes un poco más alejados. Conté rápidamente las cabañas y me di cuenta de que teníamos todo aquel lugar para nosotros solos.

—¿Estás segura de que estás bien? —me preguntó Nihal, mientras Ameera se encargaba de que todo el mundo recogiera su equipaje.

—Estoy maravillosamente bien —dije, con sinceridad.

Era verdad. ¿Quién no estaría bien bajo la sombra de una enorme palmera en una playa perfecta? Sin embargo, no estaba demostrando el mismo entusiasmo que los demás, porque me sentía extraña por el hecho de que Ben no estuviera conmigo. ¿Cuánto tiempo iba a tardar en dejar de pensar automáticamente en él? Pestañeeé para que no se me cayeran las lágrimas y le apreté el brazo a Nihal.

—Lo has hecho muy bien. Mira lo emocionado que está todo el mundo.

Era cierto. Parecía que el grupo había recibido una descarga de energía, porque todos charlaban, se reían y posaban para las fotos.

—Gracias —dijo Nihal, y se giró para dar instrucciones. Aplaudió y sonrió—. Aquí es donde vamos a alojarnos durante las próximas noches. Después del ruido y el caos de las ciudades que hemos visitado, ¡pensé que os merecáis un poco de relax! —exclamó, y la gente lo vitoreó—. Las cabañas son para dos personas, tienen baño en la habitación y aire acondicionado —más vítores—. Así que, por favor, elegid con quién queréis compartir habitación e id en busca de una cabaña.

Yo hice rápidamente las cuentas. Con el grupo de Ameera, éramos doce personas, y eso significaba que yo también tenía que compartir cabaña con alguien. Bex se había emparejado con Liz, Ollie con Stefan y Flic estaba con la mujer callada del pelo rizado, que se llamaba Sarah. El señor chino, Bo, había hecho pareja con otro chico del tour de Ameera, así que solo quedábamos Nihal, ella, Chris y yo.

—Eh... Bueno, supongo que las mujeres deberíamos ir juntas —dije, en un

tono ligero; no quería herir los sentimientos de Chris, pero tampoco quería compartir habitación con él.

Ameera y Nihal movieron los pies por la arena.

—Bueno, sí, claro...

Yo conocía aquella mirada. Querían estar juntos en la misma cabaña. Era lógico. Tenían que... ejem... ponerse al día en la reconciliación. Miré a Chris. Parecía que él quería estar haciendo cualquier otra cosa que no fuera resolver aquel dilema.

—Oh... bueno, tal vez nosotros...

Antes de que las palabras hubieran salido de mi boca, a Nihal y a Ameera se les iluminó el semblante.

—Si no os importa, claro está —dijo Nihal.

Entonces, tomó de la mano a Ameera y casi echó a correr hacia su cabaña, sin darnos la oportunidad de retirar la oferta.

—Bueno, pues ya solo quedamos nosotros —dije, con toda la alegría que pude.

Chris se limitó a asentir, con la misma cara sombría de siempre. Estupendo. Yo tenía la imperiosa necesidad de ir al baño, así que, rápidamente, me hice con la situación y me encaminé hacia la cabaña seguida por Chris.

## Capítulo 25

*Cuadrilla (n.): Pequeño grupo de personas reunidas para la realización de un fin común.*

—Espero que no ronques —le dije a Chris, bromeando e intentando trabar conversación de camino a la última cabaña disponible, la que estaba al borde del semicírculo.

El silencio era sofocante. Aquel era uno de los hombres más maleducados que yo había conocido nunca, y tenía que compartir habitación con él.

—Pues no lo sé. Normalmente, estoy dormido si sucede —dijo, irónicamente.

—Sí, claro. Por supuesto —respondí.

No me extrañaba que fuera soltero. Seguramente, había aburrido a todas sus novias hasta dormirlas profundamente y, cuando se habían despertado, habían tomado conciencia del error que estaban cometiendo.

—Bueno, ya hemos llegado.

Subí los escalones de madera hasta la puerta. Al abrirla, crujió con tanta fuerza que me sobresalté. A pesar de que las cabañas se parecían a las de La Mariposa Azul en el exterior, el interior era completamente distinto: la palabra «básico» era un eufemismo. La habitación tenía dos camas estrechas, cada una de ellas pegada a una de las delgadas paredes de madera, con muy poca distancia de separación. Si estiraba el brazo por la noche, tocaría la cara de Chris. Seguí hasta la parte trasera de la cabaña, donde había una puerta de contrachapado. Era un baño del tamaño de la mesa de comedor de mis padres. De la pared de azulejos de la ducha salía un grifo, que también servía de lavabo. Al otro lado había un agujero en el suelo, que hacía las veces de inodoro.

Yo ni siquiera había pensado en que iba a tener que compartir el baño con Chris. Un hombre. Ir al baño es lo más natural del mundo, así que ¿por qué causa tanto estrés y tantos problemas? Cuando vivía con mi exprometido, Alex, ir al baño era una de las cosas que más me había agobiado al principio.

Me horrorizaba que mi seducción femenina se viera amenazada por un pedoapestoso, una micción ruidosa o, peor aún, un flotador que no se fuera por el desagüe. Todo el mundo en este planeta tiene que hacer caca, pero, cuando uno está empezando una relación, desearía que no fuera cierto. Obviamente, según iba pasando el tiempo, ya no me importaba tanto con Alex, incluso acabé dejándolo entrar mientras hacía pis. Pero las aguas mayores permanecieron firmemente vetadas tras la puerta, con un bote de ambientador a mano y música a todo volumen para amortiguar el sonido de los plafs y de las salpicaduras en el inodoro.

Me pregunté si era demasiado tarde para ver si alguien más quería compartir habitación. Me sentiría mucho más cómoda con alguna de las otras chicas. Entonces, me di cuenta de que, probablemente, Chris estaba tan incómodo como yo en aquella situación.

«Bueno, no vamos a estar aquí mucho tiempo», me dije.

—Voy un momento al baño —dije.

Ya no podía seguir aguantándome las ganas de hacer pis, así que subí los tres escalones del cuarto de baño. Cerré la puerta y, al cabo de un segundo, me encogí al oír a Ollie hablando con Stefan junto a la cabaña y, también, a Ameera y a Nihal charlando en la cabaña de al lado. Qué embarazoso. Mi vejiga no me permitió encontrar una solución alternativa, así que me puse en cuclillas y me apoyé con la mano en la pared de piedra para mantener el equilibrio. Oía perfectamente a Chris junto a la puerta del baño. Oí el sonido de la cremallera de la mochila y el roce de la ropa. Incluso oía su respiración; las paredes eran como de papel.

«Vamos, olvídalo y haz pis». Mi vejiga se negó a cooperar.

—¿Estás bien, Louise? —me preguntó Chris, llamando a la puerta.

—Sí, sí, solo estoy echando un vistazo —respondí, en voz alta.

Tenía las manos pegajosas y la cara enrojecida, y me dolían los muslos de permanecer en aquella postura tan incómoda.

«Solo tienes que ignorar que está ahí, y hacer pis».

—Bueno, pues me voy a la clase de yoga, que está a punto de empezar.

¿La clase de yoga? ¿Se me había olvidado lo que estaba programado para aquel día!

—Sí, muy bien. Nos vemos allí —dije yo, apretando los músculos de Kegel con fuerza hasta que oí sus pasos alejándose. Cuando se cerró la puerta de la cabaña, vacié la vejiga. Dios, qué bien me sentí. Rápidamente, me lavé

la cara, me puse desodorante y fui a reunirme con los demás en la playa.

Había una mujer mayor, esbelta y flexible, que llevaba unos calentadores morados sobre unas mallas de color azul eléctrico y que me sonrió al verme llegar. El resto del grupo ya estaba preparado sobre unas esterillas de yoga cerca de la orilla.

—¡Hola! *Namaste* —dijo la señora de la lycra. Juntó las palmas de las manos y se inclinó hacia mí—. Por favor, colóquese en esa estera.

Tenía la piel marrón como el tronco de un árbol y delicada como un papel crêpe, sobre todo, en contraste con su pelo plateado. Llevaba una trenza que le caía por el cuerpo esquelético. Debía de tener más de sesenta años, pero tenía el cuerpo de una veinteañera.

Asentí y me coloqué en la última esterilla libre, la que estaba delante del todo. Magnífico. Yo carecía de flexibilidad; había dejado de intentar tocarme los dedos de los pies con las manos en las clases de gimnasia de la escuela primaria. Aquello iba a ser divertido.

—Bueno, hola a todo el mundo. Me llamo Yvonne y voy a ser su profesora esta noche. Para los que nunca hayan hecho yoga, voy a tomármelo con calma, pero los que ya se hayan beneficiado del poder de esta maravillosa actividad —dijo, y asintió hacia Flic, que le devolvió la sonrisa—, pueden aumentar el nivel de los ejercicios y sentir la fuerza del sol, que está a punto de ponerse.

Su voz flotaba en el aire. Hablaba como si estuviera colocada... Tal vez lo estaba.

—Eh... ¿sí? —dijo.

Bo había levantado la mano.

—Creo que todos deberíamos ponernos vaselina para evitar las rozaduras. La combinación de arena, estiramientos y sol puede provocar sarpullidos.

—No pienso untarme de aceite —dijo Bex, con horror.

—Gracias por la sugerencia, pero creo que no nos va a pasar nada —respondió Yvonne—. Bueno, empecemos. Tumbémonos en las esteras y concentrémonos en la respiración.

Mientras seguía sus instrucciones, me di cuenta de que Nihal y Ameera no estaban. Ummm... Me pregunté qué posturas de yoga estarían practicando en privado. Flic estaba ansiosa por empezar, y parecía que le irritaba que Ollie, Stefan y Bo estuvieran más atentos de un partido de cricket que había un poco más allá, en la playa, que en abrir sus chacras. Liz y Sarah estaban

espantando mosquitos, y Bex bostezó sonoramente. Estaba claro que ya se sentía zen.

—Ahora, respiren profundamente y, después, exhalen —indicó Yvonne, y exhaló una bocanada de aire—. Y otra vez —dijo.

Siguió inhalando y exhalando como si fuera un tren de vapor, y yo casi no pude contener una risita.

—¡Excelente! Ahora, colóquense para hacer la postura del gato.

Ella adoptó la posición sin esfuerzo, mientras que los demás tuvimos que impulsarnos hacia arriba para ponernos a cuatro patas. Yo clavé las rodillas en la colchoneta e incliné la cabeza hacia atrás, observando el atardecer que estaba empezando a asomar entre las hojas de las palmeras.

—Ahora, manténganse así mientras yo voy revisando su postura.

Durante nuestra sesión de yoga al aire libre, el cielo iba cambiando a cada segundo. La luz del día se apagaba mientras un reflejo ardiente del sol teñía la parte superior de las olas que rompían frente a nosotros. Franjas alargadas de color rojo frambuesa se entremezclaban con tonos anaranjados más suaves, que rozaban el resplandor brumoso de la puesta de sol. Era mágico.

Yvonne se puso en pie de un salto y caminó alrededor de nosotros, por la arena.

—Un poco más alto, nada más. El trabajo abdominal es excelente. Ya solo tienen que mover las manos para colocarlas un poco más bajo los hombros —le dijo suavemente al grupo, antes de acercarse a mí.

Inclinó el rostro bronceado para mirarme.

—Bueno, tiene que subir más el trasero —me dijo. Hice lo que me indicaba, sintiéndome un poco boba—. Perfecto.

Entonces, ella volvió a su estera y retomó aquella ridícula postura que todos estábamos haciendo.

—Ahora inhalen y, al exhalar, quiero que curvéis la espalda hacia abajo, pero manteniendo los abdominales contraídos. Y... exhalad —dijo.

Entonces, todos dejamos caer el estómago a la estera. Con aquel simple movimiento, repentinamente me di cuenta de que antes no solo necesitaba hacer pis, porque se me escapó un enorme pedo.

Mierda.

Cerré los ojos y, mientras me moría de vergüenza, fingí que no era yo la que acababa de conseguir el récord mundial en la categoría de pedo más ruidoso. Había sido tan sonoro que incluso mis padres podrían haberlo oído



desde Mánchester. Durante el interminable instante que siguió, juro que lo único que oía era el sonido de las olas y el crujido de las hojas de las palmeras.

Sorprendentemente, Yvonne no prestó atención al suceso, y empezó a decirles a todos que dejaran de reírse y repitieran el movimiento. El ardor de mis mejillas se calmó, pero yo me mantuve concentrada en mi esterilla para no delatarme a mí misma.

«Oh, Dios mío, me he librado de la vergüenza. ¡Nadie sabe que he sido yo!».

Entonces fue cuando me golpeó con toda su fuerza.

Tuve una arcada, y tosí al percibir el olor penetrante y acre, un olor a ácido sulfúrico y a gas propano que se extendió por el aire y se hizo más intenso debido al calor. La gente también comenzó a toser con fuerza, y las risas aumentaron de volumen.

—¿Quién coño ha soltado eso? —gritó Bex—. ¡Por Dios!

—Vamos, vamos, es natural que dejemos que nuestro cuerpo se relaje de todas las maneras posibles —dijo Yvonne. Noté que me miraba con los ojos entrecerrados y una expresión ligeramente divertida.

«Tú sigue mirando a la estera, sigue mirando a la estera».

—¡Esa explosión de gas mostaza no ha tenido nada de natural! —continuó Bex, y los otros se rieron aún más—. ¿Quién ha sido? Vamos, que confiese.

«Mira a la estera, mira a la estera».

—Por favor, estamos aquí para relajarnos y centrarnos. Vamos, ahora quiero que hagáis la postura del niño —dijo Yvonne, que estaba tratando desesperadamente de continuar con la clase. Todo el mundo se había echado a reír abiertamente.

Yo también me reí, y miré a mi alrededor como los demás, intentando dar con el culpable. Hasta que me crucé con la mirada de Chris. Él estaba justo detrás de mí, así que habría recibido mi flatulencia en plena cara. Mierda. Me miró con escepticismo, como si me estuviera desafiando a que confesara que había sido yo. Sin embargo, yo no dije ni media palabra.

—Bueno, pues sea quien sea, tiene que dejar de comer currys —dijo Bex, abanicándose teatralmente la nariz.

—Es suficiente, señorita. Ahora, por favor, que todo el mundo se siente en la estera y meta las piernas bajo el cuerpo.

Yvonne miró a Bex con severidad. Bex murmuró algo y, al segundo, la

clase estaba en marcha de nuevo. Yo no me atreví a mirar otra vez a Chris, y me esforcé por mantener apretadas las nalgas hasta el final.

Cuando terminamos la clase, enrollé mi estera y la dejé en una pila, junto a los pies de Yvonne. Ella me sonrió. Lo sabía. Después, volví a la cabaña corriendo y comprobé que no me había manchado la ropa interior.

«Dios existe, después de todo», pensé. Me tapé la cara ruborizada con las manos y me tendí en la cama, y maldije a aquel estúpido país, las estúpidas paredes de papel, la estúpida idea de tener que compartir habitación, los estúpidos currys y el estúpido yoga. Chris entró poco después, y me saludó asintiendo. Después, continuó deshaciendo la maleta. Parecía que todas sus camisas estaban planchadas tan impecablemente como las de una tienda de ropa pija.

—¿Sabes? Las lentejas son uno de los ingredientes más proclives a causar molestias intestinales —dijo, sin rastro de sarcasmo, y siguió sacando su ropa.

—Gracias. Yo... eh... lo tendré en cuenta —respondí en voz baja.

Después, me di la vuelta en la cama y me tapé la cabeza con la sábana. Ojalá estuviera en cualquier otro sitio, salvo allí.

## Capítulo 26

*Efervescente (adj.): Tener o demostrar vivacidad y entusiasmo. Exuberante.*

Pocas horas después, salí de la cabaña. Chris se había marchado un rato antes a dar un paseo, según la nota que me había dejado. Yo me había dado una ducha fría para refrescarme y me había ido a reunirme con los demás al anochecer. Al oír las alegres voces del grupo, el corazón me dio un salto de alegría. Estaba contenta de que todo el mundo se llevara bien. A nadie le importaba la adición del otro grupo, ni que el tour hubiera sido tan caótico hasta aquel momento. La voz de Nihal resonó por la playa mientras contaba un chiste; cuando terminó, todo el mundo se partió de risa. Yo recordé el viaje de Tailandia, con un guía deshonesto, Kit, y a la gente con la que había tenido que convivir durante aquel primer viaje de mochilera. Aquel horrible tour fue uno de los motivos por los que fundé El Club de Viajes para Corazones Solitarios. No quería que nadie que se hubiera quedado soltero de repente tuviera que vivir aquella pesadilla.

Distinguí las siluetas de los miembros del grupo. Estaban sentados en grandes cojines y en colchonetas alrededor de una hoguera. Por esa razón estaba yo allí: para ayudar a aquella gente a superar sus problemas viendo el otro extremo del mundo. Los saludé y ocupé un sitio vacío en la arena.

—Eh, ¿me he perdido algo?

—Bueno, estábamos a punto de cenar. He pedido al cocinero que nos sirva una comida tradicional de Goa —dijo Nihal, con orgullo.

—Vaya, eso suena delicioso —dije. Recordé el comentario que me había hecho Chris sobre las lentejas, y decidí que no iba a probar el *dal*.

—Además, esta noche es muy especial, porque es la víspera de Holi. Es tradición hacer una hoguera para prepararse para el festival de mañana. Así que, mientras esperamos a la cena, ¿por qué no jugamos a algo? Para conocernos un poco mejor.

Ameera asintió, y dijo:

—Sé que tal vez todo haya parecido un poco desconectado, pero ahora que estamos en Goa, y siendo dos grupos que se han unido, sería agradable saber un poco más los unos de los otros.

Oí murmullos de aprobación a mi alrededor, y Ameera se dirigió a mí:

—Bueno, pues... Louise, ¿te gustaría empezar a ti? Podrías contarnos por qué estás aquí.

Yo intenté disimular mi asombro; Nihal sabía el motivo por el que yo estaba allí, pero no debía de habérselo explicado a su novia.

—Eh... Sí, claro —dije, mientras todos se giraban hacia mí.

—No tienes por qué ser la primera, si no quieres —intervino Nihal, pero Ameera le dio una suave palmadita en el brazo.

—No te importa, ¿no? —preguntó ella. La pregunta era inocente, pero yo no tenía ni idea de qué decir. ¿Me inventaba una falsa historia de desamor, o contaba la verdad?

Agité la cabeza y respiré hondo.

—Bueno... eh... ahora hace un año, yo estaba preparando mi boda.

Hice una pausa. Cuando pensaba en aquella chica, todavía me parecía increíble. La que estaba obsesionada por preparar una boda perfecta, por la colocación de las mesas, los adornos y las pruebas de la tarta nupcial, y que no se dio cuenta de lo infeliz que era en aquella situación hasta que perdió el control de todo y se marchó de viaje a Tailandia para no volver nunca más.

Liz sonrió comprensivamente y me animó a que continuara.

—Eh... Pocas semanas antes de la boda, mi prometido llegó a casa del trabajo una noche y rompió conmigo. No quería casarse. Sin embargo, no era un caso de pánico al compromiso, sino que llevaba una buena temporada engañándome con otra.

—¡Cabrón! —gritó Bex, y me hizo sonreír.

—Sí, yo pensé lo mismo —dije.

—¿Y ya no lo piensas? —me preguntó Liz.

Yo hice un gesto negativo.

—No. Lo que pienso es que fue un cobarde por no atreverse a romper conmigo hasta que solo faltaban dos semanas para celebrar la boda. Los preparativos habían sido muy caros y muy trabajosos para mí. Sin embargo, sé que me despertó. Yo estaba obsesionada por ser una versión perfecta de mí misma, y me había modelado para ajustarme exactamente a lo que querían su familia y él. Tanto que me había olvidado de quién era de verdad. Ya no era

Georg... Quiero decir, Louise. Era Louise y Alex.

—No me puedo creer que demuestres tanta calma cuando hablas de ello — dijo Sarah, la mujer del pelo rizado, asintiendo con sabiduría.

—Supongo que todas las rupturas tienen un aspecto positivo, y que todos los finales traen nuevos comienzos. Aunque sea un cliché, es cierto: el tiempo lo cura todo, te mereces algo mejor, y las cosas serán cada vez más fáciles. Solo tienes que saber lo que vales y que, al final, todo irá bien.

Los demás me miraban con cara de preocupación, falta de seguridad y dolor por lo que habían perdido, y yo continué:

—Estáis aquí, al otro lado del mundo, lejos de vuestra cotidianeidad, de los lugares en los que os encontráis cómodos porque os son familiares. Habéis pasado por el... eh... difícil momento del comienzo de este tour, pero espero que podáis mirar atrás y ganar confianza con las experiencias que habéis tenido hasta ahora. ¡Demonios, sé que participar en un rodaje de Bollywood es una oportunidad única en la vida, que ha tenido que suponer un impulso para vosotros!

—Y ¿cómo, bueno, ya sabes, cómo superaste lo de tu prometido? — preguntó Liz, mientras jugueteaba con el borde deshilachado de su esterilla.

—Me fui de viaje. Cambié de perspectiva, literal y figurativamente. Me relacioné con otra gente fabulosa que, al principio, eran desconocidos, y me permití llorar por lo que había perdido. Sin embargo, aunque sé que no repetiría lo que viví con él, me siento mucho más feliz por las cosas que he aprendido a hacer por mí misma, por los amigos que he conocido y los lugares en los que he estado por lo que él me hizo. Así que, para responder a tu pregunta, y en palabras de Kelly Clarkson, no permití que aquello me matara, sino que me hizo más fuerte.

Hubo aplausos, y yo me ruboricé y me abaniqué los ojos empañados.

—Bueno, y ¿por qué has venido también a este viaje? Si ya habías viajado para superarlo, ¿por qué has vuelto? —me preguntó Chris, bajándose al suelo de golpe.

—Bueno, yo... eh... —balbuceé—. No hay un momento concreto en el que empiezas a sentirte mejor y vuelves a ser tú misma. Yo siempre había querido conocer la India, pero, a pesar de la seguridad que adquirí durante mi último viaje, todavía tenía cierto temor a venir aquí yo sola. Así que reservé este tour. Bueno... ¿alguien más quiere seguir? —pregunté, sonriendo, con la esperanza de que mi rápida e inventada respuesta fuera suficiente.

Justo cuando Flic levantaba la mano para comenzar, Chris volvió a interrumpir.

—Entonces, ¿puede decirse que tú fuiste el miembro original de El Club de viajes para corazones solitarios?

Yo me eché a reír con torpeza.

—Eh... bueno, sí, podría decirse —respondí. No quería decirles que era la consejera delegada de la empresa, y menos cuando estaban a punto de abrirse ante los otros—. Bueno, Flic, como ibas diciendo...

—Ah, sí. Yo...

—Entonces, supongo que ya has superado la ruptura. Supongo que viajar te ayudó a recuperarte —insistió Chris, y los demás lo miraron con irritación. Realmente, no estaba haciendo amigos.

Me giré hacia él con una sonrisa falsa, conteniendo un suspiro. No tenía el corazón roto, como la última vez que me había ido de viaje, pero mi situación con Ben tampoco era un sueño hecho realidad.

—Bueno... Supongo que no estoy exactamente donde pensaba que iba a estar —dije.

—Yo creo que Ollie te ayudará a olvidar a tu ex —gritó Bex, haciendo reír a todo el mundo.

—Cállate, Bex —respondió Ollie. Lo pillé mirando a Liz a través de sus largas pestañas. Ella estaba sentada muy erguida, y tenía cara de incomodidad.

—Entonces, Flic... —dije, y me volví hacia ella, dándole la espalda a Chris para indicarle que había terminado el interrogatorio a Louise-Georgia.

—No importa —dijo ella, con expresión de aburrimiento.

—Entonces, me toca a mí —dijo el señor chino, levantando el brazo—. Me llamo Bo.

Mientras Bo nos hablaba de su difícil ruptura con la que había sido su novia desde el instituto, que lo había dejado por un chico al que había conocido en el gimnasio, yo me abstraí y me pregunté qué estaba ocurriendo entre Ben y yo. Yo me sentía como si estuviera en una montaña rusa de emociones. Algunas veces, quería obligarme a mí misma a reunir el valor necesario para decirle lo que sentía y, otras, me decía que en realidad no era más que una tontería que debía quedar en el pasado. ¿Entraría alguna vez a formar parte de mi vida y de mi futuro, o seguiríamos siendo solo unos compañeros de trabajo que se llevaban muy bien? ¿Tendría yo que dejarlo

todo como estaba y seguir adelante?

Era obvio que Bo todavía estaba en la fase de odio hacia su exnovia, porque terminó de contar su historia diciendo entre dientes que era una auténtica zorra. Yo estuve a punto de decirle que se le pasarían las ganas de encontrar una muñeca de vudú con la cara de Kiko, cuando vi que Liz levantaba un brazo pálido, que casi era transparente contra las ascuas brillantes del fuego.

—Sí, Liz —dijo Ameera, sonriéndola afectuosamente.

Cuando Liz carraspeó, Ollie alzó la cabeza.

—Yo entiendo lo que está diciendo Bo —dijo ella, con un hilo de voz—. Yo... yo... estuve en una situación muy parecida.

Fue casi doloroso verla abrirse ante los demás. Tenía los hombros encorvados, y estaba jugueteando con un hilo de sus pantalones.

—Bueno, y ¿quieres contárselo al grupo? —le preguntó Ameera, animándola suavemente.

Liz asintió.

—Sé qué quiere decir Bo porque yo fui esa chica. Yo engañé a mi ex.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo me preparé para que el grupo, o, más bien, Bex, la echara a la hoguera, pero todo el mundo permaneció en silencio. Seguramente estaban asombrados por el hecho de que Liz estuviera hablando en voz alta por primera vez.

—Estuve con un hombre maravilloso durante cuatro años. Él nunca me hizo nada malo. Teníamos una relación muy convencional, no sé si me entendéis. A veces, eso era suficiente, pero, otras veces... no era suficiente —dijo, y comenzaron a caérsele las lágrimas por las mejillas, sobre el pantalón. Parecía que Ollie no sabía qué hacer, si abrazar a aquella mujer vulnerable que, obviamente, le gustaba, o esperar a oír toda su explicación—. Una noche, me emborraché en un bar, yo sola, cuando él estaba trabajando fuera. Fui a casa con un hombre desconocido. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Después, me quedó un horrible sentimiento de culpabilidad, de arrepentimiento y asco por lo que había hecho.

Ella sollozó. Todo el mundo estaba en trance. Quién iba a pensar que Liz tenía aquel lado oscuro.

—Pero seguí haciéndolo. Me excitaba la posibilidad de que me sorprendiera, de poder demostrarle que me había subestimado. Yo no era una mujer débil, callada y aburrida. Una noche, él vio unos mensajes en mi

teléfono y, con razón, se puso furioso. Me gritó que era una fulana y que le había roto el corazón. Nunca olvidaré su expresión de repugnancia. Hizo la maleta y se fue. No volvió nunca más. Después de eso, fui a una psicóloga para hablar de lo que había hecho, de que mis impulsos me habían llevado a hacerle daño a alguien que me importaba muchísimo —dijo Liz, y tomó aire antes de continuar—. Me explicó que era natural que quisiera sentirme realizada en todos los aspectos de una relación y que, aunque lo hubiera resuelto de la manera equivocada, también me había demostrado a mí misma qué era lo que más valoraba en un compañero. Por muy triste que fuera, mi novio y yo no éramos el uno para el otro.

Ollie tenía los ojos abiertos como platos. Yo casi podía oír los engranajes de su cabeza funcionando a toda velocidad, pensando que la chica que le gustaba tanto era, en realidad, una diosa del sexo.

—Nunca se lo había contado a nadie, aparte de a mi psicóloga —prosiguió ella. Se enjugó los ojos y miró a todo el mundo—. Lamento muchísimo haber engañado a mi exnovio. Sé que muchos de vosotros estáis aquí porque vuestras parejas os hicieron algo parecido y que, probablemente, me odiáis en este momento. Pero no podía seguir fingiendo que yo era la víctima cuando no es verdad.

—¡Ven aquí, anda! —dijo Bex, y abrazó con brusquedad a Liz. Parecía que Ollie estaba deseando hacer lo mismo—. Claro que no te odiamos. Eres muy valiente por haberlo admitido y... —miró a todo el grupo, como si estuviera retándolos a que la contradijeran— todos estamos a tu lado.

—¡Gracias! No sabéis lo bien que me siento por eso —dijo Liz, entre lágrimas.

Realmente, estaba muy arrepentida por lo que había hecho. Me pregunté si Alex sentiría algo parecido por cómo me había tratado a mí. Sin embargo, no quería pensar en el pasado y, rápidamente, me quité su cara de la cabeza.

—Quería sincerarme en este tour, pero, cuando me iba enterando de que a alguien lo habían engañado, y de lo que sentía al respecto, no podía decir nada. Sé que a mí nadie me ha roto el corazón, pero me estoy acostumbrando a estar sola, tratando de saber lo que quiero en una relación e intentando tener más seguridad en mí misma, en vez de sentirme avergonzada.

—Entonces, creo que has dado el primer paso para convertirte en la nueva Liz —le dije yo, con una sonrisa—. Bex tiene razón. Has sido muy valiente por contárnoslo, y estoy segura de que vas a encontrar muy pronto a la



persona que buscas —dije. No miré a Ollie, pero noté que irradiaba emoción y energía.

—Chicos —dijo Stefan.

—¿Quieres ser tú el siguiente? —le preguntó Nihal—. Porque creo que la cena ya está casi lista.

—No, bueno, puedo esperar hasta después de cenar, pero... mirad —dijo él, y estiró el brazo hacia el mar. Había un banco de peces voladores saltando entre las olas, brillando a la luz de la luna.

—¡Increíble! —exclamó Ollie. Se inclinó hacia atrás, apoyándose con los codos en la arena, y observó aquel espectáculo de la naturaleza.

De repente, se retiró la marea y los peces se quedaron varados en la arena húmeda.

—¡Tenemos que echarlos de nuevo al mar! —gritó Ollie, poniéndose en pie.

Todos salimos corriendo hacia la orilla y empezados a tomar los peces y a echarlos al agua de nuevo, antes de que fuera demasiado tarde. Fue un verdadero trabajo en equipo, y conseguimos que todos los diminutos peces volvieran con sus familias.

Después de la cena, volvimos a nuestras cabañas satisfechos, alegres y más unidos como grupo. Había anochecido, y oí los gritos y las risas de la gente, que iba a su cabaña alumbrándose con la luz de los teléfonos móviles. Chris ya estaba dormido cuando yo llegué. Se había marchado varias horas antes que los demás, porque parecía que aquellas charlas catárticas no eran para él. Era una lástima, porque yo tenía una gran curiosidad por saber por qué estaba allí y quién le había hecho daño. Tal vez debiera ir a estrecharle la mano. «No, Georgia, sé buena».

Aunque fuera extraño, no me dio reparo compartir la habitación con un hombre a quien apenas conocía, seguramente, porque lo único que podía ocurrirme estando con él era la muerte por silencios embarazosos. Me lavé los dientes y me acosté.

—Louise.... Ummm...

—¿Qué, Chris? —susurré, y me di cuenta de que estaba hablando en sueños. Magnífico. Seguro que iba a roncar.

—Empresa. Está bien, lo escribo. Está bien.

Parecía que alguien debía abstenerse de cenar antes de acostarse. Me puse un par de tapones para los oídos y me quedé dormida.

## Capítulo 27

*Deleite (n.): Delicia, disfrute.*

—¡Feliz Holi!

Nihal y Ameera corrían por la playa con unas bolsas bajo los brazos, riéndose juntos. Después de los últimos días, todos necesitaban dormir bien, así que nos habíamos levantado tarde e íbamos a pasar la mañana haciendo absolutamente nada. La mayoría del grupo se había reunido en el restaurante y estaba tomando un desayuno tardío, jugando a las cartas o leyendo en alguna de las tumbonas de colores.

—¡Chicos! ¡Feliz Holi! —exclamó Ameera, y Nihal se puso a bailar alrededor de la mesa antes de sentarse con nosotros—. Hoy es el festival de los colores y el amor, así que tenéis que poneros ropa blanca. Hemos traído unas cuantas camisetas para que os pongáis, por si no habéis traído nada blanco. Después, ¡que empiece la celebración!

—Esto es pintura para el Holi —dijo Nihal, y nos mostró unas bolsitas de cristal con polvos de colores, rojos, azules, naranjas, amarillos brillantes y rosas.

—¿Es polvo? —preguntó Bex—. Yo creía que era un festival de pintura. No se puede decorar la pared con eso.

—¡Ah, no! Lo que se hace es mezclar este polvo con agua y se forma una pasta que se le puede tirar a todo el mundo —dijo Ameera. Estaba feliz y emocionada. Nos entregó bolsitas a todo el mundo.

Muy pronto, todo se convirtió en un carnaval de colores. La gente inundó las calles, y parecía que a todos les habían dejado caer un cubo de pintura encima. Los niños iban corriendo y riéndose con pistolas de agua, apuntando a cualquiera que encontraran a su paso, incluyendo a los perros callejeros, que ladraban y perseguían los chorros de agua de colores que caían en el suelo.

—¡Bombas de agua! —gritó Bex, corriendo y lanzando algo que se parecía más a unos preservativos llenos de colorines que pequeños globos.

Se oyó una tamborrada melódica, cuyo sonido aumentaba a medida que marchaba por el pueblo una procesión de hombres y niños que cantaban una animada canción. Tenían las pestañas cubiertas de pintura azul, el pelo pegado a causa de los tintes y los brazos llenos de manchas al estilo Monet.

—Según se va acercando la luna llena, llega la primavera, y el ambiente se llena de posibilidades. Es la temporada ideal para perdonar y olvidar el pasado —explicó Nihal, con toda la seriedad que pudo, aunque parecía que acababa de salir de una explosión química bajo aquel caos de polvo, tiza y colores—. Por eso estábamos muy interesados en estar aquí a tiempo para celebrar Holi con vosotros. Es perfecto para El Club de Viajes para Corazones Solitarios, porque así podréis pasar a la fase siguiente con una sensación más ligera, más feliz, y estar preparados para encontrar de nuevo el amor. ¡El polvo de colores tiene ese poder!

Yo estaba despreocupada y liberada. Había olvidado que era una profesional de incógnito, y hundí las manos en la pintura para arrojarles puñados a todos. Aquellos hindúes sí tenían un buen festival. Fuera lo viejo y bienvenido lo nuevo. Era como una buena limpieza de primavera, pero más sucia y mucho más divertida. Todo el pueblo estaba de muy buen humor, incluso las ancianas que estaban sentadas en sus taburetes, con los pies hinchados, y que lanzaban los brazos para cubrirse de colores mientras se reían.

Cuando terminamos toda nuestra pintura, volvimos a las cabañas y nos hicimos fotografías con aquel aspecto tan ridículo.

—¡Oh, Chris, sácanos una foto! ¡Sonríe, Louise! —gritó Bex.

Chris asintió y nos enfocó con su magnífica cámara. Yo sonreí y alcé los pulgares.

—Ahora vamos a hacernos una foto de grupo —añadió, y le pasó a Nihal un brazo por los hombros. Cuando tuvo a todo el grupo junto, obligó a Chris a que le pasara el teléfono a un paseante, para que nos fotografiara—. ¡Decid «Feliz Holi»!

—¡Feliz Holi! —gritamos todos.

Unas horas más tarde, cuando el sol se había puesto y nos observaba la brillante luna llena, pedimos unos *rickshaws* amarillos y verdes de tres ruedas para ir del pueblo hacia las colinas. Íbamos a Leopard Valley, donde se celebraba una gran fiesta del Holi en la selva, durante toda la noche. Yo había evitado compartir taxi con Chris, que, de alguna manera, se las había

arreglado para mantenerse impecablemente limpio. Nosotros, por el contrario, todavía llevábamos la ropa manchada de pintura. Ollie me hizo una seña para que fuera con él a la fiesta. El conductor iba muy sonriente porque estaba contento de tener trabajo, y no parecía que le molestara lo más mínimo que le mancháramos los asientos con pintura.

—¿No prefieres ir con Liz? —le pregunté, mientras agachaba la cabeza para entrar al *tuk tuk*.

Ollie entró también y, al sentarse, las rodillas casi le tocaron la barbilla.

—Entonces, ¿te has dado cuenta de que me gusta? —me preguntó, tímidamente.

—Ollie, todo el mundo sabe que te gusta Liz. Bueno, menos la propia Liz y, quizá, Bex —añadí.

Él apoyó la cabeza en las manos.

—Bueno, sí... pero ¿de verdad crees que Liz no lo sabe?

Yo negué con la cabeza.

—Creo que Liz estaba demasiado preocupada por si el grupo la rechazaba a causa de su secreto.

—¡Yo todavía no puedo creérmelo! —exclamó Ollie, con asombro—. Es obvio que la infidelidad no me parece bien, pero nunca se me habría pasado por la cabeza que fuera ella, precisamente, la que podía hacer algo así.

—Sí, bueno... Dicen que siempre son los más callados —respondí, con una sonrisa, y tuve que agarrarme al asiento de delante cuando el vehículo dio una curva sobre una sola rueda—. Pero, si tú no tienes problemas con sus... eh... necesidades... —dije yo, y me quedé callada, porque me sentía incómoda hablando de la posible vida sexual de Liz y Ollie. De repente, hacía mucho calor en aquel *tuk tuk*.

Ollie estaba tan azorado como yo, y miró por la ventanilla llena de polvo como si le tuviera anonadado lo que ocurría fuera.

—En realidad... Bueno, a mí me gustan los desafíos.

—¡Magnífico! —dije yo, con demasiado entusiasmo—. Eh, muy bien. Ve a hablar con ella. Pídele que pase el día contigo, los dos solos. Estoy segura de que a Nihal no le importará que os escapéis, de hecho, estaría encantado de indicaros lugares románticos a los que podéis ir.

—Umm... —murmuró Ollie—. Pero, Louise...

—¿Qué?

—¿Y si no estoy... ya sabes, a la altura? —me preguntó. Estaba tan

consternado, y parecía tan vulnerable, que tuve que contener la risa. Le puse una mano sobre el hombro y le di un suave apretón.

—Ollie, sería tonta si no saliera contigo. No lo pienses demasiado, ¿vale?

Él asintió y, de repente, me dio un rápido abrazo.

Yo noté que el conductor del *tuk tuk* nos miraba por el espejo retrovisor.

—Gracias, Louise. Lo digo en serio. Me alegro mucho de que estés en este grupo —dijo Ollie. Me soltó y me dedicó aquella sonrisa de picardía suya. Liz estaría loca si se resistiera a aquello.

—Gracias a ti también —le dije, con sinceridad—. ¿Qué tienes que perder? Nunca se sabe lo que nos deparará el mañana.

—¡Bueno, hemos llegado a Leopard Valley! —dijo el conductor, interrumpiendo nuestro mano a mano, mientras entraba a un abarrotado aparcamiento.

El resto del grupo ya nos estaba esperando junto a una gran señal. Se oía la música de un pinchadiscos a través de unos altavoces, en medio del silencio y de las enormes y exuberantes palmeras que nos rodeaban.

—Normalmente, en Goa hay una observancia muy estricta de la ley contra los ruidos, así que la diversión tiene que terminar a las diez de la noche —estaba explicando Nihal, cuando Ollie y yo llegamos junto a ellos, después de haber pagado al conductor—. Pero, como es el Holi, ¡todas las normas se van al cuerno! —exclamó, riéndose.

—Para los que no aguanten el ritmo, los *tuk tuk* estarán disponibles toda la noche, si alguien quiere irse a dormir —dijo Ameera, lanzándole una sonrisa muy poco sutil a Chris—. Para el resto de los juerguistas, la fiesta no acabará hasta muy tarde. Tenemos algunas bolsitas más de pintura para que disfrutéis de este maravilloso festival —dijo, y nos entregó más bolsas llenas de polvos de colores. Después, tomamos un sendero serpenteante señalado con antorchas encendidas que nos llevó hacia la fiesta en la selva.

Había bailarines ataviados escandalosamente que movían enérgicamente el cuerpo al ritmo de la música en unos podios altos y resplandecientes. Un hombre vomitaba fuego mientras pasábamos por delante de él, y había dos muchachas girando y sonriendo serenamente, como si echar chispas por la vagina fuera algo totalmente normal. Cientos de lugareños, mochileros y expatriados bailaban al son de la música electrónica, iluminados por las brillantes luces estroboscópicas. Aquello era diferente a cualquier fiesta en que yo hubiera estado.

Nunca había entrado en el mundo de las fiestas *rave* cuando era más joven, porque era demasiado paranoica y temía que me dieran una bebida adulterada, demasiado nerviosa y temía que hubiera una pelea, por no mencionar que temía el aburrimiento mortal de pasarme la mitad de la noche esperando en la cola de los baños de señoras. Marie y yo preferíamos pasar las noches de sábado en un bar, o tomar una copa en casa, lo cual significaba normalmente que no salíamos de casa, porque yo terminaba sujetándole a Marie la melena pelirroja mientras ella vomitaba en el inodoro.

Intentar llegar a la barra era como caminar a través de una nube de humo. Llegaban descargas de polvo de colores desde todas las direcciones.

—Eh, ¿qué vais a tomar? —nos preguntó un sonriente camarero, que llevaba un pañuelo de badana anudado en la cabeza.

Pedimos una cerveza y, entonces, Ollie se giró hacia mí.

—Está bien. Voy a hablar con Liz. Voy a decirle que me gusta —dijo, y tensó los brazos, como si se estuviera preparando para la batalla—. Como ha dicho Nihal, hoy es un día para los nuevos comienzos. Puedo hacerlo.

Yo le di una palmadita en el hombro, y me manché la mano de polvo verde.

—Adelante. Lo tienes hecho.

Él asintió y salió disparado en busca de su doncella. Ojalá ella lo reconociera bajo toda aquella pintura.

—Bueno, qué, ¿te estás divirtiendo? —me preguntó Nihal, que se acercó a mí medio bailando, medio saltando, y apoyó el brazo en la barra.

—¡Sí! ¡Esto es salvaje! —exclamé, riéndome, señalando a la enérgica multitud que bailaba, tocaba silbatos y movía palos luminosos hacia el pinchadiscos—. Después de Bombay y Nueva Delhi, es justo lo que necesitaba.

—Es lo menos que puedo hacer para darte las gracias por devolverme a mi amor —dijo él, y saludó a Ameera, que estaba danzando con elegancia en un rincón, con Flic. Llevaba una falda larga y la tela estaba llena de manchas de colores—. Te estamos muy agradecidos, Georgia —me dijo y, rápidamente, miró a su alrededor para comprobar que nadie lo hubiera oído—. Quiero decir, Louise —añadió, en voz más alta.

—Yo no he hecho nada —respondí, ruborizándome.

—¡Bueno, menos charla y más baile, señorita Green!—exclamó Nihal. Riéndose, me tomó de la mano y me llevó con Ameera y con él.

Cuando el pinchadiscos puso una versión de *Shake It Off* remezclada con el ritmo *bhangra*, todo el mundo explotó. Si la fiesta hubiera tenido un techo, se habría caído. Fue uno de esos momentos en los que yo necesitaba tomarme un minuto para asimilarlo todo. Estaba sudorosa, llena de pintura, bailando como si no me viera nadie en mitad de una selva durante el festival de Holi, en un tour que había organizado mi propia empresa. Caramba.

—Voy a buscar los baños —le grité a Ameera para hacerme oír. Ella asintió.

Me alejé de la pista de baile y caminé entre los árboles. Junto a los baños, habían dispuesto una zona de relax bajo un cenador cubierto de enredadera, y allí había varios mochileros sentados en enormes pufs, fumando pipas de *shisha* y brindando con sus botellines de cerveza, como si no estuvieran a pocos metros de la fiesta india de la luna llena.

—¡Feliz Holi! —me dijo una chica con un corte de pelo al estilo *pixie*, mientras yo me lavaba las manos.

Yo me sobresalté. Era exactamente igual que Shelley; podría haber sido su hermana gemela, con sus pecas y sus ojos verdes. Frunció el ceño al ver que me quedaba mirándola, seguramente, de un modo extraño. Al ver a aquella doble de Shelley, recordé que había sobrevivido a aquel viaje sin mi amiga. Toda la ansiedad que tenía en el aeropuerto de Mánchester había desaparecido. Todo había salido bien.

—Eh... ¡Sí, lo siento! ¡Feliz Holi! —dije, con una sonrisa. La chica asintió y salió rápidamente.

Yo salí también, y recorrí el camino en busca de los otros, evitando a tres chicos indios que iban tambaleándose.

—Eh, chicos, ¿a alguien le apetece beber algo? —pregunté, mientras me acercaba bailando a Ollie, Bex y Liz, que estaban alrededor de Chris, mirando su teléfono móvil.

Todos me ignoraron.

—¿Chicos? —pregunté, en voz más alta.

Ellos me miraron con una mezcla de disgusto, irritación y tristeza.

—¿Qué pasa?

Miré la pantalla del móvil de Chris y me sentí como si alguien me hubiera echado hielo por dentro de la camiseta. Todo lo que yo había estado intentando ocultar estaba allí, delante de mis ojos.

## Capítulo 28

*Verosimilitud (n.): Apariencia o parecido a la verdad; probabilidad.*

En el centro de la pantalla del móvil había un vídeo corto en el que aparecíamos Ben y yo en la agencia. Él me había animado para hacerlo porque podíamos usarlo en la publicidad, aunque yo detestaba la cámara. Me parecía que mi voz sonaba masculina, que tenía unas ojeras prominentes y que debería haber ido a la peluquería antes de filmarlo.

Dios, estaba muy diferente.

Solo habían pasado unas semanas desde que habíamos grabado aquel vídeo y, al ver mis ojos cansados, mi pelo lacio y mi voz agotada, no me reconocí. Aunque, al oír mi risa tonta y el *jingle* que había compuesto algún amigo de Ben, mi aspecto era lo que menos me preocupaba.

—¿Dónde has encontrado eso? —le pregunté a Chris.

—Bueno, Georgia Green: mochilera con el corazón roto y, también, mujer empresaria y fundadora de todo el grupo turístico —dijo Chris, y los demás me miraron con la boca abierta, a la espera de que yo dijera algo.

—¿Eres tú de verdad, Louise? —preguntó Liz, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Tú eres la jefa de la empresa? ¿No eres una mochilera como nosotros?

Me sentí fatal. No tenía palabras, así que asentí. Ojalá Chris apagara ya su móvil. Se habían acercado los demás miembros del grupo para ver qué ocurría, y miraban por encima del hombro de Chris a la pantalla. Después, alzaban la cabeza y me observaban con desconcierto. Parecía que Chris estaba feliz de ser, por fin, el centro de atención. Se notaba el poder que estaba absorbiendo su ego, y yo tuve ganas de vomitar.

—¿Louise? ¿Eres Georgia? —balbuceó Bex. Por una vez, parecía que ella tampoco tenía palabras.

—¿Nos has mentado? —preguntó Ollie, que estaba a pocos centímetros de mí, con el cuerpo tenso como si quisiera darme un puñetazo.

Yo asentí una vez más.



—No puedo creerlo. Pensaba que eras una más —dijo, con furia. Me di cuenta de que tenía el brazo sobre los hombros de Liz.

—¡Y lo soy! —exclamé, en un tono suplicante.

Los únicos que faltaban en aquel golpe de Estado eran Nihal y Ameera. Los busqué desesperadamente con la mirada, porque sabía que ellos me defenderían. Sin embargo, no pude encontrarlos en aquel mar de caras pintadas.

—Sí, sí, claro. Entonces, esto no ha sido un experimento de la jefa, que ha venido de incógnito para ver cómo puede mejorar las ventas, o algo por el estilo —me espetó Ollie.

Yo no sabía que podía llegar a enfadarse tanto. Bex cabeceó con decepción mientras se alejaba.

—¡Bex, espera! ¡Ollie, escucha! Estáis haciendo que parezca peor de lo que es. Yo he organizado el tour, y soy la dueña de la agencia, pero tuve un fracaso amoroso, y sé lo mucho que duele. Y también sé que puede mejorar.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Y esperas que te crea, cuando has venido a espiarnos antes de volver a tu mansión y utilizar nuestras historias para vender más viajes? Has conseguido que confiáramos en ti, pero no porque te importemos, sino porque querías aumentar la caja. No me puedo creer que nos hayas mentado, Louise... O Georgia, ¡o como te llames! Yo confié en ti —dijo. Le temblaba toda la cara y tenía la voz quebrada.

—¡Ojalá tuviera una mansión! —exclamé yo, con ironía. Entonces, me di cuenta de que eso no era lo importante, y suavicé el tono de voz—. Ollie, por favor. Sí he dicho unas cuantas mentiras. Es verdad que yo soy la dueña de la agencia, pero también sufrí un desengaño. No he venido al viaje para espiaros. Solo fue porque pensaba que Nihal estaba pasando una mala temporada, y lo dejé todo en casa, en mi diminuto piso, para asegurarme de que todos pudierais tener la experiencia que os merecíais en la India —le expliqué. Me había puesto a llorar sin poder evitarlo.

—Bueno, pues te has asegurado de que sea inolvidable, desde luego —dijo él, secamente.

—Lo sé, y lo siento muchísimo. No tenía que ser así. Lo único que quería era ayudaros a que superarais vuestras rupturas. Todos vosotros —dije, y miré a mi alrededor en busca de una cara amigable, comprensiva.

—Sí, sí. Si fueras tan experta en relaciones amorosas, sabrías lo difícil que

es volver a confiar —dijo, y se alejó de mí llevándose a Liz.

—¡Ollie, por favor, espera! —le rogué. Me giré para hablar con los demás, pero también se habían alejado.

Chris y yo estábamos cara a cara.

—¡No tenías por qué hacer eso! —le dije.

—Yo no he hecho nada —respondió él, y se puso la mano en el pecho con petulancia. Cabrón—. Pensé que los demás tenían derecho a saber que están siendo objeto de un experimento.

Apreté los dientes.

—No era un experimento.

Chris suspiró y, por fin, apagó el maldito teléfono. Asintió, como si estuviera escuchando a una niña que explicaba sus teorías de la vida.

—Umm... De acuerdo, señorita Green, es decir, jefa. Por favor, ¿me disculpas?

Se alejó también, dejándome sola, humillada y disgustada en la pista de baile.

Huí de la fiesta, tomé un *tuk tuk* y volví a la cabaña yo sola. Me fui a dar un largo paseo por la playa vacía. Pateé la arena con los pies, tiré los guijarros que encontré a las olas oscuras y vi sus ondulaciones iluminadas por las estrellas que brillaban en la oscuridad del cielo. Tuve que contenerme para no saltar al agua y alejarme nadando. Lo había echado todo a perder. Nunca debería haber ido allí. Aquella gente había confiado en mí, se había abierto a mí, y esperaba que yo fuera como ellos, no un fraude, una farsa, una patética empresaria que acababa de quemarse a sí misma tratando de que El Club de Viajes para Corazones Solitarios fuera un éxito.

Sin embargo, las cosas habían ido bien. Los dos últimos días habían sido los más felices para mí desde hacía mucho tiempo, probablemente, desde el último viaje a Tailandia, cuando estaba con el grupo original de los Corazones Solitarios y Ben y Jimmy. Habíamos pasado tantas noches en una playa aislada y perfecta como aquella de Goa, disfrutando, arreglando el mundo y dejando volar linternas chinas encendidas con deseos escritos a mano. Pues, bien, ninguno de esos deseos se había hecho realidad. Cerré los ojos y exhalé un profundo suspiro. Marie no me hablaba, Ben se las estaba arreglando perfectamente sin mí y los viajeros de aquel tour, algunos de los cuales se habían hecho amigos míos, querían que me fuera a la mierda. Al ver la mujer que aparecía en aquel corto vídeo, no era de extrañar que Ben no

mostrara el menor interés en mí.

Estaba hecha un desastre. Era un desastre, y seguía siéndolo. Y yo no tenía la menor idea de cómo iba a arreglarlo.

## Capítulo 29

*Huir (v.): Escapar de un peligro o una persecución.*

Nihal había organizado una visita de grupo a un refugio de animales que cuidaba de los muchos perros abandonados que había por todas partes, seguida de la visita a una plantación de especias. Yo todavía estaba bajo la sábana; no quería salir de mi propio refugio. Había ignorado a Chris mientras él se levantaba y se arreglaba, una hora antes. Me tapé los oídos mientras silbaba en la ducha, aunque, después, no pude quitarme de la cabeza la puñetera melodía de *La guerra de las galaxias*.

Casi no había pegado ojo. No entendía por qué Chris me había hecho algo así. Bueno, era lógico, si había encontrado aquel vídeo, pero podía haberme preguntado de qué se trataba, en vez de poner a todo el mundo contra mí. Oh, Dios, me imaginaba las críticas que iba a tener aquel viaje.

—Buenos días, jefa —dijo Chris, con una sonrisita maliciosa—. ¿Hoy no vas a levantarte para cotillear sobre nosotros un poco más?

—¿Sabes? No tenías por qué hacer eso, Chris —dije yo, apretando los puños. No iba a permitir que aquel hombre tan raro y arrogante me ganara. Tenía demasiado que perder.

—¿Hacer qué? ¿Decir la verdad? —preguntó él, y se rio amargamente, enseñando todos los empastes—. Esta gente confiaba en ti, Georgia. Te contaron sus intimidades, y tú los estabas engañando.

Yo negué con la cabeza. Tenía un sentimiento de ira y de culpabilidad.

—Está bien, puede que parezca eso, pero te juro que no era mi plan.

Él alzó la nariz y suspiró.

—Lo que tú digas. Bueno, jefa, si me disculpas, me voy con los demás. Tú puedes quedarte aquí escribiendo tus notas para aumentar las ventas, si quieres. Entiendo que no vas a venir —dijo.

Se dio la vuelta y se puso a preparar su mochila para aquel día. De repente, me pregunté si me haría daño en los nudillos dándole un buen empujón. Pero, como era la jefa, decidí que no era lo más adecuado.

—Os alcanzaré más tarde —murmuré, y me di la vuelta hasta que oí que la puerta se cerraba.

¿Qué podía hacer? Sabía que debería haberme levantado y haber ido a las excursiones con mi mejor sonrisa, como si no hubiera pasado nada. Tenía que dejar de lloriquear. Sí, lo había fastidiado todo, sí, tenía que recuperar la diversión en mi vida y encontrar el equilibrio con el trabajo y, sí, tenía que comprarme una bolsa para el contorno de ojos, pero, además, había fundado una empresa y estaba manteniéndola, en un momento en el que ocho de cada diez negocios no cumplían el primer año de vida.

Por otro lado, era cierto que las cosas con Ben no iban como yo quería, pero eso era porque me había convertido en una aburrida que solo podía pensar en el trabajo, como aquellas madres que no dejaban de alardear en Facebook de todo lo que hacía su bebé recién nacido. Marie se reconciliaría conmigo si la trataba como a una amiga, y no como a alguien que siempre iba a estar allí, en un segundo plano. Sabía que tenía que organizar una reunión para explicarle a todo el mundo lo que había ocurrido, con ayuda de Nihal y Ameera. Era sencillo.

Lo cierto era que no podía hacerlo. Para empezar, yo era un desastre de la actuación; era Marie la que tenía talento para eso. Para continuar, todavía me sentía muy culpable por no haber dicho la verdad. Veía la cara de indignación de Ollie, el labio tembloroso de Liz y a Bex marchándose con un gran disgusto.

No podía quedarme dormida de nuevo, así que tomé una decisión.

No iba a reunirme con los demás. Iba a marcharme de allí. No podía enfrentarme a ellos. No sabría por dónde empezar, ni qué decir, así que lo mejor era que me marchara a casa y me preparara para las terribles críticas que iba a recibir.

Por suerte, conseguí conectarme a la *wifi* desde mi cabaña y, rápidamente, reservé el próximo vuelo a Mánchester. Salía al día siguiente, a la hora de comer. Suspiré de alivio. Después, reservé una habitación en un hotel barato que estaba junto al aeropuerto, donde me alojaría aquella noche. Iba a dejarle al grupo una carta explicándoles lo mucho que lo sentía, y que era mejor que terminaran el tour sin mí.

Volví a la cama y me presioné las sienes con los dedos. Marcharme de allí era lo mejor que podía hacer. Había terminado mi labor, había reorganizado el tour, y estaba segura de que, una vez que terminara el viaje de aquel grupo,

las críticas de los siguientes serían muy buenas, como al principio. Además, había conseguido emparejar de nuevo a Nihal y a Ameera, además de a Ollie y a Liz. Con un suspiro, aparté la sábana y apagué el aire acondicionado. Chris lo había tenido puesto toda la noche, y a mí se me había congelado la nariz. La habitación quedó de nuevo en silencio, y oí el ruido de las olas y el canto de los pájaros. Empecé a hacer el equipaje, mirando con tristeza la ropa que me había puesto para el Holi, toda manchada de pintura. Aunque aquella fiesta fuera la de los nuevos comienzos, estaba claro que el pasado todavía no había terminado conmigo.

Cuando acabé, hice la cama y me colgué la mochila de los hombros. Decidí no dejarle ninguna nota a Chris y salí. Tuve que pestañear por el intenso brillo de la luz. Suspiré, e incliné la cara hacia el sol. Iba a echar de menos aquella sensación. Tal vez debería comprarme una lámpara solar, o pintar la agencia de amarillo, para conseguir el mismo efecto.

—¡Louise!

Alguien me llamaba. Me giré y me puse la mano sobre las cejas para ver quién era. Creía que se habían marchado todos, y no quería que nadie me gritara otra vez.

—¡Louise!

No vi a nadie en la playa, y me di cuenta de que la voz salía de la cabaña de Ameera y Nihal, a mi derecha.

—Ah, hola —dije yo.

Ameera estaba sentada en la terraza, descalza, con un vestido playero de color rosa y el pelo recogido en una trenza. Ella estaba mucho más alegre que yo.

—¿Estás bien? Ven a tomarte un té conmigo —me dijo.

Bueno, bien. Primero, un té y, después, ya encontraría un *tuk tuk* que me llevara al hotel del aeropuerto. Caminé rápidamente por la arena, que me quemaba los pies, a pesar de que llevaba unas chanclas.

—Eh, ¿cómo es que no has ido al refugio de animales? —le pregunté mientras subía los peldaños de madera de su terraza.

—Bueno, necesitaba estar alejada de Nihal un rato.

A mí se me encogió el estómago.

—¿Ha ocurrido algo?

Ella se echó a reír.

—¡No! No te preocupes. Ven, siéntate.

Sacó una tetera y un par de tazas de la cabaña y sirvió la infusión. El aroma me llegó a la nariz.

—Es el cumpleaños de Nihal, así que necesitaba terminar su regalo —dijo, y señaló una tela que había sobre la mesa.

—¿Es su cumpleaños?

—Sí, y le estoy haciendo una cosa, porque no he podido ir a comprarle nada durante el viaje. Bueno, ¿te lo pasaste bien anoche? ¿Cómo es que no te has ido con el grupo esta mañana? —me preguntó, moviendo una pequeña aguja y sacando la punta de la lengua por una de las comisuras de los labios.

—¿No te has enterado?

—¿Enterarme de qué? —me preguntó.

—De que todo el mundo me odia —dije, y tomé un sorbito de té caliente.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

—Anoche, todos los del grupo se enteraron de que no me llamo Louise y no soy una peluquera de Mánchester. Soy Georgia Green, consejera delegada de El Club de Viajes para Corazones Solitarios —le dije. Soplé un poco, para enfriar el té. Ella se estremeció—. Y, ahora, todos me odian porque creen que les he mentado, que he hecho un experimento con ellos para mejorar el negocio y aumentar las ventas.

—Ah.

—Sí.

Ameera no dijo nada. Solo asintió, y siguió con su punto de cruz. Me quedé mirando al mar. Normalmente, había olas constantemente y el agua marrón verdosa del mar de Arabia se movía sin parar, pero, aquel día, solo había unas olitas que rompían suavemente en la orilla. De repente, tuve ganas de ponerme el bikini y darme un buen baño.

—No entiendo por qué no les dijiste la verdad desde el principio —dijo ella, en voz baja, sin mirarme.

—¿Cómo iba a decírselo? Hola, hola. Bienvenidos a la India. Soy la dueña de la empresa. Por favor, contadme todos vuestros sórdidos secretos —dije, y me pasé una mano por la cara—. Entiendo por qué están enfadados conmigo. Yo también lo estaría.

—Puede que los estés subestimando. Esta gente lo ha pasado mal, seguramente, porque la gente a la que querían les ha mentado. Quieren que la gente sea sincera con ellos, y se habrían adaptado a eso —dijo Ameera, y me miró a los ojos—. Pero, de todos modos, lo de construirte ese personaje no

era solo por ellos, ¿verdad? —me preguntó. Yo estuve a punto de derramar el té.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, Nihal me hablaba de ti. Me contaba que recibía correos electrónicos urgentes, llamadas telefónicas nocturnas, en las que tú le preguntabas llena de estrés cómo iban las cosas, y que necesitabas que te explicara en qué invertía cada minuto de su tiempo, para poder integrarlo en algún grandioso plan de negocios —dijo ella, y yo me encogí. Sí, esa era yo —. Para ser sincera, Georgia, me había hecho a la idea de que eras una bruja adicta al trabajo y sedienta de poder —prosiguió ella, encogiéndose de hombros.

—Vaya, muchas gracias —murmuré yo.

Ella se echó a reír y me dio una palmadita en la mano.

—Pero, al conocerte, me di cuenta de que estabas desesperada por que este tour saliera bien, de que te estabas esforzando para que Nihal y yo volviéramos a estar juntos. Entonces, entendí que no querías controlarlo todo para cumplir tus objetivos de ventas, sino porque no querías que tu empresa fracasara —dijo.

Yo asentí. Quería que ella continuara.

—Cuando llegamos aquí y tú pudiste relajarte, empezaste a ser otra persona. Todo el mundo se dio cuenta. Te reías más y te dejabas llevar.

—¡Porque la India me obligó a ser así! —exclamé.

—Sí. La India le hace eso a la gente. Es una bestia compleja y maravillosa que ni siquiera pueden domesticar los hombres más fuertes. Pero también te da lo que necesitas cuando lo necesitas, aunque no te des cuenta. Estás haciendo un buen trabajo. Tu empresa va a prosperar, pero tienes que liberarte de la necesidad de controlarlo todo y confiar en que los demás te van a apoyar.

Pensé en Ben, que siempre me estaba diciendo que confiara en él, que trabajáramos como equipo, y que él estaba allí para apoyarme, si se lo permitía. Ameera tenía razón. Yo había estado intentando controlar hasta el último detalle de la agencia para que la empresa no fracasara. Porque aquel era el único trabajo en el que había dado el cien por cien de mí, porque quería que mis padres se sintieran orgullosos, porque quería tener algo de lo que yo también me sintiera orgullosa.

—Supongo que sí.



—Puedes ser Louise y puedes ser Georgia. Solo tienes que encontrar el equilibrio entre las dos —dijo ella, sonriendo—. Ahora, sírvenme otra taza, por favor. Me muero de sed.

Yo le serví la taza de té, y pensé en lo que me había dicho. Tenía que volver a ser la Georgia divertida.

—Bueno, ¿crees que le gustará? —me preguntó, enseñándome la tela. Era de color melocotón, y Ameera había bordado en ella diferentes escenas. Era increíble.

Un corazón de seda roja ocupaba el centro de la composición, con la leyenda *Estás en mi corazón* bordada en la parte inferior. A su alrededor estaba el Taj Mahal, hecho con encaje blanco. Un pedazo de satén dorado sobresalía de una parte de color verde azulado. Ameera había conseguido representar el color exacto del mar. También había bordado un pequeño tren en una esquina, y había rematado los bordes de la tela con pinceladas de colores. Había creado El Club de Viajes para Corazones Solitarios.

—Esto es por el festival de Holi, y esto es por el rodaje de la playa de Bombay —dijo, con una sonrisa, explicándome su obra maestra.

—¡Vaya, Ameera! ¡Le va a encantar! —dije, con una sonrisa.

—Es bonito, ¿verdad? —me preguntó. Debía de haber tardado muchas horas en hacerlo.

—Exactamente como el tour que yo me había imaginado.

—Pues toma. Es para ti —dijo, y me lo puso en las manos.

—¿Qué? ¡No! Es el regalo de cumpleaños de Nihal —protesté yo.

—Eh... bueno, eso me lo he inventado —dijo ella, y sonrió tímidamente—. Su cumpleaños fue hace tres meses.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—Ya sabía lo que pasó anoche. La gente solo hablaba de eso. Vine a buscarte, pero te habías metido en tu cabaña. También sabía cómo debías de sentirte, y que, seguramente, no querrías ver a nadie. Que, seguramente, estabas a punto de volver a casa sin despedirte de nadie.

Señaló con un gesto de la cabeza la mochila que yo tenía a mis pies. Yo me quedé mirándola fijamente.

—Así que decidí tomarme la mañana libre y dejar que Nihal se hiciera cargo del grupo, para poder hablar contigo a solas. Empecé a hacerte este regalo después de Bombay, pero no sabía cuándo iba a terminarlo para poder dártelo. También quería decirte lo mucho que siento haber escrito aquel *post*

en el blog de viajes —dijo, mirando con una expresión de culpabilidad al suelo—. No sabía que pudiera hacer tanto daño —añadió, y me puso la tela bordada en las manos—. Tú has creado esto, Georgia. Nihal y yo estamos juntos otra vez, Liz y Ollie están felices, Bex ha encontrado la fuerza necesaria para ser sincera consigo misma y todo el mundo está curándose de las heridas del pasado, y todo porque tú has creado este tour. Pero tú también has estado en este viaje.

—Eh... —murmuré. Me había quedado sin palabras. Sus enormes ojos, llenos de afecto, me daban ganas de llorar.

—Por favor, no te marches sin despedirte. Tienes que marcharte orgullosa de lo que has hecho, no huir con el rabo entre las piernas.

Era muy astuta. Yo asentí y tomé su regalo. Nunca me había sentido tan emocionada ni tan abrumada con una obra de artesanía.

—Está bien.

—Gracias. Bueno, ¿para cuándo has reservado el vuelo?

—Para mañana a la hora de comer.

Ella asintió.

—Pues hay tiempo de sobra para arreglar las cosas. ¿Te apetece que nos demos un baño? —me preguntó. Asentí y, con una sonrisa, la abracé.

El agua estaba más fría de lo que me imaginaba. En Tailandia, el mar era de un azul penetrante y estaba más caliente que la del baño de casa. Allí, las olas te golpeaban los muslos y te forzaban a dar saltitos y a nadar para entrar en calor. El agua se movía rápidamente y tenía fuerza, y eso era justo lo que yo necesitaba para ponerme en marcha. Ameera era una buenísima nadadora, y se abría paso entre las olas con brazadas fuertes, nadando al estilo mariposa. Yo solo sabía nadar a braza, y sacaba la cabeza del agua como si fuera una abuelita que no quería mojarse el peinado.

—¡Si llegamos hasta allí, podremos descansar en las rocas! —gritó Ameera, delante de mí, señalando una cala hundida en el agua y azotada por las olas.

«Sí, parece un sitio fantástico para descansar», pensé yo con sarcasmo.

—¡No sé si voy a poder llegar! —le dije, mientras seguía nadando torpemente. Me parecía que estaba muy lejos, y la playa estaba mucho más cerca. ¿Por qué no podíamos volver a tomar el sol?

—¡Vamos, Georgia! Sí que puedes. Louise sí lo haría —dijo. Se rio y aumentó la velocidad, dirigiéndose hacia las rocas.

Yo respiré profundamente y seguí avanzando, tosiendo para expulsar el agua salada que me golpeaba en la cara. Ella estaba mucho más lejos, y la playa quedaba atrás, en la distancia.

De repente, noté un dolor horrible en la pierna derecha.

—¡Aaah! —grité. Sin embargo, Ameera estaba demasiado lejos como para oírme.

Estiré al máximo el cuello para divisar alguna aleta entre las olas. ¿Había tiburones en la India? Pensé que iba a ver una nube roja de sangre en el agua, a mi alrededor, pero no había nada. Sin embargo, seguí sintiendo aquel dolor, y me toqué la pierna. No noté que se me hundieran los dedos en ninguna herida abierta. Así pues, no era el ataque de un tiburón, sino un calambre debido al esfuerzo. Me dolía tanto que tenía que tomar una decisión: volver a la playa o continuar.

Ameera ya casi había llegado a las rocas. Yo no hacía pie, ni siquiera veía el fondo. ¿Qué estaba haciendo? Detestaba estar tan alejada de la playa. En Tailandia estuve a punto de morir en una inmersión de una escuela de buceo y, allí, me estaba arriesgando otra vez, voluntariamente.

«Vamos, puedes hacerlo. ¡Puedes hacer cualquier cosa! No hagas caso del calambre y continúa. No te rindas. No seas una fracasada».

Chapoteé, gemí, apreté los dientes y seguí nadando, poniendo un brazo cansado delante del otro, moviendo las piernas agotadas para impulsarme hacia delante. Yo creía que íbamos a darnos un baño tranquilo, no a hacer un maratón en el mar. ¿Existían los maratones en el mar? Bueno, ahora ya, sí.

—¡Vamos! ¡Casi has llegado! —me animó Ameera, mientras salía de las olas enormes y subía por unas rocas, sin esfuerzo—. ¡Puedes hacerlo!

«Sigue nadando, sigue nadando», decía en mi cabeza el pez azul de *Buscando a Nemo*. No me parecía que estuviera más cerca de las rocas. Estaba a punto de pedirle a Ameera que me ayudara a salir del agua, cuando ella empezó a saltar.

—¡Tiburón! —gritó, señalando a algún sitio a mi espalda—. ¡Vamos, date prisa!

¡Mierda! Hice todo lo que pude, nadé como si me fuera la vida en ello, cosa que, aparentemente, era cierta. Llegué a las rocas y empecé a subir, arañándome las manos y los pies con los bordes ásperos, con tan de salir de aquellas aguas infestadas de tiburones.

—¿Dónde? ¿Dónde está? —pregunté, mientras miraba ansiosamente el

agua en busca de la aleta dorsal del escualo. Estaba a punto de desmayarme. El corazón me latía desbocadamente y las pulsaciones vibraban con fuerza en mis sienes.

—¡Ja, ja, ja!

Ameera se dobló hacia delante de la risa.

—No hay tiburones. Solo quería que nadaras más para que llegaras hasta aquí.

Yo tuve ganas de matarla.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! Pero, mira, ¡lo has conseguido!

Le di un rugido, porque no le veía la gracia a su broma, y miré el agua que no estaba infestada de tiburones. La playa era una pequeña mancha de arena dorada, y nuestras cabañas no eran más que pequeños puntos marrones.

—¡Oh, Dios mío! Odio el mar, pero lo he conseguido.

Ameera me chocó los cinco, y dijo:

—¡Claro que sí! Ahora, vamos a comer algo. Me muero de hambre.

La miré como si se hubiera vuelto loca.

—¿Comer? ¿Vamos a pescar, o qué?

Ameera se echó a reír otra vez.

—¿Crees que te he hecho venir nadando hasta aquí para tener que volver nadando otra vez?

Pues, sí, eso era exactamente lo que pensaba.

—Hay un café escondido entre los árboles, que solo conoce la gente de aquí. Tenemos una mesa reservada.

—Pero... si no tenemos dinero. ¡Vamos en biquini!

—Pfff... ¡No te preocupes! Vamos, todo el mundo está esperando.

Entonces, se puso a botar sobre las rocas como si fuera Lara Croft, y echó a caminar entre los árboles.

Yo tragué saliva. «¿Todo el mundo?».

## Capítulo 30

*Confrontar (v.): Enfrentarse con hostilidad o desafío. Oponerse.*

Apreté el ritmo para alcanzarla. Me ardían los muslos y tenía los brazos de plomo; aquellas eran mis heridas de la victoria. Aparté hojas de palmera y pisé un musgo suave y esponjoso. Entonces, vi que había unas cuantas mesas agrupadas alrededor de una cabaña de hierro. Olía a barbacoa. De repente, oí unos aplausos. Todo el mundo estaba allí, sentados a una mesa larga escondida, en parte, entre los arbustos, aplaudiendo mientras Ameera y yo íbamos hacia ellos. ¿Qué estaba pasando?

—¡Lo has conseguido! —exclamó Nihal. Se puso en pie, le dio un beso a Ameera y me estrechó la mano.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Todavía estaba intentando recuperar el aliento, y me sentí muy desnuda allí en medio, en biquini. Ollie debió de leerme el pensamiento, porque me dio una toalla seca y cálida. Yo la tomé con agradecimiento y me envolví en ella, sin dejar de mirar a Ollie nerviosamente por si empezaba a gritarme otra vez.

Él sonrió suavemente.

—Buena entrada. Todos te estábamos mirando, e incluso hemos hecho apuestas sobre si lo conseguías o no.

Rápidamente, miró a Chris que, de repente, parecía muy interesado en el salero y el pimentero.

Yo me mordí el labio inferior al verme ante aquel grupo de personas que, la noche anterior, me odiaban. Miré a Ameera, que sonreía inocentemente.

—Gracias. Ni siquiera sabía si iba a poder llegar a la orilla —dije. Me senté en la única silla que quedaba libre, en la cabecera de la mesa, y carraspeé. Tenía que arreglar las cosas con ellos—. Por favor, escuchadme. Siento mucho no haberos dicho la verdad desde el principio. No quería haceros daño.

Miré a Liz. Ollie y ella estaban tomados de la mano, y ella me devolvió la mirada y asintió para animarme a que continuara.

—Mañana vuelvo a casa, pero no podía marcharme sin despedirme y daros las gracias. A todos, porque me habéis demostrado lo perdida que estaba sin que yo lo supiera.

—¿Te marchas? —preguntó Bex, y se quedó boquiabierta.

Yo asentí.

—¿Por nosotros? —preguntó Ollie, mordiéndose el pulgar.

—No. Porque ya es hora... de que me marche. No iba a quedarme tanto y, como sabéis, tengo una empresa que he dejado desatendida —dije, y algunos se rieron un poco—. Sé que vais a estar muy bien. Nihal y Ameera tienen el resto del viaje perfectamente controlado —dije, con seguridad.

Era cierto. Si Nihal era capaz de manejar a aquel grupo, y Ameera podía engañarme para que yo admitiera mis verdaderos sentimientos, entonces El Club de Viajes para Corazones Solitarios estaba en buenas manos.

—Te vamos a echar de menos, Louise... Quiero decir, Georgia —dijo Liz. Los demás asintieron.

Ameera sonrió, y Flic pestañeó para contener las lágrimas, fingiendo que acababa de comerse un chilli muy fuerte que había en su curry. El único que siguió mirándome fijamente fue Chris. Parecía que él no quería dejar aquel tema, como si estuviera desesperado por entender si había algo más, algo que no estábamos contando.

—Sin ti no va a ser lo mismo —dijo Bex, y alzó su copa.

Todo el mundo brindó a la vez. La luz del sol, que se filtraba entre las palmeras, arrancó destellos de las botellas de cerveza Kingfisher.

—Gracias —susurré yo, y tragué saliva, porque se me había formado un nudo de emoción en la garganta.

—Bueno, bueno, ya está bien —dijo Bex—. ¿Es que nadie va a decir nada de que Flic esté comiendo carne?

Todos miramos a la muchacha, que estaba mordisqueando un muslo de pollo a la parrilla. Parecía que estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la boca llena.

—Eh... ¿ya se te ha olvidado todo el discurso que nos echaste sobre la industria alimentaria, y sobre que el gobierno controla todo lo que comemos, y que todo lo que tú te metes en la boca es puro? —le preguntó Ollie.

—Al contrario de lo que sale por ella —dijo Bex, refunfuñando en voz baja.

Flic se limpió los dedos grasientos en una servilleta de papel. Ignoró a Bex.

Parecía que estaba ganando tiempo para poder inventarse alguna teoría hippy para justificarse. Sin embargo, tomó un largo sorbo de agua mineral y se echó a reír.

—¡Cuánto he echado de menos la carne! Que le den a la moralidad, porque está buenísima.

Todos nos echamos a reír con ganas, mientras ella llamaba al camarero para pedir algo más.

Bex le puso un brazo regordete y rosado por los hombros, y la abrazó contra su costado.

—Ya solo tienes que quitarte las rastas, y podemos ser amigas.

—Hablando de amigas —dije yo, en voz baja, y le susurré a Bex—: Tienes que hacer algo con Stefan. No puedo marcharme sin saber que alguno de los dos habéis tenido el valor de dar el primer paso.

A Bex se le borró la sonrisa de los labios, y se quedó callada. Miró furtivamente al alemán, que estaba manteniendo una animada conversación con Chris.

—En realidad, me ha pedido que salgamos juntos...

—¿Lo ves? ¡Te dije que le gustabas!

—Sí, pero, Louise... Georgia, es que yo nunca he tenido una cita —admitió, y chupó la pajita de su Coca-cola ruidosamente. Después, intentó contener un eructo.

Ah.

—Bueno, creo que no deberías hacer eso —dijo Flic.

—¿Lo ves? Soy tan burra... No sé cómo comportarme, solo sé ser como soy —se quejó, y miró a su alrededor para ver si Stefan lo había oído.

Era desgarrador ver cómo aquella mujer que, normalmente, demostraba seguridad, se convertía de repente en una adolescente perdida y paralizada. Intentar gustarle a alguien que te gustaba podía convertir incluso a la persona más atrevida y segura de sí misma en un mar de dudas, en un ser neurótico que tenía que analizarlo todo. Las horas que yo había pasado presa del pánico, preguntándome si mis mensajes para Ben estaban llenos de bromas ingeniosas y de coquetería, o si me había tapado bien las manchas de la piel con el maquillaje... Era agotador. En aquel momento, me di cuenta de que tenía que creer que era lo suficientemente buena tal y como era, y de que, si Ben estaba buscando a alguien como Serena, entonces estaba mejor con ella, ya que yo no podía cambiar para ser alguien distinto. Y me sentía muy bien

con mi decisión.

—Exactamente —dije, con firmeza.

—¿Qué?

—Nunca deberías cambiarte a ti misma para hacer feliz a los demás. Es obvio que tú le has gustado tal y como eres, así que no lo pienses más. Si algo te sale con naturalidad, dilo o hazlo.

Bex enarcó una ceja y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—¡Caramba! Eso es mucho más fácil. ¡Dios, cuánto te voy a echar de menos! —exclamó. Me abrazó, y me susurró al oído—: Gracias por estar aquí, gracias por fundar esta empresa y por hacer que sienta que me va a ir bien.

Yo me aparté y me enjuagué los ojos empañados.

—Sé que te va a ir bien.

—Bueno, que alguien me pase un poco de pollo. Me muero de hambre —dijo. Me guiñó un ojo y llamó a los demás. Pronto, todos estábamos comiendo pan *naan*, *paratha* rellena y curry de pescado a la brasa sobre enormes hojas de palmera, con algunas raciones de pollo a la parrilla. La última comida fue algo celestial.

Después de las despedidas, de intercambiar nuestras direcciones y teléfonos, y de abrazarnos, tomé un *tuk tuk* y me marché al aeropuerto. Me hundí en el asiento y miré por la ventanilla para ver pasar la selva exuberante. Había conocido la India. Había sobrevivido a una intoxicación alimentaria, me había tirado un pedo durante una silenciosa clase de yoga, había sido una estrella durante un rodaje de una película de Bollywood y, ahora, tenía que volver a casa y enfrentarme a lo que me estuviera esperando. No solo al trabajo, sino, también, al hecho de ver a Ben con Serena la supermodelo. Además, tenía que hacer las paces con mi mejor amiga.

Cuando me desperté, al día siguiente, comprobé los mensajes de *wasap*, pero no tenía ninguna noticia de Ben. Intenté dejar de pensarlo, convencerme de que pronto estaría de regreso en el triste Mánchester, en nuestra agencia, y podría ver lo que había estado pasando durante mi ausencia. Había arreglado las cosas con el grupo; aunque tenía la sensación de que me miraban de manera algo distinta después de lo que había hecho, lo cual me dolía, al menos no había tenido que huir. Solo esperaba haber hecho lo suficiente



como para que las críticas no fueran completamente mordaces. Sin embargo, tenía que advertirle a Ben que quizá no consiguiéramos las cinco estrellas.

Después de pasar por seguridad, entré en una pequeña cafetería y pedí mi última taza de *chai* y finalmente, conseguí conectarme a la *wifi*. Les envié un mensaje a Shelley y a mis padres para decirles que iba a volver antes de lo previsto. Decidí no llamar a Ben; quería ver su cara cuando entrara en la oficina. Quería mantener mi regreso en secreto para poder ver exactamente lo que estaba pasando entre Serena y él. Así sabría dónde estaba. Le di un sorbo a mi té, pero me mareé con aquellos sabores tan fuertes. Me sentí como si tuviera una oleada de canela y azafrán quemándome el pecho. Era como el comienzo de una indigestión, pero peor.

Una voz metálica anunció por los altavoces que los pasajeros del vuelo 10KV a Mánchester debían embarcar por la puerta tres. Con un suspiro, dejé mi té a medias y me puse a la cola de embarque. Mientras esperaba, muerta de calor, abanicándome la cara con el pasaporte y rodeada de turistas curtidos y hombres de negocios elegantemente vestidos, tuve de repente una angustiada sensación de miedo, porque no sabía lo que me iba a encontrar cuando volviera.

## Capítulo 31

*Descolocar (v.): Confundir, desconcertar. Disgustar. Frustrar.*

—¡Hola! Dios, cuánto me alegro de haber vuelto —dije, cuando entré en la agencia. Dejé la chaqueta sobre mi silla. Parecía que la Barbie princesa se había hecho cargo de mi escritorio, a juzgar por la cantidad de bolígrafos rosas y de fotografías de perritos con marcos de brillantitos que había sobre él.

—¡Hola! —exclamó Kelli, y se levantó para darme un abrazo—. ¡Has vuelto antes de tiempo!

Parecía un cachorro moviendo la cola cuando su dueño llegaba a casa después de una jornada de trabajo.

—¡Me alegro de verte, Kel! —le dije, con una sonrisa—. ¿Dónde está todo el mundo? —pregunté. La agencia estaba vacía. No había ni rastro de Ben ni de la misteriosa Serena.

Kelli se encogió de hombros.

—Ni idea.

Yo tomé el teléfono móvil para llamar a Ben, pero, en aquel momento, se abrió la puerta y entraron los dos, riéndose como si fueran amigos de toda la vida. Ben se detuvo y se sobresaltó al verme.

—¿Georgia?

Se le dibujó una sonrisa genuina en los labios. Se me acercó y me dio un abrazo, y a mí se me llenó la nariz con el olor de su loción de afeitar—. ¿Qué haces aquí?

Antes de que yo pudiera responder, apareció una atractiva mujer rubia a su espalda.

—¡Ah, hola! Tú debes de ser Georgia. Estoy encantada de conocerte, por fin. Soy Serena. He oído hablar mucho de ti —dijo, canturreando, mientras dejaba una bandeja de cafés en mi escritorio. Después, me estrechó la mano.

—Sí... Disculpad. Georgia, Serena. Serena, Georgia —dijo Ben, y nos sonrió a las dos.

—Hola, yo también me alegro de conocerte —dije. Estuve a punto de toser, de lo fuerte que era su perfume.

Llevaba un vestido ajustado de color gris oscuro que se adaptaba como una segunda piel a su cuerpo tonificado y curvilíneo y unos zapatos rojos de altísimo tacón con los que yo nunca podría caminar. Parecía que le habían alisado en la peluquería el pelo resplandeciente y con mechas, y que se había blanqueado los dientes. Yo me coloqué con azoramiento la blusa de New Look que tenía desde hacía años y me arrepentí de no haberme arreglado mejor aquella mañana. Estaba agotada después del vuelo, así que me había acostado en cuanto había llegado a mi apartamento frío y silencioso. Sin querer, había apagado la alarma, así que me había quedado dormida y me había despertado con un sobresalto y sin posibilidad de planchar nada. Me había maquillado rápidamente y me había recogido el pelo graso hacia atrás, después de echarme un champú en seco para poder llegar a tiempo a la agencia. Maldito *jet lag*.

—Bueno, y ¿por qué has vuelto antes de tiempo? ¿Ha ido todo bien? —me preguntó Ben. Su sonrisa se había convertido en un gesto de preocupación.

—Sí, muy bien. Decidí volverme ya —dije, haciendo un movimiento de despreocupación con la mano—. ¿Le hago una taza de té a alguien? —pregunté, sin saber por dónde empezar, ni por qué me sentía tan incómoda—. No sería capaz de tomar otro *chai* ni aunque me pagaran.

—Ya hemos pedido todos, gracias —dijo Ben, señalando con la cabeza los vasos de café que había llevado Serena.

—Bueno, pues, entonces, té para uno —murmuré.

Entré en la cocina y puse una bolsita de té en una de las flamantes tazas que colgaban de los ganchitos. Las tazas antiguas, que no hacían juego, habían sido sustituidas por unas nuevas que tenían nuestro logotipo. No había ni una sola mancha por ninguna parte.

—Qué tazas más bonitas —dije, canturreando.

Kelli alzó la cabeza un segundo.

—Sí. Fue idea de Serena.

Asentí, aunque ella ni siquiera me estaba mirando. ¿Era así como se sentían los gatos cuando alguien orinaba en su territorio? Pensé en dejar caer la taza al suelo, por accidente, pero me arrepentí. Tenía cosas mucho más importantes que resolver... y que confesarle a Ben.

—Bueno, ¿estás libre para tener una reunión hoy y ponernos al día? —le

pregunté a Ben, que estaba concentrado en su ordenador portátil.

Él suspiró y se pasó las manos por el pelo. Se lo había cortado mientras yo estaba fuera. Le quedaba bien.

—Me parece que no. No te esperaba, así que hoy tengo el día completamente ocupado. ¿Mañana?

Tuve una sensación extraña y decepcionante en el estómago. Era lógico que tuviera que trabajar. Él no sabía que yo volvía aquel día. Yo había supuesto, tontamente, que Ben iba a dejarlo todo para salir a comer conmigo, o a tomar un café rápido, para que yo pudiera contarle mi viaje. Pensé que, tal vez, me había echado de menos.

Asentí.

—Sí, de acuerdo. ¿Qué tenías planeado? —le pregunté.

Ben ya se estaba poniendo el abrigo.

—Tengo que ir al dentista —dijo, con un gruñido, y Serena soltó una risita.

—Eh, no me eches la culpa por las tartas que te has comido —bromeó ella. Parecía que era una broma que compartían, porque yo no lo entendí. Ellos captaron mi expresión, y Serena dijo—: Tenías que haberlo visto el otro día, con la tarta *red velvet* que hice. Parecía un niño en una tienda de caramelos.

—No, fueron esos bizcochos blancos con la cobertura gruesa. Eran increíbles —dijo Kelli, y se relamió.

—Entonces, ¿haces repostería? —le pregunté yo a Serena.

—Georgia, no te puedes imaginar qué cosas hace. Te juro que he engordado seis kilos desde que empezó a trabajar con nosotros —dijo Ben, dándose unas palmaditas en el estómago plano y perfecto.

—Oh, no digas eso. Estás estupendo —respondió Serena, y le tocó el brazo, dejando una mano esbelta sobre su bíceps durante más tiempo de lo normal. Yo apreté los dientes.

Ben agitó la cabeza con alegría, y se volvió a mirarme.

—Tenemos que estar alerta —dijo—. Cualquier día nos deja para irse a un programa de repostería de la tele —añadió, riéndose.

Serena se ruborizó y se dio unas palmaditas en las mejillas.

—¡Oh, no sigas!

Yo estuve a punto de vomitar. Ni siquiera era capaz de hacer un bizcocho básico. ¿No se decía que la mejor manera de llegar al corazón de un hombre era por su estómago? Bueno, pues ella ya lo había conseguido.

—Bueno, y ¿qué más vas a hacer? —pregunté, para cambiar de tema de

conversación.

—Ah, sí. Lo siento. Después del dentista, tengo que ir a una comida de trabajo a Media City. Tardaré un rato, ya sabes lo que duran estos eventos para hacer contactos. Mañana podemos reunirnos, ¿te parece bien? —me preguntó, con una breve sonrisa.

—Claro. Buena suerte —dije yo.

—Hasta luego —dijo Serena, con una risita. Cuando Ben se marchó, se volvió hacia mí—. Bueno, y ¿qué tal en la India?

—Eh... Estupendo, todo estupendo —dije, con una sonrisa falsa.

—Ah, muy bien. Bueno, yo tengo mucho que contarte. Ben y yo hemos trabajado mucho para la Convención de Turismo.

—Ah, fabuloso —murmuré.

Quería salir corriendo a la cocina y preparar una hornada de galletas, o algo que demostrara que podía hacer mejor todo lo que hacía ella; en cambio, escuché a la alegre Serena charlando sobre el espacio de exposición y de los artículos para la promoción de nuestra marca. Era lógico que Ben quisiera que Serena estuviese allí, y no yo. ¿Quién no querría mirar su cutis perfecto, su maquillaje perfecto y sus brazos perfectamente tonificados? Con mi traje, que había comprado en una tienda benéfica y que se me arrugaba alrededor de las rodillas, y con el pelo quemado por el sol, me sentí como una leprosa a su lado.

—¿Qué te parece? —me preguntó, mirándome con expectación.

—Sí, sí, me parece estupendo —dije yo, como si hubiera prestado atención—. ¿Sabes? Voy a empezar a mirar los correos electrónicos que tengo que responder.

Me acerqué al que solía ser mi escritorio, pero Serena llegó antes que yo.

—¿No te lo ha dicho Ben? Después de que hablara contigo, cuando estabas fuera, me pasó tus correos para que yo los contestara. He instalado un sistema nuev...

—Sí, nuevo —dije yo, y asentí. Claro, por supuesto que lo había hecho.

—Sí —dijo, y se ruborizó suavemente—. Espero que no te importe, pero he sugerido unos cuantos cambios para mejorar los niveles de eficiencia —añadió. Debió de ver mi gesto de desagrado, porque dijo rápidamente—: Solo para mejorar un poco las cosas.

Asentí.

—Lo siento, ¿te parece extraño?

—No, no. Está muy bien —dije, y sonreí con tirantez—. Entonces, ¿mis correos?

—¡Sí! Bueno, he respondido a los más importantes, por supuesto, después de consultarlo con Ben. El resto los he metido en diferentes carpetas para que tú los revises —dijo, y señaló a mi ordenador. Hizo clic con el ratón y apareció una ventana brillante. Allí estaban todos mis correos, pero ordenados en carpetas de colores según su urgencia. Mierda, tenía buena pinta.

—Si tienes algún problema, avísame. Seguro que a Ben no le importará que utilice su escritorio hoy, porque va a estar fuera —dijo, y se sentó en la silla de Ben—. Aquí estoy, si me necesitas.

—Muy bien, gracias.

Me dejé caer en el asiento, pero tuve que cambiar la altura. Me incliné bajo la mesa para hacerlo, y aproveché para enjugarme rápidamente las lágrimas y respirar profundamente sin que me viera Kelli. El sistema de Serena era supereficiente. Todo estaba ordenado y archivado, y ella había enviado mis correos firmados con un «Serena DeVere, en nombre de la señorita Georgia Green», respondiendo a los clientes de una manera muy profesional. Me pareció raro no tener ningún correo personal en la bandeja de entrada. Entré en la carpeta de *spam* y vi un par de correos de mis padres, que habían ido a parar allí.

—Eh... ¿Serena? —pregunté.

Ella alzó la cabeza.

—¿Sí?

—Me preguntaba dónde has puesto mis correos personales, porque he encontrado algunos en el *spam*. ¿Había más?

Ella se ruborizó.

—Oh, lo siento, Georgia. No lo sé. Lo que parecía *spam* lo he puesto ahí o lo he tirado a la papelera.

Entonces, miré en la papelera.

—Pero borraba los mensajes al final del día, lo siento.

Sonreí con tirantez.

—No te preocupes. Seguro que volverán a escribirme si era algo importante.

Echaba chispas por dentro, pero no quería montar una escena delante de Kelli, así que respiré profundamente y seguí leyendo los mensajes. Me daba

vueltas la cabeza. Tan solo veinticuatro horas después de haber vuelto de la India, ya me sentía como si me hubieran expulsado de la pandilla que yo misma había creado.

Solo eran las cuatro de la tarde, pero ya había tenido suficiente. Ben no había vuelto aquella tarde. Había llamado al teléfono de Serena, y ella había jugueteado con su pelo y había soltado risitas por algo que él le decía y, después, nos había contado que Ben nos vería a la mañana siguiente. Yo ya no podía concentrarme más en aquella pantalla brillante que emitía una molesta musiquilla cada vez que llegaba un mensaje a mi bandeja de entrada, casi todos ellos, dirigidos a Serena.

Me levanté de la silla y me puse el abrigo.

—Me marcho —dije. Me sentí como si tuviera que dar alguna excusa antes de irme. Kelli se había ido hacía una hora, porque lo había organizado así con Serena el día anterior.

—Ah, muy bien. Yo tengo una copia de las llaves, así que puedo cerrar —repuso Serena, dulcemente, mientras alzaba la vista desde su pantalla. Claro, lógicamente, tenía las llaves. Yo esperaba que Ben hubiera comprobado bien sus referencias antes de darle tanto poder—. ¡Nos vemos mañana temprano! Que pases buena noche —dijo Serena.

Yo murmuré un adiós y salí a la calle. Me sentía como una extranjera en un lugar que antes consideraba mi hogar. Me di un paseo por las calles de Mánchester, mirando escaparates con abatimiento. No quería volver a mi apartamento frío y solitario, donde lo único que me esperaba era deshacer la mochila y hacer la colada, y una nevera vacía.

Decidí intentar ver a mis amigos, pero Shelley ya me había enviado un mensaje diciéndome que se iba a hacer un viajecito con Jimmy. Pensé en llamar a Marie para arreglar las cosas con ella, por fin, y ver si quería abrir una botella de vino conmigo. Sin embargo, no había vuelto a saber nada de ella desde nuestra pelea y, por obstinación, no quería ser la primera en ceder.

Llamé a mis padres, y mi padre respondió el teléfono inmediatamente. Se puso muy contento al oírme, y yo me animé. Me encaminé a la estación del tren para ir a su casa, donde la promesa de una cena casera y el amor familiar iba a ser una manera perfecta de terminar un mal día.

## Capítulo 32

*Retroceder (v.): Volver, retirarse.*

—¿Abro una botella de champán, Len? —preguntó mi madre, desde la cocina. Mi padre y yo estábamos en el salón, y nos llegaba el olor de la carne asada y el puré de patatas—. ¡Esto es una celebración, después de todo!

—¿Champán? No tenéis que tirar la casa por la ventana solo porque haya vuelto —dije, riéndome.

—Sí, muy bien, Sheila —dijo mi padre, y se giró hacia mí, dando unas palmaditas en el sofá para indicarme que me sentara a su lado—. Oh, lo siento, Georgie. En realidad, no es solo porque hayas vuelto, sino porque tenemos que darte una noticia —dijo. Se ruborizó y jugueteó con el mando a distancia—. Es champán del barato, cava, creo. Ya sabes que yo prefiero una cervecita, pero tu madre se ha emocionado. Ya sabes cómo es. Que ella te cuente la noticia. No quiero estropear la sorpresa.

—No se lo habrás dicho, ¿no? —preguntó mi madre, mientras entraba al salón con una bandeja sobre la que había tres copas de champán llenas hasta el borde.

—¿Decirme qué? —pregunté yo, y la miré con desconcierto mientras, cuidadosamente, tomaba una de las copas.

Mi madre sonrió y llamó a mi padre para que se colocara a su lado.

—Bueno, además de celebrar que has vuelto sana y salva —dijo, y miró al cielo como si estuviera dando las gracias por que su hija hubiera sobrevivido a la India—, también queríamos decirte algo muy importante.

Ella apenas podía contenerse.

—Díselo tú —le dijo a mi padre, asintiendo—. ¡No, espera, se lo digo yo! Bueno, mira, tu padre y yo hemos decidido que vamos a vender esta casa.

Hizo una pausa para ver cuál era mi reacción.

Las burbujas dulces se me atascaron en la garganta.

—¡No! ¡No podéis! Este es el hogar familiar, la casa de mi infancia. ¡No podéis venderla! ¿Qué pasa con los recuerdos y las historias que hay en cada



habitación? Un momento, ¿por qué vais a venderla?

¡Aquello no era una celebración, sino el fin de una era!

—Georgia Louise Green —me reprendió mi madre, y soltó un resoplido.

—Lo siento. Es que me he quedado muy sorprendida. Nunca pensé que fuerais a vender esta casa —dije, disculpándome, mientras asimilaba la noticia. Aquel día ya no podía soportar más cambios.

—Bueno, después de lo que sucedió el año pasado, con mi accidente y lo de tu boda, y de ver que te marchabas de viaje con la valentía de cumplir lo que te pedía el corazón, que volvías y fundabas tu propia empresa... Tu madre y yo hemos estado hablando de que también debemos divertirnos —me explicó mi padre, mientras dejaba su copa de champán intacta sobre la repisa de la chimenea.

—¿Tenéis problemas de dinero? —pregunté, en voz baja.

Mi padre se echó a reír.

—No, pero nos hemos dado cuenta de que ya no somos tan jóvenes. Esta casa se pagó hace años, y ya es hora de que nos gastemos algunos de nuestros ahorros en nosotros mismos. En los tres. Ahora, tú estás viviendo en Mánchester, y quién sabe adónde te llevará tu trabajo. Puede que te expandas a Londres, a París, a Nueva York... Y queremos tener la libertad de ir a verte allí donde estés.

—Pero ¿por qué no os vais de vacaciones? Yo tengo algunos viajes estupendos para gente mayor —le dije a mi padre, mientras él me revolvía el pelo.

—Puede que nos vayamos, pero, primero, queremos vender esta casa, comprar algo más pequeño y que dé menos trabajo, puede que en el centro. Así, podríamos alquilarlo si nos fuéramos de casa durante una temporada.

En realidad, tenía sentido. Desde que mi padre se había jubilado y mi madre, que trabajaba sirviendo y supervisando la comida de los niños en un colegio, había acortado su jornada, eran libres para hacer lo que quisieran. Sin embargo, me iba a doler mucho pensar que en aquella casa viviera otra gente, que cambiaran la decoración y dejaran su marca en un lugar que habíamos construido entre los tres. Yo daba por hecho que ellos siempre vivirían allí. Me había imaginado llevando allí a mis hijos y enseñándoles las señales que había hecho mi padre en la pared de mi habitación para marcar mi altura cuando yo era pequeña. Sin embargo, tener niños estaba tan lejos de mi situación actual que sería una locura pedirles que esperaran a algo que, tal

vez, no ocurriera nunca.

—Dios, lo siento. Enhorabuena. Es que me he quedado boquiabierta — dije. Alcé la copa sin demasiado entusiasmo, y me di cuenta de que casi estaba vacía.

—Gracias, amor. Es algo muy bueno. Para empezar, así podremos estar más cerca de ti —dijo mi padre, y sonrió.

—Hemos visto un piso de dos habitaciones que no está lejos del tuyo — dijo mi madre, y sacó el iPad que habían comprado antes de que yo me fuera de viaje el año anterior, para poder hablar conmigo por Skype. Abrió rápidamente la página de Rightmove e hizo clic en la lista de pisos que tenía guardados en «Favoritos», para enseñármelos.

Estaban felices y emocionados. Era como si yo estuviera en medio de una pareja de recién casados que iban a comprarse su primera casa.

—Yo voy a seguir con la cena, y tú, echa un vistazo —me dijo, entregándome el iPad y llenándome la copa de champán—. Te va a venir bien una buena comida.

Mi madre se marchó a la cocina, canturreando, y mi padre se abrió una lata de cerveza y movió el dedo por la pantalla, señalándome los metros cuadrados y los precios. De repente, me entraron ganas de llorar.

—¿Estás bien, nenita? Siento haberte dado la noticia así —dijo mi padre. Me apretó el brazo suavemente, y apartó el iPad.

—No, no, no es eso —dije, y me enjuagué los ojos—. Estoy muy contenta por vosotros. Os merecéis ser felices. Es solo que, de los tres Green, solo vosotros dos lo tenéis todo claro.

Mi padre se recostó en el asiento y ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que no te van bien las cosas en el trabajo?

—Sí, sí. Pero, al volver de la India, todo es distinto... raro. Es como si tuviera la vida en suspenso. Me fui al piso de Marie por una temporada, pero ya han pasado cinco meses y sigo allí, sin ningún plan para mudarme. Nunca os veo a vosotros, ni a mis amigos, y Ben se ha enamorado de Serena. No tengo vida social, ni vida sentimental —dije yo. Mi padre se movió con incomodidad en el asiento—. Lo siento, papá, no quería desanimarte. Y, menos, hoy.

—Eh, tú nunca me desanimas. Ya me había dado cuenta de que no eres tú misma las últimas veces que hemos estado juntos, pero siempre pensé que te gustaba estar tan ocupada. Pero, si esto te está haciendo infeliz, entonces

tienes que cambiar algo.

—Sí, soy feliz. La empresa va muy bien. Para ser una empresa nueva, deberíamos estar viviendo al día, pero, por algún motivo, a la gente le encanta lo que ofrecemos. Yo estoy intentando satisfacer toda la demanda, y que todo el mundo quede satisfecho y feliz.

—¿Incluyendo la jefa? —me preguntó mi padre, asintiendo lentamente.

—Sí, incluyéndola a ella.

—Bueno, ¿sabes una cosa, Georgia? En momentos como este, tienes que ser valiente. Y, aunque no lo seas, fingir que sí lo eres. Te prometo que nadie va a notar la diferencia. Escucha, ¿por qué no te quedas a dormir hoy? Seguro que tu madre te puede dejar un pijama. Yo te llevo mañana por la mañana a trabajar —me sugirió él, suavemente.

Yo asentí.

—Sí, papá. Es perfecto.

Después de cenar bien y de ver una película cursi que hizo que mi padre roncara en su butaca en cuanto empezaron los títulos de crédito, me sentí un poco mejor. Fui a la habitación de mi infancia y me dejé caer en mi cama, con su edredón rosa claro y el peluche de Robbie, la ovejita, con el que yo dormía todas las noches en homenaje a Robbie Williams. Me desmaquillé, me puse el pijama que me había dado mi madre, e intenté no escuchar la conversación que mantenían mis padres.

—No pensaba que se fuera a disgustar tanto —dijo mi madre.

—Bueno, es que a nadie le gustan los cambios.

—De todos modos, ya casi tiene treinta años. No es normal que se disguste tanto.

Yo me puse la almohada encima de la cabeza e intenté no oír su tono de preocupación. Todo estaba cambiando, y yo no podía hacer nada por evitarlo.

Dormí muy bien, mejor que en mucho tiempo, y me desperté con el olor a café y a beicon del desayuno. Tardé un momento en darme cuenta de dónde estaba cuando abrí un ojo y vi a los Take That y a los Boyzone sonriéndome. Me acordé de que me había quedado a dormir en casa de mis padres, seguramente, por última vez en mi vida. Aquel pensamiento se apoderó de mi mente. No encontraba la ropa, que había dejado arrugada la noche anterior junto a la cama, así que bajé las escaleras con la bata de mi madre, que ella había dejado en el baño.

—¡Buenos días, nenita! —me dijo mi padre, con una sonrisa. Él llevaba un

delantal con el dibujo de una mujer desnuda y estaba sirviendo leche en dos tazas llenas de café humeante—. ¿Qué tal has dormido?

Yo bostecé y le di un beso en la mejilla.

—Muy bien, gracias, ¿y tú?

—Creo que esa cerveza me dejó K.O. He dormido como un tronco. Pero sabía que tú eres muy madrugadora, así que ya he hecho el desayuno. Tu madre está planchándote la ropa, y yo he mirado el tráfico para saber cuándo debíamos salir. Tenemos que irnos dentro de media hora. Toma, toma esto — dijo, y me pasó un plato lleno de tostadas gruesas, blancas, untadas de mantequilla. También había lonchas de beicon crujiente. De repente, me emocioné. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me había hecho el desayuno? En realidad, ¿cuándo fue la última vez que había desayunado?

—Vaya. Gracias, papá. No tenías por qué molestarte.

—No es ninguna molestia, hija. Vamos, ve al comedor, empieza lo tuyo y dile a tu madre que el suyo va de camino.

Salí de la cocina al salón, donde estaba mi madre, inclinada sobre la tabla de planchar, viendo la televisión matinal. Se me hinchó el corazón como solo sucede cuando tus padres te cuidan y tienes el calor reconfortante de un hogar. Mi madre me había lavado y planchado la ropa del día anterior. Todo olía a limpio y a fresco. Incluso me había sacado sus cosméticos para que pudiera maquillarme. Devoré el desayuno y me preparé. Ya estaba preparada para tomar el control de la situación, al estilo de Louise.

## Capítulo 33

*Paroxismo (n.): Una emoción o acción repentina y violenta. Un estallido.*

—¡Buenos días! —exclamó Serena, con una voz cantarina, cuando entré en la agencia.

Estaba acostumbrada a recorrer la calle a toda prisa para llegar a mi escritorio, pero, por algún motivo, aquel día cada paso que daba estaba lleno de temor, pese a que me había estado convenciendo a mí misma, en el coche de mi padre, de que yo podía hacerlo.

—Buenos días.

—Voy a encender el calentador de agua, ¿quieres? Parece que te vendría bien un buen café.

—Gracias —dije, mordiéndome la lengua para no decir nada sobre su forma de mirarme, de pies a cabeza, antes de hacer aquel ofrecimiento. Ben ya estaba en su puesto, al teléfono, así que le saludé alegremente con la mano—. ¿No ha venido Kelli?

—No, todavía no. Le he dado la mañana libre —dijo Serena, mientras se ocupaba del hervidor.

Yo asentí, y traté de disimular la irritación.

—Muy bien. Bueno, pues voy a empezar.

Miré mi escritorio, y me puse nerviosa por si, al tocarlo, alteraba el orden prístino de todas las cosas que había sobre él.

—Buenos días, Georgia. He pensado que podrías utilizar hoy el escritorio de Kelli —dijo Ben, después de colgar el teléfono.

Yo lo miré.

—Ah.

—Solo esta mañana —añadió, rápidamente—. Es para que Serena tenga tiempo de organizar sus cosas y cambiarse. Entonces, tendremos que encontrarle un sitio permanente.

—Sí, muy bien.

Sonreí con tirantez y fui a sentarme al otro lado de la oficina, en el

desordenado escritorio de madera de Kelli, que estaba junto a la chimenea. La habitación estaría muy abarrotada si intentábamos poner otro escritorio. Yo no podía soportar que Kelli tuviera que sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas, pero todavía no sabía dónde podría colocarse.

Por suerte, la mañana pasó rápidamente. Tuvimos un flujo de clientes lento, pero constante. Yo había decidido concentrarme en mis correos electrónicos, en el papeleo y en otras tareas administrativas, mientras que Ben y Serena se ocupaban de la gente que entraba en la agencia. Me dolía admitirlo, pero Serena tenía mucha astucia y buenos modos. Empujaba sutilmente la caja de pañuelos de papel hacia los que estaban llorosos y les preparaba una taza de té, y animaba a los más nerviosos con una emoción contagiosa. Yo había intentado hablar a solas con Ben, sin que Serena metiera la nariz en todo, para poder contarle todo lo que había sucedido en la India, pero no había tenido la oportunidad de hacerlo. Era raro, pero él no me había preguntado nada acerca del viaje. Era como si pensara que me había ido de vacaciones, o algo por el estilo.

A mediodía llegó Kelli, eufórica, y nos mostró un par de entradas.

—¡Las tengo! ¡Las tengo!

Serena dio un respingo.

—¡No me digas! ¿De verdad? —preguntó, y Kelli asintió—. Oh, Dios mío, ¡fantástico!

Kelli le lanzó una sonrisa resplandeciente.

—No he podido conseguir las de primera fila, pero, de todos modos, es cerca también. ¡No puedo creerlo! ¡Nunca pensé que vería a los Battlestar Death Wing en directo!

—¿A quiénes? —pregunté yo, con los nervios de punta al ver tan vibrante a Serena.

Kelli puso los ojos en blanco.

—Por Dios, Georgia, a los Battlestar Death Wing. Son el grupo más importante de los noventa.

—Ah, claro. Sí, sí —dije, y vi que Ben estaba intentando contener la risa, como si él tampoco tuviera ni la más mínima idea de quiénes eran.

—¿No te acuerdas de ellos? —me preguntó Serena que, por fin, dejó de bailar en círculo con Kelli. Yo negué con la cabeza—. Yo tenía todos sus discos. Fui un poco *emo* de joven —susurró, como si fuera un secreto, por detrás de una mano.

—Bueno, entonces, ¿vais a ir juntas? —le pregunté.

—Sí. Un día estábamos hablando de música y fue Serena la que se enteró de que iban a reunirse para dar un único concierto. ¡Aquí, en Mánchester! —me dijo Kelli, mirando a Serena con adoración—. Muchísimas gracias por darme la mañana libre para poder ir a hacer cola.

—Oh, no. Gracias a ti por sacar las entradas. Después te doy el dinero, ¿de acuerdo? —dijo Serena, ruborizándose y quitándole importancia al cumplido de Kelli.

Ben se encogió de hombros y sonrió. Yo volví a mirar a la pantalla del ordenador con la sensación de estar excluida y de no ser nada guay, y con enfado.

—Iba a traer *sushi* para comer, porque dijiste que te gustaba, pero no quería llegar tarde —le dijo Kelli a Serena.

—Ah, qué detalle por tu parte. Pero no te preocupes, porque he hecho un curry en honor a la llegada de Georgia —respondió Serena—. Tengo para todo el mundo, aunque se me ha olvidado traer arroz —dijo, a modo de disculpa. Seguramente, el que había hecho ella misma no se había hinchado según sus estándares de calidad, pensé malhumoradamente.

—¿Ya es la hora de comer? —preguntó Ben, mirando la hora en su móvil.

—Sí. El tiempo pasa volando cuando uno lo pasa bien, ¿verdad? —dijo Serena, con una risita—. Bueno, ¿tú quieres curry, Ben? Recuerdo que dijiste que te gustaba picante, así que te he hecho una parte especial para ti —añadió. Dios, parecía el robot de una esposa perfecta.

A Ben se le iluminó la mirada.

—Magnífico. Yo tengo que ir al banco, así que ¿qué os parece si compro un poco de arroz que podamos inflar en el microondas? ¿Tú quieres algo, Georgia? —me preguntó, mientras se levantaba para salir.

—Voy contigo. Creo que me voy a comprar algo de comer en el Boots —le dije.

Serena se quedó apagada por que yo no estuviera tan emocionada como el resto de la oficina con su curry.

—Lo siento, Serena, pero es que he comido curry suficiente como para un año. Muchas gracias, de todos modos.

—Ah, claro. En otra ocasión —dijo Serena, con tristeza.

Yo sabía que me estaba comportando como un bebé llorón que tiraba sus juguetes fuera del carrito, pero me alegraba de pasar un rato a solas con Ben,

por fin. Tomé mi chaqueta mientras sonaba el teléfono. Serena estaba en la cocina, calentando el curry, así que llamé a Kelli para que respondiera y apuntara el recado.

—Georgia, aunque estés hasta arriba de curry, ella se ha tomado la molestia de hacer la comida para todo el mundo, en tu honor —me susurró Ben, señalando hacia la cocina con un movimiento de la cabeza.

—Es que lo que de verdad me apetece es un sándwich de huevo con mayonesa —murmuré.

—A nadie le apetece un sándwich de huevo con mayonesa —replicó Ben, enarcando una ceja—. Sé que es un poco raro para ti volver y encontrártela aquí, pero, de verdad, es una gran adquisición.

—A mí me parece una gran pesadez —susurré, y Ben me miró mal—. Lo siento. Es que creo que me va a costar acostumbrarme a doña Perfecta. Casi no la conocemos, ¿sabes?

Ben suspiró.

—¿No confías en ella?

Kelli me llamó, y me ahorró tener que contestar.

—¡Georgia, espera!

Rápidamente, colgó. Tenía una expresión rara, y se había quedado pálida.

—Era un periodista —dijo. Yo la miré pacientemente, y noté que me rugía el estómago—. Trabaja para el *Daily Times* y está haciendo un artículo sobre nosotros.

—¿Qué tipo de artículo? —preguntó Ben, que volvió a entrar en la agencia—. ¿Qué ha dicho exactamente, Kelli? —inquirió. Después, se mordió el labio inferior y se cruzó de brazos.

Kelli miró al cielo con resignación y empezó a darse golpecitos en la barbilla con un dedo para recordar la información.

—Ha dicho que, por cortesía, nos avisaba de que dentro de unos días van a publicar un artículo analizando nuestra empresa.

—¿Por cortesía? —dijo Ben que, por una vez, parecía molesto por lo mucho que estaba tardando Kelli en explicarnos el mensaje que le habían dado por teléfono.

—Sí, eso es.

—¿Un artículo para analizar nuestra empresa? ¿Y por qué iba a hacer eso el *Daily Times*?

—Eh... El periodista ha dicho que fue al viaje organizado de la India y que



está escribiendo ese artículo sobre nuestra agencia. Algo sobre nuestros poco ortodoxos métodos de gestión, o algo así.

A mí se me encogió el estómago.

—Kelli, ¿ha dicho cómo se llamaba? —pregunté.

Ella asintió y se miró la mano, donde había apuntado los detalles.

—Eh, sí. Christopher Kennings —dijo, y nos miró a los dos.

Ben giró la cabeza hacia mí para ver cuál era mi reacción.

—Mierda —dije.

—¿Qué significa eso de «mierda»? —me preguntó. El tono de su voz y el olor del curry de Serena, que se había extendido por toda la agencia, me dio ganas de vomitar—. Todo ha ido bien en el tour, ¿no? ¿No, Georgia?

Yo asentí y me encogí de hombros a medias.

—¿Georgia?

¡Maldita sea! Yo tenía pensado contárselo todo mientras íbamos a los recados, cuando por fin estuviéramos a solas, para poder explicarme debidamente.

—¡Lo he encontrado! —exclamó Kelli, desde el ordenador de Ben.

Había empezado a buscar a Christopher Kennings rápidamente en Internet. Yo ignoré el ceño fruncido de Ben y corrí hasta la pantalla.

—¿Era este el que fue al viaje? —me preguntó—. Un momento... Yo lo conozco. Era un bicho raro que vino hace siglos a preguntar por las finanzas. ¿No te acuerdas, Georgia?

La cara desdeñosa de Chris llenaba la pantalla. Kelli empezó a leer en voz alta el texto que había bajo su tez grisácea, sin fijarse en mi expresión.

—Aquí dice que es un periodista de investigación de renombre y muy cáustico, especializado en el mundo de los negocios.

Chris era periodista. Era lógico que él hubiera descubierto mi verdadera identidad y que quisiera revolver las cosas dentro del grupo. Entendí por qué nunca participaba ni se involucraba en nada, por qué siempre lo apuntaba todo en su libreta y por qué siempre estaba haciendo fotografías. No era, precisamente, para escribir un diario de viaje.

—¡Vaya! —exclamó Kelli, y se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ben, mirándonos alternativamente al ordenador y a mí.

Serena había oído el alboroto y se acercó al escritorio de Ben, con un delantal rosa de volantes que debía de haber llevado de su casa.

—¿Va todo bien? —preguntó, con nerviosismo.

Nadie le respondió.

—¿Os acordáis de aquella panadería, la de Granos y Cebada? ¿La que se fue a pique porque un periodista hizo un reportaje encubierto sobre los chanchulleros que eran en la gestión? —preguntó Kelli, y todos asentimos—. Bueno, pues el periodista era el bueno de Kennings.

Yo ya estaba a punto de vomitar.

—Georgia —dijo Ben, con una cara sombría—. ¿Qué ocurrió con este tal Chris durante el tour?

—Yo... eh... Él... ¿Podríamos hablar a solas, Ben? —le dije, señalando con el pulgar la puerta de la agencia.

Él apretó la mandíbula y asintió con sequedad. Yo tomé de nuevo el bolso y la chaqueta y salí tras él, ignorando la mirada dolida de Serena por no poder enterarse de lo que yo iba a contarle, y la protesta de Kelli, que decía que ella siempre se perdía los detalles jugosos.

Cuando estuvimos fuera, empecé a caminar hacia la cafetería que había en la acera de enfrente, pero Ben me agarró por el brazo.

—¿Vas a decirme lo que ha pasado?

—La he cagado, ¿de acuerdo? La he cagado —respondí, extendiendo tanto los brazos que estuve a punto de golpear a una señora que pasaba a mi lado y que chasqueó la lengua sonoramente—. Por favor, deja que pida algo para los dos en la cafetería y te lo explico.

—¿Explicarme qué? Primero me dices que te vas a la India a arreglar el problema de unas malas críticas y, ahora, ¿que nos va a aniquilar un periodista con un artículo donde saca a la luz algo censurable sobre nosotros? —me dijo, medio gritando. La señora a la que había estado a punto de aporrear había dejado de chasquear la lengua y estaba mirándonos fijamente, como si estuviera viendo un episodio de *Coronation Street* en directo—. ¿Por qué han escrito un artículo sobre nosotros? ¿Qué ha pasado? —me preguntó Ben, entre la ira y la confusión.

Yo estaba desesperada por entrar a la tranquila cafetería. Con un capuchino podríamos hablar sobre aquello como adultos, no tener un enfrentamiento adolescente en mitad de la calle. Estaba a punto de llorar. Respiré profundamente y fulminé a la señora con la mirada para que se fuera, pero ella me ignoró.

—Fui a ver qué estaba pasando con las malas críticas y a buscar a Nihal

para averiguar qué ocurría —dije. Ben asintió, porque ya conocía aquella parte—. Estaba destrozado porque había roto con su novia, Ameera, tanto que tuve que hacerme cargo de vez en cuando del grupo, para que hubiera un buen ambiente de diversión. Estaba marchando bien. Al final encontramos a Ameera, que estaba trabajando de guía para su propio grupo. Participamos en un rodaje de Bollywood, y Nihal y Ameera volvieron a estar juntos. Los dos grupos se unieron y se convirtieron en uno.

—Está bien —dijo él, con un sonoro suspiro—. Pero ¿qué ocurrió con ese periodista?

Me estremecí. La segunda parte era más difícil de oír. La señora tuvo la frescura de ponerse a comer un caramelo de Werther's Original, sin quitarnos los ojos de encima. El crujido del papel brillante me puso aún más nerviosa.

—Bueno, Chris estaba en el grupo, pero era muy raro. Siempre estaba separado del resto del grupo —Ben abrió mucho los ojos, pero siguió callado, esperando que yo continuara. Yo estaba furiosa conmigo misma por no haber hecho caso de mi instinto, que me decía que algo no iba bien con Chris—. Bueno, de todos modos, la gente empezó a abrirse, empezaron a contar sus secretos, a interactuar... Confiaron en mí y me contaron muchas cosas, y todo iba muy bien, hasta que... Chris encontró nuestro vídeo —dije—. El que grabamos en la oficina.

—Así que él sabía que no eras Louise, la peluquera... —dijo Ben, lentamente.

—Sí. El resto del grupo se enfadó mucho conmigo por haberles engañado.

—Mierda, Georgia —dijo Ben, y se dio un manotazo en la frente. La señora chupeteó el caramelo con gusto—. ¿Hay algo más que deba saber?

Arrastré los zapatos por el suelo. Era incapaz de mirar a Ben a los ojos.

—Bueno, puede que se me escapara un pedo durante una clase de yoga...

Ben se quedó horrorizado. «Bueno, ahí va un poco de seducción femenina. Bien hecho, Georgia, bien hecho».

—¡Ya lo sé! Pero creía que lo había arreglado todo. Nadé en el mar para pedirles perdón a todos ellos —dije. Ben puso cara de desconcierto; explicándolo así, en voz alta, no parecía un logro demasiado grande—. Al día siguiente me marché, con la sensación de que habían entendido por qué yo no había sido sincera con ellos desde el primer día.

—Pero parece que Chris no lo entendió —dijo Ben.

—No, parece que yo —respondí. Me enjuagué las lágrimas y tragué saliva

—. Ben, lo siento muchísimo. Creía que lo había arreglado todo. Ha sido solo un error tonto.

—¿Un error tonto? —preguntó él, con los ojos abiertos como platos—. Georgia, tenemos encima a un periodista nacional que, seguramente, va a escribir que les mentimos a nuestros clientes y los engañamos para conseguir que nos cuenten sus secretos íntimos solo para mejorar nuestros beneficios. ¿Sabes el daño que puede hacernos un artículo así?

Yo asentí y me encogí de hombros.

—Lo siento. Solo quería ayudar.

Él exhaló un suspiro y miró al cielo durante una larga pausa.

—Creo que lo mejor será que te tomes libre lo que queda de semana.

—¿Qué?

—Me parece que es mejor que te tomes un poco de tiempo libre, que te alejes un poco de Viajes para Corazones Solitarios. De mí. Y yo resolveré esto lo mejor que pueda.

Tenía una mirada fría, y su voz sonaba monótona. Estaba agotado.

—Ben, por favor. Yo no quería estropearlo. Pensaba que lo que estaba haciendo era lo mejor.

Él asintió.

—Ya lo sé. Escucha, es mejor que vuelva a entrar y piense en una manera de darle un giro positivo a todo esto. Nos vemos el lunes.

Me dejó allí, con una sonrisa triste, y entró de nuevo en la agencia. A mí se me quedaron las piernas paralizadas mientras él se alejaba, y estaba segura de que veía la cara de Kelli pegada al cristal, observándonos. La señora puso los ojos en blanco y agitó la cabeza. Dejó caer al suelo algunos papeles de caramelos y se alejó.

Me fui tambaleándome por la calle, frotándome la cara, asimilando todo lo que había ocurrido aquel día. Chris era Chris Kennings, y tenía el poder de hundir nuestro negocio, todo por lo que había hecho yo. El corazón me instaba a volver a la agencia, a demostrarle a Ben que era capaz de resolver el problema que yo misma había causado y llamar a Chris para exigirle que se abstuviera de publicar el artículo. Pero el sentido común me decía que dejara enfriar el asunto, que, si me enfrentaba con un periodista nacional, podía empeorar las cosas en vez de resolverlas. Probablemente era muy positivo el hecho de no haber guardado el número de Chris en mi teléfono, porque así no podía llamarle, y menos en el estado en que me encontraba.

Yo había leído el artículo sobre la panadería, y me acordaba. Los periódicos se habían vuelto locos con la historia. Por aquel entonces, yo estaba de acuerdo con mucha otra gente en que era una buena cosa que un negocio tan mal gestionado se llevara su merecido. Ahora que le estaba sucediendo a mi empresa, nunca me había sentido tan solidaria con la causa de otra persona. Si el negocio se hundía por mis errores, no solo me quedaría en paro después de haber perdido mucho dinero, sino que también perdería a Ben. Y eso era mucho, mucho peor.

El parloteo ocioso de la gente, las canciones de rap que los niños escuchaban a todo volumen en sus teléfonos y los pitidos de los tranvías entumecieron mi abatimiento. Sabía con quién tenía que hablar, quién iba a darme buenos consejos sobre lo que debía hacer. Mi mejor amiga. Saqué el teléfono y traté de llamar a Marie. Aquel estúpido enfado ya había durado suficiente. Tenía que ser madura y pedirle perdón. Sin embargo, su teléfono me derivó al buzón de voz. Dejé un mensaje embarullado, pidiéndole que me llamara y diciéndole que necesitábamos hablar. Dios, cuánto había extrañado su voz. No podía soportar la idea de decirles a mis padres lo que estaba pasando, y Shelley no había vuelto de dondequiera que se hubiese ido con Jimmy.

Entré en un Tesco y, en medio de mi aturdimiento, atravesé el supermercado, lleno de trabajadores en la pausa para comer. Tomé una botella de vino blanco, el favorito de Marie, y una enorme bolsa de Monster Munch, y decidí que me iba a verla. Si íbamos a arreglar aquella situación, entonces íbamos a hacerlo como Dios manda. Salí de la tienda y volví a llamarla, pero, como tenía la cara pegada a la pantalla de mi teléfono y los brazos llenos de bolsas de gusanitos, no vi que el hombre que caminaba delante de mí se paraba de repente. Le pisé el talón y tropecé contra él. Por poco, conseguí que la botella de Sauv Blanc no cayera por su abrigo de lana de color camel.

—Ay —dijo él, y se giró hacia mí.

—¡Cuidado! —respondí yo, y, entonces, sonreí—. ¿Rahul?

—¡Louise!

—¡Vaya! ¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, y me quedé boquiabierta al ver de nuevo a aquel hombre tan guapo. ¿Por qué siempre se cruzaban nuestros caminos?

—Tengo el visto bueno para un nuevo programa de televisión, así que he

tenido que volver rápidamente para planificarlo todo. Me marché a las vertiginosas alturas de Rotherham a rodar —dijo. Se echó a reír, y reveló su perfecta dentadura blanca, que le iluminó la cara bronceada—. Eh, me alegro de verte, porque me vendría bien un corte de pelo.

Yo me quedé mirándolo como si fuera tonta.

—Eh, ya sabes, en la peluquería...

—Ah. Sí. Claro...

Me acordé de cuál era mi supuesto trabajo. Entonces, de repente, sentí una oleada de emoción. Tenía el trabajo de mis sueños, pero, seguramente, no por mucho tiempo.

—¿Estás bien? No tienes que cortármelo, si no quieres —me dijo él, y yo empecé a sollozar, agarrándome a mi teléfono, a la botella de vino que se estaba calentando y a una bolsa de gusanitos tamaño familiar bajo el brazo, en mitad de la calle.

—No es eso... Es que...

Él me quitó la compra de las manos y la puso en un banco cubierto de grafitis. Yo me senté con gratitud y respiré profundamente varias veces.

—Gracias. Yo... no soy Louise. Y no soy peluquera.

Él asintió lentamente, sin demostrar la más mínima sorpresa. Aunque, seguramente, se estaba encogiendo al ver el agüilla que yo notaba que tenía en la punta de mi nariz húmeda.

—Toma —me dijo. Me pasó un pañuelo de papel y me acarició suavemente el antebrazo mientras yo me sonaba la nariz ruidosamente—. Tenía razón, ¿no? Eres Georgia.

—Siento no haberte podido decir quién era. Tenía que mantenerlo en secreto delante de los demás viajeros. Soy, o debería decir «era», la copropietaria de la agencia, ¿sabes?

Rahul frunció el ceño.

—¿Eras?

Yo respiré profundamente y asentí.

—Al final, se descubrió mi verdadera identidad, y ahora tenemos a un periodista que va a publicar un artículo sobre cómo mentimos a los clientes. Esa historia nos va a arruinar.

—Ah —dijo él, y se frotó las sienes. Parecía que estaba preocupado de verdad—. Ahora entiendo lo de la botella de vino. Pero, escucha, por lo poco que sé de ti, me parece que tienes una vena muy resistente.

—¿Eso es lo que diría Shiva? —le pregunté, medio en broma, para aligerar un poco la situación, y porque quería que los dioses se pusieran de mi lado.

—Supongo que él diría que tienes que confiar en tu instinto. Es evidente que tienes fuerza, si has fundado una empresa de la nada. Ahora solo tienes que asegurarte de que nadie te la eche abajo.

Fruncí el ceño, pensando en lo que él estaba diciendo, y asentí. Me sentí un poco mejor. Oh, Dios, si Flic nos oyera, estaría en su elemento con aquellas palabras de sabiduría tan *hippys*. Sin embargo, pronunciadas por Rahul, con aquella boca que provocaba tantas ganas de besarla, no parecían tan cursis.

—Si puedo hacer algo para ayudarte, avísame, pero me parece que solo tienes que prepararte para una buena batalla y tener fe en que vas a ganar — me dijo. Después, miró el reloj de plata que asomaba por debajo de su manga —. Lo siento, pero tengo que irme. De verdad, ha sido estupendo volver a verte, ¡pero tenemos que dejar de encontrarnos así!

Yo moquiteé un poco y, por fin, conseguí reponerme para emprender de nuevo mi camino.

—Muchas gracias, Rahul. Yo también me alegro mucho de haberte visto. Buena suerte con tu programa, y cruza los dedos por mí.

Él se puso en pie e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No necesitas ninguna suerte. Puedes hacerlo, Georgia.

Tomé un autobús y, al llegar a la parada de Marie, caminé hasta la casita de alquiler en la que vivía con Mike y llamé al timbre. Unos segundos después, Mike abrió la puerta. Normalmente, su expresión era de calma, pero, en aquel momento, tenía el pelo enredado y cara de angustia.

—Ah, hola —dijo. Se quedó tan sorprendido de verme a mí como yo de verlo a él.

—Hola, Mike, ¿no estás en el trabajo?

—No... eh... me he tomado la tarde libre para poder ir a recoger a Cole — dijo. Se quedó mirando la botella de vino, pero no me invitó a pasar. Aquel no era el Mike que yo conocía.

—Ah, bueno. ¿Va todo bien? He venido a ver a Marie, porque hace unos días que no sé nada de ella. Quiero sacar la bandera blanca, ofrecerle la rama de olivo, bueno, ya sabes.

Él asintió, pero siguió en medio de la puerta.

—Sí. No es normal que vosotras dos estéis tanto tiempo sin hablaros.

—No. Entonces, ¿está ella en casa?

Él miró hacia atrás, hacia el vestíbulo.

—Eh... Pues sí, pero lo que ocurre es que no se encuentra muy bien. Por eso no he ido a trabajar —dijo, y señaló la botella de vino con la cabeza. Sabía que debería haberle llevado unas flores—. No va a poder tomarse eso contigo y, de todos modos, ¿no es un poco temprano para beber?

Yo me ruboricé.

—Sí, supongo que sí. Es que he tenido un día de mierda en el trabajo.

Él asintió como si lo comprendiera.

—Ah, ya...

—Y ¿no puedo entrar a decirle hola? No me voy a quedar mucho tiempo.

Dios, aquello sí que era raro. Marie no se ponía enferma prácticamente nunca y, si ocurría, ella no se quedaba en la cama. Era muy raro que le pidiera a Mike que hiciera recados. Normalmente, yo tenía que meterla en la cama y amenazarla para que no se moviera, mientras preparaba toneladas de caramelos de limón y miel y varias temporadas de una de nuestras series favoritas, *Gavin & Stacey*, para distraerla.

Él arrugó la nariz.

—No va a poder ser, Georgia. Puede que dentro de unos días tenga más ganas de compañía. Lo siento —dijo. Se me quedó mirando unos instantes y, después, se encogió de hombros con tristeza e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Ah, bueno, yo...

—Ya le digo que has venido. Bueno, te dejo. Tengo que ir a recoger al niño. Ya sabes cómo son esas encargadas nazis de guardería con los horarios.

Asentí, aunque, en realidad, no tenía ni idea.

—Está bien, gracias.

Sonreí débilmente y me di la vuelta, mientras Mike entraba en casa.

Qué extraño.



## Capítulo 34

*Valor (n.): Atrevimiento o determinación a la hora de enfrentarse a un peligro, sobre todo, en una batalla.*

Estaba esperando el autobús para volver a casa, pensando con resignación en una solitaria sesión de bebida, cuando sonó mi móvil. ¡Marie! Rebusqué en el bolso y, cuando saqué el teléfono, vi en la pantalla el nombre de Kelli.

—¿Kelli?

—¡Georgia! —exclamó ella, en voz muy baja, como si estuviera poniendo una mano en el auricular para que nadie más la oyera—. Tienes que volver rápidamente.

—¿Qué? ¿Kelli? ¿Estás bien?

—No, no. Yo... Ben...

—Kelli, no te oigo bien —dije, y me di cuenta de que casi no tenía batería—. ¿Qué pasa?

—Georg... Ven...

—¡Kelli! No te oigo. ¿No puedes llamarme desde el fijo?

—No... Serena... Ben... mentiras...

—Kelli, Kelli, ¿estás ahí?

La llamada se cortó. Intenté llamarla de nuevo, pero me respondió el buzón de voz. ¿De qué estaba hablando? Llamé a un taxi y le di la dirección de la agencia.

El viaje de vuelta duró siglos. Era la hora de la salida de los colegios, y las carreteras estaban atascadas, llenas de padres agobiados que iban a recoger a sus niños. Además, me había quedado sin batería, y no podía llamar a Kelli. Mi cabeza no paraba de dar vueltas a lo que me había dicho.

—¿Quieres que vaya por Mancunian, guapa? —me preguntó el taxista, al ver a todos los coches parados delante de nosotros.

—Eh... sí, lo que usted crea que es más rápido —dije, distraídamente. ¿Qué había querido decir Kelli, y por qué no me había llamado Ben en su lugar?

—Bueno, verás, a esta hora salen los niños de Saint Mary, que está junto a la autopista, pero si intentamos acortar por Elderware Street a lo mejor no nos pillan los autobuses de Green Oaks, aunque ya no hay ninguna garantía, porque han construido un Tesco ahí al lado —dijo él, como si a mí me interesara lo más mínimo.

—Ummm... Por mí, bien.

Tenía ganas de gritarle que me llevara de una vez a la agencia, pero no lo hice. Ni siquiera tenía el teléfono para ocupar la mente y distraerme.

—¿Para qué necesitamos otro supermercado tan grande? ¡Tiene tres plantas! Tres plantas llenas de porquerías que no necesitamos. Es como ir a IKEA. Mi mujer siempre me lleva a rastras. Es como meterse en una nave TARDIS. Siempre te estresas, siempre te pierdes y acabas marchándote sin lo que fuiste a comprar. En mi opinión, una locura. No entiendo por qué a la gente le gusta tanto complicarse la vida. ¿Por qué no puede ser todo más sencillo, para saber lo que tienes que hacer?

Por fin, paramos en una calle lateral y yo le pagué, le dejé la botella de vino ya caliente en el asiento trasero y, a él, hablando del caos que eran las carreteras del país.

Salí corriendo a la agencia y abrí la puerta de par en par, sin aliento. Kelli me miró con los ojos abiertos como platos, como si estuviera a punto de llorar. Ben estaba encorvado sobre el ordenador, con el teléfono pegado a la oreja. No había ni rastro de Serena.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —le pregunté a Kelli, mientras me enjugaba el sudor de la frente y dejaba el bolso en mi escritorio.

—No —respondió ella, y señaló a Ben con el dedo. Él alzó una mano para indicarme que estaría conmigo en un minuto. Kelli se escabulló al baño antes de que yo pudiera hacerle alguna pregunta más, y nos dejó a solas.

—Muy bien, de acuerdo. Gracias por su ayuda —dijo Ben, y colgó el teléfono con un gesto de enfado. Se giró hacia mí, mirándome como si hubiera muerto alguien.

—¿Qué ha pasado?

Oh, Dios mío, ¿le había ocurrido algo a Trisha? Yo tenía intención de ir a verla, pero había estado demasiado ocupada con todo desde que había llegado de la India. Se me subió el corazón a la garganta, hasta que recordé que Kelli había pronunciado las palabras «Serena», «Ben» y «mentiras» por teléfono.

—Siéntate —me dijo Ben, con firmeza, y yo lo hice.

—Es Trisha, ¿no? ¿Está bien? Me pareció que estaba paliducha la última vez que la vi. No es solo la caída que tuvo, ¿verdad? —pregunté, con un nudo en la garganta.

Ben suspiró.

—No, no se trata de Trisha, aunque se me había olvidado decirte que la han ingresado otra vez.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué?

—Está bien. Solo la han ingresado para hacerle más pruebas en el tobillo, porque no se le ha curado adecuadamente, pero dicen que no es nada grave. Solo quieren tenerla monitorizada por su edad, nada más.

Exhalé un gran suspiro. Sentí un enorme alivio al saber que estaba bien.

—Bueno, entonces, ¿de qué se trata?

Ben carraspeó.

—Serena se ha ido.

—¿Adónde?

—Nos ha robado.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de que te dije que tenía que ir al banco? —me preguntó. Yo asentí—. Bueno, pues le pedí a Serena que fuera ella, porque yo quería intentar ponerme en contacto con el tal Chris —dijo Ben. Se pasó la mano por la cara y suspiró—. Bueno, pues no volvió.

Me quedé mirándolo anonadada.

—Tenías razón, Georgia. No debíamos confiar en ella. Se ha llevado el dinero. No lo ingresó en el banco.

—¡No!

—Sí —dijo él, con abatimiento.

—Pero... solo teníamos unas doscientas libras aquí —dije, mirando la caja fuerte. Yo estaba tan paranoica por si nos robaban que me aseguraba de que fuéramos a menudo al banco a hacer ingresos para no tener demasiado dinero en efectivo en la agencia.

Ben cabeceó.

—Antes de que tú volvieras, hicimos muchas reservas; teníamos más de cinco mil libras. Yo estaba tan ocupado que no pude llevar el dinero al banco.

—¿Qué? —exclamé. La mayoría de la gente pagaba con tarjeta de crédito o con un cheque—. ¿Quién ha pagado tanto dinero en efectivo?

—Kelli oyó que Serena les decía a los clientes que teníamos rotos los

terminales de las tarjetas. Se imaginó que era cierto, porque, a veces, ocurre. Bueno, cuando nos dimos cuenta de que Serena llevaba mucho tiempo fuera y no volvía, la llamé a su móvil, pero me respondió un buzón de voz robótico. Pensé que era raro que se hubiera llevado el abrigo y el bolso, cuando el banco está a dos minutos. Entonces, Kelli se dio cuenta de que había vaciado todos los cajones de su escritorio. Y eso no es todo. Mediante el nuevo sistema de gestión que nos instaló en los ordenadores, ha estado poniéndose en contacto con muchos de nuestros proveedores diciéndoles que no habíamos recibido los pagos, que todos sus cheques habían sido devueltos por el banco, y que era muy urgente que volvieran a realizar los pagos, siempre a través de ella, claro.

¡Menuda timadora! Yo todavía estaba sin aliento, pero no por haber ido corriendo a la agencia, sino de furia. Estaba furiosa con aquella mujer que nos había robado.

—Llamé al banco, y me dijeron que nadie había hecho ningún ingreso en el día de hoy, y le pedí a Kelli que te llamara mientras yo estaba con la policía —dijo Ben. Parecía que se iba a echar a llorar.

Así pues, no solo teníamos la espada de Damocles del artículo de Chris Kennings pendiendo sobre nuestras cabezas, sino que, además, teníamos a un montón de clientes furiosos, habíamos perdido mucho dinero y nos faltaba un empleado. Magnífico.

—La he cagado —dijo Ben, en voz baja, mordiéndose el labio inferior.

Yo suspiré, me acerqué a su escritorio y, con cuidado, le puse las manos sobre los hombros tensos.

—Pues ya somos dos.

Él me miró.

—Esto puede ser nuestra ruina.

—Ya lo sé —dije, pestañeando para que no se me cayeran las lágrimas.

No sabía qué más podía decir. Los dos habíamos cometido errores, y nuestras decisiones habían tenido como resultado movimientos empresariales imprudentes. Sonó el teléfono, e interrumpió mis pensamientos de contratar a un asesino a sueldo para que siguiera a aquella zorra.

—¡Yo contesto! —gritó Kelli.

Se me había olvidado que estaba allí sentada, en un rincón, moviendo la cabeza y retorciéndose las manos pálidas al darse cuenta de que Serena la perfecta no existía y de que, además, se había llevado las entradas para el

concierto de Battlestar Death Wing.

—He hablado con la policía y con el banco. Como todavía no le habíamos hecho el contrato, otra cosa que tenía que resolver yo, y la dirección que figura en su currículum vitae es falsa, no sabemos cómo encontrarla. Incluso el nombre era falso: Serena De Vere no existe. Y, como se trataba de dinero en efectivo, no creo que recuperemos ni un penique.

Kelli colgó el teléfono y gritó:

—Eran los del *Daily Times*. El artículo sale mañana.

—Lo que faltaba. Estamos jodidos —dijo Ben, y dio un puñetazo en la mesa.

Yo me estremecí, y me di cuenta de que a Kelli se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿De verdad? —preguntó, sin dejar de retorcerse las manos.

Yo traté de captar la mirada de Ben para transmitirle telepáticamente que tenía que calmarse y no asustar más a nuestra joven ayudante, por muy furioso que estuviera.

Pareció que lo conseguía, porque Ben suavizó el tono de voz.

—Lo siento, Kel, pero eso es lo que parece. No sé cómo vamos a recuperarnos económicamente, ni tampoco cómo vamos a superar la mala publicidad que nos van a hacer los periódicos.

—Pero... vosotros dos lo vais a solucionar, ¿no? ¡Siempre lo conseguís! —dijo Kelli, mirándonos a los dos—. No puede ser que se termine El Club de Viajes para Corazones Solitarios. No puede ser que no haya más Ben y Georgia. Lo vais a arreglar, ¿no?

—No creo que podamos, Kel —dije yo—. Lo mejor será que hoy cerremos pronto y nos vayamos a casa a descansar. Me da la sensación de que mañana va a ser un día muy ajetreado —sugerí, con tristeza.

Ben tosió, y asintió.

—Buena idea.

Todos cerramos los ordenadores, y apagamos la luz.

—Bueno, entonces, ¿hasta mañana? —preguntó Kelli, sonándose la nariz con un pañuelo de papel. Después, me miró fijamente—. Por favor, Georgia. Sé que Ben y tú podéis arreglarlo. Sois los mejores socios que he conocido.

Yo sonreí apagadamente.

—Haremos todo lo que podamos —dije, y me despedí.

Cerré la puerta tras ella y me volví hacia Ben, que estaba golpeando con el

bolígrafo sobre su escritorio distraídamente. Parecía que tenía todo el peso del mundo sobre los hombros.

—Pobre chica. Está muy asustada. Este era su primer trabajo de verdad, ¿sabes? —le pregunté, mientras observaba a Kelli, que se alejaba por la calle, y sentí una punzada de emoción por nuestra bicho raro *emo*—. Está empeñada en que lo vamos a arreglar. Ojalá yo estuviera tan segura como ella.

Él suspiró.

—Kelli tiene razón.

—¿Qué?

—Que tiene razón en cuanto a nosotros. En lo de que somos buenos socios. Se apretó con los dedos las comisuras de los ojos cerrados y continuó:

—Cuando sugeriste la idea de El Club de Viajes para Corazones Solitarios, yo me emocioné mucho por saber qué podíamos conseguir entre los dos. Pero, a medida que pasaba el tiempo, la empresa ha avanzado demasiado rápidamente en comparación con lo que yo me esperaba, y supongo que no estaba preparado para eso. Nunca había estado tanto tiempo seguido en un lugar, ni había tenido un trabajo de nueve a cinco y, para ser sincero, a veces me resulta muy duro. ¿Por qué iba a querer yo cambiar los viajes por todo el mundo por el hecho de ver cómo viajaba otra gente? Los trabajos de oficina nunca han ido conmigo y, mucho menos, tener que ganarme a los clientes y tener que soportar todas las tonterías corporativas.

Yo miré al suelo con horror. Él nunca había sido tan sincero conmigo acerca del trabajo.

—Pero... tú sabías que todas las empresas nuevas tienen que luchar durante sus primeros años, ¿no? —pregunté, con la voz temblorosa.

—Sí, sí. No me malinterpretes. Creo que la empresa y la marca, lo que estás intentando conseguir, es increíble.

No estaba segura de si me gustaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación.

—Lo que estamos intentando conseguir los dos.

Ben suspiró y asintió con tristeza.

—Sí, nosotros tres —dijo, y me miró fijamente—: Pero, aunque algunas veces me sienta como si me hubieran cortado las alas, no quisiera estar en ningún otro sitio. Ni siquiera hoy. El motivo por el que funciona todo El Club de Viajes para Corazones Solitarios eres tú —dijo, y carraspeó antes de

continuar—. Eres tú. Siempre has sido tú.

A mí me dio vueltas la cabeza. No podía respirar. Aquellos recuerdos de nosotros dos, los que habían ido perdiendo entidad, volvieron de repente con nitidez. Me sentí como si no existiera nadie más en el mundo. Solo existíamos nosotros dos, en aquel mismo instante.

—Pero... solo éramos compañeros de trabajo. Yo pensaba que te gustaba Serena.

Al oír su nombre, él apretó la mandíbula y respiró profundamente.

—Georgia, no te das cuenta de lo especial que eres. Cuando estábamos en Tailandia, Shelley me contó lo que te había ocurrido, que estabas comprometida con un tipo que te dejó. Un idiota que no sabía lo afortunado que era por tenerte a su lado.

Yo me lo quedé mirando, deseando que siguiera. Me asombraba que nunca me hubiera dicho que conocía mi pasado. Yo nunca había querido que él me viera como un desecho.

—Muchas veces he querido tener valor para pedirte que te tomaras un café conmigo, pero tenía miedo de que pensaras que era otro tipo que estaba desesperado por acostarse contigo, o que yo fuera el premio de consolación. Tú te mereces algo más que eso.

A mí se me cayó una lágrima por la mejilla. Oh, Dios mío, yo le gustaba de verdad a Ben... Era demasiado.

—Pero... pero si casi no me conoces.

—Sé lo que veo. Veo a una mujer fuerte y valiente que ha tenido que superar una situación horrible y que ha tenido la dignidad y el coraje necesarios para cambiar las cosas. No sabes hasta qué punto eres una inspiración. No sabes lo asombrosa que eres.

Él movió la mano, tomó un mechón suelto de mi pelo y me lo metió detrás de la oreja, mientras me miraba a los ojos.

—Sé más de ti de lo que crees. Como, por ejemplo, el ruidito que haces cuando comes algo que te gusta mucho —dijo, y yo me ruboricé—. También, que practicas los discursos en el baño cuando crees que nadie te oye. Que se te inflan las ventanas de la nariz cuando estás leyendo un correo electrónico importante. Eres tú, Georgia —dijo Ben, y me sonrió—. Allá donde tú estés, yo quiero estar también.

A mí se me secó la garganta. Me sentía confundida, feliz, cansada y asustada, todo al mismo tiempo.

—Pero ¿y qué pasa con la empresa? Por muchas esperanzas que tenga Kelli de que podamos arreglarlo, estamos hundidos, como tú has dicho —susurré, porque no quería que él apartara sus preciosos ojos de los míos. Dios, qué bien olía. Yo seguramente olía a retrete portátil de festival de música.

—Lo sé. No me malinterpretes. Mañana vamos a tener que luchar desesperadamente contra lo que se nos venga encima, pero, por si acaso se termina todo, quería que supieras lo que siento. Tenía que habértelo dicho hace mucho, mucho tiempo. Me he dado cuenta de que, si realmente todo se hunde, tal vez no tuviera la oportunidad de decírtelo. Puede que estar aquí declarándome así sea lo más cursi del planeta, pero tenía que intentarlo.

Yo cabeceé.

—No, no es cursi en absoluto.

De repente, tuve más ganas que nunca de encontrar a Serena, pero no para estrangularla, sino para darle un beso por todo lo que había hecho para empujar a Ben a que me dijera cuáles eran sus sentimientos. Era como si flotara. Mis sentidos se habían agudizado, mis iris se habían transformado en corazones. Seguro que él veía los latidos de mi corazón bajo la blusa.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Georgia —dijo.

Me miró con tanta intensidad que tuve que agarrarme al escritorio que estaba detrás de mí para mantener el equilibrio. Empezaron a caérseme las lágrimas.

—¿Qué? ¿De-de verdad? —le pregunté, y moví la cabeza ligeramente—. Ben, yo me enamoré de ti hace mucho.

Me enjuagué los ojos con el dorso de la mano mientras él, con cautela, daba un paso hacia mí y me rodeaba la cintura con un brazo. Aquel movimiento tan sencillo pareció torpe al principio, pero, cuando los dos nos envalentonamos, se volvió asombrosamente salvaje. Yo me puse de puntillas, y él inclinó la cabeza. Yo nunca había estado tan cerca de su cara. No había visto una cicatriz casi imperceptible que tenía sobre el labio, ni las manchitas verdes de sus ojos marrones. Me temblaron las piernas cuando él me rozó, y por todo mi cuerpo se extendió un cosquilleo de impaciencia.

—Eres maravillosa —susurró. Entonces, lentamente, me besó.

Mi cabeza se llenó de pura alegría, felicidad y lujuria. Besaba mejor, incluso, de lo que yo había pensado. Me estrechó contra su cuerpo y, con delicadeza, me pasó una mano por el pelo. A mí se me aceleró el corazón



mientras nuestras lenguas se exploraban. Empezamos a respirar muy profundamente. Nunca me habían besado así. Era gentil y apasionado a la vez. Aquel beso estaba lleno de palabras aún no pronunciadas, y de tiempo perdido que teníamos que recuperar.

Al final, tuvimos que parar para tomar aire. Nuestros pechos se hinchaban y se deshinchaban. El silencio que nos rodeaba se volvió ensordecedor mientras tratábamos de controlar nuestros jadeos, sin dejar de mirarnos. ¿Siempre estaba todo tan silencioso allí?, me pregunté.

De repente, me entró la risa.

—¿Qué? —me preguntó, apartándose nerviosamente y pasándose la mano por el pelo.

Yo cabeceé.

—Ben Stevens me ha besado.

—Y ya era hora —dijo él.

Con una sonrisa, me tomó la barbilla y volvió a besarme.

## Capítulo 35

*Reparación (n.): Desagravio por una ofensa, daño o injuria.*

Caminé por los pasillos limpios, con olor a antiséptico, del hospital donde mi padre había estado tan enfermo el año pasado. Estaba desorientada, porque todos los pasillos parecían el mismo, con idénticas paredes de color verde menta, lo que significaba que había estado andando en círculos en busca del ala Honey Oak, donde Trisha llevaba un siglo. Me sentía como si flotara después de que Ben me hubiera revelado sus verdaderos sentimientos. No podía dejar de sonreír, lo cual era extraño, teniendo en cuenta que mi empresa estaba al borde del desastre. Supongo que, después de sobrevivir al viaje a la India, y de escuchar a Ben susurrar las palabras que había deseado que me dijera desde que lo conocí, las cosas habían tomado perspectiva. Me sentía más fuerte, y estaba preparada para la pelea del día siguiente, sabiendo que él estaba a mi lado.

Después de obligarnos a separar nuestros labios, habíamos cerrado la agencia, y yo había ido al hospital para ver cómo estaba Trisha. Aunque Ben me había dicho que estaba bien, solo aburrida por el hecho de tener que guardar reposo, yo sentía que debía hacer el esfuerzo de ir a verla. Además, necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas, tanto las cosas buenas como las malas, y tratar de idear un plan para salvar nuestra empresa.

No vi a ningún miembro del personal del hospital, así que, con un suspiro, decidí ir a la pequeña cafetería para preguntar. Una dama regordeta me sonrió cuando entré.

—Hola, querida. ¿Qué te sirvo?

—Oh, lo siento, solo quería preguntar cómo se llega a...

Me quedé callada al darme cuenta de quién estaba unas mesas más allá. ¿Qué estaba haciendo ella allí?

—No se preocupe —dije, distraídamente, a la señora, que chasqueó la lengua. Me dirigí hacia la mesa con ansiedad.

—¡Oh, Dios mío! Entonces, ¿estás enferma de verdad? ¿Qué te pasa? Sabía que tenía que haberte ido a ver muchas más veces, ser mejor amiga... —balbuceé, a mil kilómetros por hora, delante de Mike y de una palidísima Marie, mirándolos con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento muchísimo.

Marie me miró con extrañeza.

—Georgia, ¿qué dices?

—¿Estás enferma, no?

Los miré bien, y me di cuenta de que Mike tenía una cara de felicidad que no concordaba con el hecho de que su novia se estuviera muriendo.

Marie negó con la cabeza y se rio. Sacó una silla y me dijo que me sentara.

—No estoy enferma.

—Oh, gracias a Dios...

—Bueno, lo he estado unos cuantos días, pero resulta que no estaba enferma, enferma —dijo Marie, y me miró como si yo tuviera que saber qué estaba intentando decirme.

—¿Qué?

—Georgia, estoy embarazada —dijo. Soltó un pequeño grito y me tomó de las manos.

Yo los miré a los dos y, de repente, vi que, en la mesa, entre sus tazas vacías, había una foto en blanco y negro. Era una ecografía.

—¡No! Vaya, Dios mío, ¡es maravilloso! —exclamé, y los abracé a los dos.

—Gracias, y soy yo la que debería disculparme por haber sido una mala amiga —dijo Marie, jugueteando con un sobrecito de azúcar, mientras Mike iba a pedirme una bebida a la barra.

—No, yo.

—No. Tengo que confesarte una cosa —dijo ella, y respiró profundamente—. ¿Sabes que dicen que el embarazo te vuelve un poco loca algunas veces?

—Ah, sí —dije yo. Puse los ojos en blanco y me eché a reír—. Me acuerdo de que, cuando supiste que ibas a tener a Cole, de repente te volviste casi una acosadora de Shane Richie.

Ella se ruborizó y se aseguró de que Mike no lo hubiera oído.

—Sí. En esta ocasión, las hormonas también se han alterado, pero en vez de acechar a Shane Richie, me dio por robar pasaportes.

Yo tardé un momento en asimilarlo.

—¿Tú le robaste el pasaporte a Shelley?

—Sí. Lo siento muchísimo. Me puse en contacto con ella para pedirle perdón, y le pedí que no te lo contara hasta que pudiera hacerlo yo, pero, de repente, me empezaron los mareos matutinos, bueno, más bien, durante todo el día. Además, no quería contarte esto por teléfono. Quería ir a verte este fin de semana para decírtelo. Por favor, di que me perdonas.

No era de extrañar que hubiera tenido tan pocas noticias de Shelley.

Abracé a Marie.

—Claro que sí.

—Bueno, y, de todos modos, ¿tú no tenías que estar en el trabajo?

—Bueno, digamos que tú no eres la única que tiene noticias.

Suspiré, y se lo conté todo.

## Capítulo 36

*Repercusiones (n.): Consecuencias. Resultado.*

A la mañana siguiente, después de haber dormido apenas dos horas, salí corriendo al quiosco más cercano, que estaba abriendo la reja. Todavía llevaba puesto el mono de dormir y me había recogido el pelo encima de la cabeza. No podía ser peor que las fotografías que había tomado Chris cuando estábamos en la India y que, seguramente, estarían publicadas con el artículo. Tenía pensado ir a todos los quioscos cercanos para comprar todos los ejemplares de la revista. Por mucho que me hubiera ayudado Marie el día anterior, yo todavía no había dado con una solución para nuestro problema empresarial, y aquello era lo mejor que se me había ocurrido. Puse todos los ejemplares que pude sobre el mostrador.

—¿Algo más, amor? —me preguntó el quiosquero, con un bostezo.

—No tendrá más ejemplares, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Entonces, solo esto, gracias.

—Gracias, vuelve de nuevo —dijo, después de cobrarme, cuando yo salía rápidamente del quiosco.

Me senté en un banco y cerré los ojos. Tomé aire y empecé a pasar páginas. Noticias, noticias, noticias. Ah, negocios. Oh, mierda. Mi cara contraída, cubierta de pintura durante la fiesta de Holi, ocupaba la mitad de la página, con el titular:

*Jefa de Incógnito Desenmascarada Durante un Viaje Organizado.*

Todo ello, en intimidantes letras mayúsculas y en negrita. Empecé a leer...

*El Club de Viajes para Corazones Solitarios, la agencia de viajes diseñada para ayudar a los tristes solteros a recuperarse de sus rupturas, ha sido una estrella ascendente en el mercado turístico desde que se fundó, el pasado*

noviembre. Pero, después de una malísima crítica online, ¿tendrá esta nueva empresa con sede en Mánchester la fuerza necesaria para sobrevivir? Por Chris Kennings.

La jefa de la agencia de viajes El Club de Viajes para Corazones Solitarios puso en peligro su reputación al hacerse pasar por una peluquera para conocer desde dentro su propio negocio, pero... ¿engañó a sus propios clientes? Georgia Green, que fundó la agencia para gente recientemente separada después de sufrir su propio desengaño, viajó a la India de incógnito para averiguar el porqué de una pésima crítica para los viajes organizados por su agencia, publicada en un conocido blog de viajes.

En un post especialmente dañino, se acusaba a El Club de Viajes para Corazones Solitarios de enviar a sus clientes a un viaje de calidad inferior, desorganizado y caótico, dirigido por un guía vago y grosero. El Daily Times reservó una plaza en el viaje de dos semanas a la India para investigar estas acusaciones que, desde entonces, han sido retiradas por el autor de la crítica, y descubrió que la señorita Green estaba entre los integrantes del grupo haciéndose pasar por Louise, una peluquera de Mánchester abandonada por su novio pocas semanas antes de la boda.

Ella ocultó su verdadera identidad a los otros cinco viajeros del grupo, seguramente, para investigar por sí misma la veracidad de las acusaciones vertidas en el blog.

Sin embargo, ¿fue correcto que mintiera sobre su identidad a sus propios clientes? En el tour, que llevó al grupo por el Taj Mahal, la locura de Bombay y las playas de Goa, la señorita Green pudo engañar a los demás, pero a mí, no.

«Oh, oh...», pensé. «Aquí viene».

Antes de reservar el viaje, hice una rápida visita a la agencia en Mánchester, y quedé impresionado por la profesionalidad y la buena disposición de su pequeño equipo de empleados.

Así pues, quise saber por qué ella pensaba que era necesario mentir. ¿Era una excusa para buscar una escapatoria para sí misma, o un extraordinario paso para asegurarse de que su agencia tuviera un nivel de calidad adecuado?

Al principio, me resultó difícil saberlo.

*Durante la primera noche en Nueva Delhi, la señorita Green se exhibió de una manera indecente mientras cantaba horriblemente mal en el karaoke de un abarrotado restaurante indio. Compartí con ella una pequeña y básica cabaña en una playa de Goa e, incluso, presencié cómo expulsaba una flatulencia durante una clase de yoga justo encima de mí.*

*A medida que pasaba el tiempo, la señorita Green no tomó notas de ningún tipo. No pasó informes a su equipo de ventas ni hizo preguntas al resto del grupo sobre cómo podrían mejorar las cosas. Tampoco indagó sobre si había una buena relación entre la calidad y el precio del tour. Si a mí me lo hubieran preguntado durante los primeros días, habría respondido que no.*

*Sin embargo, pronto quedó claro que la señorita Green había estado haciendo mejoras de un modo mucho más sutil.*

*Sin que nadie lo supiera, había estado ayudando a nuestro guía, Nihal, a recuperarse. Aquel hombre vago y abstraído que conocimos durante nuestra primera noche se transformó en un guía apasionado y competente. A esto contribuyó de manera decisiva la contratación de una nueva guía para el tour, Ameera. Entre los dos, crearon una dinámica perfecta.*

*Las relaciones y la profesionalidad del tour habían mejorado exponencialmente al final, cosa que, sin duda, se debió a la instrucción y el tutelaje de la señorita Green, y a su buena disposición a la hora de ensuciarse las manos.*

*Arriesgó su reputación para conseguir que sus clientes pasaran las mejores vacaciones de su vida y dejaran atrás sus problemas.*

*Como parte del tour, el grupo participó en un rodaje de Bollywood que se llevó a cabo en una playa de Bombay, y tuvo un momento de espiritualidad con unos hombres sagrados en un templo sobrecogedor. El itinerario y las actividades consiguieron que los viajeros, que habían comenzado el tour como desconocidos, lo terminaran como amigos. Confiaron unos en otros acerca del fracaso de sus relaciones y volvieron a casa con más fortaleza.*

*Uno de los mochileros describió el viaje como algo inestimable, y otro de ellos declaró que nunca olvidaría aquellas dos semanas en la India.*

*La falta de transparencia de la señorita Green al haber participado en el tour de incógnito fue muy arriesgada, puesto que podía ser descubierta con facilidad.*

*Sin embargo, su apasionamiento, su atención a los detalles y su empeño en*

*proporcionar el mejor de los servicios terminaron por prevalecer. Yo pensé que iba a recordar aquel viaje por malos motivos, pero me equivocaba.*

*El Club de Viajes para Corazones Solitarios le hará alegrarse de que lo hayan abandonado.*

«¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!». Rápidamente, llamé a Ben.

Él respondió al primer tono.

—¡Georgia!

—¡Ben! ¿Lo has visto?

—Sí. ¡Qué artículo más deslumbrante! No sé cómo lo hemos conseguido —dijo, con la voz ronca.

Yo agité la cabeza mientras releía el texto, eligiendo algunos fragmentos para decirlos en voz alta.

—Aunque, bueno, la fotografía...

—La fotografía es como Georgia. La que yo conocí en Tailandia, la que conozco y me gusta —dijo Ben.

Yo me ruboricé.

—Ah.

—Estás genial. No te preocupes. Además, me he dado cuenta de que no me has llegado a contar todo lo que pasó en la India... ¿algo sobre un karaoke nudista?

Sonreí.

—Bueno, no fue tan terrible como eso...

Ben se echó a reír.

—De todos modos, me encantaría que me lo contaras. ¿Te apetece un café? Quedamos en la agencia.

—Me parece perfecto.

Acabábamos de abrir cuando apareció Kelli, con los ojos muy abiertos y cara de incredulidad, con un ejemplar de la revista en la mano.

—¡Sabía que podíais hacerlo! —gritó, antes de acercarse corriendo a darme un abrazo.

—Ja, ja, buenos días —le dije, riéndome, y estreché su cuerpo delgado entre mis brazos, al tiempo que percibía el olor del tinte de su pelo.

—Lo he compartido en Facebook y lo he tuiteado. Teníais que ver cuánta gente lo ha comentado y retuiteado. Tengo más *likes* que cuando publiqué un



*gif* de un carlino bailando Marilyn Mason.

—Gracias, Kel —dije, y le sonreí con afecto. Ella tomó el marco de fotos de Serena, que todavía estaba en mi escritorio, y lo tiró a la basura sin miramientos.

—Chúpate esa, timadora.

A mí se me cortó la risa al darme cuenta de que todavía teníamos que resolver aquel problema. El artículo había sido un éxito muy grande e inesperado, pero habíamos perdido mucho dinero, y teníamos que hacer devoluciones a muchos proveedores. Ben debió de ver mi expresión de angustia cuando me daba una taza de café, y puso su mano sobre la mía.

—Voy a llamar otra vez a la policía para ver si saben algo. Tenemos que ser optimistas y pensar que la van a detener, y que este magnífico artículo nos va a traer muchos clientes. Tal vez la policía pueda seguirle la pista con las entradas, y atraparla cuando menos se lo espere, en mitad del concierto.

Yo sonreí con agradecimiento, y asentí.

—Crucemos los dedos.

El resto del día fue un torbellino. Mis padres me llamaron para decirme que le habían mandado el artículo fotocopiado a todo aquel que conocían, aunque mi padre había tenido que impedirle a mi madre que tapara con Tipp-Ex la parte en la que yo me tiraba un pedo sobre un periodista nacional. Shelley me llamó para decirme que lo había leído online y que ya había hecho dos comentarios, aunque estaba muy triste por haberse perdido lo que parecía un viaje épico.

Los teléfonos no dejaron de sonar. Recibimos muchas llamadas de gente que había leído el artículo de Chris y quería reservar plaza en uno de nuestros tours. La agencia se llenó de viajeros que miraban los folletos y entregaban señales y, en un momento dado, nuestra página web se cayó debido al tráfico. Parecía que, al menos, íbamos a recuperar el dinero que nos había robado Serena o, por lo menos, la mayor parte.

—¿Georgia? —me dijo Ben. Tapaba con una mano el micrófono del teléfono, y su cara tenía una expresión sombría—. Es la policía. Quieren hablar contigo.

Yo terminé mi entrevista con una mujer que estaba muy emocionada, y que se marchó con el folleto para el viaje a la India, y atendí la llamada.

—¿Diga?

—¿Señorita Green? Soy el detective Wilkinson. He estado hablando con su

compañero, el señor Stevens —dijo. Yo oí el crujido de los papeles mientras el policía de la voz nasal revisaba los detalles y continuaba—: Nos gustaría dar por cerrada la investigación, porque, por desgracia, tenemos muy poco con lo que seguir. Como su empresa no siguió el protocolo oficial de comprobar las referencias y antiguos empleos, por no mencionar la forma poco ortodoxa de contratación, no tenemos pistas para seguir a la señorita DeVere. Seguiremos vigilando los movimientos de esas dos entradas que mencionó el señor Stevens, pero yo no tendría demasiadas esperanzas.

A mí se me cayó el alma a los pies. Sabía que era mucho pedir, y Ben ya se había disculpado por lo tonto que había sido al ofrecerle aquel puesto a Serena. Además, no había redactado su contrato, con lo que no teníamos ningún detalle concreto sobre ella. Yo no perdía todas las esperanzas, esperaba que una pequeña llama de karma le diera lo que se merecía.

—Lo entiendo.

—Sin embargo, hemos podido comparar su declaración con un caso previo en el que trabajó uno de mis colegas hace pocos años, en Hull. Las circunstancias son muy parecidas, y la descripción de la mujer coincide con la que nos han dado ustedes.

Así que ya lo había hecho antes.

—Sé que es un consuelo pequeño, pero no son los primeros y, seguramente, no serán los últimos. En el futuro, le sugiero que sean más rigurosos con su política de contratación.

Yo miré por la agencia y sonreí a Kelli, que estaba en su elemento, hablando con seguridad con una clienta que tenía enfrente.

—No se preocupe. No volverá a suceder. Ya tengo a los empleados perfectos.

Cuando se marchó el último cliente, yo me caí literalmente sobre el sofá. Estaba agotada y abrumada. Habíamos sobrevivido. Casi me eché a llorar de felicidad.

—Creo que deberíamos abrir esto —dijo Ben, sonriendo y mostrando una botella de champán.

—Gracias, pero el champán sabe a pis de gato —refunfuñó Kelli.

—Vaya, Kel, por suerte para ti, también tengo un par de botellas de *alcopops* verde fluorescente —dijo Ben, y a Kelli se le iluminaron los ojos.

Yo me incorporé, agité la cabeza para despertarme y acepté un vino burbujeante servido en mi taza favorita. Por suerte, él la había salvado de la

quema cuando Serena había tirado todas las demás.

—Gracias. Yo he pedido comida para que cenemos.

—Deberías estar a punto de echarlo a perder todos los días —dijo Kelli, riéndose—. ¿Qué has pedido?

—Comida india, por supuesto —dijo.

—Muy buena elección, así que vamos a brindar. ¡Tazas arriba, todo el mundo! —dijo Ben—. Quiero decir que todos lo hemos hecho muy bien hoy y, por supuesto, nos merecemos una copita. Kel, tú has sido una superestrella, y eso que yo sé que estás muy triste por perderte el concierto de Battlestar Death Wing —Kelli se encogió de hombros para intentar disimular la decepción que sentía—. Por eso, he hecho unas cuantas llamadas y te he conseguido un par de entradas para el concierto de Liverpool. No son de primera fila, pero, por lo menos, estarás allí.

—¿Qué? ¿De verdad? —Kelli se levantó de un salto, derramó un horrible líquido verde, y abrazó a Ben.

—Bueno, bueno, cálmate —dijo él—. Ni siquiera tienes que pedirnos a Georgia ni a mí que te acompañemos.

Yo sonreí al ver lo emocionada que estaba Kelli. Ella le prometió a Ben que iba a llevar a un chico que le gustaba en vez de a nosotros, y se fue directamente a tomar su teléfono para tuitear la noticia.

—Georgia, también tengo una cosa para ti.

Yo quería decir que esperaba que no fuera su cuerpo desnudo, pero me mordí el labio inferior y lo miré con expectación.

—¿De verdad?

Él se acercó y se sentó en el sofá conmigo, y yo me estremecí cuando me pasó el brazo por los hombros. Me parecía tan natural... Sin embargo, también me llenaba de un sentimiento increíblemente fantástico.

—He pensado en lo que me contaste sobre los niños de la calle de Nueva Delhi.

A mí se me encogió el estómago. Inmediatamente, vi los ojos vulnerables y fantasmales de aquella niña que pedía en la calle.

—Sí.

De repente, me sentí culpable por estar allí sentada, tomando champán y brindando por nuestro éxito, cuando Dios sabía dónde estaba ella, y con quién.

—Iba a decirlo durante nuestra siguiente reunión de empleados —me

contó Ben, y sonrió lentamente—, pero quería proponer una nueva iniciativa para la empresa, sobre todo ahora que estamos tan lejos de tener que cerrar —dijo, y yo ladeé la cabeza—. Todavía no he pensado en todos los detalles, pero quiero que constituyamos la Fundación de los Corazones Solitarios, una organización sin ánimo de lucro con un patrimonio destinado a contribuir con las ONG que nosotros elijamos. Así podré poner en uso todos mis conocimientos sobre las organizaciones humanitarias y podremos ayudar a otros. Es una oportunidad para nosotros, y para nuestros clientes, de devolver algo a los países a los que han viajado.

Yo sonreí y miré el cuadro bordado que me había hecho Ameera, y que me había regalado en Goa. Estaba colgado sobre mi escritorio.

—Es una buenísima idea —susurré—. En serio, eres increíble, ¿lo sabías?

Me incliné y le di un suave beso en los labios. La emoción de poder hacer aquello y que no fuera un sueño del que iba a despertar era enorme.

—¡Pillaos una habitación ya! —nos gritó Kelli, mientras se tapaba los ojos.

—De acuerdo —dije yo, riéndome—. Cuando terminemos el curry, nos vamos al pub —dije, poniéndome en pie.

Kelli se me quedó mirando fijamente y asintió admirativamente.

—Nunca creí que dijeras eso.

—Bueno, tenemos mucho que celebrar —dije, y miré a Ben, que me guiñó un ojo. Yo alcé mi taza de champán—. ¡Por las nuevas aventuras!

—¡Me encanta brindar por eso!

## AGRADECIMIENTOS

Ah... Ese difícil segundo libro de una serie... Espero que haya conseguido que os sintáis orgullosos.

Gracias a mi mejor amiga, Jen Brown, que nunca deja de asombrarme e inspirarme. Hablando de mujeres inspiradoras, quiero dar las gracias públicamente a las fantásticas mujeres que hay en mi familia, que me influyeron para que llegara a ser la mejor versión de mí misma. Las mujeres Taylor deben ser temidas y reverenciadas, sobre todo cuando «están haciendo una abuela». ¡Que todo el mundo se ande con cuidado, eso es lo único que puedo decir!

Escribí *Destino: tu corazón* cuando estaba viviendo en Francia, cosa que no habría sido ni la mitad de divertida sin el apoyo de Manu, Laura, Anthony, Alexia, Edouard y, sobre todo, de Gill Lethuillier, que ha sido mucho más que una tía. *Merci pour tous*. Gracias a mis increíbles padres y hermanos, Charlotte, Isobel, Jack y James, por mantenerme con los pies en la tierra en unos momentos en los que pensé que nunca iba a conseguirlo.

Tengo tanta suerte de poder trabajar con unas damas tan brillantes... Victoria Oundjian, Lydia Mason, Jennifer Krebs, Hannah McMillan y la increíble agente Juliet Mushens. Un magnífico grupo al que pertenecer. Me he quedado alucinada con el apoyo fantástico e inacabable de todo el mundo, tanto por parte de Carina, como de HarperCollins. ¿Quién iba a imaginar que yo iba a batir récords? A mi pandilla de escritura, también conocidas como «las incansables animadoras», ya sabéis quiénes sois. Os quiero.

A mis amigos antiguos y nuevos de todo el mundo. Vuestros mensajes de apoyo me hacen reír, llorar y explotar de orgullo. Gracias a Anna Lloyd por dejarme rebotar ideas durante un partido de ping pong, y por conseguir que los espaguetis a la boloñesa se convirtieran en la comida definitiva de los

descansos. Gracias a un puñado de expertos reporteros, incluidas Alice McKeegan, Nina Warhurst y Mel Dawkes, por compartir mi historia y la de Georgia con el mundo. Un agradecimiento muy especial para John Siddle: Me siento muy afortunada de poder compartir esto contigo. Algún día te invitaré a esa copa y a ese asado de pollo al estilo Greggs que te debo.

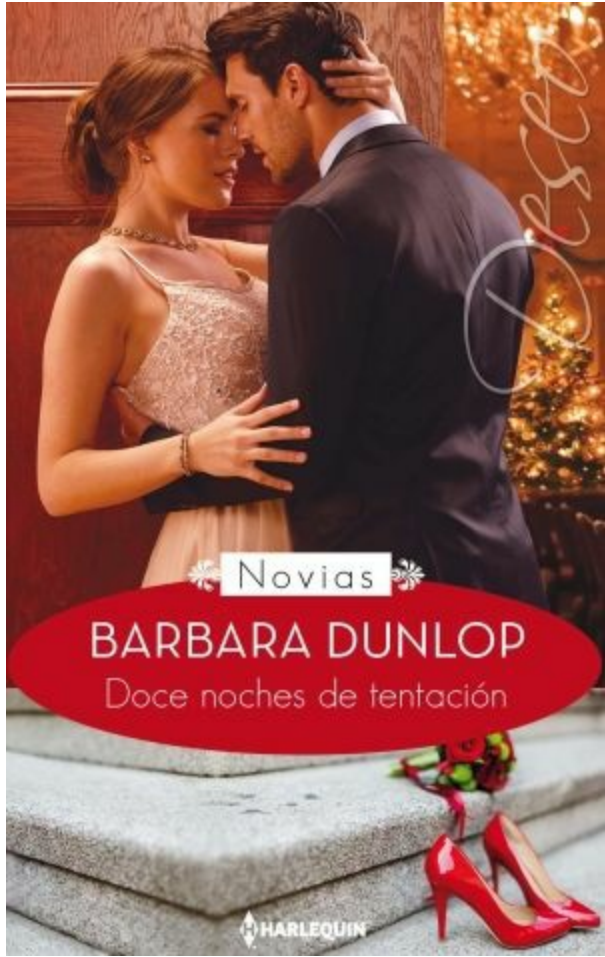
Me asombran siempre los blogueros dedicados a los libros, que trabajan con ahínco, y cuya pasión por la lectura es contagiosa. Aquí incluyo a Laura Lovelock, Maryline VP, Simona Elena Schuler, Kelly y Lucy, también conocidas como The Blossom Twins, Sophie Hedley, Kirsty MacLennan, Rachel Gilbey, This Chick Reads, Alba Forbe, Ellen Faith, Rebecca Pugh y Sharon Wilden.

Gracias a todo el mundo que ha comprado, leído y compartido mi primera novela, *Destino: un nuevo comienzo*, y que ha disfrutado de ella. ¡Espero que os guste aún más esta nueva entrega de los viajes de Georgia! Quiero saludar y mandar abrazos a todos los seguidores y amigos de NotWedOrDead's Twitter, Facebook e Instagram. Gracias por los comentarios, retuits, mensajes y *likes*. Sois mi inspiración, y estoy entusiasmada por el hecho de que todos formemos parte de esta aventura. Bueno, y... ¿adónde vamos ahora?

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



Novias

BARBARA DUNLOP

Doce noches de tentación

HARLEQUIN



# Doce noches de tentación

Dunlop, Barbara

9788491881544

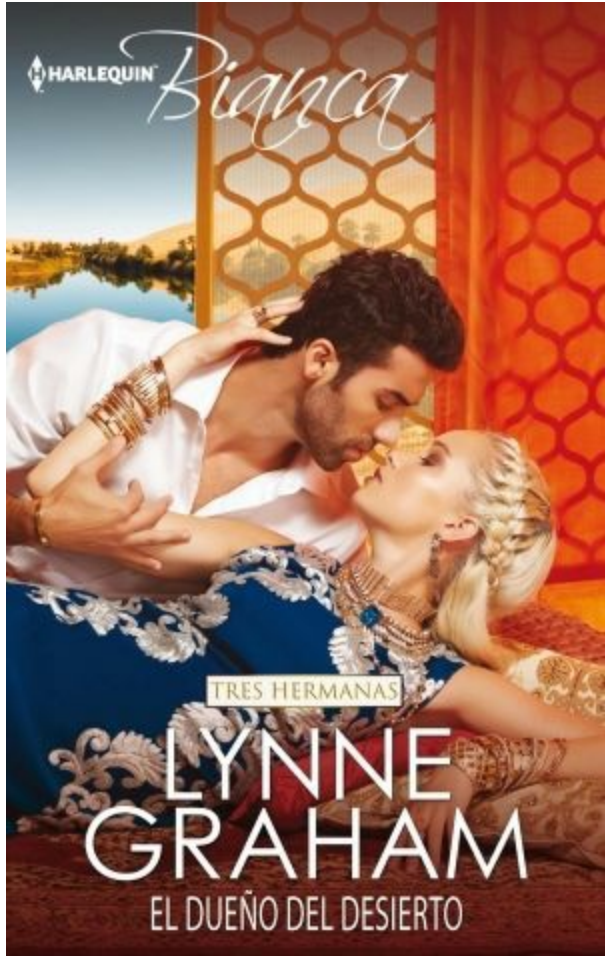
192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sabía que no era recomendable sentirse atraída por su jefe, lo que no sabía era cómo evitarlo. La única mujer que le interesaba a Matt Emerson era la mecánica de barcos que trabajaba en sus yates. Incluso cubierta de grasa, Tasha Lowell lo excitaba. Aunque una aventura con su jefe no formaba parte de sus aspiraciones profesionales, cuando un saboteador puso en su punto de mira la empresa de alquiler de yates de Matt, Tasha accedió a acompañarlo a una fiesta para intentar averiguar de quién se trataba. Tasha era hermosa sin arreglarse, pero al verla vestida para la fiesta, Matt se quedó sin aliento. De repente, ya no seguía siendo posible mantener su relación en un plano puramente

profesional.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# El dueño del desierto

Graham, Lynne

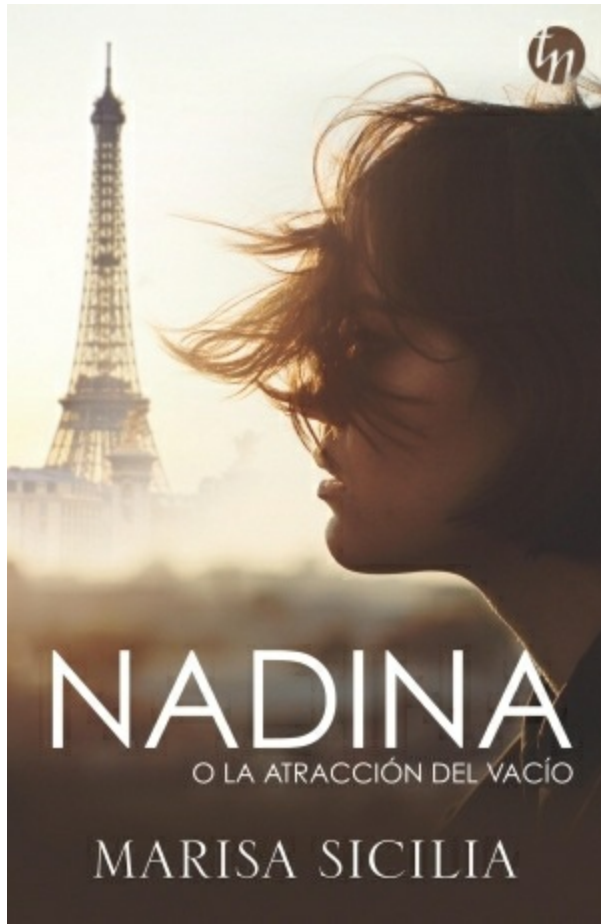
9788491881513

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Con este anillo... ¡Te chantajearé! Cuando la ingenua Polly Dixon aterrizó en Dharia, un reino del desierto, con un anillo que era su único lazo con su misterioso pasado, no podía imaginarse que iban a detenerla y a dejarla a los pies del imponente dirigente de ese país. El rey Rashad recelaba de la deseable Polly, pero la imaginación del pueblo de Dharia se había disparado al enterarse de que ella poseía el anillo y creían que Polly era la esposa que él había estado esperando. Por eso, Rashad inició una ofensiva sensual en toda regla para acabar derritiendo la firmeza de Polly y que le pidiera que la llevara al altar.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# NADINA

O LA ATRACCIÓN DEL VACÍO

MARISA SICILIA

# Nadina o la atracción del vacío

Sicilia, Marisa

9788491881568

384 Páginas

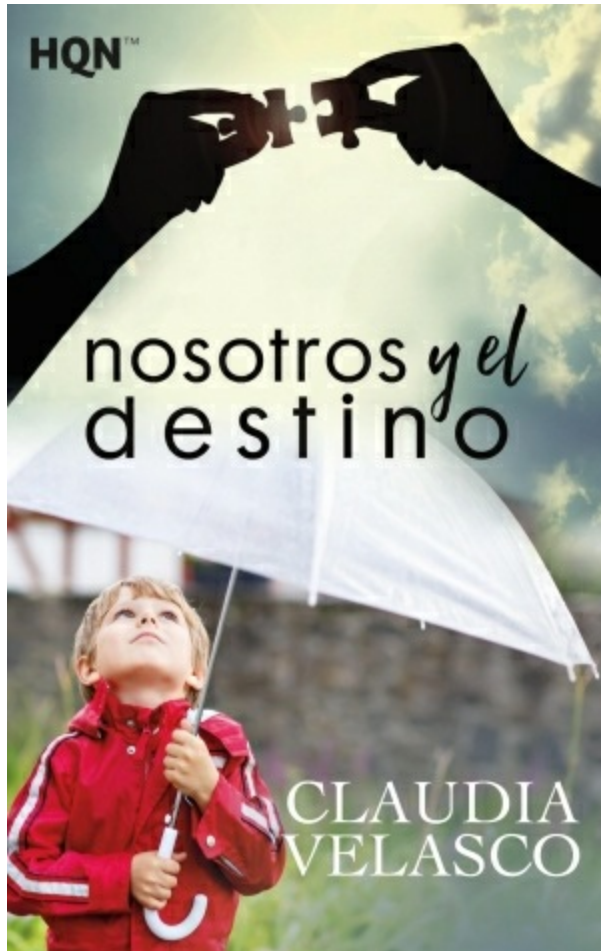
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Mathieu Girard es agente de los Grupos de Intervención de la Gendarmería Nacional, una unidad de élite francesa. Le gusta su trabajo y siente cierta atracción por el riesgo, que se empeña en negar y le causa problemas a la hora de mantener relaciones estables. Es responsable y reflexivo y su situación afectiva no es su prioridad. En París y en situación de alerta máxima ante la amenaza de ataques terroristas, Mathieu deberá vigilar de cerca a Dmitry Zaitsev, un empresario ruso involucrado en negociosturbios que asegura que puede evitar que una letal partida de armas llegue a manos de los extremistas. Y también conocerá a Nadina. Todas las señales le advierten de que no debe acercarse a ella,

pero, cuando amas el peligro, eso no debería importar.Me encanta Marisa Sicilia. Sabe escribir. Sabe transmitir. Con muy pocas palabras, con inicios que no necesitan fuegos artificiales para conquistar, consigue sumergirte en la historia que se proponga y lo hace con una narrativa de las que envuelven. Sencilla, pero no simple. Elegante, sin necesidad de utilizar palabras altisonantes. Dulce, aunque a veces no evite la crudeza en sus historias cuando es necesaria.El espejo de la entrada

[Cómpralo y empieza a leer](#)





HQN™

nosotros *y el*  
destino

CLAUDIA  
VELASCO

# Nosotros y el destino

Velasco, Claudia

9788491705758

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué papel juega el destino en nuestras vidas?  
¿Existe el libre albedrío? ¿El azar? ¿Las casualidades o las causalidades? ¿Podemos planificar nuestras vidas y esperar que aquello que tenemos perfectamente controlado se mantenga inamovible para siempre? Irene Guzmán creía en la planificación, la voluntad, la tenacidad y el trabajo duro para controlar su ordenada existencia, hasta que el desembarco de un poderoso grupo editorial sueco en la empresa donde ejerce como periodista altera su vida profesional, y, más importante, su peculiar vida familiar en la que su hijo es el centro de su universo. Madrid, Estocolmo, inseminación artificial y el amor más inesperado aparecen en esta historia donde el

destino, creamos o no en su poder, despliega su magia poniendo las cosas en su sitio.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Navidad de amor

Wilkinson, Lee

9788491882053

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Había un puesto vacante... ¡en la cama del jefe! Charlotte Michaels tenía una buena razón para querer vengarse y, si se atrevía, también tenía una buena manera de conseguirlo: acercándose mucho, mucho a su jefe. Pero Charlotte no se dio cuenta de que aquel plan era demasiado arriesgado para ella, ya que él tenía sus propios planes... Nadie se atrevía a jugar con Daniel Wolfe porque era un tipo que siempre conseguía lo que deseaba. Ahora deseaba a Charlotte e iba a hacer cualquier cosa para averiguar qué era lo que escondía. Así que le ofreció un importante ascenso profesional que conllevaba tener que trabajar hasta tarde... ¡como amante del jefe!

[Cómpralo y empieza a leer](#)